

RICHARD FLANAGAN

El libro de los peces de William Gould

*Un libro
en doce peces*



Lectulandia

El libro de los peces de William Gould es el retrato de un mundo de convictos, prófugos, flageladores, colonizadores, ladrones y víctimas cuya sangrienta historia se describe en esta novela siguiendo una original taxonomía de doce peces. En aquellos días William Buelow Gould, protagonista de esta historia, es sentenciado a cadena perpetua en la famosa colonia penitenciaria de la isla de Sara, en la Tierra de Van Diemen (hoy Tasmania).

Mientras cumple condena a la espera de su ejecución, Gould escribe un libro sobre los peces que pinta para el médico de la colonia, aficionado a la historia natural. En esas pinturas, además de realizar bellas ilustraciones científicas, Gould introduce trazos inequívocamente humanos. Así, *El libro de los peces de William Gould* se convierte en la crónica de la vida en prisión, de sus reos y carceleros, y de la cruel naturaleza del hombre, de cómo el ser humano puede liderar su propia revolución mediante el amor.

Lectulandia

Richard Flanagan

**El libro de los peces de William
Gould**

Un libro de doce peces

ePub r1.0

NoTanMalo 09.11.17

Título original: *Gould's Book of Fish*

Richard Flanagan, 2001

Traducción: Gema Moral

Ilustraciones: Biblioteca y Museo de Bellas Artes de All port, de la Biblioteca Estatal de Tasmania

Fotografía de cubierta: William Buelow Gould

Editor digital: NoTanMalo

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Mi madre es un pez

WILLIAM FAULKNER

Los dibujos de peces del artista William Buelow Gould, prisionero de la Tierra de Van Diemen, pertenecen al Libro de los peces de Gould, conservado en la Biblioteca y Museo de Bellas Artes de Allport, de la Biblioteca Estatal de Tasmania, y se reproducen gracias a la gentileza de esta institución.

*Para Rosie, Jean y Eliza,
que nadan en círculos de asombro siempre crecientes.*



EL CABALLITO DE MAR PANZUDO

Hallazgo del Libro de los peces – Muebles falsos y curación por la fe – La Conga – El señor Hung y Moby Dick – Victor Hugo y Dios – Una tempestad de nieve – De por qué la historia y las historias no tienen nada en común – El libro desaparece – Muerte de la tía abuela Maisie – Mi seducción – Un caballito de mar macho da a luz – La caída.

I

El asombro que sentí al hallar el *Libro de los peces* sigue vivo aún, luminoso como el fosforescente veteado que captó mi atención aquella extraña mañana, reluciente como los remolinos fantasmagóricos que dieron color a mis pensamientos y hechizaron mi alma, que iniciaron entonces el proceso de desenmarañar mi corazón y, lo que es peor, mi vida, para convertirla en la pobre y esmirriada madeja de esta historia que estás a punto de leer.

¿Qué tenía aquel suave resplandor para hacerme llegar a creer que había vivido la misma vida una y otra vez —como un místico hindú atrapado para siempre en la Gran Rueda—, que se convertiría en mi destino, me robaría el carácter y haría que mi pasado y mi futuro fueran uno e indivisible?

¿Fue aquel brillo mesmérico que surgía en volutas de aquel rebelde manuscrito en el que nadaban caballitos de mar y peces aguja y miracielos para iluminar con luz cegadora la mañana de un día aburrido? ¿Fue aquella penosa vanidad de mi pensamiento lo que me hizo creer que mi interior albergaba a todos los hombres y todos los peces y todas las demás cosas? ¿O se trató de algo más prosaico —malas compañías y peor bebida— lo que me ha conducido a la monstruosa situación en que ahora me hallo?

Carácter y destino, dos palabras para la misma cosa, escribe William Buelow Gould; otra de tantas cuestiones sobre las que, como siempre, estaba tremendamente equivocado.

El bueno de Billy Gould, tan dulce y tan bobo, y sus estúpidas historias de amor, tanto amor como para que ahora no pueda proseguir, del mismo modo que tampoco pudo proseguir entonces. Pero me temo que ya empiezo a irme por las ramas.

Nosotros —nuestras historias, nuestras almas— estamos sometidos a un proceso de descomposición y reinención constantes. Eso es lo que he acabado creyendo tras convivir con sus apestosos peces, y este libro es la historia del montón de abono en el que se ha convertido mi corazón.

Ni siquiera mi enfervorizada pluma es capaz de describir mi arrobamiento, un asombro tan intenso que fue como si, en el momento en que abrí el *Libro de los peces*, el resto de mi mundo —¡el mundo!— se hubiera sumido en la oscuridad y la única luz existente en todo el universo fuera el brillo que despedían aquellas antiguas páginas ante mis ojos atónitos.

Estaba desempleado, pues bien pocos empleos había entonces en Tasmania, y menos aún ahora. Tal vez mi mente era más susceptible a los milagros de lo que lo habría sido en otras circunstancias. Tal vez, igual que una pobre niña campesina portuguesa ve a la Virgen porque no desea ver otra cosa, también yo deseaba estar ciego en mi propio mundo. Tal vez si Tasmania hubiera sido un lugar normal, donde uno tuviera un trabajo como Dios manda, un lugar donde se pasan horas en medio del

tráfico, y más horas aún en el habitual cúmulo de preocupaciones, esperando para regresar a un encierro normal, un lugar en el que nadie soñara que es un caballito de mar, las cosas anormales, como convertirse en un pez, jamás sucederían.

Digo tal vez, pero la verdad es que tampoco estoy seguro.

Tal vez ese tipo de cosas pasan a cada momento en Berlín y en Buenos Aires, y a la gente sencillamente le avergüenza reconocerlo. Tal vez la Virgen se aparece a cada instante en las viviendas de protección oficial de Nueva York y en los horribles bloques de Berlín y en los barrios del oeste de Sidney, y la gente finge que no la ve y se limita a esperar que desaparezca cuanto antes para que deje de incordiarles. Tal vez la nueva Fátima se encuentra en algún lugar en medio de las vastas tierras baldías del Club de Trabajadores de Revesby, como un halo sobre la máquina tragaperras en la que parpadean las letras BLACK-JACK FEVER.

¿Será cierto que cuando todos están vueltos de espaldas, cuando todos tienen la vista fija en las máquinas tragaperras, no queda nadie para presenciar el momento en que una vieja levita mientras rellena su cartón del bingo? Tal vez hayamos perdido esa capacidad, ese sexto sentido que nos permite ver milagros y tener visiones y comprender que somos algo más grandes de lo que nos han dicho que éramos. Tal vez la evolución haya ido marcha atrás durante más tiempo del que sospechaba y ahora no seamos más que tristes y estúpidos peces. Pero como digo, no estoy seguro, y lo mismo les sucede a las únicas personas en las que confío, el señor Hung y la Conga.

Para ser sincero, he llegado a la conclusión de que en esta vida no hay muchas cosas de las que uno pueda estar seguro. A pesar de que creáis haber reunido pruebas suficientes para pensar lo contrario, yo valoro la verdad, pero, igual que William Buelow Gould siguió preguntando a sus peces mucho después de haberlos matado con sus interminables y fútiles preguntas, yo pregunto: ¿dónde está la verdad?

Se han llevado el libro y todo lo demás, pero ¿qué son los libros, al fin y al cabo, sino cuentos de hadas de los que no te puedes fiar?

Érase una vez un hombre llamado Sid Hammet que descubrió que no era quien creía ser.

Érase una vez un tiempo en que existían los milagros y el arriba mencionado Hammet creía haber sido partícipe de uno de ellos. Hasta aquel día había vivido de su ingenio, que es una manera amable de decir que su vida era una sucesión inacabable de desilusiones. A partir de aquel día sufriría la cruel enfermedad de la fe.

Érase una vez un hombre llamado Sid Hammet que vio reflejada su historia en el resplandor de un extraño libro de peces, un libro que empezaba como un cuento de hadas y terminaba como una canción infantil, a lomos de un caballo en dirección a Banbury Cross^[1].

Érase una vez un tiempo en el que ocurrieron cosas terribles, pero fue hace mucho, en un lugar muy lejano que todo el mundo sabe que no se encuentra aquí, ni ahora, ni entre nosotros.

II

Hasta aquel día me había dedicado a comprar muebles viejos y podridos que después envejecía más sirviéndome de todos los insultos imaginables^[2]. Mientras machacaba los tristes armarios a golpes de martillo para realzar su patética pátina, mientras me desahogaba con los metales viejos para potenciar su pútrido verdín, gritando todo tipo de horribles palabrotas para sentirme mejor, me imaginaba que aquellos muebles eran los turistas que ineludiblemente los comprarían, tomándolos erróneamente por los restos de un pasado romántico y no por lo que en realidad eran: muestras de un presente corrompido.

Mi tía abuela Maisie decía que era un milagro que hubiera encontrado un trabajo, y yo tenía la impresión de que ella lo sabía mejor que nadie; de otro modo no me habría llevado al estadio del North Hobart cuando yo tenía siete años, bajo la hermosa luz roja de finales del invierno, para ayudar milagrosamente al equipo de fútbol australiano a ganar las semifinales. Mi tía abuela roció el terreno enlodado con el agua bendita de Lourdes que llevaba en un diminuto frasco. El gran John Devereaux era el entrenador, y yo iba envuelto en la bufanda roja y azul de los Demons, como un gato egipcio momificado del que solo fueran visibles unos ojos grandes y curiosos. Durante la pausa del tercer cuarto salí corriendo al campo, me asomé por entre el poderoso bosque de muslos con aroma a linimento de los jugadores y oí al gran John Devereaux pronunciar un discurso enardecedor.

El North Hobart perdía por una docena de tantos y yo sabía que la arenga del gran John Devereaux a sus jugadores sería extraordinaria, porque no era un hombre que defraudara a sus seguidores. «Quitaos de la cabeza a esas tías —dijo—. Tú, Ronnie, olvida a esa Jody. En cuanto a ti, Nobby, cuanto antes te saques a esa Mary de la cabeza, mejor». Y así siguió. Fue maravilloso oír todos esos nombres de chicas y saber que significaban tanto para aquellos gigantes en el tercer cuarto. Cuando ganaron, chutando con el viento en contra, supe que el amor y el agua formaban una combinación realmente invencible.

Pero volviendo a mi trabajo con los muebles, como decía Rennie Conga, mi agente de la condicional por aquel entonces (me apresuro a aclarar, por si alguien de su familia lee esto y se ofende, que ese no era exactamente su nombre, pero nadie pudo recordar jamás su apellido italiano completo y en cierto sentido este parecía adecuado a su cuerpo sinuoso y a la ropa oscura y ceñida con que elegía cubrir aquella figura serpentina), era una profesión con perspectivas, sobre todo cuando llegaban los cruceros llenos de americanos viejos y obesos. Con sus vientres protuberantes, pantalones cortos, extrañas piernas flacas y los aún más extraños zapatones blancos, poniendo el punto final a aquellos cuerpos descomunales, los americanos eran simpáticos interrogantes de seres humanos.

He dicho simpáticos, pero lo que en realidad quiero decir es que tenían dinero.

También tenían sus gustos, que eran peculiares, pero en lo concerniente al comercio me gustaban mucho, y yo a ellos. Durante un tiempo la Conga y yo hicimos un buen negocio con sillas viejas que ella había comprado en una subasta después del cierre de otra de tantas oficinas de un departamento gubernamental en Tasmania. Las pinté con distintos esmaltes brillantes, las volví a decapar, las raspé ligeramente con un rallador de verduras, me meé en ellas y las hice pasar por sillas Shaker, llegadas con los balleneros de Nantucket del siglo pasado durante su búsqueda incesante de los grandes leviatanes por los Mares del Sur, como decíamos nosotros en respuesta a los interrogantes.

Era la historia en realidad lo que compraban los turistas, y solo ese tipo de historia les interesaba, una historia americana —un cuento feliz y conmovedor sobre cómo Nosotros los Encontramos Vivos y los Llevamos de Vuelta a Casa—, y durante un tiempo fue una buena historia. Tanto que nos quedamos sin existencias y la Conga se vio obligada a poner en marcha una línea de producción para nuestra empresa, para lo que cerró un trato con una familia vietnamita recién llegada, mientras que yo pasaba a máquina la historia y le añadía genuinos sellos de autenticidad de una organización falsa a la que dimos el nombre de Asociación de Anticuarios de la Tierra de Van Diemen.

La historia del vietnamita (se llamaba Lai Phu Hung, pero la Conga, que creía en el respeto, insistió siempre en que lo llamáramos señor Hung) era tan interesante como cualquier vieja historia de balleneros; la huida familiar de Vietnam, más peligrosa; su trayecto hasta Australia en un junco de pescadores abandonado, más desesperado, y sus tallas con huesos de ballena, además, las mejores. Con esta actividad, debo añadir, montamos también un respetable negocio. Como plantillas para sus tallas, el señor Hung utilizaba los grabados ilustrados de una vieja edición de la Modern Library de *Moby Dick*.

Pero ni él ni su familia tenían un Melville, un Ishmael, un Queequeg o un Ahab en el alcázar, ni tampoco un pasado romántico, sino tan solo sus problemas y sus sueños, como el resto de nosotros, y era todo demasiado sórdido e irremediabilmente humano para que los voraces interrogantes le concedieran algún valor. Ahora bien, para ser justo con los interrogantes hay que reconocer que tan solo buscaban algo que los distanciara del pasado y de la gente en general, no querían saber de nada que les sugiriese cualquier relación con sentimientos humanos o dolorosos.

Acabé por comprender que querían historias en las que ya estuviesen aprisionados, y no historias en las que aparecieran como cómplices del narrador en la evasión. Querían que les dijeras: «Balleneros» para poder responder: «Moby Dick», y evocar imágenes de la miniserie del mismo título; entonces podías decirles: «antigüedad» y ellos te respondían: «¿Cuánto vale?».

Esa clase de historias.

Por las que vale la pena pagar.

No como las del señor Hung, que no querían saber nada de interrogantes, algo

que el vietnamita parecía aceptar admirablemente, en parte porque su verdadera ambición no era ser conductor de una grúa a vapor, como en la ciudad de Hai-Phong, sino un poeta, y este sueño le permitía fingir una resignación romántica ante la indiferencia de un mundo insensible.

Porque la religión del señor Hung era, literalmente, la literatura. Perteneía a la Cao Dai, una secta budista que consideraba a Victor Hugo un dios. Además de adorar las novelas de su deidad, el señor Hung parecía conocer e insinuaba tener cierta comunión espiritual con otros grandes escritores franceses del siglo XIX sobre los que yo no sabía nada aparte del nombre, y a veces ni siquiera eso.

Siendo aquello Hobart y no la ciudad de Hai-Phong, a los turistas les importaban un bledo las personas como el señor Hung, y desde luego no pensaban darnos dinero alguno por sus historias de grúas a vapor o de las grullas pescadoras de su padre, ni por su poesía o, ya puestos, sus ideas acerca de la relación entre Dios y la literatura gala. Así que el señor Hung excavó un pequeño taller bajo su vieja casa de la Zinc Company en Lutana y se puso a fabricar sillas antiguas falsas y a tallar imitaciones de huesos de ballena para complementar nuestras ficciones, que eran más sórdidas.

Y de todas formas, ¿por qué habría de importarnos todo esto al señor Hung, a su familia, a la Conga o a mí?

Los turistas tenían dinero y nosotros lo necesitábamos; a cambio, solo pedían que les mintieran y les engañaran, diciéndoles lo que creían que era lo más importante: que estaban a salvo, que su sentido de la seguridad —nacional, individual, espiritual— no era una broma pesada que les gastaba un destino caprichoso y aburrido; que les dijeran que no había relación alguna entre el pasado y el presente, que no necesitaban llevar un brazalete negro ni tener mala conciencia, porque eran ricos y poderosos y el resto del mundo no lo era, que no debían sentirse corrompidos, porque nadie podía o quería explicar por qué la riqueza de unos pocos, curiosamente, parecía depender tanto de la miseria de la mayoría. Amablemente fingíamos que se trataba de comprar y vender sillas, de que ellos formularan preguntas sobre el precio y la procedencia y nosotros las contestáramos.

Pero no se trataba ni del precio ni de la procedencia; no se trataba de eso en absoluto.

Los turistas tenían preguntas insistentes e íntimas que nosotros teníamos que responder como mejor supiéramos, con muebles falsos. En realidad preguntaban: «¿Estamos a salvo?», y nosotros, de hecho, respondíamos: «No, pero es probable que una barricada de objetos inútiles os sirva para ocultaros detrás». Y dado que la *hybris*, el orgullo desmedido, no es solo una palabra del griego antiguo sino también un sentimiento humano tan arraigado como para poder considerarlo un instinto infalible, también querían saber: «¿Es culpa nuestra? ¿Sufriremos por ello?», a lo que nosotros respondíamos en realidad: «Sí, y lentamente, pero una silla falsa puede que nos haga sentir mejor a los dos». Quiero decir que era una forma de ganarse la vida, y si no era un sistema demasiado bueno, tampoco era del todo malo; por otro lado, mientras

pudiese acarrear tantas sillas como pudiéramos vender, no iba a echarme encima el peso del mundo.

Puede que penséis que una empresa así estaba destinada al éxito, que tuvo que progresar y diversificarse hasta acabar convertida en una compañía redentora de proporciones globales y mérito nacional. Puede que incluso hubiera debido ganar premios a la exportación. Sin duda en cualquier otra ciudad más receptiva a la ilegalidad —como Sidney, por ejemplo— tal fraude de ensueño hubiera sido espléndidamente recompensado. Pero estábamos en Hobart, donde los sueños eran un asunto estrictamente privado.

Tras recibir varias cartas de abogados de anticuarios locales y la correspondiente amenaza de acciones legales, nuestra noble oferta de solaz a los tribunales retirados de un imperio decrepito se desfondó. La Conga se vio obligada a entrar en el mundo de la consultoría ecoturística con el falsificador de muebles vietnamita, y yo me dispuse a buscar nuevas actividades.

III

Así fue como aquella mañana invernal, que acabaría siendo aciaga, pero en aquel momento parecía simplemente glacial, me hallaba yo en la zona del muelle de Salamanca. En un viejo tinglado de piedra arenisca me topé con lo que todavía era una trapería, antes de que los turistas se apropiaran también de aquel espacio y lo convirtieran en uno más de tantos restaurantes al aire libre de delicados recocidos.

Arrinconado tras unos anticuados armarios de madera negra de los años cuarenta que ningún turista estaría interesado en recibir a modo de absolución, advertí por casualidad una vieja fresquera de hierro galvanizado. La abrí, impelido por el deseo infantil de ver todo lo que está cerrado.

Dentro solo distinguí un montón de revistas femeninas de épocas pasadas, hallazgo tan polvoriento como decepcionante. Cuando cerraba la puerta, bajo aquellos lejanos ecos de historias de amor y relatos escabrosos sobre princesas tristes y perdidas, me fijé en unos frágiles hilos de algodón que asomaban alegremente como el vello de la tía abuela Maisie, sin vergüenza y con cierto vigor arcaico.

La puerta chirrió con ruido sordo cuando volví a abrirla para mirar el interior con mayor detenimiento. Vi que los hilos salían de una encuadernación algo raída, cuyo lomo se había deshecho parcialmente. Metí la mano con tanto cuidado como si fuera un pez descomunal irremediablemente atrapado en mi red, alcé las revistas y saqué de debajo lo que parecía un libro en un grave estado de deterioro.

Lo alcé hasta mi cara.

Acerqué la nariz.

Curiosamente no tenía el olor dulzón a moho de los libros viejos, sino el de los vientos salobres que soplan desde el mar de Tasmania. Suavemente pasé el dedo índice por la tapa. Tenía un tacto sedoso, aunque estaba cubierta por una capa de mugre negra. Fue al limpiar aquel limo centenario cuando ocurrió el primero de una serie de sucesos extraordinarios.

Debería haberme dado cuenta de que no era un libro corriente, y desde luego no era un libro con el que debería mezclarse un pelagatos como yo. Conozco, o al menos creía conocer, mis límites delictivos, y pensaba que había aprendido a decir que no a cualquier payasada que implicara un riesgo para mi persona.

Pero era demasiado tarde. Como me habían dicho en otras ocasiones con motivo de una demanda judicial, ya estaba implicado. Pues bajo aquel frágil polvo negro ocurrió algo asombroso: la tapa vetuada del libro despedía un leve resplandor púrpura que iba aumentando en intensidad.

IV

En el exterior, hacía un día melancólico e invernal.

La nieve cubría la montaña que se alzaba sobre la ciudad. La niebla descendía sobre el ancho río, depositándose lentamente como un edredón de nieve sobre el valle por el que se extendían las tranquilas calles de Hobart, desiertas en su mayor parte. En la fría belleza de la mañana, unas cuantas figuras envueltas en variopintas ropas de abrigo pasaban a toda prisa para desvanecerse acto seguido. La montaña pasó del blanco al gris y luego desapareció para rumiar detrás de negras nubes. La ciudad se adormecía tranquilamente. La nieve, como los sueños perdidos, empezó a pasearse por su silencioso mundo.

Todo lo cual no está totalmente fuera de lugar, porque lo que en realidad intento decir es que hacía tanto frío como en una tumba y había diez veces más silencio, y que en un día como aquel no hubo portento alguno, nada que me advirtiera de lo que estaba a punto de pasar. Desde luego, en un día como aquel nadie más se molestó en aventurarse en el interior de la trapería oscura y sin calefacción del muelle de Salamanca. Incluso el propietario permanecía acurrucado junto a un pequeño radiador en el extremo más alejado de sus dominios, de espaldas a mí, quitando subrepticamente ese espantoso himno de los comercios al por menor de hoy, *Las cuatro estaciones* de Vivaldi, para sintonizar el reconfortante rubato de las carreras, un sonido como de pantuflas doradas.

No había nadie más en el mundo para ver, para presenciar conmigo ese milagro, el momento en que el mundo pareció concentrarse en un sombrío rincón de una vieja trapería y la eternidad se contrajo en el mismo instante en que limpié el limo de la tapa de aquel extraño libro.

Igual que la piel de una perca atrapada en plena noche, la tapa del libro era ahora un amasijo de manchas palpitantes de color púrpura. Cuanto más frotaba yo, más se extendían las manchas, hasta que resplandeció toda la cubierta. Igual que al pescador nocturno que captura la perca, la fosforescencia moteada se propagó del libro a mis manos, hasta que también estas quedaron llenas de motas de color púrpura que centelleaban en espléndido desorden, como las luces de una ciudad exótica y desconocida avistada desde un avión. Cuando alcé mis manos luminosas y me las miré y luego las volví lentamente con asombro —unas manos tan familiares y, sin embargo, tan ajenas— fue como si hubiera iniciado ya una inquietante metamorfosis.

Dejé el libro sobre una mesa de contrachapado que había junto a la fresquera, pasé un pulgar, ahora luminoso, por el suave vientre de páginas frágiles e ingobernables, y levanté la tapa. Ante mi asombro, el libro se abrió por el dibujo de un caballito de mar panzudo. Apiñado en torno al caballito de mar, como restos flotantes de algas pardas y verdes, había un texto manuscrito arrugado. De vez en cuando, se intercalaba otra acuarela de un pez.

Debo admitir que era un batiburrillo horrible, historias escritas con tinta amontonadas sin orden ni concierto sobre otras escritas a lápiz. Al quedarse sin espacio hacia el final del libro, el escritor parecía haberse limitado a darle la vuelta para seguir escribiendo más relatos entre las líneas ya existentes, en dirección opuesta y con el libro al revés. Por si esto no fuera ya bastante confuso —que lo era—, había numerosos apéndices y notas apretados en los márgenes y a veces en hojas sueltas de papel, y en una ocasión en lo que parecía una piel seca de pez. Era como si el autor hubiera reclutado a la fuerza materiales de todo orden —velas viejas, trozos arrancados de Dios sabe qué libros, tela de saco o incluso arpillera— para utilizarlo como superficie que después cubría con una letra vistosa y apretada, en el mejor de los casos muy difícil de descifrar.

Como resultado de semejante caos, me parecía estar leyendo un libro que en realidad no empezaba jamás y que jamás terminaba del todo. Era como contemplar un precioso calidoscopio de vistas cambiantes: algo peculiar, a veces frustrante, a veces fascinante, pero en modo alguno ese asunto que empieza y termina en lo que debe consistir un buen libro.

Sin embargo, antes de darme cuenta, me había dejado arrastrar por las historias que acompañaban a aquellos peces, si es que pueden siquiera describirse como tales, pues el libro estaba escrito más bien a la manera de un diario o cuaderno de bitácora, a veces sobre sucesos reales, inmersos en el lodo de lo prosaico, y otras sobre asuntos tan estrambóticos que al principio pensé que debía de encontrarme ante una crónica de sueños o pesadillas.

Este extraño registro parecía pertenecer a un convicto llamado William Buelow Gould al que en 1828, supuestamente en interés de la ciencia, el médico del penal de la Isla de Sara ordenó que pintara todos los peces capturados allí. Pero si bien la tarea de pintarlos era obligatoria, no lo era la de escribir, que el autor acometió como una carga adicional. Los presos tenían prohibido escribir tales diarios y, por lo tanto, hacerlo era peligroso. Cada relato estaba escrito con una tinta de color distinto, la cual, tal como explica el reo escriba, obtenía mediante diversos e ingeniosos recursos a partir de cualquier cosa que tuviera a su alcance: la tinta roja, de sangre de canguro; la azul pulverizando una piedra preciosa robada, etcétera.

El autor había escrito en colores; para ser exactos, sospecho que sentía en colores. No quiero decir que se explayara con los crepúsculos de oscuro color vino o la magnificencia azul celeste de un mar en calma. Lo que pretendo sugerir es que su mundo asumía tonos que lo abrumaban, como si el universo fuera una consecuencia del color y no a la inversa. ¿Servía la maravilla del color, me pregunté, para compensar el horror de su mundo?

Pese a su estilo tosco, sus muchas incoherencias, su difícil lectura y su extraña belleza, por no hablar de sus momentos más ridículos y a veces francamente inverosímiles —y, para ser sincero, quizá también por esos mismos motivos—, aquel arco iris clandestino de historias me cautivó de tal modo que como mínimo debí de

leer la mitad antes de volver en mí.

Encontré un trapo viejo en el suelo, con el que me froté las manos hasta quitarles las manchas relucientes de color púrpura, y volví a esconder el libro en la fresquera, que compré después tras un breve regateo por el precio convenientemente bajo que alcanzaban las fresqueras oxidadas de hierro galvanizado antes de que, como cualquier otro trasto viejo, también se pusieran de moda.

Aún hoy no sabría decir cuáles eran exactamente mis intenciones cuando salí, llevando como podía aquella voluminosa fresquera bajo la suave tormenta de nieve. Sabía que podría aplicar a la fresquera una pátina de antigüedad con un pulverizador y hacerla pasar luego por un mueble para un equipo de sonido antiguo y venderla por el doble de lo que me había costado, del mismo modo que sabía que acabaría embaucando a algún dentista para que me hiciera un empaste gratis a cambio de las viejas revistas femeninas con las que llenaría su sala de espera; pero no tenía la menor idea de lo que iba a hacer con el *Libro de los peces*.

Me avergüenza admitir que al principio tuve el impulso abyecto de arrancar las numerosas ilustraciones de peces para enmarcarlas y vendérselas a algún anticuario que se dedicara a la compraventa de grabados. Pero cuanto más leí y releí el *Libro de los peces* aquella noche, la noche siguiente y las muchas noches que vinieron después, menos inclinado me sentía a sacarle provecho.

La historia me embrujó y me aficioné a llevar el libro conmigo a todas partes, como si fuera un poderoso talismán, como si contuviera una especie de magia que de algún modo pudiera transmitir o explicar algo fundamental para mí. Pero no sabía explicar qué era esa cosa fundamental, ni por qué parecía ser tan importante. Sigo sin poder hacerlo.

Lo único que puedo decir con certeza es que, cuando lo llevé a historiadores, bibliófilos y editores para que opinaran sobre su valor, pensando que quizá también ellos se deleitarían con mi descubrimiento, me di cuenta de que por desgracia solo yo había sido hechizado.

Si bien todos se mostraron de acuerdo en que el *Libro de los peces* era viejo, en su mayor parte —la historia que afirma relatar, los peces que asegura representar, los presos y guardias y funcionarios del penal que pretende describir— parecía coincidir con los hechos conocidos solo hasta el momento en que entraba en conflicto con ellos. Según me dijeron, aquel belicoso libro era el producto insignificante, aunque curioso, de una mente desquiciada de otra época.

Cuando conseguí convencer al museo para que realizaran un estudio del papel, las tintas y las pinturas, la prueba del carbono 14 e incluso un TAC del libro, página a página, admitieron que todos los materiales y las técnicas parecían auténticas. Sin embargo, la historia se desacreditaba a sí misma de modo tan tajante que, en lugar de avenirse a avalar la autenticidad del libro como obra de gran interés histórico, los expertos del museo me felicitaron por la calidad de mi falsificación y expresaron sus mejores deseos para mi trabajo en el sector turístico.

V

Mi última posibilidad estaba en manos del eminente historiador colonial profesor Roman de Silva, y mis esperanzas aumentaron durante los días que siguieron al envío por correo del *Libro de los peces*. Luego se hundieron durante varias semanas esperando su respuesta. Finalmente, un jueves por la tarde en que lloviznaba, su secretaria llamó por teléfono para decir que el profesor podía atenderme veinte minutos aquel mismo día, en su despacho de la universidad.

Descubrí allí a un hombre cuya reputación parecía no solo en desacuerdo sino en abierto conflicto con su aspecto. Los movimientos espasmódicos del profesor Roman de Silva, su figura diminuta y barriguda y sus cabellos teñidos de negro que cubrían la cabeza minúscula con un peinado inverosímil a lo rockero sugerían un desafortunado cruce entre un muñeco de Elvis y un gallo nervioso.

Era evidente que el *Libro de los peces* estaba sentado en el banquillo de los acusados, y que el profesor acometería los preliminares de lo que acabaría por ser un caso fulminante para la acusación, resuelta a no permitir que nuestra entrevista degenerara en conversación en ningún momento.

El profesor me dio la espalda, revolvió en un cajón y luego, con un movimiento súbito que pretendía ser teatral pero que solo consiguió ser torpe, dejó caer una bola y una cadena de hierro fundido sobre su escritorio. Sonó un fuerte chasquido como de madera partida, pero el profesor de Silva estaba ya enfrascado en su actuación y, como un auténtico profesional, no iba a permitir que ni eso, ni ninguna otra cosa, lo detuviera.

—Ya lo ve, señor Hammet —dijo.

No dije nada.

—¿Qué ve usted, señor Hammet?

No dije nada.

—Una bola y una cadena, señor Hammet, ¿es eso lo que ve? Una bola y una cadena de preso, ¿no es así?

Asentí, con el deseo de resultar agradable.

—No, señor Hammet, no ve nada de eso. Un fraude, señor Hammet, eso es lo que usted ve. Lo que está viendo es una bola y una cadena hechas por expresidarios a finales del siglo diecinueve para vendérselas a los turistas que visitaban el horror gótico de la colonia penitenciaria de Port Arthur. Lo que está viendo es un engaño chabacano y fraudulento del tipo *souvenir*, señor Hammet. Una muestra de mal gusto que no tiene nada que ver con la historia.

El profesor hizo una pausa, se metió el nudillo de su pequeño dedo índice en las hirsutas ventanas de la nariz, de las que sobresalían pelos húmedos y negros lo bastante largos para atrapar palomillas, y luego siguió hablando.

—Lo que no está viendo usted es historia, señor Hammet. La historia tiene fuerza.

Pero una falsificación carece de ella.

Yo estaba impresionado. Para una persona con mis antecedentes, aquello era como el pasado de mi noble arte. También parecía fácil de vender. Mientras me preguntaba qué tal se desenvolvería el señor Hung con la forja y la herrería, si debía llamar a la Conga y recomendarle aquella nueva actividad potencialmente lucrativa con la que había tropezado por casualidad y qué eufemismos podría utilizar para transmitir la carga erótica que inevitablemente encontrarían nuestros amigos americanos en un objeto semejante («¿Es que no hay nada para ellos que no esté relacionado con el sexo?», preguntó un día la Conga, a lo que el señor Hung había respondido: «Las personas»), el profesor Roman de Silva dejó caer el *Libro de los peces* de Gould junto a la bola y la cadena, lo que a mí me pareció una falta de respeto total.

—Y esto, esto no es mejor. Una falsificación antigua, quizá, señor Hammet —y aquí me dirigió una triste mirada de complicidad—, aunque ni siquiera estoy seguro de haber elegido bien el adjetivo.

El profesor se dio la vuelta, metió las manos en los bolsillos y estuvo mirando por la ventana el aparcamiento que había varias plantas más abajo durante un rato, que a mí me pareció muy largo, antes de volver a hablar.

—Pero falsificación al fin y al cabo.

Y, de espaldas a mí, siguió parlotando de un modo que yo sospeché que había perfeccionado con generaciones de sufridos alumnos, explicándoles a la ventana y al aparcamiento que el penal descrito en el *Libro de los peces* se parecía, superficialmente al menos, al mismo que existió por aquel entonces en aquella isla a la que solo se desterraba a los peores presos, que su emplazamiento coincidía también con el que se conocía, un lugar aislado en una amplia bahía rodeado por las tierras salvajes e impenetrables de la mitad occidental de la Tierra de Van Diemen^[3], una parte ignota que en los mapas de la época se representaba únicamente con un siniestro vacío que los cartógrafos coloniales denominaban Transilvania.

Entonces el profesor se volvió para mirarme, echándose hacia atrás por enésima vez el tupé plagado de confeti casposo.

—Pero si bien es un hecho documentado que entre mil ochocientos veinte y mil ochocientos treinta y dos la Isla de Sara fue el lugar de castigo más temido de todo el Imperio británico, no hay casi nada en el *Libro de los peces* que coincida con la historia conocida de esa isla infernal. Pocos de los nombres mencionados en su curiosa crónica se encuentran en los documentos oficiales que han llegado hasta nosotros, y los que sí coinciden asumen identidades e historias que están en completo desacuerdo con lo que se describe en este... este lamentable pastiche.

»Y si nos molestamos en examinar los archivos históricos —prosiguió el profesor, pero yo ya sabía que detestaba el *Libro de los peces*, que buscaba la verdad en los hechos y no en los relatos, que la historia para él no era más que un pretexto para ver el presente con compungido fatalismo, que un hombre con semejante

peinado era proclive a una nostalgia banal que inexorablemente conduciría a la sensación de que la vida era tan ramplona como él mismo—, descubrimos que la Isla de Sara no sufrió el expolio de un gobernador tirano, ni se convirtió durante cierto tiempo en un puerto comercial de tal prestigio y autonomía que acabó siendo una nación comerciante independiente, ni tampoco fue arrasada por un fuego apocalíptico como se describe en la crónica catastrofista que es su *Libro de los peces*. —Y así siguió y siguió con su cháchara, refugiándose en lo único que creía que le daba superioridad: las palabras.

Dijo que tal vez un día el *Libro de los peces* se haría un hueco en la historia ignominiosa, por no decir inconsistente, de los fraudes literarios australianos.

—La única parte de las letras nacionales —comentó— en la que Australia puede reclamar con justicia cierto renombre internacional. Huelga añadir —prosiguió con una sonrisa maliciosa, oculta casi por el flácido tupé que caía sobre su rostro como un borracho a punto de vomitar— que, si lo publicara como novela, ocurriría lo inevitable: podría ganar premios literarios.

Quizá el *Libro de los peces* tuviera sus limitaciones —aunque yo no estaba dispuesto a reconocerlas—, pero jamás me había parecido lo bastante aburrido y pomposo para ser confundido con literatura nacional. Tomando el comentario del profesor como una broma grosera e intencionada a mi costa, di por terminada la reunión con un adiós desabrido, recogí el *Libro de los peces* y me fui.

VI

Al principio los argumentos que había escuchado me convencieron en parte y admití que el libro tenía que ser una especie de engaño complejo y disparatado. Pero para una persona que sabe bastante del juego del engaño, que sabe que para el timo no es necesario contar mentiras sino confirmar ideas preconcebidas, el libro, si era un fraude, no tenía sentido, porque nada en él concordaba con lo que se suponía que había sido el pasado.

El libro se había convertido en un rompecabezas que yo estaba decidido a resolver. Investigué en el Archivo Oficial de Tasmania, cuya fachada urbana, pulcra y anodina no deja traslucir el registro completo del Estado totalitario que alberga en su interior. Allí descubrí pocas cosas útiles, con excepción del sabio y venerable archivero, el señor Kim Pearce, con quien me dio por beber.

Además de lo que el profesor De Silva había denominado «las rarezas imprevisibles» del *Libro de los peces*, existía el problema añadido de la identidad del cronista, «la *lacuna lacunae*», como la había llamado el profesor De Silva, una frase que para mí tenía tan poco sentido como William Buelow Gould para él.

En los archivos sobre reclusos, el señor Kim Pearce encontró varios William Gould muertos, pero me dio a conocer a un Willy Gold vivo en el Hope and Anchor; a un acuarelista alcohólico que pintaba pájaros con el paladar hendido (el acuarelista, no los pájaros) en el Ocean Child, y a Pete, el dueño del pequeño y acogedor *pub* Crescent.

Solo la vida de uno de los William Gould históricos (es decir, muertos) parecía corresponderse en ciertos aspectos con la del autor del *Libro de los peces*, ya que compartía con él un historial delictivo similar y el mismo tatuaje sobre el pecho izquierdo: un ancla roja con alas azules y en torno a ella la inscripción AMOR Y LIBERTAD. Fue a este William Buelow Gould, artista y delincuente habitual, al que encomendaron la tarea específica de pintar peces para el médico al llegar en 1828 al penal de la Isla de Sara.

Si bien estos detalles coincidían con la vida descrita en el *Libro de los peces*, el expediente histórico del preso Gould sugiere una vida en completo desacuerdo con la que tanto me había cautivado. En ocasiones daba la impresión de que el autor del *Libro de los peces*, el narrador William Buelow Gould, había nacido con memoria, pero sin la experiencia ni la historia que la justificaran, y de que se hubiera pasado el resto de su vida inventando lo que no existía, en el curioso convencimiento de que su imaginación podría convertirse en experiencia, lo que a la vez explicaría y curaría su problema de una memoria inconsolable.

Tras semejante desconcierto, imaginad mi asombro al descubrir en el silencio de la Biblioteca Allport un segundo *Libro de los peces*, atribuido al preso artista William Buelow Gould, que contenía maravillosas ilustraciones, idénticas al *Libro de los*

peces del muelle de Salamanca salvo en un detalle, una similitud tan extraordinaria que sentí como si me ahogara por falta de aire.

Me llevé aparte al amable señor Pearce, que tan útil me había sido, y le expliqué por qué había soltado un grito ahogado.

Le conté que había descubierto que sin duda había dos libros de peces en lugar de uno, que las dos obras parecían imitarse la una a la otra con tanta precisión que eran a la vez iguales y, sin embargo, diferentes en lo fundamental. Mientras que uno (el *Libro de los peces* de la Biblioteca Allport) no contenía una sola palabra escrita, el otro (el *Libro de los peces* de Salamanca) bullía de palabras como el océano de peces, y estos bancos de palabras formaban una crónica que explicaba la curiosa génesis de las ilustraciones. Un libro hablaba con la autoridad de las palabras y el otro con la autoridad del silencio, y era imposible decir cuál de los dos era más misterioso.

—De hecho —dijo el señor Kim Pearce, sacando unas pastillas Mylanta sin hacer ningún comentario—, el misterio se acentúa al ser cada uno de los dos libros un reflejo distorsionado del otro.

Volví corriendo a casa, saqué de su escondite, tras el espejo del cuarto de baño, la edición hallada en la fresquera y me recliné una vez más en un hotel cercano para entregarme a los peces y a la bebida.

Y aquí, antes de continuar, debo mencionar un segundo atributo insólito del *Libro de los peces*, además de su tapa luminosa, una cualidad extraordinaria que parecía reflejar la vida. He comentado ya que el libro parecía no terminar nunca en realidad. Pero esa no es toda la verdad. Incluso ahora vacilo antes de escribir ese rasgo tan peculiar que resulta increíble: la negativa de su historia a terminar.

Cada vez que abría el libro, caía de él un trozo de papel con alguna revelación que no había leído hasta entonces, o tropezaba con una anotación que sin saber cómo había pasado por alto en mis lecturas anteriores, o daba con dos páginas pegadas en las que no había reparado y que, al ser cuidadosamente separadas, desvelaban un nuevo elemento de la historia que me obligaba a revisar el conjunto bajo una luz completamente distinta. De este modo, cada vez que abría el *Libro de los peces*, aparecía milagrosamente lo que equivalía a un nuevo capítulo. Aquella noche, sentado solo en el bar del Republic —el Empire de otros tiempos— volvió a ocurrir, excepto que entonces supe, sumido incluso en la decrepitud de mi pasión ciega, que, por la naturaleza misma de su contenido, lo que leía con horror creciente era el último capítulo que habría de leer.

Cuando me acercaba al final, las páginas se humedecieron primero bajo mis dedos, luego se mojaron y, finalmente, notando el corazón desbocado, con la respiración que se me aceleraba, entrecortada y jadeante, tuve la inexplicable sensación de que estaba leyendo unas palabras escritas en el mismísimo fondo del océano.

En un estado de total incredulidad, llegué a lo que sabía que era el final. Comprendí que ya no volverían a aparecer más capítulos multicolores por arte de

magia, y contemplando con asombro la terrible historia de William Buelow Gould y sus peces, pedí un ouzo para parar el temblor de mis manos, lo apuré de un solo trago vacilante y dejé la copa sobre un posavasos de paño con el logotipo de la cerveza Cascade; luego, aturdido aún, me fui al lavabo.

Al volver descubrí que habían limpiado la barra del bar.

Sentí que se me contraía la garganta y de pronto me resultó difícil respirar.

VII

El paño de cerveza Cascade ya no estaba.

El vaso vacío de ouzo ya no estaba.

No estaba... ¡el *Libro de los peces*!

Intenté tragar saliva, pero se me había quedado la boca seca. Procuraba mantenerme erguido, pero me balanceaba, presa de un miedo vertiginoso. Intentaba no dejarme arrastrar por el pánico, pero los latidos de mi corazón eran como un bramido ensordecedor, como olas monstruosas que retumbaban una tras otra en el fondo del océano de mi alma. Allí donde había dejado el *Libro de los peces* de Gould no quedaba nada; es decir, nada aparte de un charco grande y salobre que el camarero secaba con una esponja y luego escurrió sobre un fregadero.

Solo ahora comprendo que el *Libro de los peces* regresaba al lugar del que provenía; que, paradójicamente, al tiempo que el *Libro de los peces* se terminaba para mí, estaba empezando para otros.

Pero en ese momento todo me resultaba confuso. Peor aún, aquella noche en el hotel nadie, ni el camarero ni ninguno de los clientes, recordaba siquiera la presencia del libro. Un horror desolado, inmenso y absoluto como el abandono, se adueñó de mí.

Se sucedieron varias semanas angustiosas y depresivas, durante las cuales insistí inútilmente a la policía para que investigara a fondo aquel robo descarado. Volví a la trapería de Salamanca con la engañosa y desesperada esperanza de que el libro hubiera sido reabsorbido hacia su pasado por una curiosa ósmosis temporal. Regresé una y otra vez al Republic y pasé horas y horas buscando bajo la barra, volcando cubos de basura, expulsando a pilluelos que dormitaban con sus monopatines junto al contenedor de la parte trasera para proseguir mi búsqueda incesante, enfrentándome continuamente a clientes y personal, hasta que me echaron por la fuerza y me dijeron que no volviera nunca más. Pasé largas horas mirando los pútridos desagües de las alcantarillas con la vana ilusión de que el libro pudiera metamorfosearse allí.

Pero al cabo de unos meses tuve que aceptar la horrible verdad.

El *Libro de los peces*, con sus innumerables maravillas y su historia espeluznante e inacabable, había desaparecido. Yo había perdido algo fundamental y en su lugar había adquirido una curiosa infección: el terrible contagio de un amor no correspondido.

VIII

—¿Viajes? ¿Aficiones? —preguntó el doctor Bundy con su voz meliflua. En los cinco minutos que llevaba en su consulta, había acabado por detestar aquella voz tanto como el resto de su persona. Cuando me incorporé y me puse la camisa, me dijo que no me encontraba ningún problema de salud y que puede que lo que necesitara fuera cultivar algún interés diferente. Así siguió hablando y hablando. ¿Había pensado en apuntarme a un gimnasio? ¿A un grupo de terapia masculina?

Sentí la misma sensación de ahogo que se había apoderado de mí en la Biblioteca Allport y luego en el *pub* la noche fatídica de la desaparición del *Libro de los peces*. Salí corriendo de la consulta. Puesto que el doctor Bundy se negaba a aceptar la realidad de mi enfermedad, a mí me pareció razonable negarme a aceptar el valor de sus remedios. En cualquier caso, no tenía dinero para viajar ni ganas de cultivar una afición, y sentía una intensa aversión a las humillaciones públicas inherentes al triatlón o a la idea de abrazar a sudorosos dentistas new age en tiendas indias mientras solemnemente se pasaban unas plumas por encima los unos a los otros y lloriqueaban sin cesar porque no habían conocido a su padre.

La comida siguió dándome náuseas, me pasaba las noches con la vista fija en un océano de oscuridad en el que no podía penetrar, y las horas del día se me hacían infinitas y estaban plagadas de pesadillas sobre criaturas marinas; y durante mucho tiempo continué inexplicablemente enfermo.

Las desgracias, como suele ocurrir, nunca vienen solas. La tía abuela Maisie murió de salmonelosis. Pasé largas horas junto a su tumba. Di en pensar que el libro no era muy distinto a aquellas quiches caducadas hacía dos décadas que mi tía sacaba con tanto entusiasmo del congelador, esperando simplemente el milagro de que el microondas las resucitara. El libro era el campo de fútbol del North Hobart, aguardando unas cuantas gotas de agua bendita de Lourdes y recuerdos de amores ausentes. Empezaba a sospechar que el libro me esperaba a mí.

Tal vez fuera así como mi enfermedad tomó la forma de una misión. O quizá solo mi alegría por la gloriosa maravilla de que todo lo que escribió y pintó Gould explique mi decisión posterior de reescribir el *Libro de los peces*, un libro que no tiene interés popular, ni justificación académica, ni recompensa monetaria, ni nada en realidad, salvo la locura de una pasión lamentable.

A partir de recuerdos buenos y malos, fiables y poco fidedignos, utilizando mis apresuradas transcripciones, algunas de secciones enteras y otras que eran apenas breves apuntes que describían largos fragmentos del libro, y mediante el útil recurso de reproducir las ilustraciones sin palabras del *Libro de los peces* de Allport, emprendí mi desesperada tarea.

Tal vez el señor Hung tiene razón al erigir un altar a Victor Hugo: crear un libro, aun cuando sea tan insuficiente como este penoso ejemplar que ahora leéis, significa

aprender que el único sentimiento apropiado hacia quienes viven en sus páginas es el amor. Tal vez leer y escribir libros sea una de las últimas defensas que nos ha dejado la dignidad humana, porque al final nos recuerdan lo que Dios nos recordó una vez antes de que también Él se evaporara en esta época de implacables humillaciones: que somos más que nosotros mismos, que tenemos alma. E incluso más.

O tal vez no.

Porque estaba claro que era una carga demasiado pesada para Dios eso de andar recordando a la gente que era algo más que polvo hambriento, y en realidad lo único que puede extrañarnos es que perseverara durante tanto tiempo antes de darse por vencido. No es que yo no lo comprenda —a menudo he sentido la misma repugnancia hastiada por mis rudimentarias creaciones—, pero no espero ni deseo que el libro triunfe allá donde falló Él. Mi deseo no pasó nunca de crear una nave —por tosca que fuera— en la que todos los peces de Gould pudieran ser devueltos al mar.

Pero debo confesar que siento un dolor creciente en mi interior, pues últimamente ya no estoy seguro de lo que es recuerdo y lo que es revelación. La fidelidad de la historia que estáis a punto de leer con respecto al original es la manzana de la discordia entre las pocas personas a las que permití leer el *Libro de los peces* original. La Conga —de acuerdo, poco fiable— sostiene que no hay diferencias. O al menos ninguna diferencia importante. Y desde luego el libro que vais a leer es el mismo que yo recuerdo haber leído, y he intentado ser fiel tanto a la maravilla de aquella lectura como al mundo extraordinario de Gould.

Yo esperaba que él lo supiera, pero el señor Hung no lo sabe. Aquella húmeda tarde en que nos sentamos frente a la chimenea en el Hope & Anchor y le hice estas preguntas perturbadoras a él, la única persona que conozco que lo sabe todo sobre libros, convencido de que podría decirme algo que ayudara a sofocar mi corazón cada vez más ingobernable, extrañamente el señor Hung aventuró la sugerencia de que los libros son inseparables de sus autores y me contó, con una explicación que me pareció algo críptica (entre Pernods, otro curioso legado de los franceses), la historia de Flaubert cuando, importunado para que declarara quién había servido de modelo para *madame* Bovary, exclamó finalmente, exasperado y eufórico, según el señor Hung: «*Madame Bovary, c'est moi!*».

Tras esta incomprensible anécdota, que dejó al señor Hung exultante y a la Conga y a mí —sin saber nada de francés ni de literatura, y aún menos después de que el señor Hung nos lo tradujera como «¡Mamade Bovary soy yo!»— tan a oscuras como antes, la Conga afirmó que ella tampoco lo sabía.

—Tal vez —aventuro yo—, De Silva tenía razón. No era más que un fraude.

—A tomar por el culo De Silva —dice la Conga con el rostro encendido por la ira y la bebida—, ¡a tomar todos por el culo!

—Claro —digo yo—, claro.

Pero en realidad no lo tengo nada claro.

Había empezado con la reconfortante conclusión de que los libros son la lengua

de la sabiduría divina y había terminado tan solo con el leve presentimiento de que todos los libros son grandes locuras, destinadas a ser eternamente mal interpretadas.

El señor Hung dice que al principio un libro puede ser una nueva manera de entender la vida —un universo original— pero que no tarda en convertirse en una simple nota al pie en la historia de la escritura, ensalzada en demasía por los aduladores, despreciada por los contemporáneos y no leída por nadie. La suerte de los libros es ardua, su destino, absurdo. Si los lectores los ignoran, mueren, y si se les concede la recompensa de la posteridad, están destinados a ser mal interpretados para siempre, a que sus autores se transformen, primero en dioses y luego, inevitablemente y a menos que sean Victor Hugo, en demonios.

Y tras estas palabras, apura un último Pernod y se va.

Después la Conga viene hacia mí muy cariñosa, se me acerca, se inclina sobre mí de modo que zozobramos como un bote en un mar embravecido, furtivamente echa mano a mi entrepierna y me tira de las pelotas como si fueran el cable de una bocina.

¡Poop-poop!

Acabamos en la cama, rostros y cuerpos entrecruzados por las sombras que arrojan las pilas de muebles Shaker vietnamitas sin vender, fabricados por un refugiado que sospecha que Dios es Victor Hugo y que Emma Bovary es Gustave Flaubert; pero la pasión de la Conga se evapora en un instante.

Sus ojos se vuelven vidriosos.

Le tiemblan los labios.

—¿Quién eres? —grita de pronto—. ¿Quién?

Y está asustada, terriblemente asustada, y ve a otra persona, pero no tengo modo de saber quién es, pues su cuerpo se queda muerto de repente y existe solo en el más espantoso estado de subyugación, y yo, despreciable de mí, continúo durante un rato antes de que mi propio horror sobrepase incluso mi irresistible deseo animal y me aparto.

—¿Por qué te vas? —exclama la Conga, pero ahora su voz es diferente y me doy cuenta de que ha vuelto de dondequiera que haya estado.

—No te vayas, vuelve —dice la Conga, y me abre los brazos, y yo, aliviado, remonto. Y entonces, una vez más, sus ojos se vuelven vidriosos, su cuerpo se queda inerte y vuelve a gritar una y otra vez—: ¿Quién eres? ¿Quién eres? ¿Quién eres? —Y está llorando y esta vez solo quiero escapar de este extraño círculo y me levanto y me pongo la ropa a toda prisa, y la Conga diciendo todo el tiempo, tan ricamente, sinceramente disgustada—: Pero ¿por qué? ¿Por qué te vas? —Y yo me voy porque no tengo ningún mueble que ofrecerle que pudiera consolarla, no tengo sillas ni mesas falsas que canjear por su tristeza culpable, porque no puedo responder por ella ni por mí quién soy o quién es ella y mucho menos de qué trata el *Libro de los peces*.

¿Cómo puedo explicarle que en medio de la noche, cuando la melancolía parece llegar con el rocío nocturno, se apodera de mí la vívida fantasía de que William Buelow Gould nació únicamente por mí, que vivió por mí y que yo he hecho este

Libro de los peces por él, que nuestro destino fue siempre uno?

Porque, ya se sabe, a veces este libro parece tan esquivo como una serie de velos que hay que levantar y apartar para dejar al descubierto otro igual, para llegar finalmente a la vaciedad, a la falta de palabras, al sonido del mar, del gran océano Índico a través del cual veo en mi imaginación a Gould, ora avanzando hacia la Isla de Sara, ora retrocediendo, ese sonido, esa visión, latiendo despacio e intermitentemente.

Me desplomé en una vieja butaca rojiza en la oscura sala de estar de la Conga, exhausto por la vergonzosa decadencia en que se había convertido mi vida, y antes de que me diera cuenta me había quedado profundamente dormido, con una única e insistente pregunta jugueteando como una espiral interminable en mi cabeza:

—¿Quién soy yo...? —preguntaba—. ¿Quién soy yo...?

IX

Busqué la respuesta a lo que para mí era un enigma cada vez mayor, refugiándome en el único lugar que quedaba para los tontos y los anticuados, los enfermos y los viejos y los que nadie quiere: los viejos *pubs* con sus máquinas tragaperras nuevas que parpadean y ese sonido apagado y balbuceante, propio de las almas que se han perdido en su interior y se alejan dando vueltas hacia un universo lejano que presagia la muerte.

En el curso de mis viajes a través de este mundo subterráneo y titilante, a cualquiera que no estuviera jugando en aquel momento y cuyos problemas no parecieran tan graves como los míos le pedía que bebiera conmigo y me dijera qué le parecía mi historia y mis ilustraciones —reproducciones fotográficas de las ilustraciones del *Libro de los peces* de Allport, gastadas de tanto manosearlas—, que colocaba entonces sobre la barra para acompañar mi relato. Y le hacía preguntas.

Unos pocos pensaban que los dibujos eran rudimentarios pero no estaban mal hechos, y que la historia —tal como yo la parafraseaba— era una completa locura. Al haber adquirido la costumbre de las discusiones sin sentido de los profesores a los que había conocido en el transcurso de mis investigaciones, intentaba convencer a mis colegas de barra que tal vez la verdad esté en la locura o la locura en la verdad.

—¿Quién era tu madre y qué secretos te susurraba al oído infantil? —les preguntaba—. ¿Era un pez? —empezaba a gritar—. ¿Lo era?

—El mundo ha sido estúpido desde el principio —dijo alguien, no como respuesta sino con desdén burlón—, y desde entonces no ha hecho más que empeorar.

—Viajad conmigo en el tiempo —exclamaba yo en respuesta—, ¡hombres con ojos apagados de salmonete y mujeres como peces golondrina dorados! ¡Viajad conmigo lejos de esta tierra de posavasos húmedos de cerveza y diversiones amnésicas, hacia el lugar en que se halle vuestro corazón! ¿Dónde está la tierra remota que vuestra alma desea atravesar? ¿Qué es lo que palpita en vuestro estómago y perturba vuestros sueños? ¿Qué sombra del pasado es la que tanto os atormenta? ¿Qué tipo de criaturas marinas sois?

Pero, a decir verdad, no me ayudaron en nada. No me respondieron a ninguna del millón y una preguntas que les hice. Empezaron a rehuirme antes incluso de que abriera la boca, escabulléndose rápidamente para gastarse el resto de sus finiquitos y pensiones de invalidez y cheques del paro en llenar de monedas hasta el borde los vasos de Coca-Cola de poliestireno, para jugar a las máquinas tragaperras y sentarse luego delante de las pantallas hipnotizados por la precisión con que la imagen perfecta de aquellas ruedas giratorias representaban sus crueles destinos.

Los pocos que mostraban algún interés me injuriaban y se reían al comentar yo que los significados del *Libro de los peces* de Gould eran infinitos, mientras que otros que me conocían me indicaban que volviera a engañar a los gringos en lugar de

engañarme a mí mismo. Un desconocido me golpeó tan fuerte en el careto que me caí de la silla. Los demás se limitaron a reír cuando luego me echó mi cerveza por encima, canturreando:

—¡Nada, pececillo! ¡Vuelve nadando al mar! —Y todos soltaban tristes carcajadas; es decir, todos salvo el señor Hung, que acababa de entrar.

El señor Hung me pasó las manos por debajo de los brazos y me llevó fuera a rastras. Mientras yo estaba tirado, gimiendo sobre el húmedo pavimento bituminoso, palpó el interior de mi chaqueta, encontró mi cartera y la vació de dinero. Se levantó, y tras prometerme que si Victor Hugo quería regresaría con ganancias suficientes para iniciar un negocio de cuadros falsos, se desvaneció en el interior del neón vacilante.

Comprendí que, para quienes seguían pasando en oleadas junto a mi forma postrada y entraban en el garito, mis dibujos de *Cyttus australis* y miracielos eran inútiles, tan absurdos como una hilera de dos limones y una piña, tan decepcionantes como una escalera de color frustrada. Lo único que les faltaba a los peces en los ojos era el letrero sobreimpresionado anunciando nuestro destino mutuo en letras parpadeantes: GAME OVER.

X

El señor Hung volvió a salir después de perder todo mi dinero, prometió devolvérmelo pronto y me llevó a su casa de la Zinc Company en Lutana. Entramos en silencio, porque su mujer y sus hijos dormían. Se metió en la cocina para preparar un poco de sopa y me dejó en el pequeño salón comedor.

En un rincón había un altar a Victor Hugo. Sobre un posavasos de terciopelo verde se apoyaba un marco de plástico rojo que albergaba una litografía fotocopiada del gran hombre, rodeado por dos velas apagadas, cuatro barritas de incienso quemadas, varias novelas en rústica y unos albaricoques arrugados.

Junto al altar había un acuario en el que el señor Hung tenía un gran caballito de mar panzudo y una criatura similar, de más de treinta centímetros de largo, cubierta de delicadas aletas en forma de hoja, y que más tarde me contó que era un dragón de mar. Ambas criaturas eran iguales que las ilustraciones que había visto en el *Libro de los peces*. Contemplé aquellos seres extraños que parecían flotar serenamente.

Las pequeñas aletas del caballito de mar panzudo, de anillos óseos y hocico en forma de tubo, se movían con tanta violencia como el abanico de una ruborizada debutante. Tenía aletas pectorales en las mejillas con las que guiaba su cuerpo, una combinación de patilla y timón. El señor Hung apareció a mi lado con dos cuencos de sopa humeantes. Los depositó sobre la mesa y me habló de la capacidad del caballito de mar para transformarse, de que los machos daban a luz centenares de crías minúsculas que habían incubado en una bolsa.

Y entonces, como si le hubieran dado el pie, el caballito de mar empezó a dar a luz. Hipnotizado, contemplé cómo el caballito de mar se movía adelante y atrás en un frenético bombeo, y cómo a cada minuto más o menos, mientras se doblaba con esfuerzo, salían disparados dos caballitos de mar negros por un conducto que tenía en el centro de su abultado vientre: unos palitos negros y diminutos, en los que solo se distinguían los grandes ojos y los largos hocicos tubulares, que inmediatamente se ponían a nadar y trazar florituras de un lado a otro. Eran como las palabras perdidas de Gould, y yo me sentía un poco como el pobre caballito de mar al término de su prolongado parto, con el vientre antes abultado y ahora flácido, exhausto después de tan violento esfuerzo.

Mi mirada se desvió hacia el dragón de mar, que era, tenía que mostrarme de acuerdo con el señor Hung, una criatura magnífica. El dragón de mar nadaba horizontalmente, como un pez, en lugar de hacerlo verticalmente como el caballito de mar, pero sus movimientos eran igual de hermosos, se deslizaba hacia arriba, hacia abajo, hacia delante y hacia los lados como un aerodeslizador cruzado con un helicóptero: un avión militar de despegue vertical con lujoso atavío de paisano. Su luminoso colorido era exquisito, el tronco rojo rosado, con negros púrpura y azules plateados salpicados de puntos amarillos y, ondeando alrededor, las aletas de color

malva. Sin embargo, había en él una gracia serena que era también de una extraña melancolía. Su resplandor transmitía tristeza, además de asombro.

En ese entonces yo no era un dragón de mar, de modo que no pude percibir su terrible encierro, que era interminable. Creía comprender su espantosa calma; solo en una vida posterior llegaría a entender realmente el motivo: esa sensación de que todo lo bueno y todo lo malo son igualmente inevitables. Sin embargo, puesto que todo lo comprendía, al dragón de mar no parecía perturbarle no ser comprendido.

Acerqué el rostro al cristal para mirarlo más de cerca, intentando descubrir su heredado misterio. Entonces imaginé que la belleza del dragón de mar procedía de una necesidad evolutiva; para atraer a una pareja, posiblemente, o para confundirse con los vistosos arrecifes. Ahora sé que la belleza es la sublevación de la vida contra la vida, que el dragón de mar era la más perfecta de todas las cosas: una canción de sí mismo.

Se produjo un abrupto momento de transición; revelación es una palabra demasiado suave para la sacudida que sentí. Era un sueño, pero tuvo que pasar mucho tiempo para que comprendiera que no habría despertar. El dragón de mar tocaba con su largo hocico el otro lado del cristal sobre el que yo apretaba la cara. Sus asombrosos ojos giraban independientes el uno del otro, pero ambos me miraban desde distintos ángulos. ¿Qué intentaba decirme? ¿Nada? ¿Algo? Me sentí acusado, culpable. Empecé a susurrarle al cristal, siseando casi con furia. ¿Me hacía preguntas para las que yo no tenía respuesta? ¿O acaso el dragón de mar me decía, mediante una especie de comunicación diáfana, más allá de las palabras: «Seré tú»?

Y me pregunté: ¿Y yo seré tú?

Aparte de los levísimos movimientos de sus finas aletas, sé que el dragón de mar no se movió mientras yo hablaba entre dientes, se limitó a mirar a través de mí con sus rebeldes ojos de un modo cómplice y horrible.

Dejé de hablar.

Tal vez lo miré demasiado rato.

Fuera como fuese, tuve una sensación fugaz que era a la vez de vértigo escalofriante y de libertad desenfrenada. No pesaba, no tenía sostén ni estructura; caía dando tumbos, atravesaba el cristal y el agua para introducirme en los ojos de aquel dragón de mar al tiempo que él se metía dentro de mí, y de repente me encontré mirando a aquel hombre desaliñado que me contemplaba, aquel hombre que ahora presumiblemente relataría mi historia.



LAS PRIMERAS 40 PÁGINAS DEL DIARIO DE GOULD SE HAN PERDIDO; SU DIARIO
EMPIEZA EN LA PÁGINA 41.

EL KELPY

*La invasión de Australia – Un desafortunado malentendido
– Barriles de cabezas negras – El Rey y yo – El error
de Jean-Babeuf Audubon – El capitán Pinchbeck y la
Revolución Francesa – La guerra negra – Clucas el
bandito – Su perfidia – El Escarabajo – La trágica muerte
del rompemáquinas – Hogueras de palabras.*

I

Mi pequeña contribución a la gran invasión de la Tierra de Van Diemen, como entonces la conocíamos —Tasmania, como prefieren ahora los que han nacido aquí, avergonzados por las historias del tipo de la que yo cuento—, no se ha registrado hasta ahora, pero creo que desempeñé un papel digno de recuerdo y de reflexión.

Desde aquel día de 1803 en que, siendo un muchacho, salté por primera vez del bote ballenero, con la pistola del señor Banks a la espalda por si flaqueaba mi resolución, y caí de bruces en las picadas aguas de la cala Risdon, tanto este país como yo parecemos encontrarnos en dificultades.

Llegué a la orilla medio nadando y medio trastabillando con lo que creía que era la roja insignia de la Unión; la clavé con firmeza en la playa y reclamé la tierra del vasto país que se extendía ante mí en nombre de la gloriosa unión que representaba aquella bandera. Pero cuando dejé de saludar y miré hacia arriba lleno de orgullo, lo que vi ondear fue una sábana amarillenta y cubierta de los grandes lamparones que el teniente Bowen había dejado allí durante las lánguidas tardes que pasó en compañía de la princesa de Samoa Lalla-Rookh.

Me condenaron a siete años por robo de pertenencias, a otros catorce años por insubordinación y a veintiocho más por mofarme de la corona. No era el final de mi vida natural, lo que ciertamente habría sido una bendición, sino la prisión de por vida.

Y esto es más o menos lo que sucedió. Al año siguiente conseguí fugarme en un ballenero que iba a las Américas, y de allí regresé finalmente a Inglaterra, donde viví como una rata durante otros veinte años, hasta que volvieron a atraparme y me deportaron. En realidad, lo único que actualmente me hace seguir luchando no es la idea de que un día me liberarán, sino que por fin harán lo correcto y me matarán, como deberían haber hecho hace muchos años.

Furioso, el teniente Bowen interpretó la llegada posterior de unos centenares de negros^[4] con sus familias para cazar canguros como una declaración de guerra, e inmediatamente ordenó que nuestros cañones abrieran fuego sobre la muchedumbre arracimada en la playa, dejando unos cuarenta y cinco muertos en la arena, entre hombres, mujeres y niños, y quién sabe cuántos otros debieron de morir en los lejanos campamentos adonde los arrastraron sus compatriotas.

Al señor Banks le encantó descubrir los cadáveres negros aún intactos, así como una buena cantidad de artefactos —lanzas, bonitos collares de conchas, cestos de junco, pieles y cosas por el estilo—, mientras a mí me ataban a un árbol para aguardar la sentencia y mis compañeros reclusos seguían cortando cabezas de negros para guardarlas en conserva. El señor Banks quedó muy satisfecho con la media docena de barriles llenos de cabezas bamboleantes cuando por fin se los mostraron y dijo que tenía la convicción de que contribuirían grandemente a mejorar nuestra comprensión sobre una prole de la raza humana tan mal concebida.

Cuando el agua del mar lame de nuevo mis tobillos llagados, vuelvo a pensar en aquellas cabezas negras bamboleantes con sus ojos lechosos cuajados por la incredulidad, y ni ellos ni yo conocíamos entonces los muchos problemas en los que las cabezas negras iban a meterme después. Cuando vuelvo a sentir ese intenso escozor en las llagas llenas de postillas que cubren como ostras mis tobillos bajo los grilletes de hierro, sé que ha cambiado la marea. Ahora esta celda, construida al pie de los acantilados de piedra arenisca bajo la línea de pleamar —una de esas infames peceras que conoceréis sin duda por los panfletos que circulan por las calles, en los que hablan de la cruel encarcelación del proscrito Matt Brady y su posterior carrera de fechorías—, se llenará hasta cubrirme por entero.

Pero no me ahogaré: igual que otros antes de mí, me colgaré de los barrotes que hay sobre mi cabeza durante varias horas, elevándome hacia los treinta centímetros en el techo de la celda que quedan con aire durante la pleamar. A veces me suelto y me abandono a mi pequeño reino, esperando morir. A veces doy gracias por las ventajas de la flotación: los dos baños diarios parecen haberme librado últimamente de los piojos, y la celda, aunque húmeda y proclive a un olor salobre y a algas marinas, no tiene el habitual y espantoso hedor a mierda y a macho cabrío rancio.

Son dos ventajas, todo un reto para mi capacidad de cálculo mental. Y flotando en el agua fría, temblando y tiritando como si estuviera ensayando la vieja danza del patíbulo que me aguarda, mi mente se libera en ocasiones y me encuentro de nuevo pintando felizmente los peces.

Llamadme lo que queráis; otros lo hacen y no me importa. No soy lo que soy. La historia de un hombre carece de importancia en esta vida, es un caparazón sin sentido que acarrea, en el que crece, en el que muere. O eso dijo el pez erizo, y como siempre ya está asomando su hinchada cabeza donde nadie lo llama. Lo que sigue a continuación puede que sea mi verdadera historia, o puede que no: en cualquier caso, no tiene importancia. Sin embargo, ahora que el pez erizo ha muerto y el viejo Dane se ha ido, sencillamente me gustaría contar la historia de mis míseros dibujos, antes de unirme a ellos.

No es porque crea que el futuro será como esta celda oscura y llena de agua, en cuyos húmedos muros de arenisca puedes rascar tu nombre junto al de otros muchos que desaparecieron como la última marea, esfumándose; es vanidad creer que esas palabras pueden quedar al menos como prueba, como restos de una libertad hecha trizas, que pueden darle a mi recuerdo un lugar en la posteridad. En cualquier caso, es demasiado tarde para esperanzarme con tales juegos. La verdad es que, al principio, sentía el extraño deseo de confesar algo; luego, se convirtió simplemente en una mala costumbre, tan inevitable y penosa como rascarme los testículos comidos por las ladillas.

No es que quiera que penséis que no me tratan bien. Lejos de mi intención. A veces me traen sopa de harina y agua y manteca de cerdo grasienta y rancia en una taza o un cuenco y me lo dejan caer. A veces les sonrío y, cuando me siento lleno de

energía, arrojé hacia lo alto un zurullo que guardo especialmente para la ocasión. A veces, después de tan feliz intercambio, me dan también una buena paliza, y también eso se lo agradezco, porque demuestra que aún les importo un poco. Muchas gracias, tesoros, digo, gracias gracias gracias. Eso también les hace reír, y entre las palizas y los lanzamientos de zurullos, puedo aseguráros que nos llevamos estupendamente.

—Eso es lo bueno de una colonia penitenciaria en una isla —le susurro a la puerta de mi celda—, todos estamos juntos en esta mierda, los carceleros y los casacas rojas e incluso el comandante en persona. ¿No es cierto? ¿No es cierto?

—¡No! —brama el carcelero Pobjoy desde el otro lado, corriendo el cerrojo; pero no quiero oírlo, porque aún no se le permite entrar en la historia; cuando entre, os prometo que, al igual que yo, tampoco él escapará.

Sé que debería dejar claro desde el principio las razones que me han llevado a pintar peces y por qué los dibujos de peces han llegado a ser tan importantes para mí, pero la verdad es que ya no tengo nada claro y todo este asunto parece incomprendible e inexplicable. Puedo deciros que en este penal los presos no han hecho jamás ningún dibujo y que está prohibido hacerlos so pena del más severo de los castigos.

Si se piensa en ello solo un momento, es curioso que no vaya a quedar ningún testimonio visual de este tiempo y este lugar, ni un solo retrato de los mutilados y los desechos, ni siquiera del comandante. Ciertamente, existen documentos escritos de la colonia en su gran Registro, un misterioso archivo cuyo emplazamiento se mantiene en secreto por miedo a que los presos intenten alterar los documentos. Se dice que en ese almacén supuestamente laberíntico se registran con toda meticulosidad los detalles de cada convicto y de todos los sucesos del pasado de la isla, que ningún detalle es demasiado insignificante para ser catalogado y anotado.

Pero no voy a fingir que mis peces son una especie de Registro alternativo a la inversa. Mis ambiciones no son tan gigantescas ni tan completas.

En el mejor de los casos, un dibujo, un libro son solo puertas abiertas que te invitan a entrar en una casa vacía y, una vez dentro, solo tienes que imaginar el resto lo mejor que puedas. Lo único que puedo mostraros con cierta convicción es una pequeña parte de lo que me ha ocurrido aquí; los porqués y los motivos no son más que palabras para los jueces con sus birretes negros y sus pelucas empolvadas, para los críticos de mala muerte y otros por el estilo: culpa, pecado, motivo, inspiración, lo que está bien, lo que está mal. ¿Quién sabe? ¿A quién le importa? Yo solo puedo decir que, entre las palizas y las subidas de la marea, el carcelero Pobjoy me ha traído un pergamino barato robado del Registro, en el que me ha pedido que pinte alegres paisajes bucólicos al estilo de Constable: rústicos idiotas como el propio Pobjoy segando felices, y carros cruzando arroyos ingleses en los que se refleja el sol, cuadros que después vende o canjea.

El desgarbado Pobjoy está en la frontera entre los hombres y las jirafas; es tan alto que cuando entra en la celda tiene que doblarse casi por la mitad, y da la

impresión de que se postra ante mí en lugar de lo contrario, que sería lo lógico. Tengo que inclinarme tanto para quedar por debajo de Pobjoy que prácticamente levanto burbujas de los viscosos charcos que hay en el suelo de roca con la respiración, perturbando a los amigos que se apiñan en la oscuridad, los cangrejos y bígaros y mejillones que comparten este mundo subterráneo conmigo.

«Gracias gracias gracias», les digo a todos los que viven como yo en el cieno marino, y me dispongo a trabajar con tanta rapidez como un sodomita, antes de que suba la marea, porque todos los días tengo que terminar, no solo uno, sino tres cometidos: primero, un dibujo de devociones pastorales para Pobjoy; segundo, un dibujo de un pez para mí, y tercero, el trabajo con el que ando siempre atrasado y en el que nunca consigo expresar todo lo que quiero y deseo decir: estas notas que han de acompañar a mis peces.

II

Teniendo en cuenta que llevar un registro privado de la vida en la isla es un delito por el que un convicto se enfrenta a un castigo más salvaje aún que el destinado a los dibujos, he de proceder con cautela. Cada día Pobjoy se lleva mis dibujos y el papel con su Constable falso, comprueba que no ha desaparecido demasiada pintura y que la cantidad de papel sobrante se corresponde con lo que le digo que he desperdiciado en toscos esbozos. Luego suele azotarme en el culo, raro privilegio que Pobjoy, en su infinita generosidad, otorga de vez en cuando a un convicto con el trasero curtido como yo, en la creencia de que, como Artista, mis delicados orificios no están acostumbrados a la indignidad.

Cada día hurto unas cuantas hojas más para mi libro de peces, que oculto cuidadosamente, y cada día coloco ostensiblemente la misma hoja de papel arrugado en la esquina de la celda que se ilumina al abrirse la puerta, que guardo expresamente para eso y que he vetado artísticamente con verdes y marrones especialmente intensos. Con su húmedo colorido sirve para corroborar mi historia sobre higiene personal y concuerda, creo yo, tanto con mi dieta como con mis quejas a Pobjoy sobre unos terribles retortijones. Por suerte, Pobjoy no ha sentido aún la tentación de investigar el asunto más a fondo.

Dado que tengo pintura, pero no tinta, he de usar cualquier cosa que esté a mi alcance para escribir. Hoy, por ejemplo, me he arrancado unas cuantas costras del codo y humedezco la pluma, que he tallado a partir de una costilla de tiburón, en la sangre que mana lentamente para escribir lo que ahora estáis leyendo. La sangre es más espesa que el agua, según dicen, pero también son más espesas las gachas, y no le doy mayor significado simbólico a lo que hago que a los copos de avena. Si tuviera un frasco de buena tinta china, sería muchísimo más feliz y sentiría un poco menos de dolor. Por otro lado, mi historia está lejos de ser en blanco y negro, así que quizá llevarla al papel en tono escarlata no es del todo inadecuado. Que no os horrorice, por favor. Comparada con la mayor parte de las porquerías infectas que manan de mi cuerpo últimamente, la mucosidad verdosa y el pus amarillo y la mierda líquida, mi sangre es bastante pura en realidad y me recuerda que siempre hay algo puro y hermoso con solo mirar bajo las llagas y las postillas.

En cualquier caso, el color es una tragedia que no debería tomarse en serio: «That God is colouring Newton does show», escribió el impreciso amigo de Ackermann, Billy Blake^[5]. Ni siquiera la mujer de Billy Blake lo vio lavarse nunca, y a veces las opiniones de Blake eran tan apestosas como él. En lo que a mí concierne, desde que Newton disgregó con su prisma la luz blanca en colores diversos, la luz dividida del arco iris no es para mí otra cosa que este ridículo y desdichado mundo.

Cuando el agua me llega al estómago, oculto mis peces y estos pensamientos ensangrentados y luego grito a la puerta hasta que Pobjoy viene a recoger su

Constable convicto. ¡Y qué escondite tan espléndido tengo para mi libro de los peces! Lo escondo en un nicho que hay en lo alto del muro de la celda, detrás de una delgada grieta abierta en la primera hilera de bloques de piedra arenisca; un hueco del ancho de tres barras de pan juntas. A veces, cuando floto por mi celda durante la pleamar, con la punta de la napia topando casi con las vigas del techo, intento imaginar que estoy en ese nicho con mi libro de peces, lo imagino como un hogar aislado del mundo, un hogar en el que me he refugiado. Creo que Pobjoy lo sabe, pero prefiere hacerse el desentendido: es mi única recompensa por el Constable convicto que le hago cada día. O quizá le preocupa golpearse la cabeza si la levanta para mirar.

Pero Pobjoy sabe que pinto peces, estoy seguro.

III

El Rey con el que comparto mi celda no revela nada a Pobjoy. En realidad el Rey prácticamente no revela nada, no dice nada, prácticamente no es nada y dedica su tiempo a una silenciosa comunión con los ángeles. Por todo lo cual le estoy agradecido.

Es un hombre extraordinario, el Rey. Su presencia es inmensa, ineludible. Uno lo nota por todas partes. A veces pienso en él tan solo como una especie de limo que sube deslizándose por los muros. En otras ocasiones siento un extraño afecto, y mi admiración por sus logros, más que considerables, es incuestionable. No solo crece diariamente en mi estimación, sino que también, debo admitirlo, crece su mismo ser, cada vez más corpulento, pero con movimientos que siguen siendo suaves y poéticos: el Rey rueda, el Rey cabecea, el Rey se mueve en oleadas. No sabría explicar cómo lo hace, cómo crece esa dignidad. El resto de nosotros nos arrugamos y consumimos como farfollas huecas, comidas por el gorgojo, con el poco alimento que nos dan, pero el Rey no hace más que hincharse. A veces pienso que sus dimensiones cada vez mayores indican que hay más de teólogo occidental en él de lo que había sospechado en un principio.

En las discusiones, hay que admitir que el Rey da un margen muy amplio y permite a su oponente —yo— desarrollar su propia línea de pensamiento hasta que se enreda y engancha en sus propias imposibilidades y contradicciones. Podría objetarse que no dice nada nuevo, pero lo transmite increíblemente bien.

Un ejemplo: un día, reconozco que por pincharle, le dije que los presbiterianos escoceses habían escrito numerosas obras de gran valor teológico. Como es típico en él, tardó un rato en contestar, pero yo sabía que estaba pensando: «Esos comedores de avena que se han separado de la Iglesia anglicana no han escrito ni una sola obra teológica digna de ese nombre». La verdad es que yo no tenía la menor idea, pero, por una afortunada coincidencia, en uno de los catálogos de las librerías de Londres que envían al cirujano había visto el título *Aberdeen on the Sumerians*. Armado con este conocimiento superficial y posiblemente irrelevante, clavé el puñal hasta el fondo: «¿Por casualidad has leído la magnífica disertación de Aberdeen sobre los sumerios?».

No dijo nada, no admitió nada. Era una acusación, más elocuente aún por el hecho de no haber sido formulada. Sentí que me acaloraba y luego se me puso la cara como la grana y todo terminó, los dos lo sabíamos, se había descubierto mi fraude, pero, típico de él, no dijo una sola palabra más sobre el tema, y no ha vuelto a sacarlo a relucir desde entonces.

Hay algo majestuoso en él que produce efectos de gran realeza. He visto atónito incluso a Pobjoy ante la mera presencia del Rey, pese a que Pobjoy, claro está, no ve lo que veo yo; aun así, se retuerce la nariz, se pone amarillo y estoy seguro de que

aprieta el culo como solo se hace en dos ocasiones: en presencia de un gran poder o de una peste horrible.

Es verdad que el Rey me gustaría más si fuera un poco más sociable, más indulgente con los demás. No hace el menor esfuerzo con Pobjoy, y aunque yo le insisto en los beneficios evidentes de una vida social, él no siente el menor deseo por participar en mis intercambios de zurullos ni en las palizas de Pobjoy. No obstante, es lo que ha elegido él y sé que tiene sus razones. Un roble no puede combarse como un sauce. No son las falsas lisonjas campechanas las que dan al Rey su carácter extraordinario.

Otro ejemplo: el color de su piel. A la mayoría se nos pone la piel más blanca que el carbonato de plomo del cirujano en estas celdas. Pero el Rey, en una manifestación de alguna enfermedad real hereditaria, una pigmentación de los Habsburgo quizá, se vuelve más moreno cada día, su piel cada vez es más negra y, de un tiempo a esta parte, inquietantemente verde. Pero no tolera el sufrimiento: ni una sola palabra de queja o de dolor escapa de sus labios.

Mientras vago por nuestra horrible celda, a veces recuerdo con —bueno, admitámoslo—, con envidia, mi vida en la época de mi llegada aquí. Porque he acabado por creer que la trayectoria lo es todo en esta vida, y aunque en aquella época parecía cualquier cosa menos prometedora, la trayectoria de mi vida era como la bala de un cañón disparada al interior de una cloaca, volando a toda velocidad por entre la mierda, pero volando.

En los ojos apagados y perrunos de Pobjoy, adivino que sabe que es la segunda vez que estoy con los peces; se da cuenta de que pinto de memoria el primer libro de peces que tan cruelmente me fue arrebatado. Pero lo que Pobjoy no sabe es por qué los pinto. Lo que Pobjoy no sabe es lo que voy a escribir aquí, los anales de una vida grabados con sangre.

IV

Antes de empezar a escribir le pregunté al Rey:

«¿Cómo podría comenzar tan formidable crónica? ¿Entonando un nuevo génesis? ¿Cantando a los peces y al hombre el destino de un exiliado que hace mucho tiempo abandonó la tierra de los ingleses para venir a la Tierra de Van Diemen, a esta isla prisión, y lo grande que fue su sufrimiento en la tierra y en el mar a manos de dioses que se creían muertos desde hace mucho, porque sus crímenes exigían que recibiera su merecido en la misma moneda?»

No. Me di cuenta de que el Rey pensaba que era mejor cagarse en los pantalones y cubrir la hoja de mierda que escribir semejante basura, pues ¿quién querría cantar de nuevo a este país?

El Rey sabe tan bien como yo —en realidad mejor— que este lugar y esta patética gente serían mucho más felices si oyeran una y otra vez las mismas canciones e imágenes deprimentes del Viejo Mundo, si les contaran la misma deprimente historia que he estado oyendo desde que caí en el tribunal de Bristol: eres culpable y tú tienes la culpa y eres inferior, y oirás a todos los nuevos cantantes y los nuevos pintores diciendo las mismas cosas absurdas que el juez de peluca negra. Mucho después de que estos barrotes hayan caído, cantarán y pintarán los barrotes de nuevo y te encerrarán a ti y a los tuyos para siempre jamás, cantando y pintando alegremente: ¡Menos! ¡Menos! ¡Menos!

«¡Artistas! ¡Ja! ¡Carceleros del corazón! —grité al Rey—. ¡Poetas! ¡Ja! ¡Perros cuentistas del alma! Lo que aquí escribo y lo que aquí pinto son Experimentos y Profecías, no lo juzguéis con la limitada vara de medir de lo que llaman Literatura y Arte, esos compases enfermos y rotos».

Para aclarar un poco más mi argumentación, amenacé al Rey del modo que tan buen resultado me había dado con Pobjoy, y viendo lo que tenía en la mano listo para ser arrojado si se le ocurría hacer una sola crítica, no se atrevió a cometer la locura de comentar nada. Sin embargo, como siempre, tenía razón, de modo que, en lugar de cantar el nacimiento de un nuevo país y una noble raza, empecé con la sucia verdad, tal como sigue:

Soy William Buelow Gould, asesino convicto, pintor y otras muchas cosas sin importancia. Mi falta de virtud me obliga a decir que soy el guía menos digno de confianza en el que podáis confiar jamás, un hombre muerto antes de tiempo, un falsificador condenado en los sombríos recovecos del tribunal de Bristol aquella tarde calurosa del 10 de julio de 1825, en la que el juez observó, al menos, que mi nombre podía entrar en la lista de Newgate, junto con el de todos los demás condenados, antes de quitarse el negro birrete y condenarme a morir en la horca.

En aquel tribunal había mucha madera oscura intentando tomarse en serio a sí misma. Para alegrar tanta madera triste debería haberle contado la historia que te

cuento a ti ahora, de cómo la vida se aprecia mejor como chiste cuando descubres que todo Cielo y todo Infierno están implícitos en lo más insignificante: una sábana manchada, una cacería de canguros, los ojos de un pez. Pero no dije nada, exagerando en demasía el poder del silencio. El juez me creyó arrepentido y conmutó mi condena por la deportación a la Tierra de Van Diemen.

Era un desgraciado que quería aparentar lo que ya no era: el Billy Gould de las reverencias al que en otro tiempo se ordenó pomposamente que pintara al gran dios marino Proteo, que milagrosamente puede —como solía recordarme el cirujano con su latín birrioso— adoptar la forma de cualquier criatura acuática. Iba a pintar peces, ¿comprendéis?, todo tipo de seres marinos: tiburones, cangrejos, pulpos, calamares y pingüinos. Pero cuando terminé el trabajo de mi vida, retrocedí y vi horrorizado que todas aquellas imágenes se fundían en el perfil de mi propia cara.

¿Yo era Proteo o Proteo era tan solo otro idiota como yo? ¿Yo era inmortal o solamente un incompetente?

Porque, veréis, no nací malo, sino que simplemente fui la progenie bastarda de la pasión de un día de feria, una locura, el juego de los tres cubiletos, en el que levantes el que levantes no hay... ¡nada!

El destino que conduce a un tejedor francés judío hasta una feria irlandesa es curioso, pero fue el Destino el que se encargó luego de que el tejedor —«padre» me parece una descripción demasiado generosa— sufriera un ataque de apoplejía en el momento culminante de su grosera pasión en aquel granero, cuando pensaba que iba a pasarse el día cabalgando sobre un caballito de feria. Pero ya veis, allí estaba, muerto de repente en la silla, sin vida, fuera de esta historia en cuanto se hubo corrido. La mujer a la que había conocido hacía apenas media hora, riendo bajo la carpa de comida mientras engullían las gachas regadas con ron que ella había compartido generosamente, estaba demasiado asustada para gritar, maldecir o llorar. Se limitó a apartarlo y se limpió con el elegante chaleco de bombasí que en un principio tanto la había impresionado de él, porque le había parecido todo un petimetre con esas ropas y las largas pestañas y el acento francés, y salió corriendo para vagar con aire taciturno hasta que se encontró con una gran muchedumbre en un campo.

Como era tan corta de estatura como una patata (y, según me dijeron, de porte similar, con la boca como una máquina hiladora), no podía ver lo que atraía la atención de la muchedumbre y, sintiendo una curiosidad repentina, tal vez por distraerse de lo que acababa de suceder, se abrió paso a empujones hasta que salió de la multitud y vio la parte delantera de una plataforma de madera improvisada.

Inesperadamente se extinguió el murmullo de voces de la multitud y ella se dio la vuelta para ver qué era, si era en realidad ella lo que los había hecho callar. Vio que todas las miradas de toda la gente que había a su espalda no se fijaban en ella en absoluto, sino mucho más arriba, y volvió a darse la vuelta, y siguiendo las miradas hacia lo alto vio que la plataforma era en realidad un patíbulo improvisado.

En ese mismo instante oyó el rápido crujido de la trampa al abrirse y vio a un hombre flaco que llevaba un largo blusón sucio con una soga al cuello y vio los flácidos testículos entre las manos caer del cielo delante de ella. Cuando el cuerpo del hombre llegó al final de su caída, la cuerda tensa se confabuló con el peso súbito del cuerpo para romperle el cuello, y ella oyó el leve pero inconfundible sonido de los huesos al quebrarse. Después soñó que el hombre flaco abría la boca al caer y lo que salía no era un grito, sino un haz reluciente de luz azul. Y vio la luz azul sobrevolar el campo y metérsele a ella en la boca, que tenía abierta de asombro.

La desventurada mujer se convenció de que estaba poseída por el espíritu maligno del condenado y renunció a vivir más que el tiempo suficiente para traerme al mundo y dejarme en el asilo para pobres, en la creencia de que tenía que ser la encarnación misma de aquel espíritu maligno, puesto que estaba azul al nacer.

Crecí en el asilo lleno de viejas, algunas locas, otras afectuosas, otras ninguna de las dos cosas, y tan abundantes eran sus historias sobre los vivos y los muertos como los piojos de las ropas mugrientas, pues eso era lo único que tenían en aquel asilo oscuro, frío y húmedo: piojos e historias, cosas ambas que me dejaron una terrible comezón y postillas que se convirtieron en pequeñas y sucias cicatrices. Crecí con aquellas historias (incluyendo su favorita, sobre el tejedor que había muerto en plena faena y el hombre del patíbulo con los testículos flácidos, la luz azul y yo) y poco más para alimentarme.

El anciano sacerdote del asilo me confundió durante un tiempo con un estudioso. Me leía fragmentos de un santoral en el que para cada día había un santo cuya vida era un ejemplo de sufrimiento, tortura y castigos originales; un fabuloso catálogo de vírgenes mártires cuyos senos voluptuosos, pero eternamente puros, eran golpeados por lascivos prefectos romanos; monjes medievales cuyas levitaciones resultaban tan molestas que los ataban para que no molestaran a sus hermanos durante las comidas; anacoretas que se hicieron famosos por flagelarse durante cuarenta días y cuarenta noches por el simple hecho de haberse tirado un pedo. Realmente nada habría podido prepararme mejor para la realidad de la Tierra de Van Diemen.

El sacerdote me sostenía con sus enseñanzas como la cuerda sostenía al hombre del patíbulo. Me enseñó las veintiséis letras del alfabeto inglés y quería que leyera en voz alta la Biblia y el devocionario mientras me lavaba las plantas de los pies y las flacas pantorrillas, sin dejar de susurrar: «Avísame cuando estés a punto de derramar la semilla, avísame, por favor».

Yo me limitaba a responder: «A, B, C, D, E», etcétera, etcétera, e imaginé que todas las obras de Dios estaban contenidas en esas letras y que Él podía formar con ellas cualquier Oración Perfecta y Sagrada Escritura que deseara, si podía enviarle esas veintiséis letras cada día, A, B, C, D, E, etcétera, pero cuando el sacerdote me pasaba las manos rugosas como trozos de tiza rota por el interior de los muslos, lo pateaba en la boca desdentada con mis pies lavados.

El anciano sacerdote gritaba de dolor y siseaba: «¡Puede que Dios tenga tus letras,

pero tu lengua la tiene el Demonio; no eres un estudioso, sino Belcebú en persona!», y acto seguido afirmaba que no quería volver a saber de mí ni de mis pies.

Una de las ancianas estaba tan impresionada, odiaba hasta tal punto a aquel sacerdote, que me mostró su biblioteca, una docena de gacetillas de seis peniques que se le permitía conservar como un privilegio especial, y me las fue prestando de una en una.

Empezó a preocuparme que cada noche, mientras dormía, las letras de las gacetillas pudieran reordenarse y adquirir formas y significados nuevos en el interior de las tapas azules, pues en ellas descubrí que Dios mezclaba realmente aquellas veintiséis letras para que significaran todo aquello que Él deseara y que, por lo tanto, todos los libros eran sagrados. Si Dios tenía en verdad un misterio como el sacerdote afirmaba, quizá estaba en la continua comezón de todas aquellas historias.

Gacetillas de seis peniques como aquellas las venden en cualquier tenderete de mercado, pero yo no las amaba menos por eso y sí más por pertenecer a todos. Desde los versos infantiles de *Old Widow Hickathrift's Nursery Rhymes* a las *Fábulas* de Esopo, me gustaba todo tanto que mucho antes de conocer a Bard y a Pope y la Ilustración francesa, representaban para mí todo el arte y toda la literatura. Incluso ahora, las naranjas y limones y las campanas de San Clements a lomos de un caballo camino de Banbury Cross son para mí auténtica poesía, de cuyo hechizo no puedo escapar.

Tiempo después el sacerdote se confabuló con el bedel para venderme a un picapedrero, para cuyo arduo oficio no estaba preparado mi lastimoso cuerpo, y cuando hui a nado, el picapedrero debió de pensar que más valía librarse de un granuja alfeñique como yo, pues no hizo el menor intento por recuperarme.

Al principio sobreviví en Londres vendiéndome a quienes creyera que debían pagar por lavarme los pies, y entregándome a los que me daban pena. El tener que decidir quién debía pagar y quién no me hacía sentir cierto poder, pero en realidad no tenía nada, nada más que un corazón cada vez más lleno de comezones inconsolables y corrompidas y más cicatrices pequeñas y sucias que no dejaban de multiplicarse para cubrir una vergüenza tan nefanda como la mía.

Durante un tiempo vagué y robé, sintiendo con tales empresas que las cicatrices pequeñas y sucias quedaban tapadas por sentimientos aún más fuertes de excitación y placer y miedo. Entonces me convertí en un villano, ¿comprendéis?, un hombre verdaderamente malo y altanero, extremadamente orgulloso de sí mismo. Iba de aquí para allá, al principio en busca de gloria y oro, y luego en pos de una explicación, y sentía una gran avidez de todo, pero solo porque si lograba alguna de aquellas cosas, podría demostrar que vivía y que no era un individuo sin nombre nacido de una mujer sin nombre en una población sin nombre, cuyo único sustento eran historias que causaban comezón, que habían de tejer ancianas desdentadas con estopa y canciones apostilladas, robadas a Dios en gacetillas de seis peniques.

Vi esto y aquello y mucho más en la juventud de mi vida, y muchas más cosas

horribles y casi igual de fabulosas, pero por las noches no había nadie en aquel mundo nuevo de bebedores de ginebra y mendigos y rufianes y busconas y macarras que pudiera contestar a mi insistente «¿Por qué?», pregunta que acabé por considerar la más estúpida, absurda y destructiva de todas. Decidí que no había cosa más provechosa para un hombre que su propio esfuerzo en este mundo y abandoné la búsqueda incierta de la respuesta a una pregunta sin sentido. Me cansé del Viejo Mundo y una noche, estando en una taberna con unas muchachas de Spitalfields, con las que ensalzaba las virtudes de las gacetillas de seis peniques, me encontré admitiendo —después de que un destacamento de enganche, la flor y nata de la nación inglesa, me diera unos cuantos cachetes bien dados y me amenazara convincentemente con lesiones mucho peores— que en realidad siempre había querido participar como marinero en la misión del teniente Bowen para contribuir a civilizar la Tierra de Van Diemen. De este modo me persuadieron para que emprendiera viaje al Nuevo Mundo, donde se dice que residen el progreso y el futuro.

V

Al principio empecé a pintar por casualidad, pero luego se convirtió en la única cosa que sabía hacer medio bien. Me parecía un trabajo fácil, y cuando comprendí mi error era demasiado tarde para aprender cualquier otro oficio. Fue en el Nuevo Mundo, tras el regreso subrepticio de mi triunfal, aunque mal entendida, invasión de Australia, cuando en los pantanos de Luisiana conocí a un criollo que, a su manera, fue responsable de mi pasión por los peces. Se llamaba Jean-Babeuf Audubon y era un hombre feo, de corta estatura, cuyo rasgo más característico eran los grandes puños de encaje que insistía en llevar en toda ocasión y que, en consecuencia, estaban siempre raídos y sucios.

Jean-Babeuf Audubon me convenció de que, a mis veintitantos años, era obviamente un hombre en la flor de la vida que debía asegurar su porvenir en previsión de un futuro hostil, invirtiendo el pequeño capital que llevaba conmigo en un negocio que pretendía poner en marcha con un inglés llamado George Keats: un barco de vapor en una pequeña aldea de Kentucky. El hecho de que se comprara unas cuantas levitas muy elegantes inmediatamente después de que le entregara mi dinero no sirvió para menguar mi fe en los sueños de aquel hombre desaliñado y tembloroso, pues como todos los villanos auténticos, aceptaba con credulidad cualquier idea más elevada que el robo evidente e inmediato.

Aunque todos queríamos ser capitalistas, fue por Audubon por quien aprendí a pintar, pues el negocio de Audubon era tan inverosímil como las historias sobre su padre —supuestamente francés, igual que el mío—, supuestamente el delfín que, con un nombre falso, había luchado junto a Washington en Valley Forge. Nos considerábamos realistas y nos reíamos a mandíbula batiente de la historia de Keats sobre su hermano, el soñador John, que deseaba ser poeta en el Viejo Mundo y que nunca iba a llegar a ser nadie, al contrario que nosotros. Pero no había realismo ni deseo capitalista que pudiera ayudarnos cuando explotó la caldera del barco de vapor; y los granjeros preferían seguir usando las gabarras tradicionales impulsadas por pértigas o tiradas por caballos a la locura de Audubon y Keats, mientras que los negros itinerantes y los leñadores preferían caminar a pagar el dinero que teníamos que cobrar para no hundirnos.

Pero la falta de interés en el barco y la falta de actividad consiguiente nos dejaba tiempo al menos para otras cosas, sobre todo para hacer incursiones en el bosque, donde cazábamos pájaros. Luego yo contemplaba a Audubon, que usaba alambres para formar espectaculares figuras ascendentes y descendentes con los pájaros ensangrentados, estirándoles las alas hacia aquí o hacia allá, y luego dibujaba y pintaba aquellas horribles formas atormentadas como si fueran hermosas aves.

Yo creía que era un pintor excepcional y así se lo dije, pero él aceptaba los cumplidos de mala gana y me reprendió con su fuerte acento criollo. No le gustaba el

arte. Era, decía, el nombre que se daba a los cuadros una vez robados y vendidos. Él solo era un pintor de pájaros.

También aprendí —aunque más por los pájaros que Jean-Babeuf Audubon no consiguió matar que por el propio Jean-Babeuf— la importancia de ser siempre un blanco móvil en esta vida, pues no hay nada que guste más a la gente que su contrario. Así, en América aprendí el valor de ser un inglés de los bajos fondos, mientras que después, de vuelta en los bajos fondos de Inglaterra, jugaba a ser un aventurero americano, y aquí en la Tierra de Van Diemen, nada parece gustarles más que el Artista de Cualquier Otra Parte —lo cual, claro está, quiere decir Europa—, por mediocre que sea. Si alguna vez vuelvo a Europa, supongo que me sentiré obligado a representar el papel de inglés rústico e inocente que ha vivido en las colonias y con el que se ha cometido una injusticia.

Audubon sabía mucho sobre pájaros, sus costumbres y su sociedad, y sus pinturas de pájaros eran muy pulcras, complicadas, nada blandas o difusas. Los pájaros de Audubon parecían emerger de sus sucios puños de encaje como de las alas de su madre, completamente formados, hermosos, afligidos, vivos. De Audubon aprendí a buscar el animal que se pinta por sus humores esenciales, por su orgullo o su seriedad o su ferocidad, su idiotez o su locura. Porque para él nada fue simplemente un espécimen: cualquier vida se le aparecía como una enciclopedia de temas, y lo más complicado —admitía que a veces no le resultaba nada sencillo— consistía en comprender la verdad que representaba el sujeto y trasladarla al papel con la mayor sinceridad y precisión posibles. Para hacer esto —para verter en una sola imagen el espíritu de toda una vida—, necesitaba historias, y su genialidad residía en encontrar historias, no en las calles o bosques o pantanos, sino en las nuevas ciudades americanas que brotaban como un ataque fatídico de pelagra por todo el país, en los sueños y esperanzas de quienes lo rodeaban.

Audubon pintaba bodas, cortejos, todos los fingimientos vanos de la sociedad cortés, todo en forma de pájaros, pájaros todos que vendía, todo era muy inteligente, una historia natural de los nuevos burgueses. Supongo que yo podría pintar los peces en una especie de imitación de los bancos en los que nadan los colonos libres. Pero los peces vienen a mí en su verdadera condición: solos, atemorizados, sin hogar, sin lugar alguno al que huir y ocultarse. Y si pusiera juntos a dos de mis peces, ¿tendría entonces un banco de peces? ¿Lograría la apariencia del océano que hay bajo las olas y que solo ven las mujeres indígenas que bucean en busca de langostas?

No.

Tendría dos peces únicamente: cada uno de ellos solo, atemorizado, exclusivamente unidos por el terror a la muerte que leo en sus ojos. Audubon pintaba los sueños de un nuevo país, algo para lo que siempre hay un comprador en perspectiva; mis peces son las pesadillas del pasado, para las que no hay mercado. Lo que pinto no tiene la inteligencia del trabajo de Jean-Babeuf Audubon, ni llegará a ser nunca popular: es una historia natural de los muertos.

Al final el barco se quemó, nosotros dijimos que por obra de acreedores furiosos, ellos que por obra nuestra; en cualquier caso estábamos todos arruinados, y la última vez que vi a Jean-Babeuf Audubon agitaba un sucio encaje a través de una rendija en el calabozo donde lo habían encerrado por deudas. Pero esta vez no aparecieron pájaros por arte de magia. Keats, que estaba fuera, sentado, le leía en voz alta a Audubon uno de los penosos poemas de su hermano sobre la traicionera promesa del Nuevo Mundo; poema que no creo que tendiera a animar mucho a Jean-Babeuf Audubon, que suplicaba a sus captores desde su celda, gritando con su deplorable acento criollo: «Soy un inglés capitalista».

En el exterior, Keats hacía oídos sordos al razonamiento y declamaba: «Sus malas flores no tienen aroma, ni sus pájaros dulces trinos».

«Soy un hombre de honor —seguía gritando el ofendido Audubon—, y pagaré... maldita sea».

«Y la gran e infalible Naturaleza —continuó recitando Keats— por una vez parece equivocarse».

VI

Pasaron veinte años.

Debería haber un relato completo sobre mi vida durante aquel tiempo, pero acabo de leerle al Rey lo que he escrito hasta ahora. Es revelador y escalofriante que no haya hecho el menor comentario. Su cortesía natural le impide hacer una crítica directa, pero he visto sus ojos opacos, y su desprecio es evidente; su sabiduría, como siempre, resulta instructiva.

Me doy cuenta de que me está liberando de la locura de relatar lo que él no tiene el menor interés en escuchar, y sospecho que vosotros tampoco: lo que le ocurrió a Billy Gould en aquellos veinte años. Puede que opinéis que cualquier momento de la vida de Billy Gould tiene el mismo peso, pero el Rey sabe que eso no es cierto. La mayor parte transcurrió como en un sueño miserable que se desvanece al despertar; es demasiado insignificante para ser recordado, salvo por su final, cuando en 1825 me arrestaron en Bristol por falsificador.

No era un falsificador, y no me hacía ninguna gracia que me acusaran de serlo. Era un villano fugitivo que en otra época había pintado y me ofendía que me acusaran de rebajarme hasta el punto de falsificar billetes del Banco de Bristol. Aun así, habiendo sostenido siempre que el mejor modo de luchar contra el poder es mostrarse de acuerdo con él, después de que me condenaran a ser deportado a la Tierra de Van Diemen por falsificación me convertí en falsificador. Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa podía hacer?

Afirmar que era un Artista era coherente con la mentira de mi condena, me ofrecía la perspectiva de una suerte mejor que la de trabajos forzados encadenado a otros presos, y me hacía parecer algo distinto del delincuente común que en realidad era. Esa fue la única falsificación de la que había sido culpable hasta entonces, la de hacerme pasar por Artista.

Pero no empezó tan bien.

Lo primero que intenté pintar, debo admitir que influido en parte por una litografía de Robespierre que había visto por casualidad en una gacetilla que ilustraba los horrores del Terror francés, fue el retrato del capitán Pinchbeck, comandante del barco de prisioneros que lo había solicitado al enterarse de cuál era mi oficio. Mi retrato enfureció de tal modo al capitán que me tuvo encerrado y encadenado el resto de la travesía de seis meses hasta Australia. Intenté arreglar las cosas pintándolo como un viril Danton, pero al capitán aquello le pareció un insulto aún mayor y, en aquel caso, imperdonable.

Cuando me sacaron de la hedionda bodega, me enteré por el oficial de cubierta que el capitán había sufrido durante un tiempo la ignominia de que un marino francés de un ballenero le pusiera los cuernos, pero ya era demasiado tarde.

Me dirigí al capitán Pinchbeck para condenar a los chulos consentidos de otras

razas, pero él me ordenó callar al tiempo que me soltaba una arenga sobre los horrores de los franceses y muy especialmente sobre sus temidas *noyades*. Estas se habían producido en el momento más álgido del Terror, en antiguos barcos negreros que llenaban de rebeldes de la Vendée y hundían de noche en el puerto de Nantes, para ser reflatados con ingenio a la mañana siguiente, vaciados de sus ahogados y vueltos a llenar con más rebeldes, de los que había reservas inagotables, porque, como dijo el capitán Pinchbeck, la tiranía hace que siempre surjan opositores, igual que la lluvia hace brotar la hierba.

Cuando finalmente dio por concluido su interminable relato, ordenó que me llevaran a lo que él llamaba su *petite noyade*, la caja perforada, parecida a un ataúd, en la que encerraban a los hombres y, tras arrojarla al mar, arrastraban en la estela del barco, para que descubriera lo que se sentía realmente siendo francés.

Me gustaría poder decir que, cuando me sumergieron durante un minuto entero en el océano Pacífico dentro de aquella caja negra y burbujeante de roble viscoso, tuve la primera revelación sobre las verdaderas consecuencias que me depararía el arte en el futuro. Pero eso sería falso. Simplemente tomé la resolución de buscar otros modelos que no fueran los alborotadores franceses y los *sans culottes*, y aguanté la respiración hasta que me pareció que estaba a punto de estallar.

Al salir del agua, el capitán me dijo que si volvía a pintarlo otra vez me echaría personalmente a los que llamó los abogados del mar: los tiburones que seguían la estela de nuestro barco. Cuando me sacaron a rastras de la *petite noyade*, un recluso guardián me dio una buena patada delante de las narices del capitán. Me hice un ovillo y se me ocurrió pensar que el capitán Pinchbeck podía andar errado en la cuestión aquella de la tiranía, que por cada tirano que nace hay un millar de hombres dispuestos a ser esclavizados, de modo que, fueran quienes fueran los rebeldes de la Vendée, merecían que los ahogaran por haber interpretado del todo incorrectamente esta verdad sobre la naturaleza humana.

No quiero que penséis por todo esto que esa reinvencción de mí mismo como pintor era totalmente mentira. Al fin y al cabo, había visto trabajar a Jean-Babeuf Audubon e incluso en una ocasión había acabado de pintar por él un par de águilas calvas americanas que quería terminar lo más rápido posible para saldar una deuda apremiante. También estuve una temporada con el grabador Shuggy Ackermann, pero eso no parecía haber servido más que para aumentar la posibilidad de que presentaran más acusaciones contra mí. Supongo que también podría mencionar mi medio año de experiencia en el Taller de Cerámica, pero no me apetece entrar en eso justamente ahora, porque me pone triste recordar que en otro tiempo representé con tanto entusiasmo la vieja danza de la Ilustración y ahora tengo solo a la viuda Pulgar y sus cuatro hijas para actuar.

En cualquier otro lugar podría haber tenido otras perspectivas tanto de trabajo como con las mujeres, y francamente las habría recibido con gusto. Pero tenía que aceptar el trabajo tal como venía, aprender las reglas de mi arte lo mejor que pudiera

a partir de tan horrible experiencia.

Al llegar a aquel asqueroso mundo moderno de la Tierra de Van Diemen en medio del apestoso calor de finales de verano, a aquellos horribles almacenes nuevos de piedra arenisca y aduanas y cadenas de presos y casacas rojas, me asignaron a Palmer, el fabricante de carruajes de Launceston, que pasa por ser la capital del norte de la isla. Para él pinté relucientes emblemas familiares en los carruajes, inventé escudos de armas para la progenie bastarda del Nuevo Mundo que deseaba disfrazarse con los absurdos ropajes del Viejo. Leones rampantes y robles perennes y manos rojas y espadas siempre en ristre se mezclaban sin una buena razón y con poca necesidad de explicaciones en las portezuelas de nuestros carruajes, subrayados por absurdos lemas en latín que nos proporcionaba un sacerdote irlandés condenado por bestialismo: *Quae fuerent vitia, mores sunt* («Lo que en otro tiempo fueron vicios ahora son modales»); *Vedi Hobarti e poi muouri* («Mira a Hobart y muere»); *Ver non semper viret* («La primavera no siempre florece»). Fue mi primera gran lección artística: el arte colonial es el talento cómico para convertir lo nuevo en viejo, lo desconocido en conocido, lo de las antípodas en europeo, lo despreciable en respetable.

VII

Me escapé al cabo de seis meses. Me dirigí hacia el sur a patita, de vuelta a Hobart Town, con la esperanza de huir de allí en barco igual que había hecho veinte años antes. La larga y tediosa guerra contra los indígenas distaba mucho de haber terminado, ya que los salvajes mostraban tal pericia en sus ataques que muchos colonos —cuyas moradas se encontraban junto a grandes y oscuros bosques, donde el miedo engendra suspicacias de manera natural— los creían hechiceros. Las tierras inexploradas eran su país, pero un país acosado por una plaga de fugitivos y bandas de proscritos que disparaban a los casacas rojas, y de patrullas de casacas rojas que disparaban a los proscritos, y de vigilantes que salían a disparar a los salvajes por puro placer, o al aire si no encontraban a nadie.

Los barracones vigilados semejantes a granjas que veía de vez en cuando eran aún más peligrosos. En cierta ocasión me acerqué a uno con la esperanza de que me dieran cobijo por una noche y solo me salvé de los perros salvajes que me azuzaron gracias a los disparos de mosquetón que me lanzaban como advertencia desde unas rendijas en el muro exterior.

Decidí que en lugar de continuar caminando cerca de la carretera por la región central, tomaría la ruta más larga y mucho más segura que bordeaba la costa oriental. Llegué andando a donde el mar verde convertía la luz en ráfagas plateadas y las esparcía sobre playas blancas y resplandecientes, a lo largo de las cuales topé a menudo con los blancos huesos y calaveras de los salvajes a los que masacraban los cazadores de focas en sus incursiones para capturar mujeres negras. Aquella visión me proporcionaba un consuelo peculiar, pues significaba que las playas eran seguras, ya que, salvo en el remoto oeste, los salvajes habían empezado a evitar la costa. Aun así, de noche no encendía fuego por miedo a que los salvajes me encontraran y me mataran, aunque la primavera acababa de empezar y helaba.

A cuatro días de viaje de Launceston, irremediablemente perdido, me encontré con un hombre que dijo llamarse Aullador Tom Weaver. Intentó hacérselo conmigo la primera noche, pero no pareció molesto cuando le dije que me dejara en paz, y me contestó que de todas formas yo no era su tipo.

A la tarde siguiente, después de que la partida de un ballenero que iba en busca de agua nos disparase, nos dirigimos hacia el interior. Seguimos caminando de noche, guiándonos por las estrellas, hasta que se nubló y tuvimos que detenernos en un afloramiento rocoso. Abundaban las moscas, pero estábamos perdidos y demasiado cansados para continuar. Dormimos como troncos. Cuando salió el sol, nos reveló que las moscas tenían su hogar en el cadáver de una mujer negra asesinada que yacía a menos de cien metros de donde habíamos parado para dormir.

La habían atado a unas estacas clavadas en el suelo, y tras maltratarla del modo más horrible la habían dejado morir allí. Algunas partes de su cuerpo lanzaban

destellos blancos, allí donde la luz del sol se reflejaba en los gusanos. Aullador Tom empezó a gemir y a dar alaridos. Era como un animal salvaje y tardé mucho tiempo en conseguir que detuviera aquellos espantosos lamentos.

Por la noche encendimos un fuego mezquino al que el miedo nos impidió echar más que unas míseras ramitas. No hablamos. Al día siguiente llegamos a terreno abierto, una deliciosa pradera bajo un cielo de un azul tan perfecto —jamás había visto nada igual en el Viejo Mundo—, que parecía quebradizo, como si fuera a resquebrajarse en cualquier momento y revelar algo espantoso tras aquella luz gloriosa.

Olimos el humo de una cabaña de pastor en llamas mucho antes de ver los restos ardientes de la cabaña de corteza embadurnada y el cadáver achicharrado de su inquilino, que su amigo sacaba a rastras de entre las cenizas sobre un gran trozo de corteza, sin dejar de llorar. El hombre que lloraba era un emancipado que vivía en una cabaña remota del siguiente valle y a veces iba a visitar a su amigo el pastor, ya que ambos eran de Roscommon. Había llegado demasiado tarde: los salvajes habían traspasado a su amigo con lanzas en la cabaña y luego habían prendido fuego a todo, dejándolo a él allí para que se quemara vivo. Los salvajes se habían dispersado al llegar él y dispararles. El emancipado señaló un árbol caído detrás del cual yacía un salvaje al que había matado. Era la primera vez que mataba a un hombre y no estaba claro qué le había afectado más, si la muerte de su amigo o matar a aquel salvaje.

A siete días de camino de Launceston tropezamos con Clucas, un bárbaro que había estado trabajando para el colono libre Batman, ayudándole a cazar salvajes. Afirmaba que sabía hablar su jerga por el tiempo que había pasado cazando focas y conocía algo de sus costumbres. Nosotros estábamos indefensos, hambrientos y nuevamente perdidos. Clucas llevaba una pistola y blandía un mosquetón, tenía carne de ualabí y harina que estaba dispuesto a compartir, y sabía cómo ir a Hobart. Vestía como tantos otros *banditi* de la Tierra de Van Diemen: toscas pieles de canguro y de tigre cosidas de cualquier forma, y un gorro de piel de tigre sobre su larga melena. Charlaba alegremente de las veces que había irrumpido en los campamentos de los salvajes, siguiendo las instrucciones de Batman, y de cómo había matado a una docena o más y luego los había cocinado en sus propias fogatas. Dijo que no era ningún bestia como algunos de los cazadores de focas que había conocido en las islas del estrecho de Bass, como Munro, que le había cortado un trozo de muslo y las orejas a su negra Jumbo, y la había obligado a comérselo como castigo por intentar escapar. Cuando le hablé de la mujer atada a las estacas, reflexionó unos instantes y luego rio y dijo que algunas aborígenes eran auténticas amazonas y que recibían su merecido.

Cuando estábamos acampados al pie del Black Charlie's Opening, se desató una gran tormenta y, a la luz de grandes relámpagos, vimos las llanuras de Pittwater y más allá el nevado monte Wellington de Hobart. Empapados y abatidos, nos pusimos en marcha antes del alba. Poco después del amanecer encontramos lo que había sido

un enorme árbol del caucho cuyo diámetro en la base hacía sus buenos dos metros. Partido por el violento ataque de un rayo, el resto del árbol —su tronco y todas las ramas— se había convertido en una gran masa de fragmentos blancos y negros diseminados en un radio de doscientos metros. Por todas partes había maderos rotos, astillas y ramitas, troncos y pequeñas virutas. No había forma de saber cómo había sido de alto y hermoso aquel árbol de la Tierra de Van Diemen, partido ahora en un millón de astillas.

VIII

Cuando llegamos a Hobart al amparo de una fría noche, el *bandito* Clucas nos buscó un escondrijo en un tugurio clandestino en la zona del muelle de Wapping, un antro regentado por un negro fugitivo de Liverpool llamado Capois Death, quien prometió encontrarnos un barco ballenero en el que poder salir de allí antes de que acabara el mes.

Dos días más tarde Clucas nos delató y la policía nos arrestó. Aullador Tom Weaver resultó ser un sodomita fugitivo y lo condenaron a pasar otros catorce años en la Isla de Sara. A mí me pillaron en la taberna Shades pintando un mural de águilas calvas americanas con una cenefa de glicinas para poder pagar la suma considerable que adeudaba en ron. Me condenaron a tres meses en la cadena de presos del mal llamado Bridgewater, acarreando piedras en trineos de madera para elevar un paso sobre el río Derwent. Al cabo de una semana, el teniente Perisher, el oficial encargado del paso, hizo que me sacaran de la cadena de presos y me contrató para pintar retratos de los oficiales, de las esposas de los colonos libres y de otras presas recién cazadas como extraños canguros y emús, que dispuse sobre mesas como si se tratara de pañuelos abandonados y a los que incluso añadí un faisán dibujado de memoria.

En aquel tiempo, las calles enfangadas y los edificios apestosos y desvencijados de Hobart Town parecían casi una colonia de artistas, gracias a unos cuantos de ellos que trabajaban allí bajo el mecenazgo del gobierno: estaba Bock, el abortista, cuyas manos habían administrado bebedizos de mercurio a jóvenes asustadas y ahora retrataban a los gobernantes de la colonia, pagados de sí mismos; estaba Wainwright, el asesino, que era tan hábil dibujando a lápiz doncellas virginales como antes lo había sido para envenenar a su mujer con láudano rociado de estricnina, y Savery, el falsificador, que escribía porquerías amaneradas sobre la colonia, halagando a su público con las imitaciones de su propia estupidez. Un día se podía ver a uno u otro de estos artistas en una cadena de presos, partiendo piedras con un indolente martillo en los muelles de Salamanca; la semana siguiente salían muy ajetreados de un salón de la parte alta de la calle Macquarie con cuadernos y pinturas, tratando de parecer el perfecto Esteta Profesional y fracasando inevitablemente en el intento, con sus viejos pantalones de sarga raídos y sus burdas levitas viejas de color canario, con el pelo sarnoso y mal cortado y la cara llena de marcas de viruela y sin afeitar.

Yo, por el contrario, representaba el papel del buen trabajador eventual, me quitaba la gorra y jamás fingía ocupar otro lugar en la escala social de la Tierra de Van Diemen sino el que me correspondía: el último. La competencia no era feroz, mis modales no eran amenazadores y encontré unos cuantos huecos en el mercado para mí.

IX

Empezaron a ser requeridos mis servicios: pintar retratos de patriarcas de ojos vidriosos en su lecho de muerte; cadáveres de niños para desconsoladas familias de colonos libres, compartiendo con el enterrador la más desesperanzada de las tareas, al intentar descubrir la forma de una dulce sonrisa en aquellas caras pálidas; sementales y verracos premiados; y bocetos rápidos de mujeres desnudas en imágenes de unión amorosa, que recibían lujuriosamente a jóvenes como toros que las penetraban, procurando estilizar más que dar verosimilitud.

Los beneficios no eran enteramente satisfactorios: el teniente Perisher se llevaba nueve décimas partes de cada encargo. Aun así, era un trabajo más fácil y agradable que el de arrastrar piedras, descalzo y encadenado, en medio del fango helado, la escarcha y la niebla de Bridgewater. Y, por muchos otros pecados que cometiera el teniente Perisher, al menos hizo la vista gorda con mis salidas nocturnas.

La época que pasé en Hobart Town la recuerdo ahora como una tediosa repetición de encierros y fugas: a veces pillado por la corona, generalmente por fugarme o por algún delito menor, pero más a menudo por airados dueños de tugurios clandestinos y tabernas que exigían algún tipo de pintura en compensación por la cuenta que les debía después de una juerga u otra. En general, seguía el esquema: bebida, deudas, encarcelamiento y encierro en bodegas y almacenes de barriles donde tenía que pintar a cambio de mi libertad, borrón y cuenta nueva y otra oportunidad para fornicar con algunas de las señoras —más finas o menos finas, nunca fui quisquilloso en eso— que pudiera conocer casualmente. Y en general estuvo bien. ¿He dicho tediosa? Bueno, sí, eso también, pero tenía la virtud del ritmo y el placer de la certeza. Era como la peonza de un niño que tarde o temprano se rompe.

Dado que mi producción artística tenía que mantener un ritmo equivalente a lo que bebía, mis pinturas se convirtieron rápidamente en un rasgo tan característico de las tabernas de Hobart Town como sus paredes manchadas de humo de tabaco y de aceite de ballena. En la Hope & Anchor, por ejemplo, no se me permitió salir de la leñera hasta que terminé de pintar cierta carne muerta al estilo holandés en pago por mi deuda de ron. Compuse un original cuadro lleno de los viejos temas rústicos preferidos: una liebre muerta colgada de las patas traseras, unos cuantos faisanes, un mosquetón o dos, una damajuana marrón para darle un toque doméstico y un águila calva en una percha.

Si bien no hubo un progreso cierto de mi arte durante el año siguiente, sí se produjo al menos una leve alteración, y lo que empezó como un trabajo casero acabó siendo un estilo. En el Repent & Drink pinté un mural de flores al estilo del Taller de Cerámica para compensar al dueño, Augusto Traverso, por haberle pasado supuestamente un billete falso. Las flores se entrelazaban con algunos de los parroquianos, que, debo reconocerlo, parecían más bien un tributo pastoril al Comité

de Seguridad Pública de la Revolución —con otros tantos Marats y Robespierres elegantes, razonables y floreados— que una representación certera de los borrachos desaliñados e irracionales de Hobart Town. Sin embargo, aquellos veteranos — benditas sean sus rancias almas— se sintieron halagados y contentos.

Sin duda el momento culminante de mi corta carrera en Hobart Town fue mi espectacular lienzo para el Iron Duke, en el que se representaba la depravación de la vida circense después de que la mujer de un respetable tabernero se fugara con el Gran Valerio, un siciliano que caminaba por la cuerda floja y vendía polvos afrodisíacos. Hice un terrorífico mural de una bella mujer desnuda siendo arrastrada hacia un Infierno de acróbatas y volatineros en llamas por una fea águila calva, bajo el cual escribí el siguiente pie: *Ex Australis semper aliquid novi* («Siempre hay algo nuevo en Australia»).

«La única taberna de Hobart sin un Gould en la pared —comentó el dueño del tugurio, el señor Capois Death, tras ver esta muy loada maravilla— es la que echa a Gould al arroyo».

Me dio una fuerte palmada en la espalda y, portándose bien conmigo por una vez, se ofreció a pagarme si hacía un trabajo especial para él. Solo tardé una mañana en pintar la muestra en una tabla de pino de Huon cuadrada. Representaba a una exasperada mujer blanca (modelo: la señora Arthur, esposa del gobernador de la colonia de la isla, el teniente George Arthur) frotando con todas sus fuerzas a un bebé negro en una tina de madera que le sonrío, y debajo el nombre del establecimiento así anunciado: el Labour In Vain. Esta muestra celebraba que el tugurio del señor Capois Death, cercano al viejo embarcadero, se había vuelto legal.

Además de consolarme sabiendo que, al fin y al cabo, yo no hacía más que seguir las instrucciones del señor Capois Death, me consuelo también ahora pensando que el señor Capois Death estaba, de un modo u otro, destinado al desastre. Tenía fama de hombre vulgar y ostentoso gracias a su pasión por las mariconas, su cuadra de mujeres fáciles y caballos lentos; un gusto igualmente sospechoso convertía el alcohol de su famosa sopa Larrikin, una cerveza caliente especiada y mezclada con ginebra y ajeno terriblemente fuerte, en la absenta de los pobres. Claro que, por otra parte, el destino parecía tan fresco y prometedor como la veraniega brisa marina que hizo mecerse la muestra cuando se colgó sobre un encantado señor Capois Death.

Aquella muestra era, si me permitís el cumplido, una gran cosa, balanceándose lentamente, tan ligero y gracioso que ponía una sonrisa en la cara de todos cuantos pasaban bajo ella en Barraouta Row. Se habrían reído aún más, mientras bebían sus jarras de cerveza con ginebra, si hubieran visto el futuro que señalaba en realidad, en lugar de anunciar la sopa Larrikin, como creíamos estúpidamente. Es difícil aceptar el poder que tuvo aquel dibujo, que iba a afectarme a mí y a Capois Death de un modo tan drástico como si no fuera una muestra sino *madame* Guillotina en persona pendiendo sobre nuestras cabezas. Pero antes de que nos destruyera, el Labour In Vain iba a unirnos a los dos.

Por supuesto nosotros no percibimos nada de todo esto. Capois Death era un hombre de color, un esclavo fugitivo de Liverpool, y a él el dibujo le había parecido divertido e instructivo. Afirmó que había captado el espíritu de la isla con exactitud. Me permitió volver a entrar en su taberna, haciendo borrón y cuenta nueva.

Al día siguiente, el señor Capois Death fue encerrado por orden directa del gobernador Arthur por incitar a la subversión. Nuestra espléndida muestra fue quemada y el señor Capois Death y yo fuimos condenados a catorce días en la rueda de molino, él por el envenenamiento involuntario del médico de un barco y yo por escapar de Palmer, el fabricante de carruajes.

Quizá la condena habría sido insoportable, pero al menos habríamos sobrevivido, de no ser por el inesperado regreso del capitán Pinchbeck a Hobart Town. Trabajaba ahora como patrón ballenero, con la esperanza, según se rumoreaba, de arponear un día accidentalmente a su rival francés, pero yo acabaría descubriendo que sus ansias de venganza eran aún más grandes que los leviatanes a los que perseguía por los Mares del Sur. En el transcurso de una noche de juerga, tuvo ocasión de visitar varios establecimientos, incluyendo el Iron Duke y el Repent & Drink, por cuyas pinturas dedujo que yo pretendía vengarme de él mediante una serie de cuadros hábilmente disimulados, que ilustraban sus cuernos y una lenta estrangulación a manos de adúlteros galos. Aquella fue mi segunda lección en arte colonial: la verdadera naturaleza de tu tema se descubre al mismo tiempo que encuentras a tu público, pero no es más que una nueva decepción.

Por casualidad el capitán Pinchbeck cenó con el gobernador y su esposa, aún ofendida, la noche siguiente a nuestra comparecencia ante el juez por la muestra del Labour In Vain. Eso es lo único que sé; lo que se dijo entre las altas velas y el consumé de wombat solo puedo adivinarlo.

A la mañana siguiente me informaron de que acababa de llegar una orden firmada por el gobernador Arthur en persona por la que se ordenaba que yo y el señor Death, cuya complicidad parecía basarse únicamente en la estupidez de hacerme compañía en la rueda de molino, fuéramos deportados a la Isla de Sara durante siete años; él, por varios cargos de sedición añadidos; yo —un fugitivo de la justicia durante más de veinte años— por haber conspirado para obstaculizar a la justicia mediante el uso de un nombre falso.

Se hizo mención a un comportamiento rebelde y de amotinamiento, a la profanación de la bandera nacional, etcétera, etcétera, en la época de la fundación de la colonia, por parte de una persona cuyo nombre reconocí por haber respondido a él en otro tiempo. Pero entonces, condenado a la Isla de Sara, sentí que solo debía responder ante mí mismo. Cuando me preguntaron si tenía algo que decir con respecto a mi condena, contesté:

—Soy William Buelow Gould y mi nombre es una canción que será cantada.

Me doblaron la condena a catorce años por insolencia.

X

El Escarabajo era una máquina increíblemente cruel. Te dejaba el cuerpo como si estuviera hecho de dolor en lugar de carne. No era así únicamente por la mera fatiga física, ni por el efecto de lija que incluso unas pocas horas de subir y bajar con los ásperos pantalones de preso tendría en cualquier entrepierna, dejándola en carne viva, sino por la monstruosa brillantez de su total falta de sentido, sabiendo al final del día que tu cruel esfuerzo no tenía más propósito que el de impulsar aquella monstruosa rueda de molino.

El Escarabajo tenía la forma de una gigantesca noria alargada, colgada un poco por encima del suelo, como una especie de rodillo grotesco revestido de listones de madera que formaban escalones. Tenía la altura de dos hombres y más de dos docenas de metros de largo, de modo que pudieran ser castigados hasta treinta hombres simultáneamente.

Subíamos por una corta escala hasta la altura del hombro, nos cogíamos a un asidero de madera de caucho barnizada con sangre y sudor, que recorría la noria en toda su longitud a la altura del codo, y luego nos metíamos en la noria giratoria en la que habíamos de ser como agua. Durante las diez horas siguientes subíamos por aquel círculo del Infierno sin llegar nunca más allá del siguiente escalón que bajaba, tratando de no oír los quejidos de los demás, ni el golpeteo del rodillo, ni el cloc-cloc-cloc que hacían nuestras cadenas.

En medio del agónico calor veraniego, sudábamos a mares, dejando los escalones resbaladizos y a nosotros locos de sed.

Cerca de la noche del segundo día, un rompemáquinas^[6] de Glasgow sufrió unos terribles calambres que no le permitían levantar las piernas más que a costa de un grandísimo dolor. A pesar de sus súplicas, los guardias se negaron a bajarlo. Incapaz de seguir subiendo, cayó finalmente y se quedó atrapado entre la noria y la escala. Los escalones daban contra su cuerpo atascado, pero aquella enorme rueda parecía responder a unas leyes distintas a las de esta tierra y siguió rodando, mientras nosotros gritábamos a los guardias que nos permitieran detenernos. A pesar de que se dio la orden de bajar, no fue posible detener la rueda inmediatamente, por la gran velocidad que llevaba, de modo que siguió golpeando al pobre hombre hasta que acabó quedándose trabada.

A algunos no les importó, tan solo agradecieron el descanso que nos proporcionaba su sufrimiento y dijeron que tenía suerte de morir. Otros lanzaban manotazos como locos, tratando de hacer rodar la noria hacia atrás para sacarlo. Hablamos con el rompemáquinas y él nos habló un poco. Con oscuras palabras que salían como babas de su boca con sangrientos pegotes, admitió que deseaba ser un auténtico Villano. Los demás lanzamos bramidos de aprobación y por fin conseguimos sacar su cuerpo destrozado, inexplicablemente sin marcas, y lo

depositamos en el suelo, junto a la noria.

—Mi padre era tejedor —añadió—, y siento haber avergonzado a mi padre, pero los tejidos no son un buen negocio ahora, de hecho no son negocio. —Entonces dejé de hablar durante un buen rato y nosotros nos preguntamos: «¿Está pensando o se está muriendo?».

Luego su voz volvió a sonar de nuevo, aunque esta vez mucho más distante y amortiguada, como si todo el algodón hilado por máquinas del mundo se le estuviera metiendo en la boca ensangrentada.

—Mi padre era tejedor —repitió—, pero en estos tiempos para un hombre es mejor robar seda que tejer algodón a vapor con... —Pero no pudo decir la palabra «máquinas», solo vomitó más sangre en el suelo.

Después empezó a delirar y decir que el kelpy iba a por él. Chillaba con voz áspera y aguda, como un pedal desengrasado y en desuso. Otro escocés de la rueda dijo que el kelpy era un espíritu de las aguas con forma de caballo, y que ahogaba a los que viajaban a tierras demasiado alejadas de sus hogares.

Nos ordenaron que volviéramos a la rueda y dejáramos allí tirado al tejedor hasta que encontraran a un médico. Sus chillidos bajaron de tono hasta convertirse en extraños gritos a borbotones, como si intentara vomitar todas aquellas hiladoras de vapor y no lo consiguiera.

Capois Death empezó a hablar en voz alta con el tejedor, algo rigurosamente prohibido a los que estaban en la rueda, pero los guardias prefirieron hacer oídos sordos, pues el tejedor pareció calmarse y dejó de gritar. Capois Death le contó las historias que le había contado su madre sobre su país, sobre las cosas fabulosas que había visto y los jefes que la habían vendido. Mientras bajábamos y subíamos una y otra vez por el Escarabajo, también yo las escuché e intenté imaginar cómo sería posible volar igual que los antepasados de Capois Death; levitar y salir luego volando, lejos de las cadenas y los escarabajos de la Tierra de Van Diemen, solo por comer ojos de pez y untarse sangre de pájaro en los brazos y saltar desde lo alto de cierta montaña mágica y sumergirse luego en el mar y nadar como uno solo con los peces hasta que uno mismo se convertía en pez.

De vez en cuando, mientras hablaba, Capois Death giraba la cabeza para echar un vistazo al rompemáquinas destrozado por una máquina, para ver si ya había muerto, pero sus ojos eran siempre claros, brillantes como ascuas, y esos ojos nos seguían siempre, como si no debiéramos haber permitido algo como el Escarabajo, ni dejarnos sojuzgar por él, como si en cierta manera fuéramos culpables de un crimen mayor que los delitos de mal gusto que figuraban en nuestro historial.

XI

Durante el viaje de dos semanas en un pequeño paquebote alrededor de la deshabitada costa sur de la Tierra de Van Diemen en dirección a la bahía de Macquarie, el mar se encrespó tanto que nos vimos obligados a buscar refugio en un fondeadero seguro en Port Davey.

Resultó que la amante que el capitán tenía en Cape Town creía que la verdad estaba en el número tres, debido a la influencia de un cabalista que no sabía ni sumar con los dedos, y al que recurría para que le adivinara el futuro. Así pues, como emisarios de su amor, el capitán había enviado tres anillos hechos de dientes de oro arrancados con cruel urgencia de las bocas de presos que antes habían sido ricos; luego, tres emúes vivos, que murieron durante el viaje, y, como toque exótico, tres mandíbulas de tiburón blanco, aunque este último regalo era más en recuerdo de los placeres que ella le había proporcionado que un regalo para complacerla. Hacía dieciocho meses que el capitán no sabía nada de ella; le preocupaba la idea de que sus regalos habían de ser más sutiles, más enigmáticos y, por esta razón, la presencia en su barco de un pintor con cuyo trabajo estaba vagamente familiarizado, como cliente habitual de los establecimientos de Hobart Town, le sugería la idea de un tríptico de extrañas criaturas de la Tierra de Van Diemen.

Me subieron a cubierta junto con el señor Death, porque el capitán había bebido en sus establecimientos en otros tiempos y había hecho uso de sus mujeres. Mi primera sugerencia de tres águilas calvas la rechazó de inmediato, así como la de tres guirnaldas de glicinas. Me advirtió que no quería nada provocativo del estilo de la señora Arthur y el bebé negro, sino algo que pareciera inocente, pero que al mismo tiempo pudiera interpretarse de una manera completamente distinta. Capois Death sugirió que el tríptico contuviera un animal, un pájaro y un pez, y al capitán le pareció una idea espléndida. No tenía la menor idea de si aquello era una amonestación o un estímulo, pero decidí que no me correspondía a mí descifrar los sutiles mensajes de mi trabajo.

—Tú eres el pez —dijo Capois Death, cuya opinión no había solicitado—, no la red.

El día siguiente por la tarde, el capitán me llamó a su presencia y me dio acuarelas e instrucciones para pintar el resultado de su cacería matinal en tierra: un loro de vientre naranja, antes de que lo desplumaran y lo echaran al pastel de loro que iba a tomar el capitán para cenar, y un canguro pequeño del tipo que en la Tierra de Van Diemen llaman ualabí, que también iban a convertir en estofado cuando yo terminara con él.

Las pinturas no resultaron muy fieles. El loro de vientre naranja, un pájaro pequeño, vistoso y bastante dulce al natural, abultaba más en el papel que en la vida real. Era inevitable: el disparo del capitán le había volado la mitad de la cabeza a la

pobre criatura y gran parte de su cuerpo estaba apelmazado por la sangre seca. Rellené el agujero que había hecho el capitán basándome en mi experiencia y el pájaro adquirió un esplendor regio, con una postura de agresividad reflexiva, con el pico y... bueno, para ser sincero, todo su cuerpo era más un águila calva que un loro de Van Diemen. El canguro fue peor: este hermoso animal evolucionó sobre el papel, adquiriendo una sospechosa cara de roedor en lugar de su amable fisionomía, a lo que se unió un cuerpo que padecía varios problemas posturales graves, y para rematar aquel absurdo, una larga cola enmarañada, más propia de una cometa.

Mi cuerpo, como podéis imaginar después de los horrores que le infligió el capitán Pinchbeck cuando quedó descontento con mi trabajo, estaba perlado de sudor. No podía tragar saliva, la lengua me daba vueltas por la boca como un bacalao ahumado acartonado. Intenté retocar los dibujos, luego me di por vencido y volví a empezar de cero, pero los resultados no hacían más que empeorar: el canguro se parecía cada vez más a un ciervo con hidropesía y una anatomía imposible; con cada intento redoblado, el loro era cada vez más un guerrero del viento, un agresivo espíritu norteamericano con una chaqueta de colores chillones que no le quedaba bien.

Cuando el capitán vino poco antes del anochecer a inspeccionar mi trabajo, los recuerdos de la *petite noyade* inundaron mi cabeza igual que el agua había inundado aquella horrible caja. No podía hablar, tragué saliva, noté el agua del mar que me llenaba ya la garganta y deposité los dibujos mansamente ante sus ojos sobre la cubierta sin hacer ningún comentario. Pero, al contrario que el capitán Pinchbeck, este capitán pareció complacido por el elemento de irrealidad que se había colado accidentalmente. Le sugería, dijo, un mundo a la vez más fantástico y, sin embargo, extrañamente más familiar que el mundo en que vivíamos, y en conjunto le pareció que no haría más que favorecerlo ante su amante.

Para completar el tríptico, al día siguiente hizo que me trajeran un pez que a los marineros les gustaba pescar con anzuelo y sedal junto a los arrecifes del puerto, para luego comérselo ahumado. El pez tenía grandes escamas y un vistoso colorido; tal vez fuera esta última característica lo que hizo pensar al capitán que podía gustarle a su amante. Me dijeron que, a consecuencia de su comida predilecta, los grandes bosques acuáticos de *kelp* que abundan en el océano que rodea la Tierra de Van Diemen, los presos lo llamaban *kelpy*^[7].

XII

No se parecía en nada a un caballo. Parecía un buen pescado de dos libras que valdría la pena ahumar y comer si uno estaba hambriento. Pero eso no hizo que me sintiera mejor. ¿El kelpy era un kelpy o solo un pez? ¿Un pez era solo un pez? Y entonces miré a aquel maldito kelpy a los ojos, y aunque yo no lo deseaba, me devolvieron, más deprisa de lo que el señor Banks tardaba en arrancarle la cabellera a un negro, al Escarabajo, y nos vi a nosotros sentados en corro aquella noche esperando a que muriera el rompemáquinas, preguntándonos si llegaría al día siguiente e intentando hallar el modo de convencer al cocinero de que nos diera un poco de manteca para los muslos que teníamos en carne viva, y a Capois Death cuando se puso de nuevo a hablar.

Inspiraba una autoridad que es imposible de explicar y que se contradecía totalmente con las características de su presencia física. Un retrato mostraría a un negro de corta estatura con el mentón algo endeble y un giro del hombro derecho que le daba una curiosa naturaleza, intimidatoria y sospechosa a la vez, pues parecía estar siempre mirando hacia atrás y retorció todo el cuerpo para escucharte como si estuviera a punto de golpearte.

Capois Death era oriundo de Santo Domingo; su rostro de pasa arrugada era tan tortuoso como su historia. Al igual que otros antiguos esclavos a los que había conocido, Capois llevaba consigo una botella de licor a todas partes. Era un recipiente de barro cocido y, según él, contenía su propia memoria invencible como hombre liberado por sí mismo, rodeada para su protección por su famosa sopa Larrikin. Al llevarlo su amo de Jamaica a las Bermudas para venderlo allí, logró sobornar a un soldado con una felación para que le falsificara el certificado de libertad y después huyó a Inglaterra, donde encontró trabajo, primero en el Atlántico norte como arponero, y luego en Liverpool como lacayo, empleo que perdió junto con su libertad al ser descubierto robando la plata a su señor.

Tenía la boca torcida en perpetuo movimiento, y cuando anocheció y nos ordenaron que volviéramos a nuestras dependencias, llevándonos al rompemáquinas con nosotros, pues aún no había llegado ningún médico, nos contó, mientras yacíamos en nuestros viejos jergones de húmeda paja, en una forma tan épica y abierta que no terminaba nunca, la historia de la gran revuelta de esclavos de Santo Domingo, en la que medio millón de esclavos derrotaron sucesivamente a los residentes blancos, a los soldados de la monarquía francesa, a una invasión española, a una expedición inglesa de sesenta mil hombres y a una segunda expedición francesa capitaneada por el cuñado de Bonaparte.

Y nos lo contó tal cual, como si fuera un soldado de infantería disparando, cargando y volviendo a disparar su mosquete, con el rostro pétreo y sin detenerse, sin poner ningún énfasis, y el horror y la gloria y el asombro de todo aquello estaban en

la acumulación de innumerables detalles, de cómo había sido testigo de la ferocidad de la revuelta siendo niño; del intento del cuñado de Bonaparte por sofocarla; de los negros que echaban como comida para los perros o quemaban vivos públicamente; de su líder, Toussaint L'Ouverture, el Napoleón negro, traicionado por el Napoleón blanco; del refinado general negro de L'Ouverture, Maurepas, obligado a ver cómo ahogaban a su mujer y a sus hijos mientras los soldados franceses le clavaban un par de charreteras de madera en los hombros desnudos, atormentándolo y riéndose de él mientras golpeaban con el martillo: «¡Ahora sí que eres un auténtico Bonaparte!». Y, sin embargo, Capois le debía la vida a otro francés, el capitán de barco Mazard, que se negó a ahogar a los ciento cincuenta esclavos que le habían entregado con ese expreso propósito y que llevó a Jamaica. Allí los vendió a los plantadores ingleses, por lo que el capitán fue vilipendiado tanto por blancos como por negros, ya que los primeros querían castigar a los negros con la muerte por rebelarse y los segundos preferían morir de la forma que fuera antes que vivir como esclavos, porque morir como hombres libres significaba que la rebelión no terminaba nunca.

Capois Death calló. Por un momento nos pareció estar de vuelta en el Escarabajo y solo se oía el sonido de nuestras cadenas, cloc-cloc-cloc, y el lento repiqueteo de la noria, como si no hubiera escapatoria alguna excepto en las historias. Entonces volvió a hablar el rompemáquinas de Glasgow, pero esta vez su voz era un graznido ronco y lastimoso y nos pedía que lo matáramos.

Al principio no hicimos caso de sus súplicas y le aseguramos que el médico llegaría en algún momento y que lo curaría.

Pero él repetía jadeando, como si estuviera atado a una nueva noria y solo pudiera seguir su ritmo:

—¡Me muero!

Una y otra y otra vez, cloc-cloc-cloc.

Como si tuviéramos alguna duda.

XIII

Capois Death cogió su jergón y se fue hacia donde yacía el rompemáquinas. Se arrodilló y apartó la mirada de sus ojos. Parecía contemplar su espesa cabellera negra, que apartó hacia un lado con suaves toques. Pasó el dorso de la mano por la mejilla del rompemáquinas, dejándola así unos instantes. Luego se levantó, echó el jergón sobre la cabeza del rompemáquinas y, arrodillándose, se puso a horcajadas sobre la cabeza tapada y tensó el jergón entre las rodillas.

De esta forma sujetó con fuerza al rompemáquinas y empezó a cantar en voz baja las canciones que había aprendido de su madre. El cuerpo asfixiado del hombre dio unas sacudidas, pero a todos nos pareció que dejaba de debatirse con demasiada rapidez hasta que se detuvo completamente. Capois Death se quedó sentado sobre la cabeza del hombre un minuto largo, luego dejó de cantar y se levantó y apartó el jergón a rastras.

Nadie se movió. Todos los ojos se fijaron en el rompemáquinas buscando un signo de vida. No había ninguno. Capois Death hurgó en sus bolsillos, halló la mitad de un anillo de granate y lo echó en su botella de licor. Luego se tumbó sobre el jergón, cerró los ojos y, en la cubierta del barco de presos, yo abrí los míos y vi a mi alrededor las onduladas llanuras salvajes de Port Davey y supe que ya todo había quedado atrás, que la tarea más aterradora que tenía ante mí era únicamente la de pintar el pez que el capitán me había dado como tema para la tercera parte del tríptico de su amante.

El kelpy que me dio para que pintara no parecía conocer su destino como embajador de un idilio. Enroscado en un cubo lleno de agua de mar, aún vivía, y en cierta manera parecía expresar un leve desprecio hacia su nuevo papel. Saqué el kelpy del cubo durante medio minuto más o menos, lo puse sobre la mesa delante de mí, trabajé rápidamente y luego lo devolví al agua para que pudiera respirar y no muriera aún. Comprendí que aquella mesa seca era la *petite noyade* del kelpy y yo su capitán Pinchbeck. El kelpy era culpable, igual que yo. No sabía por qué, igual que yo.

No me pareció tan difícil hacer un dibujo de un parecido razonable, pero los ojos del kelpy me seguían como si conociera todos nuestros verdaderos crímenes, igual que los ojos del rompemáquinas me siguieron hasta el momento de su muerte, pero no fue así como pinté al pez exactamente, como unos ojos acusadores y horrorizados en un cuerpo agonizante. No, envalentonado por las rarezas que el capitán había sancionado tan inesperadamente en los primeros dibujos, debo confesar que empecé a tomarme libertades con la cara del pez, así que eran tanto los ojos cómplices del pez como el horror de los ojos del rompemáquinas mirándonos mientras estábamos en la noria; así que era todo eso y muchas otras cosas más. Era la mirada perdida y los dientes de conejo de Capois Death y su mirada entre horrorizada y fascinada, siempre

hacia atrás, por encima del hombro, a su propio pasado, mientras el rompemáquinas se debatía debajo de él. Era toda aquella sangre, de ojos de peces y de esclavos sublevados con los que se ensañaban y la hemorragia causada por los clavos en los hombros de Maurepas y la sangre en los ojos del rompemáquinas después de apartar el jergón, y era mi propio miedo a este mundo chiflado en el que yo y ellos y todos estamos atrapados. Era gracioso, pero al mismo tiempo no parecía tan gracioso que todas aquellas cosas estuvieran unidas por un momento y que todas existieran en un único kelpy moribundo.

Eran pensamientos estúpidos y me alegré cuando el capitán se llevó el dibujo para su amante y entregó el kelpy a los marineros para que lo ahumaran y se lo comieran.

XIV

¿Cómo podía saber yo entonces —mientras pintaba mi primer pez— que estaba poniendo en marcha una empresa tan quijotesca como infinita? He leído biografías de artistas y, al igual que las vidas de santos, parecen tocados por la grandeza desde el principio. Al nacer, se dice que sus dedos trazaban florituras de pintor, esperando únicamente un pincel mojado y un lienzo para llenarlo de imágenes con las que parecen haber nacido, como otras tantas concepciones inmaculadas.

Pero el arte es una severa condena, no un derecho de nacimiento, y no hay nada en mi infancia que sugiera una aptitud artística o un interés tan siquiera, pues mis pasatiempos y fascinaciones eran casi todos de los que podían considerarse —y se consideraban— simplemente infames. Y si bien soy, claro está, el héroe de esta mi propia historia, aunque solo sea porque no imagino en realidad que quiera serlo nadie más, mi historia no es una nueva versión del mito de Orfeo, sino la historia de una rata de cloaca, pero peor.

Soy William Buelow Gould, con el alma negra, los ojos verdes y las tripas destrozadas, desdentado y greñado, y aunque mis cuadros sean aún peores que mi aspecto, ya que mis dibujos carecen de la majestuosidad de un Girtin o del dominio de un Turner, creedme cuando os digo que intentaré mostrároslo todo, por loco, retorcido o malo que sea.

Llegaré hasta el final a mi manera, jodido si no lo hago y jodido si lo hago, pues puede que no sea poesía como la de la escuela de los lakistas^[8] o de Ovidio o de ese maldito enano de Pope, pero la haré como mejor pueda y como no lo ha hecho nadie más. El trabajo tosco con un alma estará siempre sujeto a cualquier cosa, incluyendo la condena y la injuria, mientras que el trabajo selecto y vacío de contenido rechaza todos los insultos y se recubre fácilmente con alabanzas pagadas. Dicen que el cuentista es el hombre que dejaría que la llama de su historia consumiera la mecha de su vida. Pero, al igual que el bueno de Trim Shandy, no voy a conformarme a las reglas de ningún hombre. Tengo intención de acompañar mis dibujos con una hoguera de palabras y diré cualquier cosa que ilumine un mísero instante de verdad en mis pobres dibujos.

Soy William Buelow Gould y tengo intención de pintar para vosotros lo mejor que sé, que no es gran cosa, que no es más que el arte tosco de un hombre, el sonido del agua sobre la piedra, el sueño de un loco sobre la dureza dando paso a la suavidad, y espero que en mis acuarelas traslúcidas no lleguéis a ver reflejados trozos del papel de dibujo blanco que hay debajo, sino la opacidad misma de las almas.

¿Y no es esa captura suficiente para un sufrido marinero en un mar embravecido? Respondedme, ¿no lo es? ¿O deseáis pruebas de lo sublime, del Artista que domina su talento, que está de hecho en la cúspide?

De mí no obtendréis esas paparruchas. Porque yo no tengo el dominio aquí, estoy

descontrolado, completamente, y espero que peligrosamente también, y cuando mi pincel empieza a atacar el papel de Pobjoy con pequeños golpes —ratatatá— lo que hago es disparar por la libertad, nada menos que la libertad, y mi puntería es incierta y mis armas son una lastimosa caja de pinturas que me avergonzaría empeñar, unos cuantos míseros pinceles, unos cuantos potes de pintura, aún más mísera, y un talento malogrado que sirve únicamente para la reproducción. Pero mi vista es buena y lo haré lo mejor posible.

¿Qué?

¿Dónde, oigo preguntar a los criticastros, está la delicadeza de planteamientos, la prueba de que hay algo más que una pobre mentalidad provinciana siempre buscando sacar tajada?

Me empequeñecen con sus definiciones, pero yo soy William Buelow Gould y no un hombre mezquino o pequeño. No estoy sujeto a ninguna idea sobre quién he de ser. No estoy confinado al espacio entre mis pies y mi pelambarrera, sino que soy infinito como la arena.

Acercaos, escuchad: os contaré por qué me arrastro por el suelo: porque quiero. Porque no me interesa vivir por encima como puede que ellos creen que se debe vivir, en el lugar que se debe estar, para que así, en sus aguileras y torres de vigilancia puedan mirar hacia la tierra, a nosotros, y juzgar que todo es deficiente.

No me interesa pintar cuadros de mentira con amplias vistas que emborronan el detalle e insultan a los seres vivos, esos paisajes tan apreciados por los Pobjoys, esos paisajes que destrozan la verdad elevándose siempre hacia el cielo, como si solo pudiéramos conocer un lugar o a alguien desde cierta distancia; esa es la mentira de la tierra, mientras que la verdad no está nunca lejos, sino cerca, en la suciedad, en los detalles repugnantes de babas y escamas y suciedad junto con el Diablo, junto con los ángeles, y todos atrapados en la tierra y todos nosotros encarnados en el único latido de un corazón —el mío, el tuyo, el nuestro—, y todo esto es mi tema cuando apunto y hago del pez carne encarnada.

Los criticastros dirán que soy poca cosa y que mis pinturas son intrascendentes. Armarán un pandemonio fuera y dentro de mi pobre cabeza y no podré seguir el compás que marcan mis golpes de pincel. Me despertarán de mi sueño necesario y gritaré. Intentarán definirme igual que hace el cirujano con sus lamentables especies, esos malditos linneanos^[9] del alma, atraparme en alguna nueva tribu de su invención y definición.

Pero yo soy William Buelow Gould, grupo de uno, indefinible, y mis peces me liberarán y huiré con ellos.

¿Y vosotros?

(Señala oportunamente el gran Shelley):

Os hirieron, y eso es la memoria.

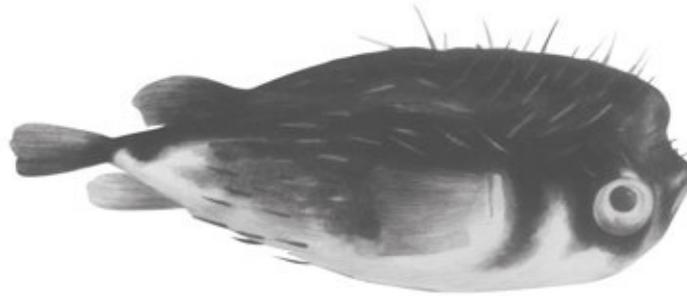
Y vosotros tendréis que empezar igual que empecé yo: mirando a los peces a los ojos el tiempo suficiente para ver lo que ahora debo describir, para iniciar la larga

zambullida, el descenso hacia el mundo del océano donde los únicos barrotes son los haces de luz que lo iluminan.

¡Silencio!

Viene Pobjoy, la marea sube, mi herida se está coagulando, así que recostaos y aceptad, como el preso ruso, que todo es mejor en un libro, que la vida se observa mejor que se vive. Asentid como cabrones afortunados que sois, como los encofetados funcionarios de Hobart Town que desayunan en el piso superior de la oficina del secretario colonial contemplando las ejecuciones públicas de primera hora de la mañana, con sus culos gordos agitándose en asientos mullidos, disfrutando cómodamente y en compañía, todavía con el dulce y gelatinoso gusto a orina de riñones fritos en la garganta, del espectáculo de un buen ahorcamiento en la entrada de la prisión, justo al otro lado de la calle Murray.

En ese breve momento, antes de que la trampilla de la horca abra su boca insaciable, déjame continuar —como en todas las buenas confesiones de un hombre condenado— con los sucesos inmediatos que me han conducido a tan penoso trance.



EL PEZ ERIZO

La Isla de Sara – Varias formas de tortura – El comandante encuentra una nación – El señor Lempriere – Compartiendo las alegrías de Voltaire – Representando la danza de la Ilustración – Una muerte y un nuevo nombre – Infidelidad – Castlereagh el cerdo – El doctor Bowdler-Sharpe y los huevos – Cómo acabé pintando mi segundo pez.

I

Al final del más extraño de los viajes, nos acercamos lentamente a nuestra nueva prisión al final de una tarde de principios de otoño, en un mar tan quieto que con frecuencia nos quedábamos inmóviles por falta de viento. En esta época de abominaciones, en un tiempo en el que, como tan a menudo nos dicen, se profana todo lo sagrado, no hay nada más abominable, sin menos precedentes en los anales de la degradación, que la isla en la que iba a desarrollarse mi historia. Por toda la mitad occidental de la Tierra de Van Diemen, desconocida e inexplorada, solo vagaban los salvajes y no había ningún asentamiento blanco, aparte de aquella prisión para los contumaces.

Sin embargo, a la pálida luz de la luna cuajada con que la vimos por primera vez, la Isla de Sara no tenía el aspecto que esperábamos. El capitán había concedido una dispensa especial a varios reclusos —entre los que nos contábamos Capois Death y yo— permitiéndonos abandonar la fétida y sofocante bodega para subir a cubierta. Como un monstruo marino plateado de leyenda, alzando su terrible cabeza, la isla se cernía sobre nuestro barco, lejana aún.

Era como si un pulpo gigante se hubiera desparramado sobre la isla y hubiera arrasado hasta el último vestigio de vegetación, hasta el último árbol, planta y helecho, dejando tan solo sus tentáculos vueltos hacia arriba: largas cercas de más de quince metros de altura que recorrían toda la colonia. Sobre aquellas cercas se alzaban los grandes edificios de la isla, como múltiples cabezas de azogue de un *kraken*^[10]: el palacio de mármol rosa del comandante, junto al que nos sentiríamos más adelante como si estuviéramos en una especie de desfiladero hecho por el hombre en el que soplaran vientos furiosos y cuya sombra se proyectaba sobre el resto de la colonia: el magnífico edificio de piedra de la intendencia, que no habría desentonado en un gran puerto; la penitenciaría, en cuyo centro se levantaba un ciclópeo dintel que ostentaba el extraño escudo de armas de la colonia: una máscara sonriente.

Luego aparté los ojos de la isla para mirar el mar. Vi algo que no había visto hasta entonces, algo realmente extraordinario que hubiera deseado poder describir con palabras, pero para lo que sabía que no había palabras: las estrellas se reflejaban en el agua, tan brillantes como en el cielo, como si viajaran por los cielos australes para llegar a aquel lugar de maravilla; como si fueran un millar de velas ardiendo bajo la superficie de las aguas inmóviles y oscuras, una luz por cada alma de cada convicto muerto y enterrado en la pequeña isla de los muertos que se alzaba a nuestra derecha. Cuando la cabeza y después el cuerpo de un hombre muerto extinguieron varias de aquellas luces al pasar muy lentamente alrededor de nuestra proa inmóvil y apareció flotando boca abajo, me pregunté si por fin el rompemáquinas había cumplido su sueño de libertad.

El cadáver se identificó más tarde con el de un preso fugado que no había conseguido llegar al continente en una balsa hecha con una puerta. Tanto si el capitán se refería al destino del preso o a la isla de la que solo había podido escapar muriendo, el comentario que hizo mientras contemplaba el cadáver del preso cuando lo izaron con garfios me produjo escalofríos.

—Última parada en el fin del Imperio.

II

Cuando por fin se levantó viento aquella noche y nos acercamos más para atracar, vimos las intrépidas calles que recorrían los contornos naturales de la isla de parte a parte, el extenso vertedero de basuras y los embarcaderos sin terminar y las calles de la costa formadas por altos tinglados de piedra que avergonzarían a Liverpool: colectivamente, la profecía de una nación llamada a existir simplemente por el deseo de su líder, un hombre al que llegaríamos a juzgar extraordinario con toda justicia.

Es muy posible que digáis: ¡Qué suerte para las colonias tener a un hombre semejante!

Pero cuando uno veía sus inmensos astilleros —digo «sus» a propósito— muy pronto se hacía evidente que habíamos pasado de un dominio, el de los ingleses, a otro mucho más notable, el de Su Corpulencia, el Napoleón de la Isla de Sara, el Gran Dogo de los Mares del Sur: el comandante en persona. Ya entonces, sus astilleros eran los más activos de las colonias australes, muchísimo más grandes de lo que sabían las autoridades coloniales, porque por cada bergantín o balandro que construían los presos calafates con pinos de Huon —talados por cadenas de criminales descalzos junto al río Gordon— y se enviaban a modo de tributo a Hobart Town, al gobernador de la Tierra de Van Diemen, se construían una docena más y se reservaban para la creciente flota mercante de la isla, por cuyo medio el comandante había establecido vínculos, primero comerciales y luego políticos, con mercaderes javaneses y con varios países sudamericanos que habían conseguido la independencia.

Bajo la influencia del mercurio, que tomaba diariamente como remedio para la sífilis, y el láudano, que bebía cada noche en cantidades imprecisas para poder dormir, porque, de todas las cosas, aquel hombre audaz solo temía sus propios sueños, padecía pesadillas intensificadas por el opio que no le daban un momento de respiro y que terminaban siempre en llamas, de las que renacía cual fénix justo antes del amanecer todos los días, para reconstruir lo que ya eran cenizas.

Es muy posible que os preguntéis: ¿Cómo demonios esperaba que acabara todo aquello?

Pero su ambición era tan desmedida como sus apetitos, tanto alimenticios como carnales, y no consistía ni más ni menos que en crear una nación que tuviera como capital la ciudad-estado cuyos cimientos ya estaba asentando, una nación con él como Padre.

Es muy posible que queráis saber: ¿Cómo era posible todo aquello?

No había más que oírle hablar de sus sueños, sus visiones, para que los tablones toscamente tallados empezaran a vacilar y a moverse bajo los pies, para que las paredes desconchadas de arenisca que nos rodeaban cayesen al suelo, y para que el mundo de aquella sombría y desesperada prisión se transformara ante tus ojos. Antes

de que nos diéramos cuenta de algún modo de la transformación, estaríamos volando por los cielos australes hacia una tierra remota y fabulosa, de tiranía quizá, pero hechizada por sus historias y sus esperanzas y su desesperación, un mundo que se volvía cada vez más y más real para nosotros con cada una de sus palabras y sus gestos.

Después de atracar nos obligaron a desnudarnos, y mientras temblábamos en cubierta, unos presos guardianes nos metieron el dedo en el culo y nos hurgaron en la boca buscando trozos de tabaco o piedras preciosas. Luego nos permitieron vestarnos y esperamos a que llegara el comandante.

Poco antes del amanecer, subió a bordo para hablarnos. Su aspecto era insólito: no solo porque fuera bajo, sino porque su cuerpo menudo surgía en disminución de una cabeza enorme y, en consecuencia, parecía no tener cuello. Sus negros cabellos, espesos y ondulados, eran su mejor atributo, pero su exuberancia no hacía más que resaltar sus otras carencias físicas. En cualquier otra persona, un atuendo tan exótico como el suyo —el uniforme azul, la máscara de oro— habría constituido su rasgo más característico, pero en aquella hora temprana, fue su forma de hablar: directa, sencilla, cayendo incluso en ocasiones en la *dementung*, una lengua franca, mezcla de la lengua de los negros y la jerga de los presos. Había algo mesmerizante en sus palabras, en su pasión.

Antes de que nos diéramos cuenta, el barco se había transformado en una nube que se movía, y justo cuando los quebrados tonos pastel de la aurora empezaban a adueñarse del cielo a su espalda, nos señaló el futuro y nosotros volamos por encima de él: la pequeña isla se había convertido en un noble gigante mercader, reverenciado y temido por igual en todo el mundo, por su riqueza, su poder, la belleza y la majestad de sus disposiciones cívicas. Vimos a comerciantes y artistas y todo tipo de cortesanos en su juventud, cuando emprendieron el largo viaje desde provincias lejanas, abandonando su pasado, su acento, renegando de familia, amigos y amantes, y llevando consigo únicamente el deseo encendido de identificar su propia ambición y sus sueños más locos con los de la emergente isla austral.

Se imaginaba a sí mismo —y nosotros con él— retratado con una toga romana, o como tema de odas épicas, o fundando una dinastía que iría a la guerra en nombre de su controvertida memoria, o como Él mismo, y no veía conflicto alguno entre sus deseos despóticos y tiránicos, sus deberes oficiales como funcionario inglés a cargo de una colonia penitenciaria imperial y la alta estima que sentía por las ciudades-estado renacentistas como Florencia y Venecia, sobre las que había adquirido ciertas ideas engañosas leyendo libritos subidos de tono acerca de Italia. Se los enviaba una mujer que resultó ser su hermana, la señorita Anne —una acuarelista romántica cuya pequeña fama no se basaba en su arte, sino en haber mantenido una breve relación ilícita con Thomas de Quincey durante el único trimestre en que el escritor opiómano se enterró en los claustros lúgubres y decrepitos de Worcester College—, acompañando sus cartas desde Oxford.

El comandante padecía una extraña variante del baile de San Vito, se alimentaba de una deferencia balbuceante a los espejismos y fantasmas de la nueva era, y afirmaba ante nosotros que los más elevados impulsos creativos del hombre se desarrollarían en lo sucesivo mediante la ingeniería. Nos vimos arrastrados por su interminable fábula de construcción: sus planes para convertir el mercado en gigantescos soportales acristalados, para reconstruir la senda sinuosa y enfangada que subía desde la playa y hacer de ella un recto e inmenso Bulevar del Destino, en cuyo extremo final se alzaría un impresionante arco de hierro, bajo el cual se pasearían los amantes si se portaba bien el tiempo y por el que llegarían los soldados en tropel si los presos se portaban mal.

Sin embargo, no adivinó jamás qué era lo que tanto nos deslumbraba a todos de esa ciudad: sus palabras.

Cuando hablaba, todo parecía posible, cualquier cosa, y aunque sabíamos que nuestra participación en todo aquello no había de consistir en beneficiarnos de sus sueños, sino en entregar nuestras vidas para transformarlas en ladrillos y argamasa, en cristales y encajes de hierro, nuestro deterioro era tan grande que sentimos —al menos durante el tiempo bastante largo que él estuvo hablando— que aquello nos ofrecía un propósito, un significado, algo que nos dijera que no éramos reclusos, algo que iba más allá de la Cuna y el Tubo Mordaza, y eso era todo lo que ansiábamos: una idea alternativa de nosotros mismos, una especie de máquina de vapor con la que pudiéramos rehacer nuestro mundo y a nosotros mismos, pues para dejar de ser un preso, teníamos que dejar de ser lo que éramos, escapar de nuestro pasado y del futuro decretado por el sistema penitenciario.

Era un mundo que exigía a la realidad imitar a la ficción, nos lo exigía a todos. Para un falsificador, de momento, las posibilidades parecían infinitas, y para ser sincero, ¿quién habría podido predecir entonces tanto mi fabuloso futuro como el horripilante destino que iba a consumirnos a todos? Al final, claro está, el comandante acabaría por exprimir el mar hasta la última gota para explotar luego por un oceánico exceso de orgullo y abandonar de nuevo la isla y a sus pocos supervivientes a su desolado aislamiento. El camino más sencillo con la autoridad es inevitablemente el de la aquiescencia: cuanto más estúpidos son, más estúpido has de ser tú. Supongo, entonces, que fue inevitable que en la Isla de Sara me convirtiera en lo que hasta entonces solo había fingido ser, la más despreciable de las criaturas: un Artista.

III

Al desembarcar descubrimos toda la brutalidad requerida y las sórdidas circunstancias que cabía esperar de un lugar semejante. Pero antes incluso de pisar tierra, antes incluso de ver algo de cerca, olfateamos los efluvios de la muerte. La muerte estaba presente en el acentuado olor de los cuerpos avejentados y de las almas ulcerosas. La muerte emanaba en miasmas de las extremidades gangrenosas y los trapos ensangrentados de pulmones tísicos. La muerte se escondía en el hedor rencoroso de las palizas, en los edificios nuevos que se desmoronaban por culpa de la humedad insidiosa que todo lo impregnaba, manaba de los esfínteres podridos tras repetidas violaciones. La muerte surgía del olor dulzón del fango fermentado, de las animadversiones petrificadas, se apostaba en las inclinadas paredes húmedas de ladrillo, en las tiras de carne caídas tras cada latigazo, en las incontables exhalaciones fétidas de gritos desatendidos, de asesinatos, y todo mezclado con el agua salada en una suerte de horror mudo; en conjunto, aquellos olores de sudor temeroso que empapan las ropas e impregnan lugares enteros y de los que se dice que son inmunes al paso del tiempo, un perfume de sangre derramada del que jamás me libraría por mucho que me lavara, ni por grande que fuera mi resignación. Y tal vez, precisamente porque la muerte estaba en todas partes, contra toda lógica, la vida no me ha parecido jamás tan dulce como el día que llegué a la Isla de Sara.

Cuando subimos por la colina tropezando con las cadenas en dirección a la penitenciaría, encaramados de manera precaria a un pequeño acantilado sobre el mar, cuando nuestros ojos hallaron imágenes sórdidas que desdichadamente se correspondían con aquellos espantosos olores, vimos que la isla era a la vez algo más y algo menos que la maravilla que habíamos supuesto en un principio, como si no estuviera claro si nos encontraríamos ante el sueño del comandante o la pesadilla de los presos. Junto a los magníficos edificios de piedra, algunos terminados pero vacíos, otros todavía a medio construir, se apiñaban las destartaladas chozas de tierra y los ruinosos cobertizos de madera, inclinados en tantos ángulos extraños que parecían borrachos. Mientras que la zona del puerto y la carretera que conducía a él estaban adoquinadas, el resto de las vías públicas de la isla lo formaban hediondos caminos de lodo pisoteado en los que uno podía hundirse hasta la cintura. Enjambres de pulgas que se levantaban en pequeñas nubes allá donde cualquiera se sentara e ingentes cantidades de moscas infestaban la isla, junto con ratas tan osadas como para corretear en manadas alrededor de los edificios en pleno día.

Ahora que pienso en ello, mientras floto por mi celda, creo que no nos sorprendió sentir sobre nosotros, como un odio implacable, la mirada maligna de aquel ejército impío de perseguidos: sucios alfeñiques y desgraciados medio muertos de hambre, con los ojos llenos de pus, saltones como ranúnculos en los rostros escamosos e infestados de costras, con las espaldas deformadas, acuchillada y desgarrada su forma

natural por interminables aplicaciones del látigo; desechos de hombres con los músculos caídos y el estómago apretado, quebrantados mucho antes de la vejez, pues al que juzgué el más viejo de todos solo tenía treinta y dos años.

Tampoco nos sorprendió nada comprobar la inversión de la naturaleza que se había producido allí —de las mariconas a los bujarrones, uno de los cuales andaba por ahí vestido como una mujeruca, con un atado de trapos sucios bajo la ropa de preso, afirmando que era su bebé y que lo alimentaría con licor de malta de su compadre—, ni descubrir los espantos naturales, con la bahía infestada de tiburones, según nos dijeron, y las inhóspitas tierras inexploradas plagadas de salvajes asesinos. En cierta manera extraña fue un alivio poder constatarlo, para así empezar a aprender cómo soportar mejor todo aquello y, si era posible, cómo eludirlo.

Pero en realidad no había modo alguno de hacer más llevaderas las diversas formas de tortura exclusivas de la isla. Podías sobornar con éxito al herrero para que te pusiera unas cadenas más ligeras, pero no había remedio alguno para soportar el dolor de tres meses llevando, día y noche, grilletes de catorce kilos de peso con el interior dentado para lacerarte la carne.

Sabía ya entonces, mucho antes de conocerlas íntimamente como ahora, que no había modo de endulzar la estancia en las celdas de agua de mar donde uno podía pasarse meses o incluso años, subiendo y bajando con las mareas. Ni para el Tubo Mordaza, ese ingenioso instrumento que enseñaba silencio a costa de una agonía; un tubo de madera metido en la boca como si fuera un bocado de caballo, a menudo con tal fuerza que rompía varios dientes. El tubo se sujetaba entonces en la nuca con una tira de cuero atada a cada extremo, y se apretaba hasta que un ronco silbido espasmódico y una espuma sanguinolenta indicaban que la mordaza funcionaba. Ni tampoco para el Águila Extendida, en la que se encadenaban los brazos de un hombre a dos argollas separadas por un metro y ochenta centímetros y a una distancia semejante del suelo, con los pies encadenados a una argolla del suelo, de cara a la pared y con el Tubo Mordaza puesto si el reo empezaba a gritar cuando le aporreaban el cuerpo y la cabeza.

Había otras torturas exóticas con nombres que sonaban a perversas humillaciones: la Hija del Carroñero, la Escoba de la Bruja, la Calentura de la Cortesana... La más temida de todas, y también la más pasiva, era la Cuna, una rejilla de hierro a la que se ataba a los hombres de espaldas, a menudo después de ser azotados, y allí permanecían inmóviles durante semanas, con la espalda escarificada y convertida en un pútrido campo de cultivo para los gusanos, mientras los cuerpos se descomponían en aquella parálisis y las mentes de los reos se disolvían en una papilla aún peor.

Te podían aplicar alguno de estos castigos por el delito de poseer tabaco, manteca o un pájaro adiestrado; o por compartir comida, cantar, no caminar lo bastante deprisa en dirección al trabajo, hablar (insolencia), no hablar (insolencia muda), reír, fruncir el entrecejo... Pero en realidad, el único delito auténtico era el enfrentamiento con un recluso guardián o con algún perro chivato. Uno ascendía o descendía en la Escala de

la Isla de Sara no en función de su comportamiento, su celo en reformarse o su vileza impenitente, sino única y exclusivamente por una cuestión de suerte: de buena o mala suerte.

Para todo lo cual estaba preparado.

Pero para el pez erizo, en cambio, nada podía haberme preparado.

IV

Todo lo que he contado sobre naciones nuevas y lo de volver a construir Europa en una isla raquílica de falsas ideas bajo el cielo austral no lo habíamos descubierto aún, pero lo que vi ante mí la fría mañana del día siguiente, después de atracar y de que nos encerraran en los míseros barracones de madera y ladrillo reservados para los recién llegados, fue a un hombre corpulento con la cabeza pelada que parecía un pudín humeante, un ser a ratos harinoso y a ratos empalagoso, y que iba a cambiar mi vida para siempre.

—TOBIAS ACHILLES LEMPRIERE... SEÑOR... CIRUJANO DE LA COLONIA... EXIGENTE... COMO SOY —dijo el Pudín con un aliento de desayuno caliente que echaba nubes turbias de vapor en mi celda.

Aunque su forma de hablar era incomprensible en su mayor parte, su tono era solemne, motivo quizá por el cual hablaba inevitablemente en mayúsculas. Las palabras existían en su discurso como pasas de Corinto en un pudín de pan y mantequilla mal hecho: grumos oscuros e indigestos.

Su aspecto era tan temible que me estremecí nada más verlo. Era tan rotundo que, más que concebido, parecía haber sido fabricado por un tonelero. Su negra levita con faldones, demasiado pequeña y más gastada que elegante, sus ceñidos calzones, sus diminutos zapatos de hebilla plateada, todo sugería un enfermo de hidropesía queriendo hacerse pasar sin éxito por un vividor de la época de la Regencia^[11].

Lo más característico de él era también lo más aterrador: la absoluta blancura de su enorme cabeza calva, tan llamativa que al principio pensé que era la sombra del rompemáquinas que regresaba para atormentarme. En contraste con el blanco desierto del resto de su cara, tenía pliegues de grasa en los que la oscuridad discurría por riachuelos intrigantes. Más tarde descubrí que su rostro era más cetrino que espectral, y que usaba relucientes polvos de blanco de plomo que le hacían parecer recién enharinado. Tal vez, como dicen de los sombrereros locos de Londres, fue aquella asociación tan íntima con el metal lo que explicaría en parte su comportamiento errático de después. En cualquier caso, mi primera impresión de su semblante grotesco e inhumano es la que más ha perdurado de él en mi memoria.

Sus ojos eran grandes y acuosos y, si se me permite la expresión, *lunáticos*, pero lo que en un cuerpo diferente podría haber sugerido un carácter poético o incluso místico, en él solo insinuaba insensibilidad y cierta falta de interés por los demás. Aun así, en aquel fantasmal paisaje lunar que tenía por cara, era lo único que indicaba la existencia de vida. Sus ojos te atraían hacia su mirada y, como después descubrí, hacia las obsesiones que le obsesionaban en todo momento.

Vagamente percibí que, como cirujano, el señor Tobias Achilles Lempriere ocupaba una posición de considerable poder sobre nosotros, que, como ya bien sabía, no éramos más que esclavos. Era el señor Tobias Achilles Lempriere quien decidía si

un hombre estaba demasiado enfermo para enviarlo a trabajar en alguna tarea agotadora con una de las cadenas de presos, o si merecía ser acusado de fingirse enfermo y ser azotado por ello. Era el señor Tobias Achilles Lempriere quien determinaba si debía dejar de azotarse a un hombre y también el señor Tobias Achilles Lempriere quien decidía si los latigazos eran demasiado flojos y debían ser más fuertes.

Me levanté del húmedo suelo de tierra para intentar parecer un hombre con algo de dignidad en lugar del miserable criminal que era, pero mi cuerpo sintió el peso de las cadenas, sintió el picor de los piojos con aquel movimiento súbito, sintió el roce áspero de las sucias ropas de recluso sobre la piel. Con esa pesada opresión sobre mí, ansié simplemente volver a tirarme en el suelo, pero me quedé tan erguido e inmóvil como me fue posible en tan míseras circunstancias.

Me preparaba para mostrarme adecuadamente dócil y sumiso, para adular y fingir, cuando vi con sorpresa que el señor Tobias Achilles Lempriere sostenía un pequeño taburete de limpiabotas por detrás, lo ponía en el suelo viscoso y luego depositaba su considerable peso sobre él. Con aquella ceñida levita negra, tenía toda la pinta de un rollito de mermelada quemada en un tenedor doblado que en cualquier momento podía desaparecer por su gran culo grasiento.

—EL ESTUDIO DEL PEZ KELPY... BUEN TRABAJO... MUY BUENO —dijo al sentarse en el taburete—. CONCEPCIÓN... EJECUCIÓN... ESPLÉNDIDO... CIENTÍFICO. —Pensé que querría que le pintara un retrato; era como una especie de Marat gordo, y me dije que no sería difícil conseguir un parecido razonable cuando el cirujano suspiró una vez más y siguió hablando—. DE LO MÁS PERTINENTE... CENÉ ANOCHE... BUEN CAPITÁN —dijo un poco irritado, pensando quizá que mi falta de respuesta indicaba una imbécil falta de comprensión por mi parte—. VI EL TRÍPTICO L'AMORE... EL PEZ, GRAN TRABAJO... EL ÁGUILA NO; LA RATA TULLIDA, MENOS... PERO PENSÉ... HABILIDAD PARA PINTAR, AL MENOS... PECES... USTED... YO... DESTINO... MI DESEO DE SERVIR A LA CIENCIA. —Y de golpe, con lo que me pareció cierta humildad y desplegando por primera vez una frase completa, me preguntó—: ¿ES USTED UN ARTISTA DE CIERTA EXPERIENCIA?

A toda prisa elaboré una serie de historias que le parecieran satisfactorias, y cada nueva narración tenía en cuenta sus opiniones sobre lo que debía y lo que no debía ser el arte. Me mostré altivo y humilde a un tiempo, un poco por encima de mis compañeros criminales y un poco por debajo de amos como él, una auténtica actuación en la cuerda floja, de la que estuve a punto de caerme en un par de ocasiones. Me recuperé de cada tropezón haciendo una referencia indirecta a Shuggy Ackermann, de quien por supuesto él no había oído hablar jamás, puesto que al fin y al cabo solo era un grabador. Me referí a él como el asombroso Ackermann, el genial Ackermann Hanover, el emperador de los grabadores londinenses de marcado acento... lo cubrí con un manto de la gloria que esperaba que el Pudín viera reflejada en mí.

—ACKERMANN... ¿SÍ? ¿NO? SÍ —dijo finalmente el señor Tobias Achilles Lempriere con un suspiro, dándose unos golpecitos de complicidad en la nariz con su gordezuelo dedo índice y dejando al descubierto la carne escarlata que había bajo los polvos—. ESO SÍ QUE ES UN GRABADOR.

Pero después de decir que había pasado una provechosa temporada con Ackermann, lo cual era cierto, omití mencionar que había pasado más tiempo ocupado en sus insignificantes proyectos de fraude y robo que grabando, y mucho más tiempo limitándome a beber en su compañía en la vieja taberna Man of War en Spitalfields.

Tampoco quise aburrir al cirujano con los tediosos detalles que me venían a la memoria sobre el ofensivo comportamiento del dueño de la taberna, una vieja arpía que nos acosaba sin parar a Ackermann y a mí para que le pagáramos lo que nos fiaba; ¡precisamente él, con todo el dinero que tenía guardado!

Cuando el tabernero apareció degollado, nadie supo dar cuenta del dinero, y por una vez Ackermann empezó a dejarse ver como un señorón, con la caspa cayendo sobre el canesú de su flamante chaqueta de piel de cerdo, una apariencia de lo menos afortunada que se completaba con unos dientes negros de conejo salpicados de blanco por el pastel de anguilas —su plato favorito— cuando dibujaba una sonrisa que iba de Wapping a Tyburn^[12], sin percatarse de que pronto iba a seguir a su sonrisa hasta allí para bailar la danza de la horca como un maldito asesino.

Mi pasado, que hasta entonces no había existido en realidad para mí, explotó entonces como un petardo buscapiés en mi cabeza. Era como si necesitara la verdad de aquellos recuerdos que no mencionaba como un contrapeso necesario para todas las mentiras que estaba soltando.

De hecho, mientras hablaba al cirujano de mi pasión por seguir la llamada de mi arte, me invadía el mismo terror que sentía entre las sombras de mis viejas guaridas cuando los polizontes andaban tras mi pista, el terror que me invadía y hacía que me tirase al suelo como una raíz temblorosa, fuera de mí, acurrucado entre porquería apestosa detrás de unos barriles, en oscuras callejuelas de los barrios bajos, el terror de que en realidad pudiera ser otra persona, de que todo a mi alrededor empezara a girar, de que toda mi vida fuera un sueño soñado por otro, de que todo a mi alrededor fuera solo un simulacro de mundo, y lloraba, perdido, y realmente estaba en otro lugar, era otra persona que veía todo aquello.

V

Pero hacía tiempo que había salido de Londres como una bala de mosquete, lo había dejado todo atrás, incluyendo mi antiguo nombre, mis miedos terribles; aquel torbellino, aquellas tonterías ya comenzaban a menguar, y mientras caminaba hacia el norte recobré el buen humor. Me dije a mí mismo: «Ahora soy realmente un Artista, el conocido retratista Billy Bellow», que sonaba muy convincente, pero después me lo pensé mejor y me pareció demasiado vulgar, por lo que opté por convertirme en Billie Buelow, un nombre que sonaba afrancesado y distinguido, y que me hacía sentir cierto vínculo con mi padre, como si tuviera un antepasado con algún significado. Pero más tarde me dije: «No, los gabachos no caen bien a la gente», y cuando encontré trabajo en el Taller de Cerámica, el tiempo que estuve allí respondía al nombre de William Buelow porque no se me ocurrió nada mejor.

Tuve la buena suerte de encontrar un maestro alfarero conocido como el viejo Gould. Aparte del hecho de que no paraba un solo instante de parlotear —y, pensándolo bien, tal vez por eso mismo—, vivía con el miedo de morir atropellado bajo las ruedas de un carromato o un coche de caballos. Tan fuerte era la sensación de que le aguardaba aquel destino cruel e inexorable, que el hombre podía pasarse más de una hora apostado en una calle, armándose de valor para cruzarla. Nuestro primer encuentro fue accidental y providencial. Yo salía tambaleándome del Bird in the Hand de Birmingham con los bolsillos vacíos, y fui directo hacia la esquina donde se encontraba su temblorosa figura. Sintiéndome bien dispuesto hacia la humanidad, accedí a su titubeante petición y le ayudé a cruzar la calle. Advirtiéndome que seguiría necesitando de mi ayuda hasta llegar a su destino —un *pub* donde iba a pasar la noche y que estaba a dos kilómetros y medio, en la ciudad vieja—, lo acompañé hasta allí, y después de cruzar la tercera travesía, su alta figura de cigüeña se inclinaba ya sobre mí con tan sincera gratitud por salvarle la vida que, sin esperar más, me ofreció trabajo en su taller.

El cirujano me sacó de mi ensoñación al preguntarme con su lenguaje acartonado qué opinaba de las naturalezas muertas.

Le contesté sin dudar que mi trabajo estaba muy influido por los grandes maestros holandeses del siglo anterior —Van Aelst, De Heem y Van Huysum—, pero lo que no le dije es que todo lo que sabía de ellos, así como el modelo para mi guirnalda de glicinas, procedía de los seis meses que había pasado en el Taller de Cerámica trabajando para el viejo Gould en sus porcelanas, pintando el mismo y tedioso motivo floral una y otra vez, y de todas aquellas noches en la taberna, con el viejo Gould deshaciéndose en interminables y tediosos elogios sobre esos antiguos y sosos holandeses de poca monta que a él tanto le gustaban. Una noche, su única hija me dijo: «Ven», y tenía unos preciosos cabellos largos y rojos y la cara llena de pecas; me dijo: «Ven conmigo». Salimos a hurtadillas y bebimos tanto que a duras penas

conseguí encontrar el camino de vuelta al oscuro taller del viejo Gould, donde caímos sobre una tela extendida en el suelo delante de todos los cuadros que el viejo Gould coleccionaba. Sobre esa tela representamos la vieja danza del bodegón holandés, con peras de cera que rodaban y granadas que explotaban, y conmigo, al final, en el papel de la liebre muerta.

En este y en muchos otros sentidos, el viejo Gould me dio una educación mucho mayor de la que podía suponer. Esparcidos entre sus herramientas y sus pinceles había ejemplares de Grotius y de Condorcet, y a veces hacía posar a su hija junto a un pequeño busto de Voltaire de inescrutable sonrisa sobre la mesa de trabajo, para que nos leyera la obra del gran hombre mientras pintábamos nuestros intrincados dibujos una y otra vez.

Tanto nos gustaron Cándido y el doctor Pangloss que mi chica y yo olvidamos los bodegones holandeses y empezamos a representar la Ilustración, y la sonrisa de la razón de Voltaire le proporcionaba una gran dicha al penetrarla, avanzando y retrocediendo como una ola esperando a romper sin prisas, mientras pensaba para sus adentros lo maravilloso que era que cuidaran tan bien de su jardín.

Como podéis imaginar, fue una tragedia que el viejo Gould, que volvía del mercado con unas cebollas, muriera aplastado bajo las ruedas de una diligencia que iba a Liverpool. Sus albaceas vendieron el taller, su hija obtuvo inesperadamente una pequeña suma de dinero y miras más altas, y así equipada abandonó las dichas de la razón que tanto habían significado para nosotros. Hizo un provechoso matrimonio de conveniencia con un ferretero de Salford que tenía la cara como un yunque y el alma como escoria, y yo me quedé sin comprobar con mis propios ojos cómo desaparecían sus pecas y se oscurecía su cabello rojo, ni presenciar cómo nuestro amor se volvía de ese color que no es color: el blanco.

Por lo que a mí respecta me vi forzado una vez más a abrirme camino en el mundo, llevando conmigo las tres cosas que me han servido razonablemente bien desde entonces: el conocimiento de la dicha que proporciona Voltaire, que iba más allá de lo que la Razón sabría nunca; el libro de grabados del viejo Gould con sus amados bodegones holandeses, y su apellido, que ni él ni su hija volverían a usar.

Cuando me preguntaron mi nombre en la primera posada en la que me detuve para pasar la siguiente noche, probé qué tal me sentaba y exclamé: «¡Me llamo William Buelow Gould!».

Me dije que realmente sonaba mucho mejor que antes, con aquellas tres espléndidas palabras que te hacían mover la boca fuera-dentro-fuera, y contentísimo con mi nueva identidad, le guiñé el ojo a una mujer, que después supe que era la mujer del dueño, mientras hacía sonar mi nuevo apellido. ¿Y a que no sabéis qué? ¡La mujer del dueño me sonrió! Antes de que ella abriera la boca ya sabía yo que le ponía los cuernos, que iba a abandonar el catre de su maridito para meterse en el mío, y aunque solo pude disfrutar de un pobre jergón de paja húmeda y mohosa en el establo, a nosotros nos resultó más que acogedor.

—Mi nombre —le susurré al oído— es una canción que será cantada.

Aquella noche aprendí que a la hora de representar la danza de la Ilustración sale mejor parado un forastero con un nombre absurdo que un conocido con un nombre normal.

—¿Sabes lo que me gusta de ti? —dijo—. Eres diferente de los que corren por aquí.

Y me contó que el año anterior había ido andando a Londres para ver pasar el féretro de lord Byron, y como hoy en día todo el mundo tiene que ser un poeta y pocos lo son, le gusté más aún cuando le dije que tenía los pechos como frutas de cera, lo que en el fondo no era un cumplido sino lo primero que me vino a la cabeza al verlos. Cuando me preguntó a qué otras cosas le recordaba, yo contesté:

—Bueno, eso depende de lo que quieras enseñarme.

—¡Desde luego eres el Demonio! —dijo ella—. Quizá no seas tan diferente después de todo.

—Tendrás que comprobarlo tú misma —dije yo, y así continuamos hasta que descubrió al pintor flamenco completo y se mostró de acuerdo en que en realidad no era tan diferente, ni tampoco yo, que todos los hombres éramos iguales, y entonces le entró el hambre...

Una vez más, el cirujano me interrumpe, y una vez más me siento obligado a coincidir con él, esta vez cuando afirma que el papel del Arte disminuirá a medida que crezca el de la Ciencia. ¿Y por qué no? Al fin y al cabo, esa estupenda idea es del propio cirujano y en cualquier caso mi cabeza está llena únicamente de pensamientos sobre lo que podía significar el arte para mí, lo que, como podéis ver, no era en realidad algo puro y elevado, pero sí encantador, una gloriosa visión de los espléndidos muslos blancos de la mujer del posadero y de sus nalgas subiendo y bajando mientras representábamos la vieja y querida danza de la Ilustración, y todo parece borroso, perdido...

—CIENCIA... ASCENSO INEVITABLE... ARTE... SERVIDOR... —Y vuelta a empezar. Personalmente, no tengo más ideas sobre esta cuestión de la Ciencia y el Arte que unos cuantos recuerdos agradables a los que soy fiel, pues no soy más que un falsificador falsamente acusado y acepto los trabajos tal como se presentan y los hago tan bien o tan mal como exige el dinero. No sé por qué, recordé que el viejo Gould, que presumía de saber de estos temas, me dijo que el filósofo francés Descartes creía que toda la materia consistía en remolinos, pero fuera como fuese intuí que el cirujano no querría oír que todo, desde el feto hasta los últimos restos, consistía en círculos de muerte, por lo que opté por no decir nada más.

Al final el cirujano se puso en pie, recogió el taburete de limpiabotas, y tras darse media vuelta y golpear un par de veces la puerta de la celda con el taburete, la luz y una ráfaga de aire fresco llenaron brevemente mi celda pestilente y oscura cuando el carcelero abrió la puerta para dejarle salir.

En aquel momento supe que había llegado la hora de intervenir.

—Un hombre como usted, señor —empecé a decir, con la debida deferencia—, que se encuentra, si me permite el atrevimiento, en los cuarenta, sin lugar a dudas un hombre en la flor de la vida, que desea asegurarse el porvenir ante un futuro hostil invitando a la posteridad a compartir sus maravillosos logros como científico...

—EXACTAMENTE —dijo el cirujano—. PERO... CÁLCULO DE LA EDAD... HALAGADOR... ¿EN LOS CUARENTA?... ¿SÍ? ¿NO?... SÍ... POSIBLEMENTE.

—Un hombre como usted —continué, dejando que la lengua se deslizara por el fácil camino de las palabras trilladas— sabe que tales cosas no se obtienen a bajo precio ni fácilmente, sino que surgen de la valoración de sus coetáneos.

—ABSOLUTAMENTE —dijo el cirujano, y tragó saliva algo azorado—, PERO EL PROGRESO DE LA CIENCIA, ¿NO ES DESEO... PROPIO?

—La ciencia —dije yo fingiendo que comprendía y estaba de acuerdo— solo desea ciencia. —Empecé a bajar la cabeza—. Pero para registrar eso sobre el lienzo, se necesita al científico, además de la ciencia, se necesita pintarle a usted con sus logros... —El cirujano tragó saliva otra vez, como si sus sueños de inmortalidad científica exigieran otras pruebas aparte de las que yo le ofrecía. Noté que mi lengua se estaba saliendo de su camino y se perdía—. Si me permitiera el honor de pintar su retrato, yo...

El cirujano me cortó en seco alzando con violencia sus pobladas cejas y durante unos terribles instantes temí que dos de las numerosas ratas marsupiales que había en mi celda le hubieran saltado al rostro, confundiéndolo con una calabaza, y estuvieran colgando de su frente sobre sus ojos verrugosos.

—¡PECES, GOULD!... AQUEL PEZ... LOS OJOS... DE LO MÁS CIENTÍFICOS. —Debía de estar aún tan deslumbrado por sus cejas que pensó que no le había oído bien—. EL PEZ DEL CAPITÁN —añadió con cierta irritación. Las ratas se arquearon enfáticamente sobre la nariz—. CADA HOMBRE DEBE ENCONTRAR SU PROFESIÓN... LA SUYA CREO... LA HA ENCONTRADO... EN UN MOT?... ¿PECES? —Hizo una pausa, miró el techo y luego otra vez a mí—. EN LOS PECES, ¿SÍ? ¿NO? SÍ... EN EL SEÑOR TOBIAS ACHILLES LEMPRIERE, UN HOMBRE QUE RESPETA EL TALENTO, UN CIENTÍFICO... SU MECENAS. SÍ PUEDE QUE TAMBIÉN HAYA ENCONTRADO JUSTAMENTE ESO... BUENOS DÍAS A USTED, SEÑOR.

Y tras pronunciar estas palabras salió, y con él, pensé, toda posibilidad de eludir la cadena de presos.

VI

Nuestro segundo encuentro se produjo inmediatamente después de que me soltaran sin previo aviso, cuando me llevaron directamente de mi celda a la vivienda del señor Lempriere, una casita de tierra encalada, más bien destartalada. Por el camino pasamos junto a una flagelación que se estaba llevando a cabo en el patio. El flagelador hacía una pausa entre latigazo y latigazo, se pasaba las colas del látigo entre los dedos para escurrir la sangre y luego las hundía en un pequeño cubo de arena que tenía a su lado para que cada golpe hendiera con más fuerza en la carne.

Tras un corto trecho llegamos a un edificio achaparrado que había cerca de los astilleros. Me introdujeron sin ceremonia en una habitación oscura en la que reinaba un fuerte olor y que, a pesar de la oscuridad, parecía muy desordenada. Casi paso por alto al cirujano, que reposaba como un león marino en una *chaise longue*.

Empecé a distinguir sus pertenencias, orgullosamente dispuestas a su alrededor; recocidas, crujientes y ásperas al tacto, blandas y suaves en el centro, desde la tosca mesa carcomida hasta los retratos que inundaban las paredes, que parecían ansiosos por gritar: «También nosotros somos Lempriere». Dado mi carácter cortés, no sentía el menor deseo de expresar la gran pena que en consecuencia sentí. De lo más extraordinarias eran las innumerables rarezas dispuestas en torno a él, como el sol alrededor de los reyes egipcios en las pirámides; más huesos que en la tinaja de un matarife: hileras de cráneos de marsupial, cajas torácicas, fémures y esqueletos enteros de distintos animales, así como un surtido de plumas, conchas, flores secas, piedras, colecciones enmarcadas de mariposas, palomillas y escarabajos, y bandejas de huevos de pájaro.

Antes incluso de que me hubiera sentado, el cirujano se puso a hablar de un tema por el que ni me interesaba ni despertaba en mí la más mínima curiosidad.

—COMO SABE... HARÍA BIEN EN SABER... EN LA CIENCIA HAY POCOS NOMBRES MÁS ALTOS —me dijo el señor Lempriere—... QUE EL DE CARL VON LINNAEUS... ¿SÍ? ¿NO? SÍ... EL GRAN HISTORIADOR NATURAL SUECO.

Desconcertado, asentí con expresión de complicidad. El señor Lempriere me indicó con un ademán que me sentara en un taburete frente a él y luego señaló una licorera del mejor ron de la Martinica francesa (no era el ron aguado de Bengala, que sabía a azúcar quemado y fuego mojado, al que yo estaba acostumbrado) indicándome que podía servirme. Luego —por usar una de sus palabras predilectas— *disertó* sobre la revolución que el sistema de clasificación de plantas y animales de Linnaeus estaba iniciando en los asuntos del hombre.

Para cada planta, una especie; para cada especie, un género; para cada género, un tipo. Nada de nombres tradicionales vulgares para las plantas, basados en cuentos de viejas y remedios de brujas; nada de hierba cana, ni dedalera, sino un nombre científico en latín para cada ser vivo, basado en un estudio científico completo de sus

características físicas. Nada de pensar que el mundo natural y el mundo humano están entrelazados, sino una base científica para la separación de los dos, y progreso humano basado en esa diferencia científica por siempre jamás.

Todo su conocimiento parecía superficial, y me pregunté si conocería algún libro en su totalidad, tal y como me había pasado a mí con las viejas historias franchutes del querido doctor Pangloss y de Cándido. Abusaba de las palabras pedantes, hasta el punto de llamar *zythepsarias* a las tabernas, término demasiado largo para poder pronunciarlo cualquiera de los que me había ido encontrando en semejantes lugares, y jamás usaba una palabra corriente cuando podía meter con calzador otra puñetera más larga en latín, hasta el punto de que sus frases se volvían tan atropelladas y espantosamente confusas como aquella habitación.

Si con su aspecto evocaba el pasado, con sus ideas y ambiciones deseaba ser considerado como el hombre del futuro. Pero estaba claro que aquello no era una conversación —por mucho que lo intentara yo repitiendo de vez en cuando la última frase que había dicho él, como si al hacerme eco de sus palabras pudiera llamar su atención la idea de que hubiera otra persona en la habitación—, sino un manifiesto en el que consiguió mezclar espectacularmente opiniones científicas y domésticas en una única frase que no tenía el menor sentido.

—ERASMO DARWIN... HOMBRE SABIO —dijo en determinado momento—, PERO ¿POR QUÉ EL LIMÓN EN EL TÉ VERDE?

Una vez más me encontré con que no entendía nada de lo que estaba diciendo, pero opté por asentir con expresión de entendido al tiempo que de cuando en cuando emitía un «Bueno» levemente escéptico, o un «Oh» de desinterés, y fruncía los labios cerrados y húmedos de ron para transmitir la sensación de que comprendía lo que me decía, cada vez más animado, y para indicar un interés activo y crítico cuando me mostró su posesión más preciada, la célebre —me dijo con la mayor seguridad— décima edición del *Systema naturae* de Linnaeus para los animales.

El cirujano estaba a punto de alcanzar su punto álgido:

—VERDADERAMENTE —prosiguió, y para asegurarse de que mi interés no decaería, me sirvió más ron de la Martinica francesa—, SE ACERCA YA LA HORA... CLASIFICAR ADECUADAMENTE NO SOLO A LOS ANIMALES... A TODOS LOS SERES VIVOS... EN UN MOT?... PERSONAS... ¿SÍ? ¿NO? SÍ.

Yo asentí, bebí y alcé mi vaso vacío esta vez sin que me lo pidiera, y el cirujano —el maravilloso, generoso señor Lempriere— me lo volvió a llenar una vez más.

—NO ME CREE... ¿NO?... PERO ME CREERÁ, SÍ, ME CREERÁ... PRIMERO CLASIFICAR CON ÉXITO A TODOS LOS PRESOS EN UNA CLASE DEL 1 AL 26... LUEGO CREAR UNA SOCIEDAD NUEVA SOBRE ESA BASE.

—¿Ciencia? —pregunté yo.

—APLICADA —confirmó él.

Su conversación se lanzó entonces por distintos vericuetos, como la forma de usar

el unguento de mercurio para tratar con éxito la gonorrea.

—UNA NOCHE CON VENUS —dijo al fin con un suspiro—. UNA VIDA ENTERA CON MERCURIO. —Meneó la cabeza... RON CALIENTE... JOVEN MUCHACHA... VIEJO DOCTOR... CRUEL... CRUEL. —Siguió parloteando sobre un botánico francés llamado Lamarck, cuya *Histoire naturelle des animaux sans vertèbres* en siete volúmenes describió como un *tour de force* taxonómico, y sobre la capacidad infinita de perfeccionar a los gorrinos por medio de la alimentación.

En aquel momento, indicó con un gesto de su gordo dedo índice que debíamos salir.

Tras mostrarme la belleza de su ventana de guillotina en la parte de atrás de la casa, la única que había en toda la isla, que había llegado con él desde Hobart Town para que la instalaran en su nueva residencia, el señor Lempriere me condujo a la parte posterior de su casa, donde criaba un cerdo, un macho grande al que llamaba Castlereagh por el primer ministro, porque, como *whig*, el señor Lempriere se consideraba a sí mismo un hombre de ideas avanzadas y no quería saber nada de los *tories* de sonrisa bobalicona.

Resultaba difícil adivinar adónde iba a conducir todo aquello, así que dejé de intentarlo y me limité a seguirlo. El cerdo era de una raza indefinida y vivía en una porqueriza anexa a la casa. Aun en las míseras condiciones de la isla, el hogar de Castlereagh era un lugar inmundo y pestilente de lodo pisoteado en el que el cirujano vaciaba diariamente su orinal y sobras por las que cualquier preso habría escarbado allí alegremente. El animal, un cerdo de matanza moteado en blanco y negro, era en consecuencia la única forma de vida que parecía prosperar en la isla y había adquirido un tamaño gigantesco, un gran hedor y un pésimo genio.

Podría pensarse que el cerdo, siendo un animal inteligente como se sabe que son los cerdos, habría intentado ganarse el favor del cirujano, que insistía en alimentarlo personalmente para asegurarse de que le llegaba toda la comida y no se la quedaban los criados. Pero, al contrario, la ira de Castlereagh contra el mundo y todos sus habitantes parecía crecer a la par que su tamaño, y estaba tan dispuesto a cargar contra el cirujano como contra cualquier otro.

Las intenciones del cirujano con respecto al cerdo parecían confusas. A veces afirmaba que estaba destinado a un banquete para los oficiales de la colonia, otras que era para una cena de Navidad o para la llegada de un nuevo práctico, y a veces que simplemente lo tenía por el placer perverso de cortarle el pezcuezo con un cuchillo, para que el fin del cerdo reflejara el de su despreciable homónimo. A veces hablaba de venderlo a la cantina para obtener dinero, y otras de intercambiar pedazos de Castlereagh con los otros oficiales para conseguir los sustanciosos artículos que se verían obligados a ofrecer todos aquellos que llevan años comiendo solo cerdo rancio encurtido.

En realidad, supongo que lo criaba porque tener tanta comida bajo su control le hacía sentirse poderoso. Sabía que nadie podía mirarlo sin soñar con envidia en un

ininterrumpido banquete de cerdo: guisantes con jamón sopacabeza de cerdo tocino manos de cerdo al horno pudín negro codillos de cerdo cerdo asado crujiente gelatina de patata de cerdo. Por esto mismo el día del juicio final para Castlereagh se posponía una y otra vez, con el resultado de que el gorrino seguía creciendo en proporciones gigantescas y desarrollaba un carácter más asqueroso que su aliento.

Pero ese día en concreto yo ignoraba todo esto, porque el cirujano había retomado su cháchara mientras me conducía de vuelta a su achaparrada casita. Siguió hablando sobre el valioso papel que nos tocaba desempeñar a la hora de descomponer el mundo en un millón de elementos clasificables que nos llevarían a una sociedad enteramente nueva. Yo no entendía nada de nada, excepto el hecho de que fingir interés se recompensaba con más ron de la Martinica francesa, bebida que al principio consideraba buena y que ahora me inclinaba a calificar de excelente.

—ESTOY —dijo recostándose y alzando el obelisco blanco que tenía por cabeza, echando hacia atrás sus babosos labios de morsa para que entendiera que sus siguientes palabras debían ser subrayadas—... ESTOY EN CONTACTO... MUY IMPORTANTE... ¿COSMO WHEELER?... CON EL SEÑOR COSMO WHEELER... RENOMBRADO HISTORIADOR NATURAL INGLÉS... —Muy importante, sin duda, si hubiera sabido a quién diablos se refería.

Pero no lo sabía.

Por otro lado, tampoco era tan estúpido como para delatar mi ignorancia y dejarle entrever que la reputación del arriba mencionado señor Cosmo Wheeler no era aún del todo universal.

—Famoso —sugerí.

—EXACTAMENTE —convino él.

Quienquiera que fuera, el misterioso señor Wheeler había inculcado en el cirujano la majestuosidad y la importancia crucial de la tarea de coleccionar y catalogar especímenes para después enviarlos a Inglaterra. Ese trabajo sería el «Destino Histórico» del cirujano, le había escrito el señor Wheeler. Leyendo entre líneas, subrayadas o no, me pareció que si aquel historiador natural inglés era renombrado, bien pudiera ser porque se estaba haciendo su buena carrera gracias a las cosas que le enviaban por barco el cirujano y sus demás coleccionistas coloniales.

Por su parte, el cirujano parecía ciego a la utilización de que era objeto y sentía un patético agradecimiento hacia cualquier relación por nimia que fuera con una eminencia como la que él le suponía al tal señor Cosmo Wheeler. A veces parecía que el cirujano creía que si podía desmenuzar el misterio del mundo en fragmentos suficientes y enviárselos por barco al señor Wheeler para que los catalogara, el misterio desaparecería y todo sería cognoscible y, consiguientemente, todo sería solucionable y mejorable, que todas las cuestiones sobre el bien y el mal serían explicables y remediabiles en una especie de escala linneana de la creación.

Nuestro papel en este descomunal acto de vandalismo consistía en registrar con la mayor precisión y claridad posibles lo que el cirujano, citando a Cosmo Wheeler,

denominaba: «EL PEQUEÑO MUNDO DE LA ICTIOLOGÍA DE LA BAHÍA DE MACQUARIE», y enviar luego nuestros registros para que el señor Wheeler los catalogara y sistematizara.

Como hacía siempre que no comprendía algo de lo que decía, asentí, y la garrafa volvió a inclinarse sobre mi vaso, solo que esta vez no vertió su contenido. El buen cirujano la mantuvo en esa posición y me clavó sus ojos acuosos para indicar que su raciocinio estaba a punto de mostrar su genio mediante una afirmación que revelaría una profundidad ilimitada.

—A LO QUE ME REFIERO, GOULD —dijo el cirujano, inclinándose hacia mí, poniendo una mano pequeña y regordeta sobre mi rodilla y sonriendo al mismo tiempo, dos gestos físicamente repugnantes ante los que mi reacción podría haber sido muy adversa, de no ser porque en aquel momento el glorioso ron de la Martinica francesa había empezado a fluir una vez más—, ME REFIERO A LOS PECES.

VII

Ya entonces vi claro que el cirujano estaba completamente loco. No íbamos a empezar a pintar helechos ni pájaros ni canguros ni ornitorrincos, sino peces, íbamos a hacer un registro pictórico de sardinas y lucios, de rapes y *Paristiopterus labiousus*, o cualquiera que sean sus equivalentes u opuestos de las Antípodas. Porque de los peces, por ser peces, no era fácil conservar especímenes de naturaleza útil, y además, el señor Cosmo Wheeler había sido muy concreto al escribir al cirujano que la reputación de un científico no se basaba tan solo en la laboriosidad y el genio, sino, como había demostrado el gran naturalista-coleccionista sueco, el conde Linnaeus, practicando con el ejemplo, siendo tan buen estratega como Wellington al decidir qué se debía y qué no se debía coleccionar.

Yo no podía saber entonces que aquella locura, aquella tarea de pintar peces para aumentar el prestigio de un hombre que vivía en otro país, acabaría por llenar mi vida hasta el punto de convertirse en mi vida, que acabaría intentando contar una historia sobre peces, como hago ahora, sirviéndome de peces para narrarla en todos los sentidos, incluso mediante el recurso a la pluma de hueso de tiburón y la tinta de sepia con la que escribo estas palabras, la misma tinta que acaba de escupirme una jibia hace apenas unas horas.

El bicho entró en la celda con la marea de anoche y me las he apañado para traspasarla con mi pincel cuando ha bajado la marea esta mañana. Barrida por un ser superior, la pobre criatura me ha escupido su tinta con toda la furia temerosa de que ha sido capaz. Aunque he recibido un poco en los ojos y otro poco en la boca, he conseguido recoger más de un tercio con mi cuenco de sopa, y con esa tinta oscura que al secarse adquiere el color de la mierda de esta colonia de mierda, ahora escribo estas memorias.

«Los peces eran los siguientes en reclamar a gritos ser Sistematizados y, consiguientemente, Comprendidos —había escrito el señor Cosmo Wheeler al cirujano—, y que esta persona detentase una posición tan privilegiada como la suya, mi querido Lempriere, para poder coleccionar y registrar todo un Mundo Nuevo y Éxotico de Peces».

Recuerdo que no sentí el ron en la boca ni en la garganta cuando apuré el vaso de un solo trago, con la mirada fija aún en los ojos acuosos del cirujano mientras este seguía detallando el contenido de la última carta que había recibido del señor Cosmo Wheeler.

«¿Y además no es gracias a la coincidencia afortunada de ciertos lugares (bahía de Macquarie-Transilvania-Tierra de Van Diemen) y Genio (Tobias Achilles Lempriere) como se suele hacer la historia?», añadía el señor Cosmo Wheeler en una pregunta retórica.

Dada la alta estima en que tenía a su coleccionista-naturalista aficionado,

proseguía el señor Cosmo Wheeler, estaba dispuesto —si los ejemplares eran lo bastante novedosos y los dibujos tenían la calidad suficiente— a reproducir los peces en su siguiente obra, titulada provisionalmente *Systema naturae australis*.

El cirujano llevaba tanto tiempo hablando y con tal vehemencia que me había otorgado el privilegio de no tener que decir nada que pusiera en evidencia el hecho de haber mentido al afirmar que yo era un Artista. Se había autoconvencido tan hábilmente de mi valía que incluso yo sucumbí por unos instantes a la vanidad de creerme capaz de pintar auténticos retratos de peces a un nivel estrictamente científico.

Claro que no dije eso, ni dije nada.

Para ser sincero, no pude pronunciar ni una sola palabra. El cirujano interpretó mi incapacidad para interrumpirle como el servilismo obligado y encomiable que yo le debía por ser mi nuevo mecenas, un reconocimiento de la supremacía de poder que le era tan necesario al Artista como la capacidad de pintar. A medida que se iba emborrachando más, su conversación se volvía más íntima y personal.

—MÍREME —me confió en un momento dado—, MÉDICIS DE NUESTROS DÍAS... ¡BOTTICELLI!

Esbocé una sonrisa, pero entonces me di cuenta de que él no sonreía, que sus ojos apagados parecían haberse vuelto incandescentes, que aquello no era una broma, que solo seguía hablando y decía:

—PERO NUESTRA TAREA... MÁS GRANDE... NO ES INTERPRETAR LA NATURALEZA COMO ADORNO... CLASIFICAR... ORDENAR LA NATURALEZA... ENTONCES EL ÚNICO ENIGMA QUE QUEDARÁ SERÁ DIOS... PERO ¿EL HOMBRE?... EL DOMINIO DEL HOMBRE SERÁ ENTERAMENTE CONOCIDO Y CONOCIBLE Y EL CONTROL DEL HOMBRE SERÁ COMPLETO... SU IMPERIO FINAL LA NATURALEZA... ¿COMPRENDE?... ¿SÍ? ¿NO? SÍ, ¿VERDAD?

No. Aquello sonaba sospechosamente a un intento del cirujano y del señor Cosmo Wheeler por recrear el mundo natural como colonia penitenciaria, conmigo, el preso, representando el papel de carcelero. Aun así, había tenido ofertas peores.

—¿Jerarquía? —sugerí.

—EL ELÍSEO —dijo él.

Como solía decir el Billy Blake de los platos de cerámica de Ackermann: solo mediante contrarios podemos avanzar. Pero adivinando que no era eso a lo que se refería el cirujano, intentaba pensar en algo sobre la Nobleza de la Ciencia, cuando el cirujano me ahorró la respuesta sirviéndome otro ron de la Martinica francesa.

Blandiendo la licorera ante él como una antorcha, me explicó que para empezar nuestro trabajo tenía que pintar uno por uno todos los peces que podían encontrarse en el mar interior de la bahía de Macquarie, todas las criaturas marinas que flotaban muertas en las aguas empozoñadas de los ríos Rey y Gordon. Había hablado con el comandante y en lo sucesivo estaba liberado de todos los demás deberes y podía considerarme el criado del cirujano.

Mis deberes se repartirían en media jornada dedicado a limpiar y lavar como

criado doméstico del cirujano, y la otra media completamente libre para preocuparme tan solo de los peces y, concretamente, de pintarlos.

El cirujano, que ya llevaba no sé cuántas copas en el cuerpo, se levantó y se tambaleó como un metrónomo rechoncho marcando un lento ritmo entre la necesidad de conservar su dignidad y el deseo de ofrecerme un regalo. Dio un traspié y estuvo a punto de caerse, echándose casi en mi regazo, llevando como una ofrenda una caja de madera del tamaño de un estuche grande de cigarros, dentro de la cual había numerosos botes de acuarelas, algunos usados, unos cuantos nuevos —todos los colores de un arco iris desvaído—, y seis pinceles viejos y estropeados.

A continuación se deslizó hasta el suelo sin dejar de hablar y yo volví a sumirme en la evocación de nombres nuevos y viejos amores. En un momento dado, me di cuenta de que hacía más de media hora que el cirujano se había quedado dormido sin que yo lo percatara.

VIII

En un destartalado baúl de viaje hecho de tafilete que tenía metido debajo de la cama, el cirujano guardaba sus diversos libros de historia natural, junto con una breve carta que había recibido de Jeremy Bentham en respuesta a un largo discurso que el cirujano había escrito al gran hombre, donde explicaba que el principio de Bentham sobre el panopticon^[13] —una prisión modelo en la que todos los hombres estaban vigilados constantemente— podía aplicarse con provecho a la historia natural.

Aquella carta era su posesión más preciada, talismán de su eventual prestigio como futuro miembro de la Royal Society, lo que, según me aseguró, era la máxima distinción que se le podía conceder a un caballero y científico porque le hacía entrar en la historia.

Para ser sinceros, debo admitir que al principio Billy Gould no sentía un gran interés por los peces, y si hubiera podido eludirlos, lo habría hecho sin lugar a dudas. Hurgando en el baúl del Pudín encontró el *Systema naturae* de Linnaeus, así como una edición abreviada barata de la *Historia natural* de Plinio, que el cirujano tildó de paparruchas supersticiosas escritas por un romano ignorante.

Pero en sus páginas yo descubrí algo más que un bestiario mítico de manticores^[14] y basiliscos. En las observaciones de Plinio descubrí que el hombre, lejos de ser fundamental en esta vida, vivía en un mundo calamitoso más allá de su conocimiento, donde una mujer embarazada podía perder un bebé cuando se apagaba una vela en su presencia, un mundo en el que el hombre estaba perdido, pero perdido en medio de la asombrosa, de la extraordinaria, de la esplendorosamente inexplicable maravilla del universo, limitado tan solo por uno mismo al imaginarlo.

Por otra parte, el *Book of Eggs* del doctor Bowdler-Sharpe, que descansaba en el fondo del baúl, era otra cuestión, mucho más en el espíritu del panopticon. Enumeraba 14 917 tipos de huevos distintos que ponían 620 especies de pájaros diferentes. El estilo del doctor Bowdler-Sharpe era económico hasta el extremo de la cruda obviedad.

A saber:

Los huevos del *Orthonyx temmincki* (corredor de cola espinal) son de forma elíptica, moderadamente lustrosos y de color blanco normal. Tres huevos miden respectivamente: 1,07 por 0,76; 1,13 por 0,8; 1,17 por 0,8.

Empezaba a comprender que los gustos del Pudín jamás podrían ser los míos, por mucho que me esforzara. Era un sistema disparatado al que solo le faltaba un tema, un doctor Bowdler-Sharpe en busca de un huevo más para medirlo. Él quería ser

ictiólogo, yo habría preferido ser un pez. Sus sueños eran de captura, los míos de evasión.

Yo prefería ver a un tordo alimentándose de caracoles durante un crudo invierno, como me pasó de niño, que leer tonterías como las del doctor Bowdler-Sharpe; ver al tordo aplastando los caracoles contra una piedra en medio de otros caparzones destrozados, hasta conseguir sacar la carne. Mucho mejor eso que un inventario ilustrado de tipos de tordos, definidos mediante las similitudes en las garras y las diferencias en el pico. Mucho mejor oír el tut-tut lastimero del ruiseñor para dar la alarma y ver a sus polluelos quedarse completamente inmóviles como respuesta, mucho mejor que analizar una colección de pájaros disecados en una vitrina de cristal por el radio de la cabeza y la longitud de las alas. Ese tipo de coleccionismo y clasificación, como señaló en una ocasión mi compadre el loco Clare, no es más que una especie de ambición de fama, algo indigno de todo elogio.

Llegados a este punto permitidme confesar que jamás he estado tan mal preparado para una tarea como para pintar los peces del cirujano. Por un momento me invadió una horrible sensación de pánico. En un intento por calmar mis nervios, razoné que mi pasado como grabador me ayudaría a dibujar. Pero lo único que había sacado en realidad de aquella experiencia había sido otra orden de arresto con mi antiguo nombre y, aunque por breve tiempo, un nombre nuevo y sin tacha. Tenía también experiencia como pintor colonial —decorador de tabernas y carteles de *pubs* y algún que otro retrato— pero conocía mis límites. La poca habilidad que pudiera tener como dibujante se limitaba a copiar toscamente los detalles de billetes de banco y pagarés o a caricaturizar los caprichos de los humildes y las vanidades de los colonos libres, todos ellos objetos planos que se podían calcar a trozos, cuadricular y reproducir en parte, y adivinar el resto.

Un pez, por otro lado, no es un objeto fácil de falsificar.

Un pez es un monstruo resbaladizo y tridimensional que existe con todo tipo de curvas, colorido, superficies y aletas traslúcidas que sugieren la razón misma y el enigma de la vida. Cuando falsificaba dinero, acallaba mi conciencia diciéndome que me limitaba a propagar la mentira del comercio.

Pero un pez es una verdad, y puesto que no tenía la menor idea de cómo contar una verdad, y mucho menos pintarla, durante varios días evité por completo la cuestión trabajando sin descanso en lo que pasaba por ser el hogar del cirujano. Mientras limpiaba y lavaba y luego reconstruía los pedazos podridos y ruinosos de la casa del cirujano, mientras ordenaba sus muchas y variadas colecciones, retomaba mi fantasía de convertirme en el retratista de la sociedad de Hobart Town —una contradicción, lo sé; había escuchado la burla una docena de veces antes incluso de llegar allí—, pero imaginaba que unos rostros tan rudos como los suyos, y con pasados tan sucios como los suyos, merecían que los pintara alguien con tan poco talento como yo. No era un trabajo para la Academia o el Prado o el Louvre, sino para los canallas e idiotas del Viejo Mundo que creían tener derecho a gobernar el

Nuevo mediante el robo y el terror.

Lo que efectivamente hacían, debería añadir.

Es la única forma en que cualquiera ha llegado a gobernar y yo personalmente no pretendía disputárselo, sino tan solo ganarme la vida modestamente en la marginalidad. Pues, como decía Capois Death, si algún día la mierda adquiere valor, los pobres nacerán sin ano. Era nuestro destino y yo no pretendía poder alterarlo, solo deseaba sobrevivir lo mejor posible, ¿y qué otra cosa iba a hacer? No deseaba convertirme en talador ni en pastor ni en marinero de un ballenero. No tenía las manos ni el espinazo adecuados, y mucho menos la experiencia práctica necesaria.

Al principio solo quería ir tirando con todo aquel asqueroso sistema, y si eso significaba hacer copias de lo que me llegaba a lo largo del día, fueran billetes de banco o las rígidas caras de los burgueses reproducidas de un modo que no atrajeran una atención indebida hacia ellos o hacia mí, que así fuera.

Mi problema más inmediato era que, si bien mi habilidad para pintar podía ser adecuada para deformar a los burgueses, no estaba lo bastante desarrollada para confiar en poder hacer pinturas aceptables como la del kelpy al nivel que obviamente se esperaba de mí, y me preocupaba que si descubrían que no era lo que el Pudín se había convencido de que yo era, aún podía acabar en la horca. Y aunque finalmente consiguiera estar a la altura de la tarea, ya no estaba seguro de querer hacerla. Me habían hecho la seductora promesa de ocupar la posición de un Botticelli, pero bajo la fría luz del nuevo día empezaba a sospechar que todo aquello en realidad podía significar tener que retomar la carga de Bowdler-Sharpe.

Si hubiera podido encontrar un acomodo más confortable y menos peligroso lo habría aceptado alegremente. Pero no había alternativas y no tuve más remedio que concentrar mis pensamientos en la cuestión de cómo conseguir hacer un dibujo aceptable de un pez.

Cuando el cirujano salía para supervisar una flagelación, o a pasar revista a los reclusos para denegar a todos los enfermos y moribundos un tiempo de descanso o el ingreso en el hospital, cuando yo estaba seguro y a salvo, iba en busca del baúl y examinaba detenidamente el método y estilo utilizados en los distintos volúmenes para ilustrar animales y plantas. Los mejores mostraban cierta espontaneidad que yo sabía que jamás podría imitar, pero los peores tenían tan poca gracia y estaban tan muertos como debía de estarlo el sujeto en cuestión al ser estudiado, y me decía a mí mismo que no podía hacerlo peor.

Luego bajaba al muelle de pescadores y miraba los peces que habían capturado las redes aquel día, junto con algún que otro preso hinchado que se había ahogado al intentar escapar, y mi corazón volvía a llenarse de temor, pues las masas de aletas y escamas que se agitaban y daban coletazos me parecían totalmente fuera del alcance de mis posibilidades.

El único talento que imaginaba tener para el arte —el de captar cierto parecido rudimentario mediante la caricatura— lo desarrollaba por las noches con tiza en el

muro de piedra arenisca de la penitenciaría. Allí dormíamos todos en hamacas llenas de piojos colgadas de lado a lado en un largo y lóbrego barracón.

Y allí, la noche de mi séptimo día como criado del cirujano, cuando, para divertir a mis compañeros criminales, esbozaba una tosca caricatura del cirujano en cueros, ocurrió una cosa de lo más asombrosa.

Al cirujano le salió una aleta dorsal.

Me detuve un momento, un poco sorprendido.

Alguien se sonrió.

Capois Death se echó a reír.

Reanudé mi tarea, volviendo a trazar sus ojos como grandes órbitas acongojadas tras las cuales empezaban a surgir agallas. Luego un cuerpo bulboso y escamoso empezó a crecer hacia fuera por detrás de los ojos, exageradamente hinchado, y lo cubrí en su totalidad con fuertes pinceladas para que parecieran púas pequeñas, y al final de aquella espinosa pelota de fútbol se veía asomar la cola.

IX

A la mañana siguiente recogí un espécimen vivo del grupo de pesca, limpié lo imprescindible de la casa y luego moví la pequeña mesa redonda de caoba para aprovechar la luz matinal que se filtraba por la única ventana, saqué la caja de pinturas y me dispuse a trabajar.

El día transcurrió de manera irregular, el sol dio la vuelta a la casa y por la tarde empezó a caer la lluvia de principios de invierno, chispeante y volátil, pero yo estaba demasiado ensimismado para prestarle atención. Hice varios esbozos preliminares, todos en el mismo trozo de papel, luego desperdicié dos hojas completamente nuevas con dibujos que malogré en un momento u otro, el primero por accidente, al volcar un frasquito de tinta china sobre la mesa, el segundo cuando simplemente no conseguí dibujar una cola proporcionada por culpa de mi deseo de hacer una pintura lo más verosímil posible.

Pero el tercer intento me agradó —oh, no era la obra de un genio, no os lo discutiré—, pero en la elevación entre temerosa y beligerante de sus grandes pupilas podía sentir la emoción súbita de ser el pescador que inesperadamente lo había atrapado en su anzuelo. En la prominencia exagerada de la frente de la que tanto se enorgullecía (la reserva del genio, me había confesado el día anterior, dándose unos golpecitos en la cabeza), podía sentir su peso al retorcerse para intentar escapar, así que dejé que la línea sobresaliera un poco en la boca carnosas y curvada hacia abajo, delatando cierta amargura que no podía disimular y una sensualidad que se transformó en una presencia física hosca y opresiva. Pero entonces me eché hacia atrás y, ¡oh, oh! Oh, yo sabía que ahora ya lo tenía, sí, que era él sin lugar a dudas, y oh, el cuerpo hinchado, y oh, la ridícula exhibición de púas, y oh, la ridícula y corta cola al final del balón de carne cuando por fin emergía a la superficie y se hacía visible. Una corriente de alegría me recorrió el cuerpo porque ahora lo tenía, lo había captado al fin para que todos lo vieran.

A última hora de la tarde, cuando regresó el cirujano, le mostré mi primer dibujo.

El cirujano sostuvo la pintura a la distancia de sus brazos extendidos, miró con sus absurdos y grandes ojos oscuros de hembra y su nariz gorda y chata y, de una forma a la que ya me había acostumbrado, inició un largo discurso sobre la naturaleza defensiva del pez erizo, cómo se hinchaba para triplicar su tamaño, con las púas erizadas, para intimidar a los demás peces. Mientras hablaba, no dejaba de toquetear el dibujo, sosteniéndolo en alto, acercándose, dejándolo sobre la mesa, volviendo a cogerlo y mirándolo una vez más con los brazos extendidos.

Finalmente, declaró que estaba pasablemente bien.

Y entonces lo llamaron para que asistiera a un ahorcamiento y me dejó solo con el pez erizo a la luz del atardecer.

Descolgué un cuchillo que había junto a la chimenea y coloqué la punta afilada

contra el tenso cuerpo del pez erizo. Luego apreté.

La carne se comprimió solo un poco antes de que la piel se rompiera con una súbita ráfaga de aire, y el pez se desinfló con el brusco siseo de una vejiga al estallar.

En la mesa yacía ahora un pez muy distinto de la monstruosa forma erizada que había pintado, un pez pequeño de agua dulce con grandes ojos que me acusaban de no comprender su necesidad de adoptar una pose, un pez pequeño con la piel flácida y un cuchillo grande que lo atravesaba.

Sabía que no me ordenarían volver a pintarlo, que ni siquiera podría canjear aquella carne venenosa en la cadena de presos. Lo arrojé al fuego, donde se enroscó alrededor de un leño que ardía lentamente como una de tantas almas caídas.



EL MIRACIELO

Sobre el pus de los buccinos – Pardelas de pico fino, su regreso – Premoniciones de desastre – Ascenso del comandante – Su toma de poder – La cuestión de las naciones – La señorita Anne, su sutil influencia – La invención de Europa – La venta de Australia – Rolo Palma, sobre si hablaba con los ángeles – Musha Pug – Su odio hacia los sodomitas – La fiebre del ferrocarril.

I

Muy complacido con su último Constable, Pobjoy me ha traído unos erizos de mar. Es una pequeña recompensa, no gran cosa como comida pero más importante para mí de lo que imagina Pobjoy. Saco las huevas con los dedos, aunque en realidad no es ese pequeño placer salado el que me hace codiciar el erizo, sino las brillantes púas de color púrpura de la que está provisto su caparazón, como el de un vistoso erizo de tierra. Por la tarde, con la marea baja, arranco las púas del caparazón, cojo dos de los numerosos guijarros de playa que forman el suelo de la celda y, machacando las púas entre las piedras, consigo un polvo púrpura.

A continuación, mezclo ese polvo en la concha de vieira suave y estriada que utilizo como tintero, con saliva y grasa que guardo de algún que otro trozo rancio de cerdo encurtido. De esta forma hago la tinta, contemplando cómo el color púrpura da vueltas en la blanca concha, mientras pienso en que el púrpura, el color de los emperadores, parece apropiado para la siguiente parte de mi historia, que narra cómo mi destino se entremezcló de manera inextricable con el de un César de los Mares del Sur al que nadie recordará y que vivía atormentado por premoniciones de los estragos que, sabía, el tiempo infligiría a sus logros.

Sospecho que al Rey le parece extraño que destine varias páginas a hablar del comandante, pero su historia es la mía y la mía es la suya, ya que sus sueños determinaron mi destino. Le digo al Rey que no puede siquiera comprender la perversidad de mi destino si no es plenamente consciente de cómo el comandante creó al final, no uno, sino dos infiernos posibles. El segundo, que yo no descubriría hasta mucho más tarde —demasiado tarde, tal como fueron las cosas—, era el que verdaderamente me aterrorizaba por sus aspiraciones inmortales. Pero la completa perversidad de su hazaña solo pueden comprenderla los que conocen la verdadera historia del comandante en su horrible totalidad. Nuestros destinos iban a mezclarse muy pronto, por más que ninguno de los dos lo habría deseado.

La tinta con la que intento escribir esta historia no es, ciertamente, la majestuosa púrpura de Tiro sobre la que el viejo Gould se habría deshecho en elogios, aquel tinte que los antiguos obtenían de moluscos, apretando el pequeño quiste que tienen los buccinos detrás de la cabeza para sacar el pus que se vuelve púrpura a la luz del sol —un tinte tanpreciado que solo los más ricos y poderosos podían permitirse vestir ropas de ese color—, sino más bien un color púrpura de erizo, y es lo que parece más apropiado para alguien que, lejos de haber nacido de alta cuna, peleó, pateó y mató por un color que se desvanece demasiado deprisa. Así pues, no pido perdón por lo que es a la vez obvio y necesario: que la prosa que sigue a continuación sea también de una tonalidad similar.

II

Su trayectoria fue tan silenciosa y oscura como su semblante, que más tarde se acostumbró a ocultar tras una máscara de oro; nadie parecía saber si había optado por ocultarse por vergüenza, modestia o azoramiento, del mismo modo que nadie sabía nada sobre su familia o su historial militar. Era un enigma, igual que el proscrito Matt Brady, que fue su obsesión por siempre jamás, pero de índole distinta, pues mientras que Brady fue siempre invisible, escurridizo tanto en la vida como en los sueños, el comandante estaba en todas partes. Sin embargo, ninguno de los dos reconoció que hubiera intimidad o entendimiento, porque eso habría sido como invocar a la muerte.

Corrían rumores que más adelante, después de su supuesto fallecimiento, se convirtieron en proclamas, que afirmaban que el comandante nunca había sido popular, y que se le consideraba un idiota. Era innegable que sus cabellos repeinados con aceite, la nariz de pico de loro que inexplicablemente dejaba asomar por un agujero de la máscara de oro, los ojos ligeramente bovinos y una boca que incluso bajo los bordes dorados parecía débil y torcida, se confabulaban para darle un aspecto que, investido de poder, resultaba cruel y formidable, pero que sin el aura de autoridad le hacía parecer simplemente bobalicón.

La historia más extraña fue también la más persistente: que él —como nosotros— era un ser rastrero, un hombre al que habían deportado por sus crímenes nefandos, un presidiario veterano que trabajaba en las cadenas de presos de Parramatta al que habían enviado a la isla de Norfolk, donde se había convertido en un hombre insensible que no temía ni a Dios ni, evidentemente, a los hombres.

Cuando aquella colonia penitenciaria consagrada al genio de la tortura se cerró finalmente y enviaron a sus miserables moradores a la Tierra de Van Diemen, su barco naufragó a causa de una gran tempestad en una isla del estrecho de Bass^[15]. Él fue el único superviviente, y a partir de ese momento se hizo pasar por el alférez de navío Horace, cuyo cadáver —con el rostro blanco lleno de agujeros, comido por los isópodos— había depositado la marea junto a él en la playa aquella tarde en que el cielo se oscureció ante sus ojos aterrorizados, no por la llegada de la noche, sino por una riada de pardelas de pico fino que pasaban volando.

¡Jamás había visto nada igual! Cientos de miles de pardelas, tal vez millones, eclipsando el sol poniente, planeando todas en la misma dirección con sus grandes alas, que parecían batir perezosamente mientras regresaban a sus nidos enterrados en la arena, en lo que él consideró siempre un ominoso presagio de oscuridad.

Por otro lado, aquella isla carecía de árboles, abrigo y comodidades. Además de las pardelas y él, sus principales moradores eran pulgas, moscas, ratas, serpientes y pingüinos, cuyos incesantes graznidos se mezclaban con el frío ulular de los vendavales del oeste, convirtiendo sus noches en un horror sin fin.

Sobrevivió allí varios meses alimentándose de la carne grasa de las pardelas,

parecida a la de cordero, y con el único consuelo de un libro que había llegado a la playa con él, la *History of the Napoleonic Wars* de Huntington, hasta que fue rescatado por dos misioneros cuáqueros que exploraban las remotas islas salvajes del estrecho en busca de nativas compradas o raptadas de sus tribus por los cazadores de focas. Estos misioneros compraban y raptaban a su vez a las mujeres, para interrogarlas y escribir un profuso informe sobre tales abusos para la Sociedad de Amigos de Londres, que patrocinaba su misión. Cuando los dos cuáqueros llegaron remando en su pequeño bote al peñasco rocoso y batido por el viento que había sido el hogar de nuestro personaje durante tanto tiempo, el presidiario se había metamorfoseado hasta adquirir el olor grasiento de una autoridad menor, y bajo el plumaje de pardela que ondeaba sobre su rostro y sus ropas había llegado a la convicción de que su invención era inevitable.

El grupo formado por los cuáqueros, una negra y tres niños de otra negra que había muerto y que los cuáqueros habían canjeado por unas hachas y azúcar a un traficante, se dirigió hacia el sudoeste. Tardaron una semana en atravesar el estrecho y luego siguieron por la costa oeste de la Tierra de Van Diemen hasta que llegaron a la tristemente famosa colonia penitenciaria de la Isla de Sara, que era otro de los objetivos de investigación de los cuáqueros.

En aquel punto rescatadores y rescatado se separaron, este último armado con una retórica grandilocuente sobre criminología adquirida gracias a los serios y reflexivos cuáqueros, y a sus propios conocimientos, más antiguos y menos elevados, sobre la animalidad de los hombres, dos cuerdas que al ser pulsadas por el arco de violín de su creciente ambición creaban un poderoso acorde de disimulo. El que era comandante del penal por aquel entonces, el mayor De Groot, recibió de buen grado un soldado más que sumar a la insuficiente guardia militar, así como el alférez de navío Horace recibió de buen grado la oportunidad de adornar su invención con una hoja de servicio auténtica.

Después del funeral del mayor De Groot, el cirujano y el intendente se pelearon por determinar quién era el oficial de mayor antigüedad y debía asumir el mando. Cuando se demostró que no podrían resolver la cuestión ellos solos, el alférez de navío Horace entró en la refriega. Se declaró a sí mismo el único hombre capaz de mantener el orden entre los soldados y la disciplina entre los presos y se nombró a sí mismo nuevo comandante. De una forma peculiar en él, sacó partido de sus propias limitaciones al afirmar que, si bien no tenía conocimientos de derecho civil, comprendía muy bien el funcionamiento de la ley entre los soldados, y ordenó al pomposo y viejo escribiente danés, Jorgen Jorgensen (hasta el día de su muerte no lo vi jamás sin la más ridícula de las afectaciones: un collar de lapizlázuli que según él había ganado al general Blucher en una partida de *skat* mientras pasaba una temporada en Dresden), que preparara una declaración de ley marcial, el primer documento de lo que luego descubrí que iba a ser una colaboración larga y extraordinariamente fecunda.

Incluso en las espantosas circunstancias de aquella espantosa isla, Jorgen Jorgensen —pese a toda su afectación— era un miserable pedazo de mierda de pelícano, todo él larguirucho y anguloso, con un cuerpo como una percha que intentaba recordar la chaqueta caída hacía años. Llevaba invariablemente una espada herrumbrosa y demasiado larga que arrastraba por el polvo y el lodo mientras su compañero principal —una perra sarnosa de tres patas a la que llamaba Elsinore— andaba a saltos tras su estela, siguiendo el surco de la espada. Cuando caminaba solía hacerlo farfullando, y a veces cantaba para el perro, que sabía ponerse de pie sobre las patas traseras y silbaba a modo de respuesta. Jorgen Jorgensen, como su perro, poseía el don de silbar la misma melodía que su amo. En un momento determinado, aquel escribiente de poca monta decidió que su amo ya no sería el mayor De Groot, sino el alférez de navío Horace.

Nadie le dio demasiada importancia al hecho de que el alférez Horace asumiera el mando, lo consideraron una formalidad que debía observarse hasta que el gobernador Arthur del lejano Hobart Town designara a alguien adecuado y preparado para el puesto, atributos ambos que no eran visibles en Horace, quien se limitó a desechar las vergonzosas extravagancias de su comportamiento, como la de retener a la negra que los cuáqueros habían dejado a su cuidado tras prometerles solemnemente que velaría por su enriquecimiento moral y espiritual. Los presos la llamaban Twopenny Sal^[16], pero el comandante —como pronto insistió en que lo llamaran—, con el que primero trabajó como criada para ganarse luego su favor como amante, insistía en llamarla la Mulata. Puede que el comandante imaginara que el contubernio con una mestiza era más aceptable que con una mujer nativa de la Tierra de Van Diemen. En esto, como en tantas otras cosas —tales como su propia incapacidad para ocupar el puesto—, al principio se reía con los demás, diciendo: «Tocadme. ¿Lo veis? Soy como vosotros, podéis tocarme». Pero ya entonces, mientras hablaba, el plumaje de pardela empezaba a caérsele del rostro y dejaba al descubierto algo distinto, algo parecido a la roca.

III

Al principio, igual que al final, creyó el comandante lo que sospechaba desde hacía mucho tiempo: que era inmortal. El puñado de personas que sabían dónde estaba el Registro del penal decían que ni siquiera allí podían encontrarse datos precisos sobre el barco en el que llegó ni, ya puestos, sobre su historial militar, pues el mayor De Groot había ordenado a Jorgen Jorgensen hacía muchos años que revisara los registros de todas las embarcaciones y no había encontrado mención alguna al alférez de navío Horace.

Tras el fallecimiento prematuro del mayor —se rumoreaba que a consecuencia de un envenenamiento—, se hallaron documentos oficiales (aunque hay que reconocer que se trataba de papeles sueltos, añadidos al registro de la correspondencia del mayor De Groot) que hacían referencia a cartas firmadas por el mayor De Groot en las que designaba al alférez Horace como sucesor. Posteriormente, según constaba en un apéndice al pie, aquellas cartas se habían perdido por desgracia a causa de un pequeño incendio declarado en el Registro inmediatamente después de que el alférez Horace tomara el penal bajo su mando.

Al principio el nuevo comandante fue un modelo de servilismo con sus superiores más lejanos. Hizo que Jorgen Jorgensen redactara largos informes sobre las diversas mejoras que había introducido en la maquinaria de la administración del penal: sus reformas alimentarias, con las que se había conseguido que menos comida diera más de sí, para de este modo garantizar una salud y una energía mayores en los presos a su cargo; las nuevas jaulas individuales para dormir, de la longitud de un hombre y la altura de un brazo, pensadas para impedir pecados inconfesables entre los presos; su orinal basculante, con un fondo elíptico que precisaba de las dos manos para poder ser utilizado con éxito, haciendo así imposible el pecado de Onán, quien derramaba su semilla innecesariamente en la arena.

Jamás recibió respuesta.

Ni una palabra de elogio o de aliento, ni siquiera de aprobación o de censura.

El tono de las cartas que el comandante hacía escribir a Jorgen Jorgensen empezó a cambiar. Al principio enumeraba los problemas de intentar gobernar un penal compuesto por los peores criminales que cometían pecados atroces con soldados de carácter igualmente malvado y que solo se distinguían de los primeros por el rosa apagado de sus descoloridos uniformes rojos; se quejó del dilema de intentar asegurar la supervivencia del penal y, más grave aún, de tener que hacer —como se esperaba de él— que rindiera beneficios, cuando se le daban tan pocas herramientas para ello, cuando no disponía de trabajadores cualificados para fabricar barcos ni para construir casas, cuando no tenía dinero en efectivo ni alimentos de sobra para regatear con los comerciantes que estuvieran de paso. Rogó que enviaran raciones mayores, unos cuantos soldados más, oficiales de cierta categoría en lugar de los que enviaban de

forma rutinaria, aquellos que habían sido deshonrados por apropiación indebida de los fondos del regimiento o por haberse acostado con la mujer del oficial en jefe en isla Mauricio o, peor aún, el oficial en jefe de Ciudad del Cabo.

No respondieron, ni enviaron suministros ni refuerzos.

Sus cartas se volvieron malhumoradas, luego furiosas y finalmente insultantes. Llegó un memorándum breve y cortante. Estaba firmado por un subalterno del secretario colonial. Repetía los términos de su cometido como oficial y le recordaba el sagrado deber de su cargo hasta el momento en que el gobernador designara quién debía suceder al mayor De Groot.

Por el resultado obtenido, el comandante comprendió que habría dado igual que arrojara sus cartas al océano para que se las comieran las grandes ballenas que había más allá de los cabos, cuyo paso casi constante en grandes grupos delataba los lejanos chorros en forma de pequeños arco iris. Fue entonces cuando el comandante se sumió en un pozo de desesperación que duró varios meses, durante los cuales no se afeitó ni se cambió de ropa.

Cuando emergió del invierno de su soledad, llevaba una máscara de oro que sonreía eternamente y otras pruebas del profundo efecto que había surtido sobre su cerebro el largo aislamiento posterior al naufragio: un magnífico uniforme azul nuevo que recordaba al del mariscal Ney en la batalla de Waterloo, con unas charreteras de plumas de gran tamaño, sorprendentemente similares en la forma a las alas extendidas de las pardelas de pico fino. No sé si adoptó la máscara simplemente para ocultar quién había sido y evitar la posibilidad de que descubrieran su impostura, o si la llevaba para inventarse a sí mismo como alguien que no era ni el alférez de navío Horace ni quienquiera que fuese antes del naufragio, sino una criatura completamente nueva, el comandante.

Lo único que puedo afirmar es que la máscara sonriente se encontró enseguida por todas partes, reluciente, jubilosa, reflejando nuestros propios deseos y nuestra codicia, tan omnipresente que nadie pareció percatarse cuando rápida y sigilosamente usurpó la ancha flecha, símbolo de propiedad gubernamental, pintada en toneles y herramientas y marcada a fuego en nuestros brazos posteriormente, en una espectacular fusión entre Estado, persona y ocultación tan característica del gran hombre.

El comandante mantuvo la primera de una serie de innumerables y largas conversaciones con Jorgen Jorgensen, tras la cual el danés empezó a redactar fríos informes para el departamento colonial sobre el crecimiento constante, si bien moderado, de la penitenciaría. En sus informes, los avances se veían obstaculizados por los problemas inevitables del aislamiento, de los presos perezosos e incompetentes y de la escasez de herramientas y de trabajadores cualificados, pero no se detenían nunca ni sufrían grandes retrasos. Era el retrato de una colonia respetable y bien dirigida que lograba un pequeño beneficio y la recuperación tanto de tierras como de almas criminales. Pero solo Jorgen Jorgensen se dio cuenta de que la saliva

que brillaba en las comisuras de los labios enmarcados en oro del comandante era negra a causa del mercurio que había empezado a tomar para tratarse la sífilis.

El comandante ordenó a continuación que se abriera al comercio el economato. Ordenó que todas las reservas de cerdo salado del penal se entregaran a un comerciante ballenero de Nantucket a cambio de dos barcos balleneros viejos, que envió luego con sendas tripulaciones de presos en busca del gran pez de Jonás. Uno se hundió junto a Hells Gates con toda su tripulación, pero el otro regresó a un penal muerto de hambre que sobrevivía con harina y pescado racionados, tras haber capturado dos ballenas yubartas, y el comandante inició el comercio con aceite de ballena.

Con los beneficios compró más barcos y ordenó que otros volvieran a la isla donde él había naufragado a cazar pardelas, por su carne, y focas por su piel. Convirtió a los presos de confianza en una guardia de élite, hizo que fusilaran a la mitad de los soldados y siguió recibiendo su paga una vez muertos, ya que no informó de ello a las autoridades coloniales. Dobló el ritmo de tala de los pinos de Huon y redujo a la mitad la cantidad que enviaba a las autoridades coloniales, y después, a medida que crecía la actividad comercial, cuadruplicó la tala y redujo a un cuarto la cantidad que enviaba ahora como un triste tributo a Hobart Town, acompañado de cartas en las que se quejaba de problemas prácticamente insuperables por la mala calidad de las herramientas, la inexperiencia de los aserradores, la epidemia de pecados nefandos y un clima tan terrible que los ríos se helaban durante seis meses al año.

Su comercio se volvió desbordante y exótico: una veintena de barriles de aceite de ballena a cambio del aroma decadente de una sola guayaba demasiado madura; herramientas de calafate por huevos de iguana; un bote de ballenero por un gran cargamento de bananas; valiosos uniformes de casacas rojas a cambio de turbantes de seda.

Pese a lo que los comerciantes portugueses susurraban a sus marineros brasileños cuando vaciaban sus bodegas de plumas de las Molucas, y contrariamente a lo que los presos descalzos mascullaban entre sí durante su cruel e incesante tarea de arrastrar grandes troncos de pinos de Huon a través de la selva impenetrable hasta la orilla del río, no todo en su comercio fue una completa locura.

Por la madera de pino, cuyo aceite afirmaba que podía usarse como afrodisíaco y como cura para la gonorrea, convirtiéndolo en una maravilla doblemente virtuosa que fomentaba y protegía a sus adeptos en los arrebatos del amor, obtuvo las más finas sedas de la India. Por una multitud de cacatúas de cresta amarillo verdosa, que había pintado para que parecieran crías de guacamayo y a las que había enseñado a recitar poemas melancólicos al estilo de Pope y varias canciones de pasión en el argot más prosaico de sus presos amaestradores, consiguió catorce carabelas brasileñas y siete cañones, que no tardó en canjear por un principado en Sarawak que un mercader del Levante había ganado en una partida de taroc en su viaje hacia el reino fabuloso de la

Isla de Sara. Con la subsiguiente venta de este principado financió su palacio y el nuevo puerto.

Por el continente de Australia, del que acababa de reclamar la soberanía enviando a Musha Pug en un bote de remos a tierra firme para plantar la nueva bandera del principado de la Isla de Sara en una playa abandonada, obtuvo un lote completo de muchachas de Siam. Al principio, las muchachas establecieron su negocio en arboledas flanqueadas por frondas de helechos, pero cuando se hacía de noche y caía la humedad las siamesas se acostumbraron a colocarse con sus frondas de helechos al resguardo del muro norte de la penitenciaría. Allí andaban a la caza de clientes, incitaban a los presos a que demostrasen su hombría y se bebían su semen en la creencia de que curaba la tisis, que se había propagado entre ellas.

Al crecer la reputación del comandante, su nombre empezó a pronunciarse de un confín al otro y llegaron barcos con todo tipo de comerciantes, mercaderes, mendigos y charlatanes. El comandante les dio la bienvenida a todos, y lo que se había iniciado como un comercio furtivo a lo largo del muro sur de la prisión, administrado sin ningún tipo de control por los criminales los sábados por la tarde, se convirtió en un mercado y el mercado en un bazar y el bazar en la idea de una nación. «Pues ¿qué es una nación sino un pueblo con una flota mercante? —preguntaba el comandante al cirujano con una voz tan aguda, extraña y ondulante como el viejo dicho que repetía—. ¿Y qué es una lengua sino un dialecto con ejército? ¿Qué es una literatura sino palabras para comprar unos orígenes?».

IV

La suplantación de la personalidad del alférez de navío Horace tuvo una importante e imprevista consecuencia para el comandante: empezó a recibir el correo del difunto, que era anodino y esporádico, salvo por el río incesante de cartas de su hermana, la señorita Anne. Por ciertos comentarios de sus cartas, el comandante sacó la impresión de que antes de que los isópodos lo acosaran una vez muerto, la señorita Anne ya lo acosaba en vida con sus cartas. Rara vez había respondido, si realmente había respondido alguna vez. Pero el sustituto del hermano de la señorita Anne, el comandante, resultó ser mucho más aficionado a la correspondencia. Le escribía regularmente y con entusiasmo, y a veces le enviaba dos o incluso tres cartas por cada una de las suyas.

Es probable que al principio pretendiera usar la correspondencia a modo de pequeña biblioteca de información personal relevante que le ayudara a suplantar mejor al hermano difunto de la señorita Anne. En lugar de hablar de sí mismo, llenaba sus cartas —encontré casualmente copias en un libro de cartas muchos años después— de preguntas con las que pretendía sonsacarle detalles de su familia, su mundo, de las cosas que le interesaban, le apasionaban o entusiasmaban.

Pero muy pronto la correspondencia adquirió una vida propia. Tanto si estaba directamente implícito en lo que ella escribía, como si lo dedujo por su lectura, lo cierto es que el comandante llegó a considerar que su recién adquirida hermana era un ser absolutamente extraordinario. Encantada con el inopinado interés de su hermano y el aprecio creciente que le dispensaba, la señorita Anne empezó a abrir su corazón más y más. Tan alterado era el tono de la señorita Anne que al comandante casi le parecía que las cartas las escribía una persona completamente distinta, a la que podía reconocer como su hermana auténtica. Y, cuando sus cartas cambiaron, el comandante no las consideró ya como una tarea de investigación necesaria, sino más bien como una pasión que exigía manifestarse. Pues la sensación de aislamiento había aumentado al tiempo que crecía su confianza en la invulnerabilidad de su posición como dirigente de la isla. Solo en las cartas de la señorita Anne podía encontrar tanto una fuente de intimidad como de inspiración, y cada vez estaba más convencido de que debían ser correspondidas.

He utilizado la imagen de un río incesante para describir las cartas de la señorita Anne, pero resulta bastante imprecisa. Ciertamente sus encantadoras historias parecían escritas de esa forma, dos y en ocasiones tres veces por semana; pero se entregaban y, por tanto, se recibían tan solo un par de veces al año; en consecuencia, su efecto sobre la mente del comandante no era tanto el de la suave erosión de una corriente sobre sus orillas como el de una marea que todo lo barría a su paso.

Cuando más adelante acabé pintando varias de aquellas cartas, su tono me pareció inevitablemente profuso, la forma excesivamente alambicada, con oraciones

volcándose las unas sobre las otras, con frases que saltaban sobre las ideas y la autora jadeando para hablar al que creía que era su hermano pequeño de todas las maravillas de la época, más extraordinarias si cabe porque iban acompañadas de alguna asociación personal: una cena con la hermana de George Stephenson, que consideraba excelente su idea de llamar a la locomotora «El Trueno Efervescente»; una atrevida velada viendo una pelea de perros y osos en Five Courts, donde le habían presentado al poeta John Keats; con él había comparado experiencias, escribía, sobre hermanos díscolos perdidos en el Nuevo Mundo.

Aquellas cartas atormentaban al comandante, aquejado de una honda aflicción fruto del *pathos* de la distancia. Las cartas distorsionaban su perspectiva sobre el Viejo Mundo, empequeñeciendo lo cotidiano, lo banal, la argucia y la mediocridad de Europa, exagerando lo maravilloso, lo sublime, lo asombroso de aquel mundo lejano a medio año de viaje.

En la mente del comandante, parecía que los sucesos europeos marcaban hitos y estaban relacionados de las formas más inesperadas. Así, la locomotora de vapor y el *Don Juan* de Byron y las espléndidas chimeneas científicas del barón Rumford^[17] — que surgían de alguna encantadora asociación personal con la señorita Anne— saltaron a la imaginación del comandante como una sola cosa, creando la idea de un romántico viaje sin humo y los placeres de la carne a los que más adelante se entregaría con desenfrenado ardor.

Una noche, cuando detrás de la máscara de oro sus ojos se habían cansado por fin de releer las maravillosas cartas y se cerraron en la agradable espera del sueño cercano, comprendió que todos los milagros tecnológicos de Europa los había inventado la señorita Anne o habían surgido directamente de su buen hacer, su sabio consejo o su gentil intervención: fuera la locomotora, el barco de vapor, la prensa de vapor o la generación de la fuerza sobrenatural de la electricidad, ¡todo eran creaciones de la señorita Anne!

Y entonces, al cabo de un rato, tuvo que admitir que no solo las cuestiones tecnológicas, sino también la maravilla misma de la moderna Europa del siglo XIX, eran consecuencia directa de la imaginación de su hermana. Con la fuerza de esta profunda revelación, comprendió que su hermana estaba inventando Europa y su cuerpo se estremeció en una única y violenta sacudida.

A la mañana siguiente, después de ordenar al viejo danés que calculara en un gran ábaco las entradas mensuales de esperma de ballena, empezó a preguntarse si no podría hacer lo mismo. Mientras las cuentas blancas y negras pasaban de un lado a otro dando golpecitos, en su cabeza iba sumando otras cosas, y el resultado fue que podía convertir el penal de la Isla de Sara en el producto de su voluntad imaginativa exactamente igual que la señorita Anne había hecho con Europa.

Lanzó un grito tan fuerte que el viejo danés, sobresaltado, dejó caer el ábaco, que se rompió contra el suelo de baldosas de la celda del comandante. Mientras las cuentas blancas y negras rodaban en todas direcciones y el viejo danés se lanzaba a

por ellas a cuatro patas, el comandante movió la cabeza ante aquella revelación. Reinventaría Europa en la Isla de Sara, pero esta vez sería aún más extraordinaria que cualquiera de las descripciones de su hermana.

Y aquel día en que los cálculos del viejo danés demostraron no ser más que otras tantas bolas negras y blancas que se alejaban rodando por el polvo, el comandante vio cómo sus sueños monocromos de un hombre inspirado por el regreso nocturno de las pardelas estallaban en un caleidoscopio de deseos llenos de color. De allí en adelante, las cartas de la señorita Anne serían como un imán enloquecido que le conduciría en su extraño viaje, navegando por el mar de sangre de los presos, que después afirmaría haber vertido únicamente para llevar a su pueblo a cumplir su destino, con nosotros como pasajeros involuntarios.

V

En aquella época, mi vida se había acomodado a una rutina que, si bien no era agradable, resultaba pasablemente cómoda comparada con la de la mayoría de mis compañeros delincuentes. Aunque seguía durmiendo con los demás presos en la penitenciaría, entre la revista de la mañana y la de la noche tenía libertad para hacer lo que me apeteciera e ir a donde más me gustara en la isla. Me daban comida de más y una ración de ron y me permitían cultivar un huerto para mi uso personal junto a la pocilga de Castlereagh. Disponía incluso de una mujer, lo que en una colonia llena de hombres no era cosa baladí.

Era la querida del comandante, Twopenny Sal. En consecuencia, mis citas con ella eran muy arriesgadas, encuentros furtivos ocultos a todas las miradas, normalmente en el único lugar por el que nadie más se aventuraba: la maleza que había entre la pocilga de Castlereagh y el empinado terraplén de detrás.

Allí, protegidos por un bosquecillo de densos árboles del té y los miasmas que despedían los excrementos del cerdo, guardábamos en jarras de terracota nuestro suministro de contrabando de un licor áspero que salía de la fermentación de bayas y azúcar robados, al que dábamos sabor y color verde con hojas de safrán en recuerdo de la sopa Larrikin de Capois Death. Aunque yo afirmaba después que estaba en cualquier otra parte pintando peces, me encontraba invariablemente entre los árboles del té pescando los placeres de Twopenny Sal.

Ocultos para el mundo, pasábamos allí los días. Era el principio del invierno. Mientras los crueles vientos del oeste barrían la isla sobre nuestras cabezas, en el bosquecillo de árboles estábamos cómodos, calientes y protegidos, tan aislados y seguros como la noche. Allí intercambiábamos palabras.

Mi favorita: Moinee.

Su favorita: compadre.

A Twopenny Sal le encantaba oír historias sobre Londres, y le aterrizaban y le emocionaban a un tiempo las descripciones de multitudes más numerosas que la mayor manada de canguros, y de edificios tan altos y tan próximos como para conformar sus propios valles y gargantas y barrancos sin un solo árbol a la vista. Por su parte, ella me contaba historias sobre el dios Moinee, que había hecho la Tierra de Van Diemen golpeando la tierra para crear los ríos y soplando sobre la tierra para crear las montañas.

—¿Y quién hizo Macquarie Harbour? —pregunté yo un día—. ¿Lo hizo Moinee?

—¿Bahía de Macquarie? —dijo ella—. Es el orinal de Moinee, compadre.

Twopenny Sal olía a arenques en vinagre y yo le pasaba mi pipa y con la pipa firmemente sujeta entre los dientes se estremecía como un pez, luego olía a algo completamente distinto y aún mejor y luego nos poníamos a hozar nadar volar follar tan ricamente. Ella tenía los pechos pequeños y la cintura ancha y las piernas flacas y

al principio hacía el amor con voracidad. Hacía muchísimo ruido, como una mezcla entre el chillido nocturno del demonio de Van Diemen y una estampida, lo que me agradaba y me asustaba a la vez, porque significaba que corríamos el riesgo de que nos pillaran, aun con los gruñidos de Castlereagh como ruido de fondo. Por mucho que le supliqué que gozara de su pasión en mudo deleite, no me hizo el menor caso. No sabía lo que era la vergüenza y cuando la pasión se adueñaba de ella, lo que al principio, como he dicho, era más que frecuente, me habría tomado alegremente delante del cirujano o del comandante o de una cadena de presos.

Pero mentiría si dijera que todo me iba bien con mi rutina, que por cierto, aunque yo aún no lo supiera, estaba a punto de acabar. Cuando lo pienso ahora, veo claro que por aquel entonces todo empezaba a desmoronarse. Tras un tiempo Twopenny Sal aprendió finalmente a mostrar el decoro necesario, pero para entonces había perdido todo interés por mí y pasaba sus días con Musha Pug, un perro chivato al que habían recompensado con una cómoda ocupación en intendencia como ayudante del jefe de almacén y libre acceso a la comida, el licor y el tabaco. Y yo, que tan poco la había valorado antes, la eché de menos mucho más de lo que pensaba.

Por suerte, el estilo de mis pinturas de peces iba mejorando, y con él mis posibilidades de supervivencia. Mis dibujos se afinaban, volviéndose tan útiles como unas buenas botas, sólidos como un palo de mesana bien encajado de la nave en la que el Pudín navegaba hacia la gloria de la ciencia.

En cualquier caso el Pudín estaba muy satisfecho, a veces incluso entusiasmado, a medida que sus ensoñaciones se poblaban con la imagen del Retorno Glorioso del Gran Historiador Natural y Renombrado Ictiólogo Lempriere a la capital de Londres, mientras en voz apenas audible murmuraba sus respuestas a las Damas de la Sociedad que en las Grandes Veladas Científicas caían a sus pies y le preguntaban cómo había podido sobrevivir a los Salvajes y las Junglas y los Hambrientos Hotentotes, y él, con total humildad, les respondía: «Porque siempre he creído en la Ciencia, señora, y en mi pequeño papel en su Sagrada Misión».

VI

El Diablo se presenta de mil formas distintas, pero ninguna fácilmente reproducible mediante una ilustración. Mi trabajo era cada vez más frustrante, y me pareció de lo más apropiado que el nombre luminoso y evocador de «miracielo» sugiriera a mi cerebro un pez completamente distinto del que me entregó la cadena de presos de pescadores una mañana para que lo pintara. Imaginé un pez poseído de una especie de cualidad etérea, como si fuera una virtud meditativa encarnada en la carne de un pez. Pensé que un pez así sería ideal para un medio como la acuarela, con el que me resultaba difícil captar la densidad, pero cuya textura es apropiada para reproducir el paso de la luz.

Pero el miracielo que me habían dado los presos pescadores no era un pez fácil de pintar ni mucho menos. No sé por qué tenía esa impresión, pero, en la oscuridad de su ser, en su aspecto feroz, en sus cuernos satánicos en los extremos de su horrible cabeza de toro, en su boca vertical trabada en una mueca perpetua, en su piel viscosa, en sus ojos extraños, situados por encima de la cabeza y no a los lados —como si estuviera siempre mirando al cielo, y de ahí su encantador nombre celestial—, todo aquello me sugería algo que no me resultaba ajeno sino, antes bien, familiar. Sin embargo, no sabía cuál era la naturaleza de aquella familiaridad, ni por qué al principio me perturbaba tanto.

Un miracielo es un pez aterrador para cualquier imaginación, pero no llegué a comprender su auténtica naturaleza hasta el día en que vi uno por primera vez en su elemento. Había ido al muelle de pescadores para maravillarme ante la última captura de las redes de los presos: un bacalao gigante con una enorme bola dentro del vientre. Bajo las escaras de piel lechosa aún se podía reconocer en la bola la cabeza de Doughy Proctor, lo único que quedaba de él tras intentar escapar atado a un viejo barril de cerdo encurtido. El jefe de los presos pescadores, un vlach^[18] del Levante llamado Rolo Palma, me indicó con un gesto que me acercara al final del muelle y que mirara el mar.

En cierto sentido, y era una característica tan definitoria de las tierras de las que procedía como de él mismo, el destino de Rolo Palma era el de quedar prendado de otros países. Había ido a parar a Inglaterra y, al descubrir allí que la amistad inglesa se manifestaba típicamente como una falta de conversación, Rolo Palma se aficionó a hablar con los ángeles, al estilo de su héroe, Swedenborg. Tenía una fértil imaginación y un vivo interés por el mundo natural, y grandes posibilidades —de no ser porque sus actos, siguiendo órdenes de los ángeles, habían supuesto una emigración forzosa a la Tierra de Van Diemen como asesino convicto— de inventar un sistema de historia natural más loco aún que el que admiraba el cirujano. Pero había tenido que conformarse con especular sobre la existencia de criaturas míticas como el minotauro y el grifo en el interior de la Tierra de Van Diemen y señalarme,

tal vez a un metro y medio bajo el agua, dos ojos demoníacos que sobresalían del suelo marino. El pez al que pertenecían los ojos estaba enterrado en la arena —su enorme cabeza, sus cuernos satánicos, su cuerpo de forzado del circo, que iba estrechándose—, inmóvil, tenso, oculto, esperando el momento en que pasara una cría de platija por encima de su cabeza.

Después, una explosión de arena de la que surgió el gran cuerpo del miracielo, como si se hubiera formado de la misma confusión que había creado. Con aquella boca que se abría y se cerraba de pronto, al mismo tiempo. Con el cuerpo flexible, saltando, impulsando al miracielo hacia arriba y succionando a la desprevenida cría de platija, dejando tan solo los vítores del vlach y el remolino de agua arenosa para sugerir que se esfumaba una vida.

Los trazos de mi primer dibujo eran débiles y no denotaban su capacidad para expresar amenaza. No conseguían representar las proporciones del monstruo, la cabeza demasiado grande que dominaba el cuerpo subordinado a ella y cada vez más estrecho, y no le di el color adecuado para reproducir la tensión implícita en la musculatura de todos los peces, pero sobre todo en la del miracielo.

En tales momentos, cuando el pez era tan solo una mísera ilustración científica, se introducía en mi cabeza como un huésped inesperado la condenada imagen del señor Cosmo Wheeler reinventando el mundo como la Gran Máquina de Vapor igual a la que el rompemáquinas había intentado destrozar, con sus piñones dentro de su engranaje de piñones y yo y todos los peces machacados hasta convertirnos en papilla entre sus dientes chirriantes de taxones y sistemas.

Trabajé y trabajé mis esbozos y pinturas hasta que se llenaron de trazos y colores entrecruzados y superfluos, que eran todos como una red a la búsqueda de un pez; pero el pez seguía eludiéndome. Finalmente hice un dibujo que seguía siendo mediocre, pero esperaba que al cirujano le pareciera aceptable. Para entonces, el pez se había ido y, aunque se hirvió y se comió como sopa, a los presos pescadores no les agradó que les pidiera un segundo miracielo, porque pensaban que acabaría desperdiciándose también.

Al final resultó que no tuvieron que darme el pez, pues mi fortuna iba a dar un último vuelco para mejor antes de que todo se fuera al Infierno y el Infierno cayera sobre nosotros.

VII

Jamás he sido de la opinión de que los libros no deban contener digresiones. Tampoco lo cree Dios, que hace lo que le da la gana con las veintiséis letras, y sus historias funcionan igual de bien con F-E-D que con A-B-C.

Las únicas personas que creen en los caminos rectos son los generales y los conductores de las diligencias para el correo. Yo creo que el Rey está de acuerdo conmigo en esto. No me cabe duda de que él está a favor de curvas y desvíos y de visitar lugares de interés que, si bien abundan siempre en el arte de la decepción, siguen haciendo del viaje el suceso memorable que todo viaje debería ser.

Entusiasmado con mi idea, le planteo al Rey que esta cuestión de los caminos señala la división fundamental entre las antiguas civilizaciones griega y romana. Si tu camino es recto como el de los romanos tendrás suerte si consigues tres palabras: *Veni, vidi, vici*. Si, por el contrario, lo que tienes es un tortuoso camino de cabras como los griegos, ¿qué consigues? Toda la maldita *Odisea* y *Edipo rey*, eso es lo que consigues. El Rey, que es un poco clasicista, mira el techo fijamente y su cabeza se llena de grifos, centauros y, por supuesto, de Plinio.

¿Cómo podría olvidar a Plinio?

Una vez más el sagaz Rey había vencido, demostrando que generalizar es de idiotas, pues Plinio era romano, pero había escrito un libro más tortuoso y retorcido que la cara de Capois Death el día que volvió para involucrarme en otra inevitable digresión. El negro tabernero reaparecía en mi vida a intervalos regulares con promesas de esperanza infinita para marcharse luego dejando mi mundo sumido en una desesperación absoluta. Él era Aventura y yo era Envidia, él era Problemas y yo era Emoción, él hablaba y yo ya no escuchaba, pensando soñando deseando que, de alguna manera, la huida fuera posible.

Capois Death se mostraba tan alegre y pletórico como si acabaran de soltarlo del Escarabajo, sonriendo como si el mismísimo Brady fuera su mejor compadre, riendo como el dandi más refinado de Hobart Town. Ostentoso, achispado y bien cargado, Capois Death entró tranquilamente por la puerta del cirujano al tiempo que exclamaba: «¡Al cuerno con los peces, Billy, muchacho!», y antes de que pudiera decir una palabra, había arrojado mi dibujo del miracielo a las cenizas apagadas del fuego de Lempriere sin dejar de parlotear animadamente: «Tenemos un trabajo mejor entre manos».

Incluso con la ropa de recluso seguía llamando la atención, o al menos a mí me lo parecía. Y, como siempre, se las había apañado para ascender en la escala social de la Isla de Sara. Ahora era, según dijo, funcionario de la Estación de Ferrocarriles Nacionales de la Isla de Sara, un Intendente de Viajes con Responsabilidades Especiales.

Influido por las historias de la señorita Anne sobre nuevas locomotoras de vapor

que hacían furor en Europa, con una frustración creciente por su deseo de ser considerado un hombre predestinado, embriagado por las largas descripciones de su hermana sobre la euforia desatada por la Nueva Era que viajaba en tren de Manchester a Liverpool, el comandante había decretado hacía tres años que debía construirse una gran estación de trenes.

Era una empresa colosal para la que se requería piedra arenisca que se extraía de una cantera lejana y se transportaba en barco, siguiendo la costa, y para la que debía comprarse y montarse toda la maquinaria que necesitaban los talleres y herrerías y fábricas relacionados con una gran estación de trenes. Todo esto ante los ojos de quienes expresaban discretamente la tímida duda de que una estación de trenes en una isla en medio de la nada, lejos de la costa de una tierra perdida en el mismo centro de ninguna parte, tan malograda que existía solo como cárcel, pudiera ser con el tiempo la terminal o el punto de partida para algún viajero. Estos argumentos los refutaba el comandante tranquilamente con su implacable convicción de que las líneas de ferrocarril crecen hacia las estaciones de trenes como las raíces de los sauces hacia los lagos y que, por lo tanto, en poco tiempo sería la estación más bulliciosa de las Antípodas, y pronto la gente de Manchester y de Liverpool hablaría con envidia y codicia de la Estación de Ferrocarriles Nacionales de la Isla de Sara. De este modo, decía —y algunos incluso afirmaron haber visto una sonrisa en la máscara de oro—, habremos cambiado la tiranía del aislamiento por la libertad del comercio.

Se tendieron doscientos metros de vías hasta el depósito de máquinas, alrededor del cual discurría la línea ferroviaria en círculo, de forma que pudiera darse la vuelta a las locomotoras —cuando por fin salían de la selva echando vapor—, bien sobre una gran plataforma giratoria de madera movida por un eje que empujaban dos docenas de presos que habían sacado de la Oruga^[19], bien atravesando el círculo para volver a la estación. Cuando después de varios meses seguía sin aparecer el menor indicio de zarcillos de vías abriéndose paso sinuosamente a través de las tierras salvajes para llegar hasta nosotros, ni señal alguna de puentes de hierro que se tendieran entre la isla y tierra firme, el comandante anunció que había encargado un tren de vapor a un ballenero americano, utilizando el oro que le quedaba después de haber vendido el río Gordon y la Gran Barrera de Coral.

VIII

Billy Gould había dejado de tener problemas en la Isla de Sara. Pero comparado con Capois Death podía considerarse afortunado. Poco después de llegar a la penitenciaría, Capois Death había vuelto a topar con Aullador Tom Weaver, que se las había ingeniado para conseguir buen acomodo para el antiguo tabernero en la cadena de presos que recogía mariscos. Allí Capois Death se había ganado la maligna enemistad del preso guardián Musha Pug, el supervisor de la cadena, que había sido deportado a la isla a causa de un sucio interludio con una oveja. En el juicio por bestialismo, Pug había creído erróneamente que lo acusaban de sodomía. Al preguntarle el juez si tenía algo que decir en su defensa, se había sentido obligado a señalar que no lo habían pillado con un carnero, sino con una oveja hembra. A partir de entonces, el odio a los sodomitas —con los que suponía haber sido tan vergonzosamente confundido— se convirtió en una pasión dominante que, por suerte, halló numerosas vías de expresión en la Isla de Sara.

Después de que Musha Pug lo delatara por haber vendido sedas de los barcos a las siamesas de las frondas de helechos, a Capois Death le dieron cien latigazos, lo tuvieron atado a la Cuna una semana y luego lo enviaron río Gordon arriba a trabajar como talador. Una noche, bajo las sombras que arrojaban sobre el fuego los mirtos que se cernían sobre ellos, les narró a sus compañeros taladores la trágica historia del rompemáquinas de Glasgow, y lo hizo sirviéndose de un lenguaje tan evocador del poder asesino de las máquinas de vapor, que llegaron a la errónea conclusión de que tenía cierta familiaridad con la mecánica.

Cuando al mes siguiente llegaron a la Isla de Sara las grandes cajas de madera marcadas como «Locomotora» que contenían las piezas de hierro forjado, las complejas instrucciones de ensamblaje que las acompañaban superaron incluso el ingenio de los mejores calafates. La desesperación del comandante fue total hasta que, mal informado por Musha Pug a través de su extensa red de espías, creyó que un negro que trabajaba en la cadena de presos que talaban árboles río arriba había alardeado de haber construido máquinas de vapor en otro tiempo.

Cuando lo mandaron llamar, Capois Death tranquilizó al comandante y dio a los calafates instrucciones erráticas basadas únicamente en el recuerdo borroso de una gaceta callejera sobre la nueva maravilla de George Stephenson. Pero solo después de que el comandante amenazara a Capois Death y a los calafates con hacerles comer sus propias pelotas después de que se las cortaran y asaran en un fuego hecho con la leña de sus inútiles brazos, solo entonces consiguió Capois Death persuadir a los calafates de que hallaran sentido en lo que parecía carecer por completo de orden, y construyeran una locomotora a partir de un revoltijo de hierro forjado, con la característica peculiar de un pequeño mástil del que surgían unos cables voladizos que sujetaban una chimenea doble que sobresalía horizontalmente a ambos lados de

la caldera como un mostacho encerado.

Con la máquina de vapor finalmente montada, el comandante cogió la costumbre de despedirse de la isla con gran ceremonia y acompañado de dos siamesas cada noche, mientras la banda tocaba, los cañones disparaban salvas y los soldados desfilaban. De este modo el tren recorría los doscientos metros que separaban la estación del depósito de locomotoras. Allí el tren pasaba el resto de la noche moviéndose en círculos hasta que el maquinista vomitaba. Las ruedas exteriores se desgastaron tanto por la fuerza centrífuga que el tren acabó inclinado hacia el exterior. Dentro, el melancólico comandante dormía con la cabeza en el regazo de una de las siamesas.

Transcurrido otro año sin que el tráfico ferroviario diera señales de vida, el comandante envió cuatro partidas de reconocimiento al interior para descubrir con exactitud qué dirección debían tomar las nuevas líneas férreas. No regresó nadie. En su ausencia, el comandante hizo que todos los integrantes de las partidas de búsqueda perdidos en algún lugar de Transilvania fuesen juzgados sumariamente tras enterarse de la verdadera historia de su desaparición por el método de aplicar hierros candentes al estómago de un preso fugitivo, que afirmó haberlos visto a todos subiéndose a un expreso con destino a Ambleside, Distrito de los Lagos^[20], en una parada que encontraron en su camino cerca de Frenchman's Cap —donde, por cierto, se habían apeado Brady y su Ejército de la Luz— con la intención declarada de no regresar jamás.

Cuando le plantearon al comandante, con determinación pero respetuosamente, que una estación de ferrocarril en una isla en medio de la nada difícilmente atraería un tráfico que produjera ingresos suficientes para compensar su enorme coste, el comandante, con toda serenidad y de forma inesperada, se mostró de acuerdo. A continuación reveló que en los últimos meses no se había dedicado a dormir en la cabina de la locomotora mientras esta daba vueltas, sino enzarzado en hondas discusiones con un comerciante japonés llamado Magamasa Yamada, un hombre que provenía de un país con una gran demanda de madera, y a quien el comandante había acordado vender toda la tierra inexplorada de Transilvania a cambio de unos vagones que habían llegado a manos del pirata durante un viaje comercial a Sudamérica. Aquellos carros mecánicos permitirían a la Nación recoger la inevitable cosecha que acompañaría la eliminación de las tierras salvajes y la apertura subsiguiente de las tierras despejadas a la colonización. Nadie estaba dispuesto a decirle a Su Máscara de Oro que los círculos incesantes trazados por la locomotora habían decantado el equilibrio ya perturbado de su mente hacia la locura completa.

El único que no se sorprendió el verano siguiente, cuando llegaron los juncos de taladores japoneses, fue el comandante. Los contempló mientras descargaban los vagones prometidos. Los compartimentos estaban podridos e infestados de carcoma, pero como el comandante solo pensaba utilizar la vagoneta del carbón, designada desde entonces Compartimento Real, aquello no parecía tener importancia.

IX

Mientras observaba cómo ascendía el miracielo por la chimenea, convertido ahora en trozos de papel quemado, Capois Death, con su expresión maliciosa y torcida, empezó a hablarme de su nuevo cargo y de su papel tras el éxito del nuevo diseño de la locomotora, que consistía en propagar una idea de viaje que alentara el uso de la estación nacional de ferrocarril, la locomotora nacional y los vagones que la acompañaban.

Yo sabía callar cuando había que escuchar. Aun así, sentí la necesidad de aventurar la observación de que, en una isla de aproximadamente doscientas sesenta hectáreas, no había ningún sitio al que ir.

—Exactamente —dijo el viejo tabernero, con la intención, o eso me pareció, de darle un aire de misterio. Para mi vergüenza, debo decir que logró intrigarme—. Pero lo habré.

Me contó que debía presentarme en la estación de tren aquella misma noche, justo antes de que partiera el expreso de la Isla de Sara. Aquella noche neblinosa, mientras la caldera alcanzaba lentamente la presión para la partida y el aire se convertía en un velo ardiente de ascuas y cenizas, mientras yo esperaba descalzo y con los tobillos hundidos en el lodo que había bajo el apartadero, mirando hacia arriba, desde detrás de una cortina sucia de hollín del Compartimento Real, el comandante me explicaba detalladamente su convicción de que el Comercio —que al parecer confundía con la velocidad de su locomotora trazando círculos incesantes— no solo se adentraría en un nuevo territorio propicio a los negocios, sino también al Arte. A continuación pasó a explicarme las razones que, según él, hacían del todo necesario que me ataran a la parte delantera de la locomotora: sería la mejor manera de poder experimentar la nueva estética del movimiento.

El comandante retiró la cortina un poco, pero desde donde yo estaba lo único que pude distinguir fue un trozo de su máscara de oro y dos ojillos que reflejaban el perturbador brillo amarillo de la máscara. Aunque yo expresé mis reparos —cortésmente—, el comandante insistió —amablemente— y ordenó al punto a Musha Pug que procediera a sujetarme. Sin decir nada más, me ataron firmemente a la rejilla delantera de la locomotora con varios cintos y correajes de cuero.

Entre el rugido creciente de la máquina de vapor y el golpeteo rítmico de las ruedas de hierro sobre vías férreas empecé a dar vueltas sin parar. Al cabo de unos minutos estaba vomitando, y unos minutos después no me quedaba nada más por arrojar que una inmundicia verde que se esparció por mis ropas como antes el vómito. Una y otra vez, una vuelta tras otra, y ninguno de los intentos que hice por abandonarme al sueño o a las ensoñaciones, por centrar mis pensamientos en comida o mujeres, me sirvió de nada. Las únicas sensaciones que tenía eran: una náusea rayana en un violento ataque contra los sentidos, la peste del humo de carbón que me

llenaba los pulmones, la impresión de que todo mi cuerpo estaba siendo violado y mutilado, y la conciencia de que estaba completamente solo. Si aquello era el futuro, pensé en uno de los pocos instantes de lucidez de los que disfruté durante aquella larga noche, no era un futuro que pareciera digno de ese nombre.

Cuando la locomotora se detuvo lentamente entre chirridos, me desataron y me arrastraron, enfermo y sin sentido, hasta un caballete que habían colocado allí expresamente, desde el que se disfrutaba de una magnífica vista del depósito de máquinas.

Durante un rato tuve que esforzarme simplemente por mantenerme en pie. El mundo rodaba en oleadas a mi alrededor; el depósito de máquinas subía y bajaba como un bosque de algas, las siamesas pasaron flotando, Musha Pug y sus secuaces se movían como flechas de un lado a otro en un banco de extrañas criaturas acuáticas. Con mano algo temblorosa cogí un pincel; mi cuerpo liviano se tambaleó en el pesado lodo, recobré el equilibrio y me dispuse a trabajar, procurando por todos los medios posibles, a pesar de las náuseas incontenibles que me inundaban, pintarle al comandante el cuadro de la Revelación y el Profundo Descubrimiento que habían transformado el mundo en un nuevo reino del Comercio.

Al rato terminé.

Y supe que había fracasado estrepitosamente.

Billy Gould había creído siempre que puestos a hacer algo, lo mejor era hacerlo mal. Si uno se preocupaba por hacerlo demasiado bien, creía, bien pudiera ser que se quedara paralizado por la ambición. En este aspecto, al menos, sospechaba que tal vez había tenido éxito.

Pues lo que había pintado no era cálido ni feliz, sino algo frío, horrible, aterrador, terrible. Me habían pedido consuelo y aquello era desolación. La violencia latente, la visión maníaca: nada de eso lo había captado. Querían Esperanza y Progreso y vi con horror la mirada hosca de un... ¡miracielo! ¡Querían un Nuevo Dios y en mi monstruosa confusión les había dado un pez!

Aquello no iba bien. Me esperaba un destino peor que la *petite noyade* del capitán Pinchbeck, más cruel que el Escarabajo del gobernador Arthur, el Tubo Mordaza y la Cuna y la Hija del Carroñero, me esperaba todo eso junto y yo en el centro, sufriendo la muerte más espantosa.

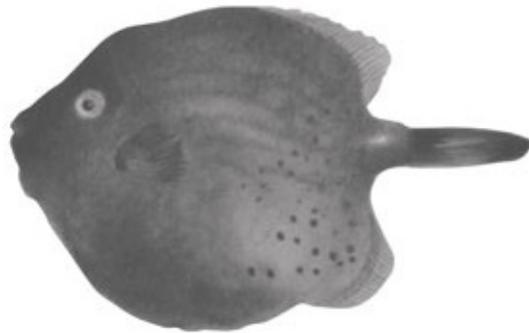
Retrocedí sintiéndome aún más enfermo, tragando saliva, tambaleándome un poco, aterrorizado por lo que auguraba mi fracaso. Cuando intentaba recuperar el equilibrio, pude comprobar horrorizado que el comandante, que había estado detrás de mí todo el tiempo sin que yo lo supiera, daba un paso hacia delante.

Al contrario que el cirujano, que podía pasarse días enteros examinando un solo dibujo en busca de defectos, el comandante tardó apenas unos segundos en revisar la pintura mientras yo lo examinaba a él por primera vez desde que se había dirigido a nosotros el día de nuestra llegada. Vista desde atrás, quedaba claro que la máscara de oro estaba pensada para ocultar el gran tamaño de su cabeza, la desproporcionada

pequeñez de su cuerpo, la subordinación de ese cuerpo al espíritu.

Entonces se dio la vuelta, pero todo lo que pude ver fueron aquellos ojos ictericos realzados por los agujeros de la máscara de oro, y tras la rendija sonriente de esa máscara, la sugerencia de una negra boca cavernosa de abertura cada vez más amplia. Los pequeños e incongruentes graznidos que surgieron de aquel negro vacío dictaminaron que el comandante estaba tan complacido como yo consternado, como si mi cuadro retratara a uno de los mariscales de Napoleón a los que en otro tiempo tanto había admirado, en lugar de un pez asqueroso.

Comprendí que me hallaba ante un hombre claramente en la flor de la vida. Sonreí y, con el elegante ademán que también recordaba de Audubon, le hice una reverencia.



EL PEZ LIJA

Que trata sobre cómo un pintor flamenco llegó a ver la Razón – Las posibilidades sublimes del viaje moderno – El Gran Casino de Mah-Jong – Sobre la fuerza colonizadora de los peces – Destacando Europa – La pasión de Goethe por la señorita Anne – Paganini – Cacatúas – Cultura, nada más que guano – El sueño de una ciudad silenciosa – Un exceso de amor.

I

Al día siguiente, me llamaron a presencia del comandante en su celda. El tiempo era típico de Van Diemen. El viento era brutal. Arrancaba tejas de los tejados y las arrojaba por los aires con ferocidad suprema e involuntaria, hiriendo a los desprevenidos y los desafortunados. Los grandes muros de troncos de pino de Huon crujían y gemían por la agonía de continuar erguidos mientras el viento los traspasaba y los azotaba una y otra vez. La lluvia no cesaba. Una rampa de lodo había enterrado el segundo comedor de los soldados. Espuma y niebla se elevaban y recorrían cincuenta o cien metros y descansaban un momento o un minuto antes de que el viento volviera a impulsarlas de nuevo. Y más allá el mar embravecido golpeaba la isla con furia blanca. Parte del embarcadero nuevo se desmoronó y fue engullido por las aguas. En tres días no había salido ningún barco después de que una partida que volvía del Gordon intentara atravesar la bahía a toda velocidad y murieran todos en el intento. Mientras corría de la casa de Lempriere al alojamiento del comandante, aprovechando una de las pocas pausas de la lluvia, me escocían los ojos a causa de la niebla salada, de la arenilla y de las cenizas que volaban por los aires como si fuesen balas perdidas.

Tiritando de frío y mojado esperé varias horas en un pasillo oscuro y angosto con el casaca roja que me había llevado hasta allí. Cuando al anochecer finalmente me hicieron pasar, entré en una habitación indescriptiblemente pequeña y con un olor peculiar: no era más ancha que la extensión de un brazo y como mucho un poco más larga que la estatura de un hombre.

Ratas tan grandes y tan osadas como las que había por toda la isla aparecían corriendo de vez en cuando bajo la luz mortecina que proyectaba una vela clavada en un gancho de la pared, acentuado su tamaño por la misma pequeñez de la celda y las sombras extrañas que arrojaban sobre la luz vacilante. Parecía imposible que dos personas pudieran estar juntas en tan reducido espacio sin verse la una a la otra, pero ese era el caso, pues el comandante permanecía tras una cortina que dividía la celda en dos, como si fuera un confesor papista.

La celda carecía casi por completo de adornos, salvo un pequeño busto de cristal de Voltaire, medio lleno de un líquido ambarino que sospeché que debía de ser *whisky*. Por la forma y el tamaño, ya que no por el material, parecía idéntico al busto con el que la hija de Gould había conocido las alegrías de la vieja danza de la Ilustración. Para mí al menos, era obvia la utilidad que tenía para un hombre que intentaba recobrar la pasión de Twopenny Sal.

Por ese entonces yo ignoraba —¿cómo podía ser de otra manera?— la intensa pasión que despertaban en el comandante los olores. Twopenny Sal no me había contado que en una ocasión él le había rogado que no se lavara en un mes para así poder saborear el universo entero de sus olores naturales. No sabía que le enviaban su

colonia favorita desde Nápoles; no sabía, cuando sopesé la liviandad del pequeño frasco y lo dejé caer en mi blusón de preso, que aquel frasco de vidrio en forma de busto de Voltaire sonriente, y que ahora me bajaba por los pantalones contemplando la imagen lamentable de un pintor flamenco sin trabajo, contenía el perfume máspreciado del comandante: un aroma especial creado para él por Chardin, el mismísimo perfumero de Napoleón.

Con la voz amortiguada por la cortina, el comandante me dijo que, dado el maravilloso cuadro del Progreso que había hecho la noche anterior, se me encomendaría una nueva tarea que —ejecutada con diligencia y creatividad, así como con cierta discreción— mejoraría considerablemente mis condiciones de vida y tal vez serviría para reconsiderar la severidad de mi condena. Estaba al tanto de mis ocupaciones en un trabajo ilustrativo de una suerte de descripción técnica para el cirujano, por lo que me proponía solo una interrupción, no el abandono de aquel trabajo científico, y añadió que cuando hubiera completado la tarea que pensaba encomendarme, podría seguir cumpliendo mis deberes con el cirujano.

Mi alivio, aquel día poroso en que el comandante me habló de mi nueva misión, fue inconmensurable. Al menos durante un tiempo iba a escapar de mi horror a los peces sin perder ninguno de mis valiosos privilegios. El comandante me ofrecía una salida, alejándome de la implacable corrosión de mi alma, que empezaba a afectarme hasta el punto de que era incapaz de dormir por las noches, temeroso de despertar en el océano. Deseé suspirar, sonreír, pasar un brazo por encima de Su Corpulencia. Pero no dije ni hice nada salvo escuchar, mientras el comandante proseguía explicando su proyecto visionario de una línea de ferrocarril carente de movimiento.

Quería que pintara una serie de decorados teatrales que había diseñado Capois Death, y que representaban diferentes vistas y escenas sublimes, para disponerlas en un círculo exterior que flanquearía la línea férrea circular en torno al depósito de locomotoras. El comandante creía que su plan conformaría una nueva tendencia en los viajes: la gente no tendría que desplazarse para satisfacer sus deseos de espectáculos exóticos; bastaría con que de vez en cuando mirasen fuera, mientras daban vueltas sin parar, y verían cómo pasaban por la abadía de Tintern o por Windermere o, como toque poético, por las nuevas reservas de animales de Salford (incorporando la sensación de pasar de lo Industrial a lo Natural, de lo Moderno a lo Pastoril, esa sensación de contraste de la cual, como sostenía Capois Death debido a sus lecturas de los poetas de la escuela Lake, se alimenta profunda e indeleblemente toda auténtica iniciación al paisaje romántico).

Las pinturas que me proponía no parecían aquel saco incierto de problemas en que se habían convertido los dibujos de peces. Al contrario, parecían el tipo de pinturas con las que rápida y felizmente me sentiría familiarizado: espléndidas vistas en las que podrían contemplarse águilas calvas, pensé yo con nostalgia, tal vez entre guirnaldas de glicinas.

Cuando abandoné la celda del comandante aquel día y recorrí solo aquel lóbrego

y húmedo pasillo de piedra iluminado con aceite de ballena mientras Voltaire rebotaba contra mis pelotas, oí la lluvia repiqueteando alegremente en el exterior y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que no sonaba como una infinidad de cadenas golpeando suavemente la piedra. Sonaba a esperanza, a serenidad, a una llovizna de seguridad. Sonaba como si por fin las cosas fueran a irle bien a Billy Gould.

Puede que os preguntéis qué motivos tenía el comandante. ¿Para qué aquellos cuadros? ¿Por qué me los pedía a mí?

Preguntas que yo no me hice. Jamás ponía en duda las peculiaridades del poder, procuraba únicamente servirle, fuera el capitán Pinchbeck o el comandante o aquel ganso enorme de Pobjoy. Si me hubieran dicho: «Bésame el culo, Billy Gould», me habría limitado a responder: «¿Cuántas veces? ¿Y quiere que le meta la lengua también?».

II

Los telones de fondo tenían poco de dramático y mucho de gestos grandilocuentes que tendían a convertirse en aguadas sombrías y deprimentes cuando llovía, pero incluso de esto supo Capois Death sacar partido. Ideó un programa que contemplaba el cambio semanal de decorado; primero los Alpes suizos, luego la gran taiga rusa (que era la de los Alpes con las montañas disueltas por la lluvia y retocadas para que semejaran el cielo), a continuación el maravilloso altiplano africano (que era la taiga más mojada aún), y luego el sublime Distrito de los Lagos (el altiplano con narcisos), y así, una y otra vez, se iban repitiendo.

Mientras el comandante daba vueltas incesantes en el Vagón Real y pasaba por la dolorosa soledad de las llanuras orientales, la tristeza tintada de hollín de las fábricas satánicas de Yorkshire y la blanca seducción del Círculo Ártico, los taladores japoneses acamparon al borde del pantano en Liberty Point. Dividieron los bosques que los rodeaban en cuadrados y emprendieron la tarea de manera eficiente y sistemática, lo que convirtió las tierras salvajes verdes y azules que nos rodeaban en un ingobernable tablero de ajedrez, con cuadrados marrones de maleza donde habían talado los árboles, y cuadrados verdes donde aún no se habían talado los árboles. Los japoneses se fueron cuando se acercaba el invierno y llegaron las lluvias, y mientras el comandante observaba boquiabierto el bullicioso caos de la isla de Manhattan, que cedía el paso a la belleza inexplorada de las Rocosas americanas, recientemente descubiertas, las lluvias arrasaron primero el suelo y luego varias montañas, de modo que cuando los taladores japoneses volvieron al verano siguiente se encontraron con un inmenso desierto de piedras hacia el norte que los desorientó por completo.

Vueltas y más vueltas daba el comandante, pasando velozmente ante mis numerosos cuadros de águilas calvas en todos los lugares exóticos conocidos por el hombre, y cuanto más avanzaba en su creencia sobre su destino manifiesto, más caía en el absurdo. Empezó a hablar de imposibles, de construir un templo de los olores; de alzar la penitenciaría por los aires mediante el poder de la levitación, de modo que fuera imposible escapar salvo en globo; de desarrollar el mesmerismo como arma ofensiva para su ejército, creando un regimiento de espiritistas que formarían el frente de batalla y harían que el bando contrario deseara perder.

A pesar de sus proyectos épicos para construir una nación, el comandante se iba deprimiendo al constatar cómo el comercio parecía haber disminuido hasta volverse casi inexistente, por la insolencia de sus acreedores que le reclamaban el cobro cada vez con mayor insistencia, y por su propia incapacidad para hallar una solución al endeudamiento creciente.

Poco después de que los imperturbables taladores japoneses partieran en dirección a Frenchman's Cap para no regresar jamás, pero un poco antes de que el desierto de piedras se cubriera de hierba y el bosque volviera a crecer, empezaron a

oírse historias sobre un proyecto extraordinario concebido por el comandante que no tenía precedente alguno en ningún otro continente. A pesar de que durante varios años corrieron rumores de que los taladores japoneses habían sucumbido a una melancolía incurable que les hizo alejarse de la isla, lo que acabó prevaleciendo en todas las conversaciones —aparte del tema de Matt Brady— fue la idea más grandiosa de todas las que tuvo el comandante: el Gran Casino de Mah-Jong.

III

Tras el fracaso de la Estación de Ferrocarriles Nacionales de la Isla de Sara como centro del tránsito ferroviario, el comandante se convenció de que aquel edificio generaría finalmente el dinero que necesitaba para convertirnos en una auténtica potencia. Atraería a comerciantes javaneses y chinos, a piratas de las Molucas y a mercaderes holandeses, a marineros ingleses y a científicos franceses, todos en busca de un lugar en los Mares del Sur donde poder jugarse sus fortunas, obtenidas con tanto esfuerzo. Escribió largas cartas a la señorita Anne haciéndole preguntas sobre las numerosas formas de juego que se practicaban en Londres, sobre las últimas tendencias en arquitectura y en decoración de interiores.

Luego mandó llamar a Capois Death.

Ordenó al antiguo tabernero que diseñara un edificio que combinara la maravilla de Versalles con los placeres más groseros del foso de Five Courts para peleas de osos y perros. Pero como solo estaba inspirado por lo que había visto —conchas marinas y velas de seda y el aguafuerte parabólico del cielo nocturno vislumbrado mientras yacía con las siamesas bajo las frondas de helechos—, Capois Death tenía terror de la clase normal de parásitos que pululaban en torno al comandante. Siempre dispuestos a hacer un favor a su amo y a perjudicar a sus rivales, todos ellos profesaban un verdadero amor por la ambición declarada del comandante de superar a Europa reconstruyéndola. Alababan los bustos de escayola de Cicerón que empezaron a llegar antes incluso de que los planos estuvieran acabados, escribían sonetos imitando estilos de otras épocas y consiguieron crear un Arte que era como una máscara mortuoria de modas enterradas en cualquier otro lugar.

Consiguientemente Capois Death tuvo que esforzarse sobremanera para describir el primer juego de planos como una evocación del estilo egipcio con algunos elementos del rococó. Al suspicaz comandante le parecieron seis cúpulas de cristal articuladas en hierro sobre las cuales reposaba una gigantesca vieira dorada, sostenida por columnas ornamentadas de las que surgían velas de seda sujetas a un gran bauprés.

Sin embargo, fueran cuales fueran las dudas que pudiera tener el comandante, estas se desvanecieron tras la cortés aprobación de sus acólitos y su propio deleite al ver el modo en que incluso un edificio tan ambicioso como aquel quedaría empuñecido por una estatua de sí mismo, tan alta que su cabeza estaría siempre en las nubes, tan grande que solo su dedo índice —señalando eternamente hacia el norte, hacia la Europa de la señorita Anne— tendría diez metros de longitud. No escuchó comentarios burlones sobre la gran vieira y solo reconoció la admiración, así como el apoyo y los préstamos necesarios de los comerciantes javaneses y los mercaderes chinos, cuando se redactaron y firmaron varias garantías.

El comandante tenía predilección por la simetría estricta y por el

embellecimiento, y tanto la una como el otro sufrieron como consecuencia de su voluntad de que el edificio fuera la encarnación de su deseo. No había proyecto que pudiera ponerse en marcha sin su firma, y cuando Capois Death le presentó más adelante tres diseños alternativos para la construcción de las seis cúpulas, en un momento de distracción debido a la fatiga el comandante estampó su firma en los tres y, en consecuencia, sus fieles subordinados construyeron dieciocho cúpulas, todas ellas con materiales y formas distintos.

Semejante edificio tenía unas dimensiones colosales y su construcción fue una pesadilla de sufrimiento para todos los que trabajaron en ella: los cientos de hombres que murieron en la obra, los miles de mutilados y lisiados en la forja del hierro, la tala y el transporte de la madera, la extracción de la piedra, la mampostería, la carpintería. Sin embargo, fue una pesadilla de tan formidables proporciones que era imposible no sentir una admiración malsana ante lo que se estaba erigiendo en medio de aquel lugar perdido.

Mucho después de que hubiera olvidado por qué eran tan importantes para él, su fe inamovible en las misivas de la señorita Anne llevó al comandante a llamar a Capois Death a su presencia.

—Tengo en la cabeza —dijo el comandante al tabernero arquitecto— la decoración más espléndida posible: una réplica de las cartas de la señorita Anne en grandes letras doradas cubriendo las paredes del Gran Casino de Mah-Jong. —Capois Death ladeó la cabeza para que su mirada se dirigiera hacia el techo y no hacia el comandante—. La representación pictórica de esas Sagradas Palabras es el Mayor Honor Concebible —prosiguió el comandante agudizando más si cabe su ya de por sí aguda voz hasta el punto de resultar casi inaudible en su afán por dar relevancia a las palabras importantes—, y exige una fe religiosa en la santidad de la Noble Misión de la Nación.

Mientras Capois Death escuchaba las palabras forzadas y prescindibles que el comandante pronunciaba con voz de falsete, le vino a la cabeza el sonido de un chorro de pipí al caer sobre la arena. Bajó la cabeza para mirar al comandante a los ojos y le aseguró que conocía al hombre más indicado para aquella tarea.

IV

Mis intestinos están destrozados ahora y en un momento de gran necesidad me han traicionado. En aquella época, mis intestinos se vaciaban en lugar de irrigar; ante mí tenía un excelente futuro como Artista Nacional y debajo de mí tenía robustos taburetes que podía utilizar para defenderme si era necesario. Ahora mis tripas están más apretadas que la boca del rompamáquinas moribundo, tengo miedo del asqueroso pez que pinto, he estado cagando por el ojo de una aguja en los últimos cuatro días, y hoy no tenía un solo zurullo sólido que arrojar a Pobjoy cuando ha venido.

No ha hecho más que parlotear y parlotear sobre su nueva pasión, el Arte, en lo que me considera como una especie de guía, de rival y de impostor a la vez. Yo indefenso. Parecía impermeable al hedor acre de mi celda y a mis gemidos, y mucho más a los argumentos acuosos que alegremente me las apañaba para expulsar por cada uno de mis orificios con la remota esperanza de que se marchara.

Como Pobjoy ha señalado, no sin cierta satisfacción, las definiciones pertenecen a quien define, no a lo definido. Ahora comprendo que es una idea que tendría un gran atractivo para el Rey en su diálogo con el Cielo, pero cuando se lo digo, el Rey hace rodar su cuerpo levemente, que es su modo de demostrar un desprecio total hacia opiniones distintas de las suyas.

—Fíjate en Lycett —decía Pobjoy—, hizo sus litografías de la Tierra de Van Diemen sin sentir la necesidad imperiosa de visitar la isla, y tuvieron un gran éxito en Londres, demostrando que cuanta menos relación haya entre el arte y el mundo real, más éxito tendrá el arte.

No tengo argumentos para contradecirlo. Al fin y al cabo, ¿qué beneficios he sacado con mis peces aparte del potaje de Pobjoy? He intentado hacer que se fuera lo antes posible para poder reanudar mi trabajo. Desde sus alturas alpinas, Pobjoy ha sacado un mapa de la Tierra de Van Diemen para apoyar su argumentación y me ha preguntado a qué me recordaba la forma de la isla.

Pobjoy es un hombre que no puede ver un nudo en la madera sin excitarse, y sin duda quería que le dijera que la forma triangular de la isla se parecía a la del pubis de una mujer, y eso es exactamente lo que le he dicho. Pobjoy ha reaccionado como si le hubiera arrojado un zurullo en lugar de una palabra, se ha abalanzado sobre mí y ha empezado a golpearme. También por eso le he dado las gracias, ya que significaba que pronto se iría.

—¡Idiota! —me ha gritado Pobjoy, tirándome al suelo con un derechazo demoledor—. La Tierra de Van Diemen se parece a una máscara, ¡a una maldita máscara!

Enroscándome como un pez moribundo bajo los golpes de sus botas, conseguí soportar su ataque el tiempo suficiente para decirle que jamás me había considerado otra cosa que su más leal servidor y que no tenía el menor deseo de contrariarle.

Añadí que los que están por encima no deberían subestimar jamás el deseo de hacer lo correcto de los que están por debajo. Le conté que, cuando trabajaba en Palmer, los fabricantes de carruajes, el viejo Palmer —que era dado a expresar sus opiniones con contundencia— dejó muy claro que en su casa no quería tratos con los salvajes.

Un preso, uno de sus criados de confianza, solía coger prestado su caballo para ir a cazar canguros. El viejo Palmer se quejó al criado de que gastaba mucha pólvora y demasiadas balas solo para cazar. El criado objetó que lo necesitaba para matar negros. El viejo Palmer lo tachó de jactancioso y fanfarrón. Un tiempo después, el viejo Palmer tuvo que usar su caballo en cuanto el criado regresó de una de sus cacerías. Se detuvo junto a un arroyo, metió la mano en la alforja en busca de una taza metálica con la que beber agua, y en su lugar sacó la cabeza de un niño negro y tres manos negras llenas de huevas de mosca. Al regresar a casa, interrogó al criado sobre aquel macabro descubrimiento. El criado respondió: «Amo, entienda que yo solo quería demostrarle que no digo mentiras».

Pobjoy se había desplomado en un rincón y meneaba la cabeza completamente abatido, como si fuera san Luis, que al oír a un hombre tirarse un pedo rompió a llorar y buscó consuelo en los rezos.

—Así que ya ves —le he dicho a Pobjoy—, hay que confiar en la sinceridad de los criados. —Y entonces Pobjoy se ha puesto hecho una furia y me ha dado una paliza como hacía tiempo que no me había dado.

—¿Acaso eres un completo imbécil, Gould? —me gritaba.

—Sí, desde luego —le he contestado, aunque era bastante difícil pronunciar todas esas palabras con los puños y las botas de Pobjoy repiqueteando alrededor de los dientes—. Debo decir con el máximo respeto que lo soy.

Mientras mi cuerpo resbalaba por el suelo de la celda a causa de sus patadas, y sus pesadas botas sacudían mi cabeza de un lado a otro como si estuviera en desacuerdo con él, cuando yo solo intentaba decirle por el bien de ambos lo que él quería oír, he sentido que mi mente se desconectaba y vagaba hacia la época en que pasaba los días pintando serenamente la historia europea de la señorita Anne en las paredes del Gran Casino de Mah-Jong.

V

Al principio, en los confines húmedos y sombríos del edificio en construcción, escribí las letras sobre las paredes pintadas. Luego doré las palabras con un finísimo pan de oro bajo la supervisión del edecán del comandante, el teniente Lethborg, que me suministraba los extractos cuidadosamente seleccionados de las cartas de la señorita Anne y se aseguraba de que no robara nada.

Más adelante, cuando empezaron los problemas de financiación del edificio, pinté las palabras de la señorita Anne directamente sobre el yeso húmedo, sin supervisión alguna y sin pan de oro, todas sus descripciones sobre los nuevos milagros de la máquina de vapor y la poesía libre de restricciones. Era como si el comandante quisiera ensalzar aquellas maravillas y al mismo tiempo, con su reproducción en el Gran Casino de Mah-Jong, demostrar que se había librado de ellas encerrando todas aquellas palabras entre los elefantes de papel maché de Aníbal y los bustos de escayola de Cicerón, Homero y Virgilio, como si el homenaje fuera la forma de mofarse más sutil y más cruel.

Cuando las cartas de la señorita Anne resultaron ser insuficientes, el teniente Lethborg ordenó a Jorgen Jorgensen que inventara más historias grandilocuentes. Por primera vez, que no la última, empecé a vislumbrar la capacidad de Jorgensen para la invención. Inventaba conversaciones entre la señorita Anne y los mejores cerebros de Europa: con Goethe y Mickiewicz y Pushkin. Este último había escrito supuestamente la siguiente oda en honor a los logros del hermano de la señorita Anne:

*Aquí estamos destinados por la naturaleza
Para abrir una ventana a Europa;
Y conseguir un punto de apoyo junto al mar.*

Escribí esto mismo en grandes letras rojas en la sala de banquetes, por si acaso alguien no acababa de comprender su significado, pues, al contrario que los peces, todo aquel asunto parecía necesitar que lo realzaran desesperadamente.

Se dijo que el comandante, que vio aquel poema durante una ronda de inspección al día siguiente, se emocionó tanto que brotó una lágrima por uno de los orificios de los ojos de la máscara y se deslizó como una gota ambarina por su reluciente costado.

Por su parte, el poema de Goethe, escrito aparentemente al calor de lo que todos sabíamos que había sido una pasión concebida durante unas cortas vacaciones en Londres, una pasión que sabíamos que jamás podría ser consumada con la siempre casta señorita Anne, lo pinté en letra cursiva de color púrpura sobre el espejo que cubría la pared del fondo del servicio de señoras, sobre un largo tocador de madera de teca, regalo de los comerciantes javaneses:

*Todas las cosas efímeras
Son solo una parábola;
Lo inaccesible
Se convierte aquí en realidad;
Aquí se logra lo inefable;
El Eterno Femenino
Nos espolea.*

Los sentimientos e historias menos esotéricos, como un comentario de la señorita Anne acerca del poder de la niebla que había inspirado a Nasmyth su martillo pilón de vapor, los pinté en los pasillos, junto con las anécdotas europeas: la del violinista Paganini, que reconsideró su estilo de digitación después de pasar una velada en su divina compañía; la del día que voló en globo sobre Estrasburgo con los hermanos Montgolfier, o aquella referida al prosaico Malus, que tuvo la gran revelación sobre la polarización de la luz después de ver a la joven a través de su telescopio.

Fue un trabajo duro, más físico de lo que podría sospecharse, pero los días no me parecieron nunca tan largos como cuando me dedicaba a aquellos peces apestosos. Los meses se dividían en otras tantas cartas, los días en otras tantas palabras, y la mente de Billy Gould era libre, al contrario que los peces que percibía, ya que tenían los ojos puestos en él. Debería haber sido feliz, dentro de lo feliz que puede ser alguien encarcelado en una isla. Pero él no hacía más que pensar en Twopenny Sal.

El pintor hizo amigos e impresionó a otros con su seriedad y su laboriosidad. Aportó a sus letras tanto su breve experiencia pintando distintivos para Palmer, el fabricante de carruajes, como su habilidad creativa, modesta pero genuina. Algunas las pintó en letra redonda de imprenta, otras en una cursiva florida; a las grandes descripciones les dio unos rasgos casi esculturales, mientras que las máximas enigmáticas estaban espaciadas convenientemente para que su significado pudiera crecer. Mostró la deferencia adecuada, afirmando que su trabajo resultaba fácil con un material tan magnífico como las cartas de la señorita Anne. Pero lo cierto es que, cuando pintaba una palabra o una frase especialmente hermosas, no era en honor de la señorita Anne, sino de otra persona.

Cuando no quedaron paredes por pintar, toda esa diligencia y esa adulación tuvieron su recompensa. Por el teniente Lethborg supe que el comandante estaba encantado con mi trabajo y que había ordenado que pintara varios retratos suyos posando en diferentes momentos históricos. Mientras tanto, si no me importaba, tenía que copiar unos cuantos Rubens de un libro de grabados.

Durante ese tiempo, cambió la fortuna de la isla. El río incesante de dinero que había inundado la colonia en otro tiempo se secó. El comandante se vio obligado a vender cuanto pudo, incluida una valiosísima colección de Rubens, para hacer frente a las sumas siempre crecientes que adeudaba a los piratas chinos y a los usureros javaneses que habían financiado la construcción del casino.

Cuando por fin el Gran Casino de Mah-Jong abrió sus puertas, la isla se regocijó, pero nadie fue allí a pagar por jugar al Mah-Jong. A pesar de que a los habitantes de la Isla de Sara no les cupiera en la cabeza que la gente no deseara atravesar medio mundo para perder dinero en aquella maravilla del Nuevo Mundo, no vino nadie. Un viento helado recorría los salones, las salas señoriales y las recargadas salas de juego con techos tan altos como para que las nubes se apiñaran allí, y no había nadie que pudiera maravillarse con nosotros de que tanta grandeza sirviera para tan poca cosa.

El Gran Casino de Mah-Jong siguió vacío. Dejaron que los niños negros a los que cuidaba Twopenny Sal corretearan por los resonantes salones de baile y los salones para banquetes, cazando pájaros y jugando al escondite en aquella decrepitud creciente.

La humedad que subía por las paredes y las neblinas que bajaban hasta el suelo inundándolo todo empaparon las cartas de la señorita Anne, y sus palabras empezaron a borrarse. Al cabo de poco tiempo, aquellas historias sobre la gloria y la maravilla de Europa con las que yo había adornado tantas paredes se recubrieron de manchas de humedad y, después, de los excrementos de las cotorras multicolor y las negras cacatúas de cola amarilla, que dieron en volar en bandadas por aquel inmenso vacío entre ásperos graznidos.

Bajo la lluvia que empezó a caer en el interior, los comentarios de la señorita Anne sobre la iluminación de gas del Pall Mall y su papel crucial en el tratado del conde Von Rumford sobre cocinas comunitarias comenzaron a escurrirse sobre las descripciones que hacía de la prensa de vapor y la curación mesmérica, hasta que pronto todo aquello quedó recubierto por una capa de excrementos de pájaro que se fue endureciendo. Mientras las águilas pescadoras daban vueltas en lo más alto, los vencejos empezaron a anidar sobre los líricos informes de la señorita Anne acerca de los caminos recubiertos de macadamias. Mientras los murciélagos borraban sus observaciones sobre la invención de telégrafo eléctrico, una muchedumbre de cacatúas de moño amarillo se posaba todos los días sobre *El prelude*, que Wordsworth había reescrito recientemente inspirándose en ella (pintado en el mejor azul Grasmere), y en los desperdicios abonados que se acumulaban debajo empezó a brotar una pequeña selva. En tan fecunda catástrofe de podredumbre, todos los objetos se confundían, y uno a uno fueron acabando cubiertos de apestosas costras de piojos y de montones de mierda llena de gusanos.

Bajando por todas aquellas inscripciones consagradas al ingenio, el pensamiento y el genio del progreso en Europa, las estalacticas blancas y verdes eran cada día más largas. Luego la mierda amontonada en el suelo empezó a ascender como las maravillosas voces de un coro de *castrati* se elevaban hacia las exquisitas cornisas europeas, y se veía la mierda desmoronándose como los elocuentes argumentos agustinianos de las encantadoras gárgolas europeas. La mierda salía a chorros por los ventanales europeos como un Vesubio en erupción, la mierda fluía como el imponente Danubio por los magníficos portales europeos, hasta que al final el

comandante vendió como guano toda aquella lamentable Europa incrustada de mierda a unos peruanos, que pagaron con varias cajas de mal pisco —un licor fuerte y dulce, muy popular en los barcos balleneros— y se lo llevaron a su país para utilizarlo como abono para los campos de maíz.

VI

El comandante dejó de viajar en la Gran Línea Ferroviaria de la Isla de Sara; raras veces iba a su palacio y se pasaba la mayor parte de los días, y de las noches, recluido en su solitaria celda. A veces encerraba durante varios días a alguno de sus consejeros en la celda contigua, para que así pudieran comprender mejor su objetivo último: una ciudad donde se podía confiar en que todos y cada uno de los hombres fueran sus propios carceleros y viviesen aislados de los demás.

El viejo danés —con el que el comandante pasaba ahora la mayor parte del tiempo dictando informes, cartas y lo que pensábamos que eran las nimiedades administrativas necesarias para gobernar una nueva nación— le dijo una vez a Capois Death que, durante una larga partida de *cribbage*, el comandante había comentado con un suspiro que una gran ciudad es una gran soledad. Yo sospeché durante mucho tiempo que en ese comentario se fundamentaba el auténtico motivo por el que primero había convertido la isla prisión en una ciudad y luego, más adelante, la ciudad en una prisión mayor y más completa.

Como siempre, los sueños del comandante trascendían nuestra capacidad. Quería que la ciudad estuviera silenciosa. Quería que la gente dejara de hablar y se comunicara mediante un complejo sistema de mensajes escritos. Los mensajes se enrollarían dentro de pequeños cilindros de madera que, una vez colocados en unos conductos diseñados a tal efecto, serían impulsados mediante aire comprimido hacia el lugar y la persona a quien uno los destinara.

Dejando de lado la mera imposibilidad mecánica de semejante proyecto, le objetaron respetuosamente al comandante, mientras se encontraba sentado a solas en el suelo de piedra de su oscura celda, que no era probable que la gente del futuro quisiera vivir en un mundo donde solo se pudieran comunicar por un medio tan estéril, sin verse ni encontrarse nunca.

«Al hombre se le dio el habla para ocultar sus pensamientos», dijo el comandante, cuyo discurso se había visto reducido prácticamente a la pobreza de aquellos innumerables aforismos, y algunos dijeron que se había visto sonreír su máscara en la penumbra de su celda y que sus charreteras de plumas se habían agitado mientras hablaba.

El comandante prosiguió su argumentación diciendo —y en ese momento extendió los brazos como si quisiera envolver con ellos toda la celda— que aquel era nuestro futuro, afirmación tan manifiestamente ridícula y cuya falsedad era tan demostrable, que nadie se tomó la molestia de volver a discrepar con él durante el resto del día. Lo dejaron solo en el sordo catarro de su celda para que inventara nuevos proyectos impracticables y máximas agudas que justificaran tal exceso de inutilidad.

VII

La sombra del Gran Casino de Mah-Jong disminuía lentamente al ser desmantelado, pero el comandante percibía que otra surgía hasta cubrir no solo la Isla de Sara, sino toda la Tierra de Van Diemen, una sombra que no podía relacionarse con ningún cuerpo en concreto, pero cuya presencia corpórea se rumoreaba por todas partes.

El nombre de la sombra era Matt Brady.

«Mutt Braddy^[21], ¡EL LIBERADOR!», escribió un preso desconocido en la blanda piedra arenisca del muro de la prisión. La leyenda luminosa del proscrito Brady cuenta que escapó de la Isla de Sara con otros catorce presos en un bote robado, y que, con el piloto Lucas y una guardia armada pisándoles los talones, navegaron a toda vela, rodeando la Tierra de Van Diemen hasta Hobart Town, donde abandonaron el bote y se convirtieron rápidamente en la banda de proscritos más temida y admirada de la región.

Los proscritos se movían como peces en el agua por las tierras del oeste sin colonizar, en las que vivían ganaderos, expresidarios, pastores y salvajes que daban cobijo, alimentaban, ocultaban y mantenían informados a los *banditi* más poderosos y admirados de la Tierra de Van Diemen.

Nos llegaron informes y rumores de que el resto de la Tierra de Van Diemen bullía de agitación, que cada vez escapaban más y más presos para unirse a las bandas de proscritos, que aumentaban tanto en tamaño como en ferocidad. Algunas de estas bandas eran totalmente inútiles, mientras que otras se mostraban crueles hasta lo indecible. En cualquier caso, sus peripecias afectaban cada vez más al cumplimiento de las leyes inglesas.

La Tierra de Van Diemen —que las autoridades pretendían que fuera una Inglaterra trasplantada— se está convirtiendo en un mundo bastardo vuelto del revés, y cada vez más la población de presos y expresos de este país revirado ven en Brady al líder de ese nuevo mundo.

La isla espera.

Una confrontación final, la hora de la verdad.

En vista del poder creciente de Brady, y como consecuencia de la naturaleza rebelde e ingobernable de la población reclusa y de la interminable guerra contra los negros, los colonos empiezan a abandonar sus granjas para trasladarse a las ciudades más grandes.

Brady, sin desfallecer y con un poder cada vez mayor (como su némesis, el gobernador Arthur, otro maestro de los gestos públicos), los persigue implacable.

Un hombre atildado y menudo llega al centro de Hobart Town cabalgando a lomos de un espléndido ruano y fija un letrero en el que se ofrece una recompensa por la cabeza del gobernador Arthur. *Firmado, Matt Brady, Rey de los Bosques*. El hombre menudo con espléndido atuendo hace girar al ruano, sonrío, se quita el

sombrero y saluda con una profunda reverencia a los que salen corriendo para apiñarse a su alrededor, restos flotantes en un remolino junto a un rápido.

Y luego el rápido se va.

Se fijan carteles ofreciendo recompensas mayores. Más dinero por cualquier información sobre Brady. La libertad para cualquier recluso que traicione a Brady. La red de informadores del gobernador Arthur crece por todas partes, y con la información que obtiene de ellos, los subalternos de Arthur amenazan, extorsionan y empiezan a tejer una telaraña de la que nadie puede escapar. Por las calles embarradas de Hobart corre la sangre del Terror de Arthur. Hasta catorce pares de piernas bailan la danza de la horca cada día, hasta catorce pares de pantalones hediondos a causa de la mierda de los hombres moribundos son enterrados cada noche con sus dueños, finalmente inmóviles, en tumbas anónimas.

Entretanto Brady se gana el corazón de las mujeres porque nunca se aprovecha de ellas, permite que sus gruesos maridos y padres sigan mostrándose estúpidamente pomposos, hace cómplices a las mujeres con sus sonrisas, su garbo, su ropa ostentosa: el chaleco morado, los elegantes calzones de brocado, la pluma de emú en el sombrero, la cadena de oro con una cruz incrustada de diamantes que cuelga de su cuello. Brady acaricia sus muñecas con ligaduras de seda, las deja con deseos encubiertos que se llevarán a la tumba como los momentos más vívidos de su existencia. Brady no lleva arma ninguna —en una sociedad donde todos los hombres libres llevan armas y rivalizan por el honor de matar a Brady como a un perro— y eso refuerza su aura de invulnerabilidad y de ser un elegido del destino.

Como si viniera a llenar el vacío que parecía haber surgido entre nuestros sueños y nuestra vida cotidiana, empezó a correr el rumor de que Matt Brady había prometido que cuando remitieran las ventiscas del invierno se abriría paso por las regiones salvajes e inexploradas del oeste y que, atravesando montañas y selvas en verano, conduciría sus fuerzas hacia el oeste con intención de atacar su antigua prisión, la Isla de Sara, y reclutar a los criminales liberados para formar un nuevo ejército.

Era tan inverosímil, tan imposible, que resultaba difícil no creérselo. Varios factores nuevos se añadieron a los rumores: que Brady pretendía liberar la isla de su desdichado yugo haciendo causa común con los salvajes en pie de guerra, y que incluso se acostaba con una, la Negra Mary; que ella iba a mostrarle el camino hacia el oeste atravesando las montañas inexploradas; que Brady pensaba utilizarlos como base para un ejército que proclamaría una república en la que todo lo sólido se disolvería en el aire y no habría ningún hombre esclavizado.

El comandante escribió al gobernador para rogarle que le enviara más soldados con que mantener el orden en la isla, para prevenir una rebelión masiva y para rechazar el ataque de Brady cuando, inevitablemente, se produjera.

Porque Brady había invadido los sueños inducidos por las drogas del comandante de la misma forma que había conquistado nuestra imaginación febril; Brady, el que

podía enfrentarse a doce casacas rojas a la vez; Brady, el que había burlado al gobernador; el etéreo Brady de nuestros más sagrados deseos; el lascivo Brady de nuestros más depravados pensamientos; el inmortal Brady que golpeaba a los funcionarios del gobierno con mano dura, a los ricos, a los chivatos y los truhanes; el intrépido Brady, el gran Brady, el asombroso Brady; ¡Brady, un tonto borracho y astuto que valía tanto como diez hombres juntos! Y todos esperábamos su entrada triunfal, su declaración de la República, porque todos sabíamos que el día de la liberación estaba cerca.

Entonces me despierto y antes de despertarme de verdad estoy haciendo soñando rezando pintando un pez antes de pasar revista, antes de que el miedo la razón la esperanza el pensamiento un pequeño pez lija empiece a aparecer en el papel, no erizado de púas, sino encantador según su propia verdad, un pez que no vive de otros peces, sino solo de algas, con ojos inquisitivos, elegantes aletas de vivo color amarillo, suave piel de lija de reluciente color púrpura bajo las agallas. El gentil pez lija, el hermoso pez lija de mis sueños de una liberación inminente, un toque de ternura después de tanto horror.

VIII

Y cuando terminé el dibujo y miré aquel pobre pez lija que yacía muerto sobre la mesa, me pregunté si con la muerte de cada pez se reducía en el mundo la cantidad de amor que podríamos atribuir a aquella criatura; si cada vez que la red arrastraba un pez no estaríamos restando belleza y maravilla. Y si seguíamos capturando y saqueando y matando, si el mundo seguía empobreciéndose en amor y belleza y maravilla, ¿qué quedaría al final?

¿Y sabéis qué? Empezó a preocuparme esta destrucción de los peces, el desgaste de amor que provocábamos ciegamente, e imaginé el mundo en el futuro como una uniformidad estéril en la que todo el mundo hubiera comido tantos peces que ya no quedara ninguno, y en el que la Ciencia conociera absolutamente todas las especies, tipos y géneros, pero donde nadie supiera lo que es el amor porque habría desaparecido junto con los peces.

La vida es un misterio, solía decir el viejo Gould, citando a otro pintor holandés, y el amor, el misterio oculto dentro del misterio.

Pero si los peces desaparecían, ¿qué jubilosos saltos y chapoteos señalarían el lugar de origen de aquellos círculos?

IX

Debido a los vapores y la humedad de la tierra provocados por la construcción del Gran Casino de Mah-Jong, la tisis del comandante —que había contraído entre las frondas de helechos de las siamesas— empeoró hasta el punto de que ni las sangrías, por abundantes que fueran, conseguían aliviarle.

Tanto el comandante como el cirujano llegaron a temer que llenarían toda la bahía con su sangre sin que sirviera para curarlo. La tisis tampoco respondió a ninguno de los otros tratamientos con los que el cirujano siempre tenía éxito: beber todas las noches orina fermentada (que era del propio cirujano), ni tomar todos los días *album nigrum*, excrementos de ratas, que al menos tenían la virtud de ser la medicina más abundante en la isla; al contrario que el tabaco, que el cirujano utilizaba como último recurso, insuflando el humo en el recto del comandante después de cada evacuación.

Luego, para que el comandante tuviera la sensación de que se estaba haciendo algo por su cuerpo (aparte de permitirle tirarse pedos de humo), el cirujano le aplicó un nuevo tratamiento que al parecer tenía cierto predicamento en Inglaterra. Al principio el comandante no se mostró dispuesto a comer grandes cantidades de mantequilla al día, con el estúpido pretexto de que le producían náuseas, pero el razonamiento que apoyaba aquel remedio era científico, incomprensible y, por estas dos razones, irrefutable.

El hecho de que el comandante sumara la malnutrición a la tisis no ayudó a mejorar su humor, que cada día se volvía más tornadizo e imprevisible. Le atormentaban pesadillas en las que no se veía como emperador romano, sino como un poeta de la escuela Lake, entregado a prolongadas ensoñaciones sobre lo Sublime y lo Majestuoso junto a la orilla del río Grasmere, como si sacase partido de sus sueños más íntimos para machacar la idea con tanta intensidad que acababa ahogándose, porque el padre de una nación debería haber nacido para desempeñar su papel, y no para tener que luchar cada día por conservarlo.

Sabía por experiencia propia que nada de todo aquello era fácil, ni siquiera la crueldad, y en los días en los que se sentía especialmente bajo, cuando un poco de comprensión por parte de los demás no le hubiera ido nada mal, le enfurecía particularmente que toda la gente creyera erróneamente que era severo por naturaleza, cuando incluso para ser malvado tenía que hacer un gran esfuerzo.

«¿Me entiende, O’Riordan?», gritó, saltando de su jergón de soldado de infantería para apoderarse del mosquete de su edecán y golpearle en la cara con la culata una y otra vez, mientras el teniente no paraba de protestar y de decir que no se llamaba O’Riordan, sino Lethborg. Esto solo sirvió para enojar aún más al comandante, porque sabía que todos sus soldados eran campesinos irlandeses cobardes e irresponsables y era evidente que O’Riordan era aún peor, puesto que era un campesino irlandés cobarde, irresponsable y mentiroso.

El comandante le pateó en los huevos y en la cabeza mientras siseaba brady-brady-brady con un vigor tan desenfrenado que podría haberse confundido con regocijo, de no ser porque era obvio que ambos hombres lloraban, uno con la sangre cayéndole por la nariz y la boca, y el otro solo con las lágrimas asomando de sus ojos enmascarados, porque él era el comandante y debía mantener cierta dignidad, porque su misión era muy complicada y porque en lugar de hacer todo aquello hubiera debido estar componiendo *La abadía de Tintern* junto al lago Rydal.

Porque nadie comprendía su ira, el comandante hizo arrestar, atar y amordazar al teniente y a la sección de pérfidos papistas que este mandaba; porque el comandante no soportaba ver las heridas de O’Riordan, por eso no tuvo más remedio que ordenar que arrojaran al mar a aquel puñado de traidores atados y amordazados para que hicieran compañía a los peces.

«Sus síntomas empeoran día a día», escribió el cirujano a *sir* Isaiah Newton, un distinguido colega de Liverpool con el que había estudiado y del que solicitaba consejo profesional sobre lo que podía hacerse por su comandante, «pues su pecho se agita con tanto ruido como una palomilla encerrada». Dada la distancia insalvable que los separaba, pasarían meses, tal vez años, antes de que llegara la respuesta, y mientras tanto la palomilla encerrada crecería hasta convertirse en un múgil atrapado en la nasa de la caja torácica del comandante.

—Debe entender que estas cosas llevan su tiempo, mi comandante —balbuceó el cirujano.

—¡Tiempo, dice! —bramaba el comandante—. ¡Tiempo, querido cirujano, es precisamente lo que no tiene nuestra Nación! —Porque para ese entonces, Su Destino y el de Su Nación eran una y la misma cosa, y por eso el comandante no podía pasar por alto la quietud que asolaba la isla tras el fracaso del Ferrocarril Nacional y el del Gran Casino de Mah-Jong y el de otro centenar de fracasos monumentales.

De noche era incapaz de dormir por la falta del ruido de una nación. Los únicos ecos que resonaban por entre los puestos vacíos del mercado, que debería estar lleno de los ruidos de la gente, del comercio y del trueque, provenían del sonido amortiguado de las olas al romper ominosamente en la playa.

Mientras yacía despierto, sumido en un terror creciente, empezó a preguntarse si aquel sonido provenía del mar o lo producían sus pulmones, si era el destino que lo llamaba con un ruido rítmico, reclamándolo; si era su propia respiración la que resollaba brady-brady-brady o eran los presos con sus rumores pérfidos e incesantes sobre cómo los liberaría Brady, sin que importase el número de veteranos de la prisión que pusiera detrás de los puestos vacíos del mercado, fingiendo comerciar, sobre cómo los vengaría Brady, por muchos edificios de piedra nuevos que construyera entre él y sus visiones nocturnas, por mucho que mirase de erigir una buena parte de Europa entre él y el silencio, era la misma pesadilla del mar elevándose y elevándose y elevándose, y de Brady acercándose cada vez más y más, y las llamas del Infierno cada vez más ardientes...



LA SERPIENTE DE MAR

Que no es tan largo como otros capítulos – Necesidades imperiosas – La construcción de una nación – El caballo castrado del señor Lempriere – Un bauprés de sufrimiento – Barriles de cabezas negras parlantes – Auge de Cosmo Wheeler y otras desgracias – El lamentable fallecimiento del señor Lempriere – Castlereagh el homicida.

I

Así que ahí tenemos a Gould, ese falsificador patético, ese borracho que saca provecho de todo para evitar volver a los grilletos del Triángulo y de la Cuna. Procura, por así decirlo, ascender en la escala de la sociedad reclusa —lo que sin duda le gustaría—, pero ¿qué sucede?

Después de que le hicieran pintar peces y le liberaran luego de aquellas pequeñas bolas leprosas de limo y escamas, después de haber pescado el mejor trabajo de todos, pintando al maricón del comandante en mil y una poses históricas distintas, ¿qué vemos ahora...?

¿A un hombre que va a utilizar su nueva posición e influencia junto al comandante para trepar?

No.

¿A alguien que empezará a transformarse, que pasa de lacayo a consejero, amigo íntimo y confidente, con todos los incentivos que ello conlleva?

No, no vemos nada por el estilo. De acuerdo, ese Gould solo quiere aprovecharse de la situación para sacar tajada, pero le atormentan sus Pensamientos. Aunque solo desea una vida más llevadera, lo cierto es que cada día se siente más aprisionado por Ideas y Fantasías crecientes.

Lo que vemos —y me temo que tendré que soltarlo ahora de una vez—, lo que vemos es a un idiota que siente *un deseo irrefrenable* de volver a pintar peces.

¿Y por qué? ¿Porque es su pasión?

No.

¿Porque cree que desempeña un papel en el progreso de la Ciencia?

No.

¿Del Arte?

¡Dios nos asista, no, no y no! ¡Porque, por amor de Dios, porque ha empezado nada menos que a sentir impulsos irrefrenables hacia los peces!

Pero antes de abordar todo eso tengo que afilar mi pluma de espina de tiburón, sumergirla de nuevo en este láudano verde y dar el rodeo correspondiente si queremos llegar a nuestro destino actual: el de la creciente debilidad mental de nuestro hombre en esta celda de agua de mar y su fin ineludible y pútrido. Para hacerlo tengo que volver a una de las borracheras nocturnas del comandante con el señor Lempriere en las habitaciones del cirujano.

Hablo de un momento en que el señor Lempriere, como podéis imaginar, se muestra más que taciturno porque su Grandiosa Misión Científica de búsqueda de peces de Transilvania se ha visto momentáneamente interrumpida, o quizá para siempre, por la necesidad del comandante de utilizar el Arte al servicio de fines Nacionales en lugar de Científicos. Así pues, permitidme que cambie el rumbo, que descienda en picado hacia la Isla de Sara, que pase por encima de la guardia

moluqueña del comandante y que caiga por la negra chimenea del señor Lempriere en su sala de estar cargada de humo, donde el comandante, completamente borracho, reconoce la atrocidad de su ambición.

—Construir una nación como Dios manda, sí, podemos y debemos convertirnos en una nación —le está diciendo al señor Lempriere—, y no, señor, no me avergüenzo de ello, no señor. ¿Cómo voy a avergonzarme cuando he sido ungido por el Destino para desempeñar este papel? Una nación, y yo su fundador, una Nación que no será una asquerosa isla prisión dejada de la mano de Dios. Una nación de la que yo seré el padre, el padre al que honrarán y reverenciarán y sobre el que escribirán poemas épicos y al que pintarán a lomos de gloriosos sementales blancos encabritados, con la noche tempestuosa como fondo. ¿Me oye, Lempriere? Y nadie sabrá que fue el trabajo, nuestro duro trabajo, nuestro sudor y nuestro sacrificio los que han transformado esta isla, convirtiendo en nación lo que antes era prisión.

—MEAR —masculló el cirujano borracho—, TENGO. —Resollando con fuerza, logró levantar su tan cacareada ventana de guillotina y se inclinó hacia fuera, diciendo en un lento suspiro—: G-O-U-T-T-E À G-O-U-T-T-E —mientras meaba.

El señor Lempriere vestía al estilo de la moda de hacía treinta años, con calzones hasta las rodillas y grandes hebillas en los zapatos que en otro tiempo me hacía limpiar todas las noches. Estaban hechas de una especie de peltre de pobretón, que el señor Lempriere insistía en llamar plata, aunque tenían menos brillo que el agua de fregar. Se había puesto de puntillas sobre aquellos zapatos y se inclinaba hacia delante para asegurar que la trayectoria del chorro saliese por la ventana.

En aquel momento, una de las hebillas abandonó finalmente su larga lucha desigual con las contorsiones del voluminoso cuerpo del señor Lempriere. La hebilla se partió. El pie del señor Lempriere saltó hacia delante. Al mismo tiempo, soltó la ventana y se tambaleó, primero hacia atrás y luego hacia delante. Con gran estrépito, la ventana cayó bruscamente sobre el alféizar, en el que reposaba el miembro del señor Lempriere como una oruga perdida.

Por todo lo que he dicho, puede que penséis que el cirujano bramó como un toro de la India o que gritó hasta alcanzar un tono inusitadamente agudo; pero no. Aparte del repentino y exquisito tono rosado coralino que adquirió su rostro empolvado de blanco, durante unos instantes nada indicó el horrible percance ocurrido.

Tal vez en aquel momento de dolor comprendió que por mucho que gritara o aullara, nada iba a alterar el hecho innegable de que aquel accidente había destrozado por completo su miembro viril. Sintió un pánico vertiginoso tanto por el dolor como por el miedo de lo que aquello significaba para su futuro. Sintió que se le doblaban las rodillas, que le flaqueaban las piernas, y entonces, en el mismo instante, todo se volvió negro.

II

Después de recuperar el conocimiento con ayuda de sales, el señor Lempriere rechazó categóricamente su propio remedio curativo para todos los males, aduciendo que sangrarle el miembro viril era una afrenta para un hombre de su dignidad. Citó a *sir* Isaiah Newton que había señalado varios ejemplos de bebedores en los que una impotencia temporal se había convertido en un estado crónico tras un tratamiento tan precipitado y poco científico, así que, en lugar de sangrarse a sí mismo, ingirió grandes cantidades de un láudano que se había teñido de verde por el jarro de cobre en donde lo guardaba para el comandante. Aparte de concederle una espléndida visión del comandante como un elefante en celo, la sustancia opiácea no sirvió para contener el cambio operado en su miembro viril, que en las semanas siguientes pasó de ser un lastimoso gusano rojo a una gran babosa negra que sostenía delante de él en una pequeña tabla de pino de Huon que había fabricado a tal efecto. La tabla se la sujetaba al cuerpo diariamente mediante una cinta de seda de color turquesa que le rodeaba el borde superior de sus voluminosas caderas y ataba con un lazo grande y ostentoso en la fofa espalda cubierta de vello y forúnculos.

El cirujano recorría el penal con los faldones de la camisa desplegados como velas sobre su promontorio de pino: un bauprés de sufrimiento que inspeccionaba en cuanto se encontraba a solas, presenciando la asombrosa transformación de la herida en infección, cómo la carne se tornaba pútrida y pasaba del rojo al negro primero, y del negro al verde después. Al final, el hedor se hizo tan insoportable que llegó a enfurecer incluso al comandante, apasionado de los olores, hasta el punto que ordenó que ataran al señor Lempriere y, tras introducirle un embudo en la boca mientras farfullaba protestas, se le obligara a beber varias jarras de pisco. Durante el tiempo que duró el tratamiento, el comandante acunó la cabeza de su querido amigo como si fuera la de un bebé, sin dejar de repetir que era su amistad lo que le exigía que obrara de aquel modo. Tras esperar un cuarto de hora, el comandante se cansó de su propia compasión. Hizo una seña con la cabeza a un preso cocinero que había permanecido entre las sombras de un rincón, pasando lentamente un cuchillo de cortar carne por una chaira para afilarlo. El cocinero dio unos pasos hacia delante y, antes de que el señor Lempriere pudiera protestar en francés o en inglés, le cortó el pene de un solo tajo.

Tras la lamentable pérdida de su miembro viril, el señor Lempriere se mostró al principio más belicoso y detestable que antes. Pero luego su ánimo colérico experimentó un cambio otoñal y se fue sumiendo lentamente en una melancolía tan honda que parecía haber perdido todo interés por la vida, incluso su pasión por coleccionar y catalogar.

Se volvió una persona solitaria y adquirió la extraña costumbre de pasar largos períodos de tiempo hablándole a Castlereagh, en una sucesión de tristes monólogos

sobre la Implacable Mano del Destino y lo que podría haber sido si se hubiera especializado en líquenes o en hepáticas. El cerdo, habituado a vagar a solas por su infame pocilga sin ser molestado, parecía cada vez más enfadado con los comentarios del señor Lempriere y embestía la cerca de la pocilga siempre que aparecía el cirujano, sacudiéndola con tanta fuerza que la isla temblaba bajo cada uno de sus golpes. El cirujano era completamente ajeno a la antipatía de su compañero y no se daba cuenta de que, cuanto más hablaba él, más crecía el cerdo en tamaño y en ferocidad, hasta que acabó tapando el sol, hasta que se le acusó de provocar eclipses lunares y de interferir en la navegación celeste por las noches. El enfurecido animal chillaba de cuando en cuando como si se estuviera ahogando en el torrente incesante de palabras. Y lo hacía con un sonido tan agudo y chirriante que muchos hombres, enloquecidos por el dolor en los tímpanos, se embarcaban mar adentro para alejarse de allí. Sin embargo, tan lastimosos espectáculos no parecían más que alimentar las historias del señor Lempriere sobre la pérdida, el fracaso y el olvido de uno mismo.

Perdido, deprimido, castrado, con un cerdo monstruoso como compañero íntimo, huelga añadir que el señor Lempriere había perdido todo interés en recuperarme del comandante para pintar peces.

Yo había intentado pintar unos cuantos peces con los óleos que la intendencia me suministraba generosamente para los cuadros del comandante. Pero el óleo es una técnica de la tierra, demasiado grávida, demasiado opaca para poder usarlo con los peces. Necesitaba las acuarelas del cirujano.

Resolví visitar al señor Lempriere con la esperanza de reavivar su interés en el proyecto del libro de peces. Quería preguntarle si podía prestarme sus acuarelas para seguir con los peces en los pocos ratos que tuviera libres.

Me dije a mí mismo que se trataba de una cuestión de supervivencia, de asegurarme una alternativa a la cadena de presos si algún día dejaba de trabajar con el comandante. Pero era mentira, y aunque intentaba engañar al corazón con razones que solo competían a la cabeza, lo cierto era que, no estando ya obligado a pintar para la Ciencia, mis sentimientos hacia los peces habían cambiado por segunda vez, y echaba de menos lo que antes odiaba. Por razones extrañas, descubrí que necesitaba a los peces.

Al principio los peces solo eran un trabajo, pero para hacer bien ese trabajo y conservar los beneficios indudables que se derivaban de él, tenía que aprender cosas sobre ellos. Debía estudiar la forma en que las aletas pasaban del reino de la carne opaca al milagro diáfano, la elástica firmeza de los cuerpos, la relación entre la boca y las cabezas desproporcionadas, entre la cabeza y los cuerpos ensanchados, el modo en que las escamas se solapaban con las escamas para crear un brillo titilante. En un pez buscaba perfeccionar aquellas bocas inexplicablemente sensuales, en otro la translucidez de las aletas. Y tenía que admitir que tanto pintar y repintar había acabado por afectarme.

Tal vez empezaron a interesarme porque pasaba mucho tiempo con ellos, porque

tenía que procurar saber algo sobre ellos; luego me enfurecieron, lo cual era peor, porque empezaron a introducirse en mí y yo no sabía siquiera que me estaban colonizando exactamente igual que el teniente Bowen había colonizado la Tierra de Van Diemen hacía muchos años.

Me estaban perforando, filtrándose a través de mis poros como en una especie de horrible ósmosis. Y cuando atisbé en mi interior la revelación inesperada y aterradora de que se estaban apoderando de mis pensamientos diurnos y de mis sueños nocturnos, me asusté y quise rechazarlos, luchar contra ellos como habían luchado los negros. Pero ¿cómo se ataca a una oriola moribunda o a un salmonete en sus últimos estertores?

Era como si no fuera posible pasar tanto tiempo en compañía de peces sin que una parte de sus fríos ojos y su carne temblorosa traspasara el aire para introducirse en tu alma.

Utilizo la palabra traspasar intencionadamente.

Era como si su espíritu buscara otro medio acuoso, y en un momento determinado, cuando la muerte era inminente, para asegurar su supervivencia ese espíritu traspasara el medio mortífero del aire en un salto tan veloz e inopinado como para resultar invisible al ojo humano. Igual que la llama azul que había saltado sobre mi madre desde la boca del ahorcado, me pregunté si todos los espíritus buscaban otros ojos para entrar en ellos en el temible instante de la muerte y así evitar que los enviaran a un submundo de sombras perdidas.

Seguía siendo un imbécil, como cuando fui a ver a la hija del viejo Gould, después de que anunciara su compromiso con el ferretero de Salford, y vi cómo se reía en mis narices cuando le pedí que se fugara conmigo; tenía que volver a los peces y ¿por qué? Porque de hecho mientras estuve ocupado en la tarea de pintar a aquellos crueles colonos de mi alma, primero por encargo de un médico loco y luego por mi propia locura, me pareció sentir que no había escapatoria de su insidiosa invasión, ni respiro alguno cuando comenzaron a nadar hacia los recovecos de mi cerebro y mi corazón, preparándose para adueñarse de mí por completo.

¿Y cómo podía saber yo aquel día que fui a ver al señor Lempriere que dentro de su enorme cabeza estaba naciendo una última y escabrosa pasión: fundirme a mí y a los peces en uno solo para siempre?

III

De camino a la casa del señor Lempriere aquella apacible mañana invernal, me crucé con dos presos vestidos con blusones sucios que arrastraban sudando y blasfemando un trineo sobre el que reposaban unos sacos de arpillera grandes y pesados.

—Más negracos muertos —dijo uno sin mirarme a mí ni a los sacos.

Los salvajes habían llegado la semana anterior con el conciliador blanco Guster Robinson, en un día frío y ventoso. Eran un grupo variopinto y escuálido, algunos con enfermedades de la piel, muchos otros tosiendo y resoplando sin cesar; se daban tajos en el pecho y la garganta enfermos con botellas rotas y piedras afiladas. Cuando les subió la fiebre, se laceraron la frente de forma similar para que les cayera la sangre por la cara y, como decían ellos, «saliera el dolor». Empezaron a morir nada más llegar.

Sin embargo, aquellos salvajes moribundos consideraban que los presos éramos inferiores a ellos. Según sus palabras, ellos eran un pueblo noble y libre que había abandonado su nación para dirigirse al exilio, y que, a cambio, el gobierno cuidaría de ellos y no tendrían que trabajar como nosotros. Por las noches, los presos de la penitenciaría meaban por entre las tablas del suelo sobre los salvajes alojados en el piso de abajo, para demostrar la superioridad de un hombre blanco encarcelado sobre un negro exiliado.

A aquella empresa quijotesca de recogida de salvajes, auspiciada por el gobierno —y para cuyo cumplimiento Robinson había recorrido las selvas oscuras de Transilvania—, el oficial le había dado el grandilocuente título de la Conciliación, una misión de los hombres blancos que consistía en reunir a todos los salvajes que durante tanto tiempo les habían hecho la guerra y que seguían viviendo en su mayoría en las tierras inexploradas.

En los cuadros que yo había visto en Hobart Town —grandes lienzos que intentaban, sin conseguirlo, representar una historia de las Antípodas noble y trágica de salvadores y condenados— Guster Robinson aparecía como una figura rechoncha y brillante que destacaba en primer plano sobre un fondo apagado de salvajes y con un dedo apuntando proféticamente hacia un futuro desconocido, un profeta del Renacimiento en el centro mismo del escenario con unos calzones estilo Regencia, todo él iluminado en etéreos tonos blancos y azules, Beau Brummell en el inverosímil papel de un Moisés petimetre de los Mares del Sur.

Pero cuando me llamaron a presencia de Guster Robinson, pude comprobar que su aspecto era muy distinto.

Los salvajes lo llamaban «anguila» en su lengua, pero no recuerdo la palabra exacta. Hay que admitir que era un hombre pequeño, más demacrado aún que los negros que tenía a su cargo. Andaba encorvado y vestido con unas ropas raídas tan sucias y llenas de piojos como las nuestras, como un apóstrofe perdido en busca de la

palabra a la que poder pertenecer, e irradiaba bien poca cosa aparte del aire de superioridad de la tarea que se había impuesto a sí mismo, sagrada, según afirmaba él.

Robinson trataba a los salvajes como si fueran su séquito, y los salvajes lo trataban a él como si fuera uno de los muchos perros extraviados que recogían en sus viajes. Ninguno de ellos parecía darse cuenta de que la tierra se abría a sus pies como una ola al retroceder.

Robinson creía que los presos eran escoria. Era de esa clase de tipos que se pasearían tranquilamente desnudos por delante de uno, tan baja era su opinión sobre aquellos a los que consideraba inferiores, como si no fuéramos más que perros a los que dar puntapiés o un orinal en el que mear. Cuando llegué, Robinson estaba hablando con Musha Pug —al que, como preso guardián, debía de ver un poco más alto en la escala que a un preso ordinario—, y en lugar de prestarme atención, siguió con su conversación. Le contaba que las mujeres negras que raptaban los cazadores de focas y llevaban luego a las islas afirmaban que el Diablo tenía relaciones con ellas cuando los hombres salían a cazar focas, y que a menudo aquel espíritu las dejaba preñadas y que ellas mataban a su maligno engendro en la selva. Decían que cantaban para complacer al Diablo y que el Diablo les decía que cantaran mucho.

Decía Robinson que la Mulata, la criada del comandante, era conocida en las islas como Cleopatra. Antes de que los cuáqueros le hubieran revelado la doctrina cristiana, era tristemente famosa por haber inventado la danza del Diablo. Las danzas del Diablo, decía Robinson, eran de lo más obscuro que cabía imaginar y solo las conocían las mujeres de los cazadores de focas de las islas, pero no las del continente.

A la Mulata la había capturado el cazador de focas Clucas, cuya infame conducta era notoria en todo el estrecho. En compañía de otros cazadores de focas, Clucas había salido para hacer una incursión. Habían atacado a un grupo de negros, pero solo habían conseguido apoderarse de un bebé varón antes de que los nativos los rechazaran, obligándolos a volver a su bote. Los cazadores de focas dejaron bien claro que a partir de entonces el bebé les pertenecía y que, si su madre quería al niño, tendría que irse con ellos. La madre era Twopenny Sal.

Twopenny Sal se subió al bote y se ofreció a ellos si dejaban que el bebé volviera con su tribu. Los cazadores de focas la apresaron. Clucas cogió al bebé por las piernas y le estampó los sesos contra las rocas. Luego se alejaron remando con Twopenny Sal. Un nativo los persiguió nadando y consiguió aferrarse a la popa. Clucas le cortó las manos con un tomahawk. En la isla de Clucas, donde fue condenada a vivir como esclava, Twopenny Sal tuvo dos hijos del cazador y a ambos los asfixió metiéndoles hierba en la boca.

Tras concluir su historia, Robinson se volvió hacia mí y me informó de que el comandante había aceptado cederme para que pintara a algunos de sus «hermanos oscuros», y que podía empezar por uno al que, llamaban Romeo.

Romeo era un hombre alto y elegante, con un aire de judío hassídico, llamado

Towtereh en su lengua. Descubrí que era el jefe de la tribu de Port Davey y resultó que, además, era el padre de Twopenny Sal. Yo fui testigo del reencuentro. Los dos lloraron mucho y parecieron muy conmovidos por volver a verse.

Hablando con Towtereh mis opiniones sobre los salvajes empezaron a cambiar, y ya no pude considerarlos igual que hasta entonces. Towtereh era muy ingenioso y disfrutaba haciendo juegos de palabras a base de mezclar la lengua de los blancos y la de los negros. Además, era un verdadero patriota, y el profundo amor que sentía hacia su tierra parecía innegable. Pinté a Towtereh como un hombre de gran dignidad, pero ese retrato, por razones obvias, no tiene cabida en un libro de peces.

Entre los negros que conocí a través de Towtereh había un hombre atildado al que llamaban Tracker Marks o rastreador. Contrastaba vívidamente con nosotros los presos porque vestía como un dandi en toda regla. Iba meticulosamente limpio y, en medio de la suciedad de la colonia, se mostraba muy exigente y lavaba sus ropas a diario. Llevaba una camisa blanca de grandes cuellos que se sacaba por fuera de la chaqueta en lugar de meterlos dentro, y un rígido sombrero redondo que era un cruce entre un fez y un gorro de lana, al estilo de los balleneros americanos con los que en otro tiempo había recorrido los Mares del Sur. Era un hombre silencioso siempre que no lo provocaran, pero sus ojos fieros y la mueca airada de su boca sugerían que provocarlo habría sido imprudente.

Tracker era nativo del continente. Durante un tiempo había trabajado para los soldados de Van Diemen siguiendo el rastro de los proscritos y después, por motivos que no estaban claros, se había incorporado a la misión de Robinson para sacar de la selva a las tribus en pie de guerra. No parecía a gusto con lo que hacía, pero tampoco se mostraba hostil. En sus propias palabras, el destacamento de Robinson solo era un grupo con el que viajar, pero las tierras que pisaban no eran las suyas, como tampoco era la suya aquella gente, a pesar del color de su piel. Al contrario que Barrabás, el otro negro de Nueva Gales del Sur, no ridiculizaba a los salvajes de Van Diemen tildándolos de monos de las rocas, como si, denigrándolos a ellos, pudiera ascender un poco más en la escala europea de la creación. Parecía no sentir nada por nadie, tan solo un hastío inmenso y cómplice.

Durante un tiempo, a Tracker Marks se le vio a menudo en compañía de Capois Death, charlando sin parar en un extraño y convulso argot de su propia invención: una mezcla entre el dialecto criollo influido por el inglés de uno y el inglés influido por la lengua aborígen del otro. Tracker Marks hablaba a Capois Death de su pueblo y su mundo, de su tierra y el lugar que ocupaban en ella. Capois Death, que solo había conocido la ruptura como herencia familiar, escuchaba con atención. Cada uno parecía buscar en el otro lo que nunca había tenido: Capois Death quería saber de dónde procedían los negros y hacia dónde se encaminaban y lo que eso significaba, pero al final no pudo vencer la convicción, que le habían enseñado a palos en la plantación de Santo Domingo, de que la forma de vivir de los blancos, no los blancos en sí, era mejor que la de los negros. Porque Capois Death odiaba a los blancos, pero

adoraba su civilización.

Tracker Marks opinaba de manera distinta. A pesar de que parecía más blanco que los blancos, no tenía tiempo para adoptar su forma de ser. Para él, su atuendo, su comportamiento, tenían el mismo significado que cuando cazaba y esperaba entre las sombras en la dirección del viento, fusionándose con el mundo de las presas que cazaba en lugar de sobresalir. En otro tiempo había destacado bailando la danza del emú y la del canguro; después su talento le había conducido a las danzas del hombre blanco, pero ya no quedaba nadie de su tribu para sentarse en torno al fuego y reír y alabar su talento para la observación y la imitación furtiva.

Le decía a Capois Death que los blancos no tenían ley ni sueños. Su forma de vivir carecía por completo de sentido. Sin embargo, él no los odiaba ni los despreciaba. Eran increíblemente estúpidos, pero tenían un poder y, en la mente de Tracker Marks, de alguna manera su estupidez y su poder estaban inextricablemente relacionados. Pero ¿de qué manera?, preguntaba a Capois Death. ¿Cómo podían ir de la mano el poder y la ignorancia? Preguntas para las que Capois Death no tenía respuesta.

Después empezaron a toser y a resollar otros negros, de sus narices salían mocos suficientes para llenar la bahía, y tanta sangre de sus cabezas laceradas como para teñir de rosa toda la isla. Al cabo de dos días habían muerto otros siete.

Tracker Marks desapareció de la Isla de Sara poco tiempo después. Puede que le preocupara cuánto tiempo podría sobrevivir al profundo amor y respeto que sentía por sus hermanos oscuros que Guster Robinson profesaba con tanta fe. Las últimas palabras que dirigió a Capois Death antes de emprender la huida resultaron incomprensibles para el antiguo esclavo de Santo Domingo, quien no dejaba de explicar y adornar su historia personal en la creencia de que aquello podía explicar algo o tener algún significado concreto.

—Ocultas tu vida —le dijo Tracker Marks a Capois Death—. Completamente.

Cuando aquella mañana, de camino a la casa del señor Lempriere, vi a los dos presos vaciar los sacos en una gran fosa que había al margen del sendero, observé con sorpresa que los cuerpos de los negros no tenían cabeza. Los presos cubrieron rápidamente los cadáveres decapitados con una fina capa de tierra, dejando el resto de la fosa sin llenar, lista, supuse, para acoger más cadáveres.

—Eso es —oí como decía uno de los reclusos mientras yo corría colina abajo hacia la casa de Lempriere sin volver la vista—, negratos muertos. Uno es Romeo, pero entre los otros no hay ninguna Julieta.

IV

La casa del señor Lempriere estaba vacía, pero de la parte posterior me llegaron los sonidos amortiguados de alguien que hacía un gran esfuerzo y de madera partida, como si un eucalipto gigante fuera dejando caer sus ramas. Enfilé el sendero que discurría junto a la casa y vi, recortado sobre el fondo umbrío del corral donde estaba la pocilga de Castlereagh, el perfil marfileño del gran quiste sebáceo que tenía el señor Lempriere por cabeza.

Con ese carácter peculiar del invierno de Van Diemen, el sol tenía un intenso color amarillo y el cielo era de un vívido azul ultramar, pero el día era frío. Aun así, el señor Lempriere no tenía que ejercitar mucho su voluminoso cuerpo para sudar a mares, y era evidente que aquella mañana había estado muy atareado, pues grandes goterones le caían como perlas por la cara empolvada. Se encontraba de pie en el centro de un anillo de más o menos media docena de barriles de madera. Un tonelero convicto fijaba la tapa de uno de los barriles, mientras que el señor Lempriere, por su parte, aporreaba el costado de otro con los puños sin dejar de proferir todo tipo de insultos a alguien a quien yo no podía ver.

Al percatarse de mi presencia, alzó una mano y la apartó de la cara, como indicando que la discusión no le importaba.

—NO HAGA CASO... SIEMPRE OCURRE —me aseguró—. ¡PERO!... BARRIL CERRADO... SE CALLAN.

Me acerqué y miré más detenidamente el barril con el que trajinaba el señor Lempriere. Parecía lleno de salmuera, aunque no puedo dar fe de la naturaleza exacta de aquella solución para encurtir. Vislumbré un brillo oscuro y al principio pensé que había puesto en conserva algunas anguilas, que aquel año abundaban en la bahía. Luego me dije: no, la vista me juega una mala pasada, una ilusión óptica provocada por la luz austral me hace ver hombres como peces por todas partes.

Y luego, tan despacio y tan atrozmente que seguí sintiéndome como un bobo durante varios días, me di cuenta de que no eran anguilas lo que cabeceaba en los barriles, rodando como manzanas en una feria, curándose como repollos: ¡eran las cabezas cortadas de varios negros! Multiplicando por la media docena de barriles, deduje que aquella apacible mañana invernal debía de haber entre cuarenta y setenta cabezas negras encurtiéndose en la parte de atrás de la casa del señor Lempriere.

También se hizo evidente que el señor Lempriere creía que aquellas cabezas de negros muertos le gritaban y se burlaban de él. Intentaba fingir un aire despreocupado ante aquellas burlas imaginarias, pero de tanto en tanto perdía la compostura y empezaba a gritar de nuevo. Luego parecía cansarse de las exigencias que le imponía la respetabilidad científica y, desviando la vista hacia la pocilga, contemplaba con afecto, casi con coquetería, a Castlereagh, que dormía en el rincón más embarrado. El señor Lempriere se permitía entonces una leve sonrisa de indulgencia ante la visión

de tan bucólica dicha, un fino desgarrón curvado en su globo resplandeciente. Y tras tomar un sorbo de ron de una jarra de barro desportillada que tenía al lado, se enjugaba la frente empolvada con un pañuelo de seda lleno de manchas.

El señor Lempriere me explicó que le sacaba de quicio que las cabezas no se hundiesen, que emergieran a la superficie de la solución y le hablasen. Le preocupaba que los rostros se descompusieran si se exponían al aire durante el largo viaje oceánico hasta Gran Bretaña. Pero tanto en la muerte como en la vida, las cabezas negras seguían siendo una fuerza con la que habría que contar, y sus ojos abiertos parecían seguir al señor Lempriere allá donde fuera, lo que le causaba un gran desasosiego. El señor Lempriere preguntó al tonelero si era posible hundir las cabezas con piedras. El tonelero disimuló un suspiro y se fue en busca de cordel.

El señor Lempriere tenía muchas cualidades, y no era la menor lo que él llamaba su *sentido común*. A mí me admiraba que no considerara en modo alguno que una cabeza cortada que hablaba como si aún estuviera unida a un ser vivo era un hecho anormal o paranormal, sino únicamente un fastidio de tipo práctico. Había algo tan tremenda, tan rotundamente inglés en su conducta, que por un momento me sentí abrumado por la nostalgia del Viejo Mundo, que engendraba gigantes tales como aquel servidor de la Ciencia con cara de pan que ordenó varias veces a las cabezas silenciosas que se callaran mientras el tonelero y él intentaban hallar una solución al problema de hundirlas.

En medio de aquel empeño y del círculo de cabezas que según decía se burlaban de él, el señor Lempriere me recibió como a una especie de amigo perdido. Se apoyó en un barril cerrado y me contó la historia de su exasperación, centrada en una persona de la que hasta entonces solo le había oído hablar con la reverencia otorgada a los sabios: Cosmo Wheeler.

—AL PRINCIPIO... SOLO... COLECCIONABA... FLORES... UNAS HOJAS... COSAS —empezó a decir el señor Lempriere, volviendo a secarse la frente con su mugriento pañuelo. Al frotarse se llevó consigo los polvos, dejando al descubierto una lastimosa piel púrpura brillante como el barniz—. UNA MISIÓN COMO ESTA, ME DIJO WHEELER... ME ABRIRÍA LAS PUERTAS DE LA SOCIEDAD, LA ROYAL SOCIETY... PERO LUEGO... UNA CARTA, ESO ES TODO... GRACIAS OFICIALMENTE DEL EMINENTE CUERPO... CONMOVEDORA, SIN DUDA... DESTACABA... CONSERVACIÓN Y EMBALAJE EJEMPLARES... GARANTIZABAN IDONEIDAD DEL CONTENIDO PARA ESTUDIOS CIENTÍFICOS... ¡ESO ES TODO!... ¡ESO! ¡UNA CARTA!

»DESPUÉS EL SEÑOR COSMO WHEELER SE CONVIERTE EN SIR COSMO WHEELER... RECONOCIMIENTO DE "SU" GRAN TRABAJO SOBRE FLORA DE LAS ANTÍPODAS... LO SIGUIENTE QUE NECESITA... EN UN MOT... CONCHAS DE MOLUSCOS... ¿FÁCILES LAS CONCHAS? ¡NO! MUCHO MUCHO TIEMPO... TODOS LOS DÍAS LIBRES EXPLORANDO ESTA MALDITA COSTA... EN CIRCUNSTANCIAS INCLEMENTES Y ESPANTOSAS... AÑOS DE DURO TRABAJO... SEGUNDA CARTA OFICIAL DE LA ROYAL SOCIETY... AÚN MÁS LAUDATORIA QUE LA PRIMERA... PERO ¿ALGUNA MENCIÓN A HACERME MIEMBRO DE LA SOCIEDAD?

—No —dije yo.

—sí —dijo él—, NINGUNA.

En ese punto se interrumpió para discrepar de lo que le pareció un comentario subido de tono que surgía de los barriles, antes de regresar a su historia.

—ASÍ PUES —prosiguió el señor Lempriere—, LO PLANTEÉ... RESPETUOSAMENTE... A SIR COSMO... AHORA SECRETARIO DE LA SOCIEDAD COMO RESULTADO DE «SUS» INVESTIGACIONES PIONERAS SOBRE LOS INVERTEBRADOS DE LOS MARES DEL SUR, CON REFERENCIAS ESPECIALES A LOS MOLUSCOS DE LAS ANTÍPODAS.

»SIR COSMO ME ASEGURÓ EN UNA CORRESPONDENCIA APARTE Y PRIVADA QUE MI TEMOR A SER IGNORADO Y... ¡JAMÁS ME HABÍA ATREVIDO EN MIS CARTAS A ESCRIBIRLO SIQUIERA, Y MUCHO MENOS A PENSARLO!... “UTILIZADO”... COMPLETAMENTE ABSURDO... EL ASUNTO BIEN E INMINENTE... ME ASEGURÓ... ME CONSIDERABA... ÉL, LA SOCIEDAD... EL MÁS EMINENTE Y MERITORIO DE SUS COLECCIONISTAS COLONIALES... CIENTÍFICO DE LO MÁS PRAGMÁTICO... CON UNA FAMA TAL QUE SOLO NECESITABA UNA GRAN OBRA FINAL PARA CULMINAR SU INNEGABLE ESFUERZO... LUEGO PODRÍA REGRESAR A INGLATERRA TRIUNFANTE.

»ASÍ QUE... TODO ESE ASUNTO DE LOS PECES... IBA A SER MI GRAN OBRA... MI BILLETE PARA LA SOCIEDAD, SARDINAS Y CALAMARES, PARA LA SOCIEDAD... PERO AHORA ÉL ESCRIBE:

»“No, los peces ya los ha hecho Hooker. Entre usted y yo, Hooker ha hecho un trabajo bien pobre, pero aun así, ya hemos acabado con los peces y no me moleste enviándome sus dibujos, es demasiado tarde”.

»EL CAMPO MÁS PUJANTE AHORA... ESCRIBE... NUEVA CIENCIA... NUEVA SOCIEDAD... NUEVA ERA... FRENOLOGÍA... SOBRE TODO CON RESPECTO A RAZAS INFERIORES Y VENCIDAS... CIENCIA EN DISPOSICIÓN DE HACER GRANDES AVANCES EN LA COMPRENSIÓN DE LA HUMANIDAD Y SUS FORMAS SUPERIORES E INFERIORES A PARTIR DEL ESTUDIO DE CRÁNEOS, PERO NECESITADA DE BUENOS ESPECÍMENES.

Deduje luego —dentro de lo que podía deducirse de semejante cabalgata de frases— que *sir* Henry Hooker parecía ser el principal rival científico de *sir* Cosmo Wheeler, a pesar de que este lo considerara un charlatán mediocre, y que había encontrado casualmente seis barriles llenos hasta los topes de cabezas negras, que pertenecían a su amigo *sir* Joseph Banks, quien las había recogido en la Tierra de Van Diemen hacía muchos años. La monografía de Hooker sobre las cabezas negras de Banks —proclamando la *inocencia* de aquellos seres frente a la civilización de los blancos y la *nobleza* de la fisonomía negra— había suscitado un enorme interés.

—MUCHAS TONTERÍAS A LO ROUSSEAU —siguió diciendo el cirujano—, PARA DESMAYAR A LAS SEÑORAS... ¡JA!... PERO SIR COSMO CREE QUE EL TRABAJO DE HOOKER SE BASA EN ERRORES FUNDAMENTALES... BOBADAS FRANCESAS EN BOGA... ¡ONANISMO INTELECTUAL!

»SI ÉL, SIR COSMO, TUVIERA CABEZAS NEGRAS MÁS ACTUALES... DE UNA VEZ POR TODAS DEMOSTRARÍA QUE EL TRABAJO DE HOOKER... NO ES CIENCIA... SOLO PAYASADAS VANAS.

»ASÍ QUE AHORA EN LUGAR DE FLORES O MEJILLONES O PECES... ¡CABEZAS NEGRAS!... SI

QUIERO SER ACEPTADO EN LA ROYAL SOCIETY... ¡CABEZAS NEGRAS!... PERO NO ES TAN FÁCIL... ¿DÓNDE?... ¿Y CÓMO?... NO PUEDO PESCAR CABEZAS NEGRAS... NO PUEDO ARRANCAR CABEZAS NEGRAS DE LAS ROCAS DE LA PLAYA... ¡NO!... NO PUEDO CORTAR UNA CABEZA NEGRA COMO UNA FLOR SILVESTRE, NO PUEDO PRENSARLA Y SECARLA... NO PUEDO DISPARAR A LOS NEGROS, AUNQUE ALGUNOS LO HACEN... ¿QUÉ PODÍA HACER?

»OBLIGADO A PRACTICAR UN COMERCIO DE LO MÁS DESAGRADABLE... CON LOS MÁS INDESEABLES... PRESOS ENTERRADORES... AYUDANTES DE LA MORGUE... ABOGADOS DE SIDNEY... ¿RESULTADOS? TOTALMENTE PREDECIBLES: PERDIDA LA MAYOR PARTE DE MIS AHORROS... OBTUVE CABEZAS VISCOSAS Y APESTOSAS... MUCHAS COSAS PERO NUNCA NEGROS... CABEZAS DE CONVICTOS TEÑIDAS CON LACA NEGRA... CABEZAS DESCARNADAS DE INDIGENTES MANCHADAS CON BREA... TODA CLASE DE CABEZAS PATÉTICAMENTE DISFRAZADAS DE CABEZAS DE NEGROS... INEVITABLEMENTE EN ESTADO DE LO MÁS REPUGNANTE... TE VENDEN CUALQUIER COSA... UN BALLENERO TRATÓ DE HACER PASAR DOS CABEZAS RESECAS DE MAORÍES POR NATIVOS DE VAN DIEMEN... PEORES QUE MANZANAS ARRUGADAS CUBIERTAS PINTADAS CON TINTA CHINA... LUEGO...

—¿Guster Robinson? —sugerí yo.

—VOYEZ-VOUS —dijo él.

—Trágico —dije yo.

—EN UN MOT... PERO DONDE OTROS VEÍAN TRAGEDIA... YO VEÍA... ¿QUÉ?... VEÍA UNA SALIDA. —Se inclinó tal como yo sabía que hacía cuando deseaba impartir un conocimiento que consideraba revelador.

—¿Ciencia? —aventuré.

—CABEZAS NEGRAS —dijo él, asintiendo sabiamente.

Pasé la mano por la madera aún llena de savia de los barriles.

—REDENCIÓN PÓSTUMA —dijo él—. DE LO CONTRARIO, TRÁGICAS VIDAS PAGANAS.

—Salvación —propuse yo.

—SI DIOS QUIERE —dijo el señor Lempriere—, Y NO SOLO PARA ELLOS.

El señor Lempriere volvió a secarse el rostro, le dijo al tonelero que fuera a la casa y le trajera té y más ron. Nos sentamos.

—NO LES HAGA CASO —dijo el señor Lempriere tranquilamente, como si una vez más hubiera oído protestas amortiguadas, surgidas del interior del barril y no quisiera darse por enterado—. NO RESPONDA JAMÁS A LA INGRATITUD.

El tonelero regresó y puso la tetera y la jarra de ron sobre un barril ya cerrado.

El tonelero volvió entonces a su tarea de clavetear las tapas de los barriles, olvidando comprobar si las cabezas flotaban o estaban hundidas, si guardaban un silencio huraño o gritaban. Seguramente no era el mejor momento para decir lo que dije. No obstante, inicié un discurso sobre los peces, afirmando que seguía siendo un proyecto de la mayor relevancia científica y que quizá si *sir* Cosmo Wheeler no estaba interesado en él, el señor Lempriere podía considerar la idea de publicarlo él mismo, dándolo a la imprenta de Bent en Hobart Town.

Una impresión en Londres con el añadido del nombre de *sir* Cosmo Wheeler... eso significaba la gloria, el reconocimiento, un camino de vuelta al mundo del que el señor Lempriere había estado tanto tiempo apartado, la clave para lo que el señor Lempriere había deseado por encima de todo: ser miembro de la Royal Society. Pero un libro en Hobart Town...

—EST-CE QUE JE SUIS SI MALADE? —bramó el cirujano—. UN LIBRO EN HOBART TOWN... ¡UNA CONTRADICCIÓN, SEÑOR!... ¡UN AUTÉNTICO INSULTO A LA CIENCIA!... ¡A LA CULTURA!

Bebió entonces un poco más de ron y té y fue aporreando todos los barriles con el martillo, gritándoles que desistieran y que dieran gracias porque finalmente serían de alguna utilidad para la Civilización.

Volvió a sentarse y me dijo que los climas más templados se encuentran entre los 40 y los 50 grados de latitud, y que era de esos climas de los que debían deducirse las ideas correctas sobre los colores verdaderos de la humanidad y los diversos grados de belleza.

—PUES NUNCA HUBO FUERA DE ALLÍ UNA NACIÓN CIVILIZADA... TODAS SON BLANCAS... ¿QUÉ FÁBRICAS... QUÉ ARTE O CIENCIA... HAN SURGIDO EN OTRAS PARTES?... ¡EL NOBLE PORTE Y LOS NOBLES ANDARES DE LOS BLANCOS!... ¿Y DÓNDE EXCEPTO EN EL BUSTO DE LA DONCELLA EUROPEA?... ¿DÓNDE PODRÍAN HALLARSE DOS... HEMISFERIOS SEMEJANTES...? ¡SEMEJANTES!... ¿REDONDOS Y BLANCOS COMO LA NIEVE, CORONADOS DE BERMELLÓN?

Por mi pobre cabeza desfiló toda una procesión de hemisferios blancos que no eran redondos, de hemisferios que no tenían nada de hemisférico, y de hemisferios negros de un tinte más oscuro con sus lozanos botones de color púrpura ciruela, y ni un solo par de aquella feliz procesión con la que había tenido la suerte de mantener una relación más o menos íntima en uno u otro momento había carecido de atractivos y compensaciones.

Debieron de resultar obvios mis esfuerzos por ocultar la sorpresa que sentía ante todo aquello: la poco grata supremacía de los hemisferios blancos como la nieve; las cabezas negras que el señor Lempriere creía que no dejarían de parlotear y que no eran aún conscientes de que sus hemisferios estaban en el lado equivocado del globo; la lastimosa falta de buena voluntad en este mundo y sus desastrosas consecuencias; mi propio destino ahora que parecía a punto de esfumarse toda esperanza de un cómodo futuro pintando peces.

—QUIERO CIENCIA, GOULD... NO UN CONDENADO CIRCO.

El señor Lempriere se volvió entonces bruscamente, como si hubiera oído alguna burla o pulla. Dándome la espalda, bramó a los barriles:

—NO LLEVARÉ LUTO POR VOSOTROS... SOY UN PATRIOTA NATURALISTA, Y VOSOTROS, IGUAL QUE YO, HARÉIS SACRIFICIOS POR LA CIENCIA... POR LA NACIÓN.

En su mente, el estrépito general que surgía de los barriles debió de hacerse más fuerte, porque cogió una gruesa rama del montón de leña y empezó a golpear las tapas con ella una y otra vez, diciéndoles que nadie podría haber hecho más por ellos.

Dando alaridos les dijo que el pasado era el pasado, pero que su interés estaba en el futuro, y que deberían estar más que contentos ante la perspectiva de trabajar juntos en un proyecto científico tan imponente y de resultar por fin útiles a la Civilización. Cuando pronunció su última palabra, el cerdo Castlereagh se despertó sobresaltado y empezó a trotar por su pocilga dando berridos, lo que contribuyó a la cacofonía general: el señor Lempriere golpeando los barriles con una rama, el señor Lempriere profiriendo a voces los insultos más viles, mientras corría de un lado a otro su cerdo chillando.

—YO OS AMO... ¿NO PODÉIS COMPRENDERLO? —decía ahora lloriqueando—. POR AMOR... SOLO POR AMOR... HAGO ESTO POR VOSOTROS.

Finalmente el señor Lempriere pareció darse por vencido; arrojó el palo lejos de sí, con tanta fuerza que alcanzó el Bulevar del Destino del comandante, aún sin terminar. El señor Lempriere suspiró, se secó las lágrimas de los ojos y, con los hombros encorvados, se acercó a la pocilga e hizo todo lo posible por introducir en la conversación a Castlereagh, que seguía chillando.

—ELLOS —y aquí señaló los barriles recalcitrantes con dedo acusador—, ELLOS NO SABEN APRECIAR... FORMA... TAMAÑO... RELACIÓN ENTRE LAS PARTES DEL CRÁNEO... TODOS INDICADORES INEQUÍVOCOS TANTO DEL CARÁCTER COMO DEL INTELECTO... Y... YO TRABAJO EN UN INFORME SOBRE ESO MISMO... EL ALMA EN SÍ MISMA... EL ESTUDIO DE LOS CRÁNEOS REVELARÁ LAS DIFERENCIAS FUNDAMENTALES... LA NATURALEZA EXACTA... LAS RAZONES PRECISAS PARA LA JERARQUÍA DE LAS RAZAS HUMANAS.

Dio media vuelta, movió la cabeza con un gesto de desaprobación y volvió a donde estaba yo.

—VERÁ —prosiguió el señor Lempriere, llenando de nuevo su vaso de ron y té—, LA CIENCIA SE PRESENTA AQUÍ... EN SU MAYOR RETO... QUE WHEELER ESTÁ DECIDIDO A RESOLVER... NUESTROS HERMANOS OSCUROS COMO PERROS... PULGAS... NO DESCENDEN DE ADÁN... DIOS LOS CREÓ... UNA ESPECIE APARTE, PERO INFERIOR, IGUAL QUE CREÓ LOS SALMONETES O LOS GORRIONES, APARTE, PERO INFERIORES... COMO INGLESES TENACES... ESTO LO COMPRENDEMOS... SÓLIDO SENTIDO COMÚN... PERO SIN CLASIFICACIÓN Y CATEGORIZACIÓN CIENTÍFICAS NO PODEMOS ACEPTARLO COMO CIENCIA... TODAVÍA.

»SIR COSMO TIENE TESOROS CRANEOLÓGICOS, SIN RIVAL PARA LA PROFUNDA OBSERVACIÓN ANATÓMICA... PERO... SON CRÁNEOS DE BLANCOS.

El señor Lempriere se inclinó, bajó la enorme cabeza calva y sudorosa, la hizo girar de aquí a allá como si fuera una cabeza de cerdo clavada en un espitón y a continuación, convencido al parecer de que no había nadie más escuchando, siguió hablando con voz conspiradora.

—ESA ES LA CUESTIÓN... PARA COMPLETAR SU GRAN TRABAJO Y DEMOSTRAR QUE TODO ESO ES CIENCIA... WHEELER HA DE TENER... WHEELER NECESITA... CRÁNEOS DE NEGROS PARA EVALUARLOS Y ESTUDIARLOS.

El señor Lempriere recuperó el control de su cabeza, que era como un huevo

cocido bamboleándose en la olla, y siseó:

—ME NECESITA A MÍ.

V

Varios días después de visitar al señor Lempriere y a sus barriles, y salir de allí sin las acuarelas, recibí el mensaje de que debía ir a verlo a primera hora de la mañana para hablar sobre mi futuro papel como criado a su servicio. Empecé a temer que aquello significara el final para los peces y para mí. Decidí que debía hacer todo lo que estuviera en mi mano para demostrar que valía la pena continuar con el proyecto, y mientras caminaba hacia su casa en la fría mañana, dando palmadas para calentarme las manos, inventé todos los argumentos científicos que se me ocurrieron, ya que estos eran los únicos argumentos que el señor Lempriere tendría en consideración.

Durante la semana siguiente a nuestro último encuentro, el señor Lempriere estuvo ocupado con las cabezas de negros, que había desistido de enviar íntegras en toneles. En su lugar decidió convertirlas en calaveras, tarea en la que le ayudaba un preso mudo encargado de catalogarlas y dejarlas listas para ser transportadas hasta Inglaterra.

Extrañamente, no había nadie en la casa. Aún era más extraño que no se oyeran chillidos ni convulsiones procedentes de la pocilga. Me di un paseo hacia la parte de atrás por si el cirujano se hallaba ensimismado en alguna meditación inusitadamente silenciosa con Castlereagh. Encontré al cerdo, que por una vez parecía saciado, durmiendo sobre su costado en un profundo y feliz reposo. Pero no había señales de su amo y confidente, el señor Lempriere.

Más tarde me percaté de la sombra blanca delatora que se le veía al cerdo alrededor del hocico, algo así como la barba de un viejo. Pero en aquel momento, me vi asaltado por una nube de vapor excepcionalmente grande, tan densa que oscureció gran parte de la pocilga de la que emanaba, y por el intenso olor, agrio y empalagoso que despedía aquella neblina. Cerré los ojos con la esperanza infantil de que todo aquello desapareciera. Pero el olor fue aumentando hasta apoderarse de todo, hasta convertirse en una presencia opresiva, y era tan fuerte que lo sentía como un peso sobre mi cabeza, tan húmedo que lo sentí como un rocío ácido sobre mi cara, y tan acre que fue como si me quemasen la nariz.

Cuando finalmente volví a abrir los ojos y vi que la neblina acre se había alzado como el telón de un teatro, no me cupo la menor duda de lo que se alzaba delante de mí en el fangoso horror de aquel escenario.

VI

Era un zurullo.

Era enorme.

Pensé, sobrecogido, que era muy probable que fuera el zurullo de cerdo más grande que hubiera en todo el planeta aquella mañana. Tal vez el más grande de todos los tiempos. Era desde luego una visión asombrosa, y resultaba difícil asociarla de buenas a primeras con la idea de un excremento porcino. Cómo relucía aquel obelisco de mierda humeante a la luz rojiza de la mañana invernal. Hubiera sido posible confundirlo con una sublime pepita de oro de valor incalculable, de no ser por la forma algo opaca, pero inconfundible, de una hebilla de zapato de peltre barato, reparada en otro tiempo y que ahora sobresalía destrozada de la base de la pirámide.

Me encaramé a la valla de la pocilga para mirar más de cerca. En la tierra pisoteada, alrededor de la pila de reluciente mierda porcina, como restos de alguna bacanal, vi jirones de una camisa (ensangrentada), un faldón de una levita negra (roto), una manga de seda azul (desgarrada) y medio pañuelo de seda de lunares (lleno de babas).

Entonces advertí con inquietud lo que me pareció un fémur humano. Y otros huesos ensangrentados, cubiertos de barro. Costillas. Otro trozo de fémur. Y aún más, tibias. Huesos de antebrazos. Vértebras. Hasta que vi el gran quiste sebáceo: una enorme calavera ensangrentada que yacía de lado como un ídolo caído de alguna isla del Pacífico.

Castlereagh soltó un pedo de un olor dulcemente acre y a la vez espantosamente penetrante, y en ese momento yo, que estaba justamente en la dirección del viento, supe que aquel hedor familiar no era otra cosa que la esencia pulverizada del señor Lempriere.

Vi unos trozos de cerámica en el extremo más alejado de la pocilga y reconocí en ellos los restos de las jarras en las que Twopenny y yo poníamos a fermentar nuestra sopa Larrikin. De algún modo, Castlereagh se las había apañado para hacerlas rodar por debajo de la cerca con las pezuñas delanteras para meterlas en su pocilga, y luego las había roto para beberse su fuerte contenido. Miré al cerdo. El cerdo abrió los ojos y me miró a mí.

Juro por Dios que sonrió con suficiencia.

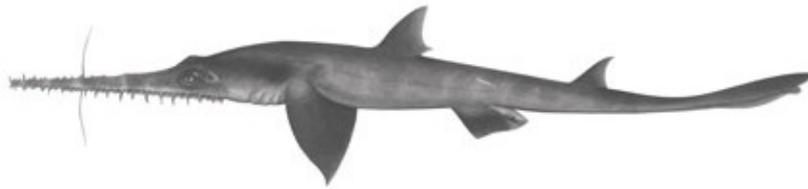
Retrocedí tambaleándome de asco, con la mano sobre la boca.

En una especie de sueño borroso vi cómo el señor Lempierre debía de haber llegado al final de sus días, sentado sobre la cerca, bebiendo, borracho, y hablándole a Castlereagh, el verraco colérico que sería su último público, sobre Ciencia, Civilización, tratados cabalísticos y hemisferios blancos que eran poco más que un recuerdo corrupto y corruptor. Vi a Castlereagh bebiendo nuestro áspero ron, más furioso que nunca, trotando de un lado a otro sin parar, preguntándose, si puede

decirse que los cerdos borrachos son capaces de un pensamiento activo, cuándo acabaría aquel tormento exasperante. Vi a Castlereagh prorrumpir finalmente en un chillido ensordecedor y cargar contra la cerca con todas sus fuerzas.

Y entonces, perdiendo el poco equilibrio que pudiera conservar, el señor Lempriere debió de caer al vacío.

Allí debió de ver muchas cosas que había estado evitando desde hacía tiempo. Tuvo que oír el sonido de las babas acercándose al trote. Y luego, me imagino, en un momento dado, ver claro que todo era inevitable.



EL TIBURÓN SIERRA

Cristo, cabalistas y zurullos de cerdo – Sobre lo que le aconteció a la grieta del amor – Alucinaciones de la Historia – Una simple huida – Clasificación del quiste sebáceo – Jorgen Jorgensen – De cómo se convirtió en Rey de Islandia – Noticias de Waterloo – La nueva misión de Jorgensen – Hallazgo de la cabeza de Voltaire – Una trampa para Gould – Un segundo Libro de los peces.

I

En lugar de la creencia pueril, y finalmente fatídica, del señor Lempriere sobre la perfectibilidad de los cerdos, preferí recordar su intensa aunque breve pasión por los peces, tan fuerte que cobró en su cabeza una desafortunada dimensión religiosa.

Este engaño se vio corroborado por un viejo tratado cabalístico que le prestó Jorgen Jorgensen, donde descubrió que las letras iniciales de las palabras griegas para Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador (*ich-th-ys*) eran las mismas que formaban la palabra griega para denominar a los peces: *ichthys*.

—TODO LO QUE VIVE ES SAGRADO, GOULD, PERO LOS PECES SON LO MÁS SAGRADO DE TODO —había dicho en una ocasión antes de que su chifladura se convirtiera en mi fe —. POR ESO LOS PRIMEROS CRISTIANOS USARON EL PEZ COMO SÍMBOLO DE CRISTO.

Lamentablemente, Dios seguía en Su Gloria, y el gran científico dentro de una pirámide de mierda de cerdo y una nube de repugnante metano, y ahora los peces estaban conmigo, pero yo no era Padre ni Hijo ni Espíritu Santo y no tenía la menor idea de qué hacer con los peces, ni con los restos del señor Lempriere, ni de cómo me afectarían las consecuencias.

Traté de ver aquel fiasco como una bendición, una posible intervención divina por parte del viejo Ichthys. El *Libro de los peces* ya no se publicaría nunca con anotaciones de *sir* Cosmo Wheeler atribuyéndose falsamente su autoría. Era como si la muerte del cirujano me hubiera entregado los peces a mí, libres de las exigencias científicas y de las ambiciones sociales del señor Lempriere, que venían a ser la misma cosa. El alcance de los peces, antes tan limitado, de pronto parecía infinito. Debería haber sentido alegría, pero mi dilema inmediato era demasiado acuciante para sentir otra cosa que no fuera terror. Porque se sabía que yo iba a visitar al señor Lempriere aquel día, porque inevitablemente su muerte sería descubierta y porque una muerte en una isla llena de presos es automáticamente considerada un asesinato. Si no hacía algo con los huesos, me harían algo a mí.

No digo que lo que hice entonces fuera lo más inteligente que he hecho en mi vida ni, ya puestos, lo más sensato. Pero durante un tiempo resolvió al menos el problema de sus restos. Cogí lo que quedaba de mis reservas de licor y lo arrojé a la pocilga del homicida Castlereagh, que se había despertado del sueño inducido por su espléndido festín. El cerdo lamió y sorbió el ron con un vigor que, al cabo de un cuarto de hora, se había transformado en un sopor catártico. Castlereagh rodó sobre sí mismo y se durmió con las patas hacia arriba como cuatro botellas vacías.

Después de comprobar que el sueño del cerdo era lo bastante profundo mediante el expediente de arrojarle piedras y contemplar cómo rebotaban en su peludo pellejo sin que chistara, me metí en la pocilga y emprendí la horrenda tarea de hurgar en la mierda en busca de los restos del señor Lempriere. Sin detenerme un segundo arrojé las ropas a la chimenea de la casa, enterré en las proximidades el cinturón y las

hebillas de los zapatos, y arrojé los huesos a un viejo barril de agua que había en la parte posterior de la casa. A continuación di un paso atrás, tomé aire y me pregunté cómo —y en una isla llena de gente, *dónde*— podía ocultar un barril lleno de apestosos huesos humanos.

II

Twopenny Sal tenía tan poca idea de lo que hacer con los huesos como Billy Gould. Su diminuta y oscura habitación —apenas mejor que una celda, con el techo muy bajo, las paredes muy húmedas, el catre muy exiguo con su mísero jergón de paja y su único mobiliario: una silla de mimbre rota— la llenó él con sus problemas. Gould empezó con el dilema de si podía deshacerse subrepticamente del pasado, y estaba a punto de acabar bailando la danza de la Ilustración cuando la puerta del dormitorio se abrió con un crujido.

Billy Gould tuvo el tiempo justo de ocultar su cuerpo desnudo bajo el catre de Twopenny Sal antes de oír el resuello pesado e inconfundible, seguido del chasquido que hacía el comandante al sentarse en la silla de mimbre rota, tan incómoda como el estado de pánico en que se hallaba la mente de Billy Gould en aquel momento. Ya era demasiado tarde cuando me di cuenta de que una parte de mi anatomía sobresalía bajo la manta.

En la oscuridad y sumido en su aletargamiento, el comandante confundió las dos nalgas que asomaban bajo la cama con un taburete desvencijado. Les dio unos cuantos taconazos para ahuecar los dos carrillos descarnados por la edad y darles una semblanza de comodidad y a continuación frotó las botas arriba y abajo por la raja. No es nada fácil para un hombre guardar silencio, desnudo y de rodillas mientras te sacuden la vieja grieta del amor. Fue algo horrible, un tormento que no alivió el largo monólogo que inició el comandante, no sin antes tomar unas gotas de láudano según supe más tarde.

En un delirio creciente habló de cómo la historia, lejos de ser pasado, era siempre presente. Creía que todos los que a lo largo de los siglos habían descubierto la Tierra de Van Diemen, intencionadamente o por casualidad, estaban allí en aquel momento, navegando por el dormitorio de Twopenny Sal. Veía mercaderes árabes en sus *daus* de velas triangulares; piratas japoneses del siglo XIV, enfermos y demacrados por el largo viaje, que no tardaban en morir de una inexplicable melancolía, sus cadáveres viscosos y pelados eran tan ligeros que flotaban en el aire, y había que amarrarlos al suelo con piedras para que no abandonasen la tumba. Vio aventureros portugueses del siglo XV, atormentados por el escorbuto, llegando en tres carabelas en busca de oro, y a conversos al cristianismo tratando de conciliar sus mapas ptolemaicos, al pie de los cuales podía leerse la vaga indicación de *Terra incognita*, con la certeza de la existencia de una población de negros desnudos tan poco interesados en el comercio que rechazaban todos los regalos que les ofrecían los portugueses, excepto los pañuelos rojos, que se ataban en torno a sus crespos cabellos.

El comandante movió la cabeza con el pesar que le producía tanta inocencia. Los portugueses abandonaron el dormitorio, haciendo virar sus carabelas hacia el sur, donde su cabecilla, Amado el Temerario, había oído que, sobre montañas móviles de

hielo, vivía una raza más inclinada al comercio, gentes que no tenían nariz sino orificios de reptil y que vivían únicamente de olores, por los que estaban dispuestos a pagar en oro.

Sentí que una pulga me mordía en la entrepierna y sin darme cuenta contraje el culo. El comandante dio un fuerte puntapié para enderezar lo que suponía un taburete caído y siguió hablando sobre las presencias que creía ver entre nosotros en aquel concurrido dormitorio de la historia.

Entonces el comandante —lustrándose una bota con mis pelotas en la excitación del momento— empezó a gritar a los holandeses que navegaban sobre la cresta de la ola del catre de Twopenny Sal en sus achaparrados *fluyts*, en pos de nuevas rutas comerciales, y a los javaneses que les seguían en sus largas y estrechas *proas*, llevados por el viento hacia el lejano noroeste desde sus zonas de pesca, y a una expedición francesa de naturalistas, astrónomos, artistas, filósofos, enciclopedistas y sabios, conducidos por el aguerrido *monsieur* Peron, quien, tras desembarcar en una larga playa de lo que creía que era la Tierra de Van Diemen en el Año Sexto de la República, pero que en esos momentos se encontraba allí mismo, se quitó el guante para hacer una reverencia a una mujer negra, y ella chilló convencida de que se había arrancado la piel. El miedo de la mujer no se disipó hasta que el oficial empezó a cantar «La Marsellesa» y la negra, regocijada, pudo bajarle los pantalones y asegurarse de que era un hombre de verdad.

Y después al comandante lo asaltó un miedo terrible:

—¿Y si el tiempo no pasara nunca? —dijo con voz chillona. Era como si árabes, japoneses, portugueses, holandeses, javaneses y franceses estuvieran siempre allí, descubriendo la Tierra de Van Diemen en el dormitorio de Twopenny Sal, junto con el mayor De Groot, que sonreía y hablaba a pesar del veneno, junto con todos aquellos que morían en la Cuna con la mente más llena de gusanos que la espalda, y volvían a la vida con otros miles que en larga procesión entraban por la puerta de Twopenny Sal, terminando con el teniente Lethborg y su sección, cuyos cuerpos hinchados por el agua entraron marchando como globos que intentaran mantener la marcialidad. De pronto el comandante me quitó los pies del culo, se levantó y, sin añadir una palabra más, salió tambaleándose.

Más adelante, Capois Death me dijo que había oído decir que las alucinaciones del comandante, inducidas por el opio, siempre tomaban aquella forma. Sin embargo, cuando el comandante empezó a tomar láudano, muchos años atrás, se decía que la droga le afectaba mucho. Ahora, en cambio, en la sórdida habitación de Twopenny Sal, el efecto se había visto reducido al tristemente menguado reino del arte, incluso del entretenimiento, como todos los sucesos de trascendencia espiritual que se acaban degradando por la intimidad y la repetición.

Ahora lanzaba hurras cuando desaparecían los javaneses, silbaba a los franceses y se reía de los japoneses moribundos. Pero en el pasado la historia se convertía en una pesadilla de la que el comandante no podía despertar. Bajo su máscara de oro, el

rostro se le llenaba de úlceras por culpa del desasosiego que todo aquello le causaba. Empezó a ver por todas partes pruebas inquietantes de que el Pasado era tan caótico como el Presente, que no hay una línea recta, solo círculos infinitos, como los anillos que progresan siempre hacia fuera cuando una piedra se hunde en las aguas del Presente. Cada vez tomaba más láudano verde. Dobló y redobló la dosis de mercurio para la sífilis, que parecía estar consumiendo tanto su cuerpo como su cerebro. Por encima de todo temía volverse loco, temía quedar aprisionado en sus propias imaginaciones.

Los presos siempre podían fugarse, pero esta liberación, aunque fuera tan espantosa como perecer en la selva, no existía para él. En otro tiempo buscaba a la Mulata para afirmar su existencia, para perder el sentido de su vida, para olvidar la confusión que día a día se iba apoderando de él. No le sirvió de nada. La Mulata se agachaba y se echaba la falda a la espalda, mostrando el espléndido trasero que a él tanto le excitaba, y se limitaba a pedirle que se diera prisa porque tenía asuntos que atender. El comandante araba entonces un solitario surco, la maldecía y se retiraba fingiendo un triunfo que ambos sabían ilusorio.

Es probable que os preguntéis cómo es que Twopenny Sal —y, por obvia implicación, Billy Gould— había evitado la sífilis que aquejaba al comandante. Lo cierto es que hacía tanto tiempo que el hombre convivía con aquella enfermedad que a tenor de su naturaleza ahora solo le pertenecía a él; al igual que sus pensamientos, ya no podía transmitirla.

El día en que, hacía muchos años, el comandante intuyó por primera vez el horror de un pasado ineludible, interrogó detenidamente a Jorgen Jorgensen y acto seguido le dio una orden tajante mientras orinaba en un rincón de su celda.

—Le encomiendo —había dicho el comandante— la custodia de todos los archivos de la isla.

El comandante se volvió entonces hacia el viejo danés, metiéndose de nuevo el pene lleno de pústulas en los calzones, sin vergüenza ni preocupación, sino con el levísimo temblor de un dolor intenso.

—Si ya no puedo controlar el pasado, al menos controlaré el futuro —prosiguió mientras se limpiaba los dedos mojados en una charretera con forma de pardela. Su máscara brillaba tanto que el viejo danés tuvo que protegerse los ojos con una mano.

En comparación con tales ambiciones de tiranía temporal, los problemas de Billy Gould eran en verdad de poca monta. No cabe duda de que en el futuro la gente juzgará sus acciones posteriores como una *rebelión interna* o una *apasionada declaración de humanidad*. Pero el Rey y yo sabemos muy bien la verdad: Billy Gould estaba más metido en la mierda que los huesos de Lempriere, y necesitaba salir de ella cuanto antes.

III

Me vestí y salí de la habitación de Twopenny Sal. La sugerencia que me había hecho no me pareció muy adecuada, pero al menos tenía la virtud de ser una idea, a diferencia de aquel miedo a que me descubrieran, que era la única cosa que daba vueltas en mi aterrada cabeza, más solitaria que un trozo de carne en una sopa de preso.

Llevé el barril de huesos por el Bulevar del Destino, fingiendo delante de cuantas personas me crucé por el camino que era cerdo encurtido que el cirujano devolvía por rancio, hasta llegar a la misma pieza del economato donde se almacenaban las calaveras de indígenas que el señor Lempriere había reunido.

En aquella habitación oscura y sin ventanas, iluminada únicamente por la luz evasiva de tres lámparas de aceite de ballena, en aquella pieza con olor a los gritos lastimeros de los cetáceos moribundos, el señor Lempriere había instruido con una mezcla de paciencia y violencia a Heslop, el preso mudo, en la limpieza, catalogación y correcto embalaje de las calaveras que había que enviar a *sir* Cosmo Wheeler a Inglaterra.

—UNA OCUPACIÓN... GLORIOSA Y SAGRADA... LA QUE LE HE DADO... ¿QUÉ ME DICE, EH, HESLOP? —le decía al preso mudo, quien, con razón, no podía responder nada.

Cuando me presenté ante Heslop con el último barril de huesos para catalogar, se mostró enojado. Por gestos me dejó claro que creía haber acabado con los huesos de negros muertos y que estaba deseando volver a la tarea más agradable de catalogar plantas y flores. Echó una mirada al viejo barril que yo había acarreado sobre mi espalda con dificultad y que, inexplicablemente, olía a cerdo, y en él descubrió, en un amasijo lleno de barro, otro cráneo humano, este manchado de una turba que parecía especialmente repugnante. Heslop sacudió la cabeza y gruñó airado.

Sin duda el mudo estaba molesto con el señor Lempriere por cargarle con más huesos. Yo le compadecí. Un cúter regresaba a Hobart Town aquella misma noche y el señor Lempriere había insistido en que todos los huesos de los indígenas debían partir en él, rumbo a su destino final en Londres.

Así pues, tenía que hacerse, y para evitar la ira del señor Lempriere, Heslop emprendió en el acto la tarea de limpiar, acondicionar y catalogar el cráneo, tan dañado durante la exhumación que parecía mordisqueado por un animal salvaje. Cogió la calavera rosada y manchada de marrón y, dominando su genio, indicó con un gesto de alivio que a diferencia de los otros aquel cráneo no le reprendería en silencio mientras lo raspaba, hervía y limpiaba. Yo le ayudé en lo que pude, registrando en detalle la descripción de las medidas craneales en el catálogo que acompañaría a los huesos.

En todo aquello había una suerte de simetría y belleza que no me pasó inadvertida: cómo una vez muerto el Gran Científico había entrado a formar parte de

su propio Sistema Inmortal. Se me humedecieron los ojos cuando escribí en la húmeda página del catálogo el que sería a un tiempo el número de identificación del cráneo y el epitafio del señor Lempriere, tan conciso como apropiado, parecido al pez erizo desinflado que yo había arrojado al fuego. Como trigésimosexto cráneo de la colección de la bahía de Macquarie, y siguiendo el método de notación del propio señor Lempriere, se llamaría BM-36. Alcé la pluma y eché arena sobre la hoja. Luego observé cómo aquellos cuatro signos fluidos se secaban bajo los granos de arena hasta adquirir realidad.

Aquella noche se cargaron en el cúter las cajas fabricadas para tal fin con distintos compartimentos individuales, uno para cada uno de los cráneos de aborigen cuidadosamente colocados entre aromáticas virutas de pino de Huon, y con el destino:

*Sir Cosmo Wheeler,
Royal Society,
Londres*

Escrito en cada caja, siguiendo las instrucciones del señor Lempriere. Curiosamente la casilla correspondiente al cráneo BM-36 no incluía descripción alguna del reputado médico colonial. Era raro, pensó el mudo, pero no tenía el menor deseo de recibir una paliza por preguntar.

Di una palmada a Heslop en la espalda y le agradecí el trabajo bien hecho. Pero debería haber comprendido que la desaparición del señor Lempriere no iba a pasarse por alto tan fácilmente.

Transcurrieron unos días. Había estado lloviendo sin parar durante la mayor parte del tiempo y yo me encontraba trabajando en una habitación del palacio, pintando un nuevo retrato del comandante cruzando a nado la bahía y rodeado de multitudes que lo adoraban. No le oí a causa del ruido de la lluvia, solo percibí su apestosa presencia detrás de mí. Cuando me di la vuelta me vi de frente a un perro de tres patas y una figura empapada y desaliñada que reconocí al instante, porque el collar de lapislázuli lanzaba destellos a la luz del atardecer.

—¿Quién ama durante más tiempo? —siseó Jorgen Jorgensen—. ¿Un hombre o una mujer?

Tragué saliva.

El perro sarnoso se encabritó sobre las patas traseras y silbó. Jorgen Jorgensen le dio un fuerte puntapié. No eran aplausos lo que quería del público, sino su complicidad para montar la historia. Por mucho talento que tuviera el perro, sus limitaciones en aquel aspecto irritaban al viejo danés inmensamente.

En la mano extendida sostenía un frasco de perfume medio lleno con la forma de un busto de Voltaire. Por primera vez me di cuenta de que era de color turquesa.

IV

El nombre mismo de turquesa sugiere otro exótico: Occidente. En una ocasión el cirujano me dijo, sin duda erróneamente, que la palabra derivaba del francés *pierre turqueise*, es decir, «piedra turca». La persona a la que acabaría asociando para siempre con ese color era tan misteriosa como la tinta verde con la que ahora escribo esta frase, la persona que sostenía ante mí la traicionera atracción de la cabeza de Voltaire: Jorgen Jorgensen.

Cuando se presentó ante mí aquella tarde lluviosa y me leyó la acusación de un asesinato que yo no había cometido, comprendí la horrenda verdad sobre la Isla de Sara: que no se trataba en absoluto de una colonia de hombres, sino de una colonia de peces que se hacían pasar por hombres. Cuando se pronunció con tan gran saña sobre mi futuro, no vi a Jorgen Jorgensen, sino a un tiburón sierra que me atacaba con su larga boca y me despedazaba.

Si tuviera que imaginar un motivo para lo que hizo Jorgen Jorgensen —celos por la supuesta influencia que yo tenía con el comandante, por ejemplo, o el deseo de cualquier escribiente por encontrar siempre relaciones de causa-efecto—, estaría haciendo literatura en lugar de ceñirme a la realidad, donde los actos que cometen las personas no obedecen a motivaciones concretas. Supongo que se debió simplemente a su naturaleza, como les sucede a los tiburones sierra cuando atacan.

Más adelante descubriría —demasiado tarde— que Jorgen Jorgensen experimentaba una sensación de decadencia. Había leído demasiados libros y un día de 1798, a la edad de dieciséis años, inspirado por historias de amor y de aventuras, había abandonado su ciudad natal, Copenhage, solo para descubrir que el mundo no se correspondía con nada de lo que había leído.

Todo se resquebrajaba, nada perduraba. Los libros eran sólidos, pero el tiempo se fundía. Los libros eran coherentes, pero las personas no. Los libros trataban de relaciones de causa-efecto, pero la vida era un desorden inexplicable. Nada era igual que en los libros y por ello guardó por siempre jamás un sordo resentimiento que finalmente halló su expresión en la venganza.

Tampoco contaba el que una noche de tormenta, mientras dormía en la hamaca infestada de piojos que compartía con otro marinero del barco carbonero inglés en el que trabajaba como grumete, bajase una mano temblorosa en el fuego de la pasión y en la oscuridad del atestado espacio en el que dormían se encontrara con una mujer. Tampoco sacaba nada de las manos de cartas que le caían en suerte las pocas veces que pisaba tierra; lo dejaban invariablemente sin dinero y con una necesidad imperiosa de obtenerlo, lo que solo podía conseguir inventando historias —mentiras, si se quiere—, a cambio de crédito en las mesas de juego a la noche siguiente. Empezó a servirse de los chismes para granjearse el favor de los demás, y terminó trabajando de espía para los agentes de diferentes gobiernos confirmándoles todos sus

temores.

Descubrió que su capacidad para reinventar el mundo solo rivalizaba con la capacidad del mundo para destruirse a sí mismo. Él estaba a favor de Erasmo de Rotterdam. «La realidad de las cosas solo depende de la opinión», decía citando al holandés errante. Era una máxima que, según creía, ejemplificaba plenamente su propia vida. Cuando el mundo dejó de creer en él, su suerte se torció, lo molieron a palos, lo encarcelaron y finalmente lo deportaron, y todo por la idea errónea de que no tenía intención de pagar sus deudas. «Hay palabras —dijo desde el banquillo de los acusados, esperando ganarse al tribunal, si no por su historia, sí al menos por su filosofía— y hay cosas, y es imposible conjugar las dos». Pero no era verdad y él lo sabía. Convertía las palabras en cosas; ese era su don, y también fue la causa de su caída.

Sufría grandemente la nostalgia del realismo, e imbuido por el espíritu aventurero de la Época, hizo su propia revolución lo mejor que pudo, derrocando a la edad de veintiséis años al indefenso gobernador danés de Islandia con la ayuda de un corsario inglés. Tras apostar a seis hombres armados en la parte trasera de la casa del gobernador en Reykjavik, y a otros seis más en la parte delantera, entró en la casa, despertó al pobre hombre que hacía la siesta en su sofá, y lo arrestó. A continuación izó la antigua bandera de la Islandia libre y lanzó una proclama declarando que el pueblo de Islandia, cansado del sometimiento al yugo danés, le había pedido que encabezara el nuevo gobierno por unanimidad. A partir de entonces, siempre insistió en darse a sí mismo el título de Rey de Islandia, a pesar de que los ingleses le usurparon el trono al cabo de una semana.

Llegó a Waterloo el día después de que la gran batalla por el futuro hubiera terminado con el pasado en alza, un nuevo ejemplo de su especial talento para llegar tarde al sitio equivocado, y algo que, según creía, lo cualificaba para ejercer de periodista. A pesar de esta convicción, sus informaciones desde el campo de batalla (copiadas en su mayor parte de los periódicos) no tuvieron demasiada repercusión entre los vendedores de gacetas de Londres en el invierno de la escasez de 1816. En cualquier caso, no tardaron en arrestarlo, tomándolo por un soldado francés que pretendía huir disfrazado, y solo pudo escapar tras sobornar a un guardián con un catalejo de campaña que había robado del cadáver de un soldado inglés.

Jorgen Jorgensen era un hombre aficionado a contar historias —si eran falsas o verdaderas, ni le preocupaba a él ni importaba a los demás—, porque era su profesión y él todo un maestro, un viajero de la república de las ficciones. En sus historias tendía a presentarse a sí mismo y sus aventuras como si fuera el narrador de una de esas novelas picarescas que tan en boga habían estado en el siglo anterior entre fregonas y criados haraganes, y de las que también él había sido ávido lector, tanto que a sus espaldas el señor Lempriere lo llamaría Joseph Josephson^[22].

Tenía la tez cetrina, los cabellos blancos y enmarañados, la nariz larga y puntiaguda, y ostentaba unos bigotes caídos por encima de los labios, en cuyos pelos

se veía siempre los restos de la grasa de la sopa pegada en pequeñas perlas coaguladas.

Mucho antes de la llegada del alférez de navío Horace, Jorgen Jorgensen había sido enviado a la colonia como intendente, supuestamente para dirigir los almacenes del gobierno, pero en realidad como agente del gobernador Arthur, dispuesto a informar sobre cualquier intriga que pudiera surgir en un puesto tan alejado del entonces pequeño imperio del déspota de Van Diemen. Pero las limitaciones de las perfidias de Jorgensen se hicieron patentes al conocer al alférez de navío Horace.

Más tarde, cuando su trabajo creó un vínculo entre ellos tan sagrado como el del asesinato, se dijo que había sido la complicidad conspiratoria de Jorgen Jorgensen lo que había atraído la atención del comandante, aquella capacidad suya para inventarse en cualquier momento una historia que imaginara que el comandante quería oír. Bien puede ser que Jorgen Jorgensen sintiera la necesidad de congraciarse con el nuevo comandante a través de sus historias, pero quizá también descubrió en el comandante —aquel lejano día en que había puesto bajo su custodia los archivos de la isla— un reflejo de sus propios deseos, tanto tiempo reprimidos, de traicionar al mundo de un modo más trascendental, tal como él sentía que el mundo le había traicionado por no ser como un libro. Había percibido en el comandante la obsesión creativa de un verdadero público, un deseo absoluto de creer a toda costa.

Sin dejar de sostener la cabeza de Voltaire como si fuera la calavera de Yorick, Jorgen Jorgensen me dijo con su peculiar voz —tan afectada, según descubriría después, como su letra cursiva y ampulosa— que ya no era posible presentar la muerte del señor Lempriere como algo accidental. Las circunstancias exigían que la animalidad de los hombres aflorara de cuando en cuando y que, una vez a la luz, se castigara. La familia del cirujano no se conformaría con menos, y lo último que necesitaba el comandante es que, dada la amplitud de sus empresas comerciales y sus ambiciones políticas, se iniciara una investigación desde Hobart Town. Si el comandante se enteraba del robo de su perfume favorito me daría una muerte lenta y especialmente bárbara. Pero Jorgen Jorgensen estaba dispuesto a darme una última oportunidad para hacerle un bien a la nación y a mí al mismo tiempo. Al llegar a aquel punto hizo una pausa, se pasó la lengua con cierta obscenidad por la lamentable sierra de su bigote, y prosiguió. Me dijo que estaba dispuesto a agilizar mi paso al otro barrio con una muerte relativamente rápida en la horca, si firmaba una declaración confesando el asesinato del señor Lempriere.

Con toda la convicción de que fui capaz le dije que el frasco de perfume me lo había vendido Musha Pug cuando era ayudante del jefe de intendencia, alardeando de que lo había robado para ganarse los favores de la Mulata, la criada del comandante, y que, por consiguiente, no podía firmar.

V

Firmé. Era la mañana siguiente y seguía lloviendo, y Jorgen Jorgensen me había puesto delante una recargada declaración en la que se detallaban mis morbosas fanfarronadas sobre cómo había estrangulado al señor Lempriere y luego había arrojado su cadáver a los tiburones. Todo lo antedicho lo corroboraba una larga confesión escrita y firmada por la criada negra del comandante.

No había tiburones en la bahía de Macquarie. Pero parecían no existir motivos para señalar ese hecho, o que Twopenny Sal no sabía escribir. Para ser sincero, me pareció poco razonable no firmar después de que se mencionara de pasada que la noche anterior habían despertado al guardián Musha Pug y le habían machacado la entrepierna con un martillo, hasta dejarle las pelotas como un saco de azúcar en el que los restos arenosos de su virilidad nadaban en un estofado de horror flácido.

Cuando me juzgaron por el asesinato del señor Lempriere —junto a Aullador Tom Weaver, acusado de vestirse con las faldas de una criada—, en el banco de los acusados colocaron junto a nosotros dos ataúdes, como se solía hacer antiguamente, el perro y el gato para que tuviéramos presente en todo momento nuestro destino inminente.

A la mañana siguiente, Aullador Tom Weaver subió al patíbulo sonriendo, y tras quitarse la cinta que llevaba atada al pelo dejó que sus rubios mechones cayeran sueltos. Acto seguido se agachó, se quitó los cordones de las botas y se los lanzó al viejo Bob Muff, que había sido el primero en cuidar de él cuando llegó a la Isla de Sara con la cabeza llena de planes de fuga y libertad. «¡Camina conmigo, Bob!», gritó antes de ponerse a dar bramidos y alaridos. Era evidente que estaba borracho, tan cargado como la blusa de una muchacha oronda, y todos lanzamos vítores y reímos y sus gemidos y rugidos se elevaron con nosotros, a través de nosotros, más allá de nosotros.

Enfurecido por lo que se le antojó una mofa del poder solemne de la pena capital, el verdugo aceleró su tarea. La trampilla se abrió con un ruido sordo y Aullador Tom cayó debatiéndose entre espasmos y bramidos, hasta que se hizo evidente que el verdugo había hecho mal el nudo corredizo y no había conseguido romperle el cuello. En lugar de morir rápidamente, Aullador Tom se retorció mientras se ahogaba lentamente, convertido su aullido en un gorjeo agudo. El verdugo dio la vuelta hacia la parte de delante del patíbulo, hizo un gesto con la cabeza, saltó hacia arriba, se agarró a las piernas del condenado, que no dejaban de retorcerse, y colgado de él se meció al mismo vaivén, cargando su peso adicional para matarlo más deprisa. Fue algo horrible: incluso Capois Death, para mi sorpresa, soltó un grito ahogado.

A la mañana siguiente despertaron a los presos de la penitenciaría para la revista matinal. Tras recoger y plegar las hamacas se colgó cada una de un gancho en la pared. De uno de aquellos ganchos colgaba el viejo Bob Muff. Los ganchos solo

llegaban a la altura del codo, pero para colgarse solo hace falta un poco de cuerda y mucha voluntad. Preocupados por si se me ocurría hacer lo mismo para escapar del patíbulo, me trajeron a esta celda de agua salada y me pusieron bajo la custodia de Pobjoy.

En el tribunal me pidieron una explicación, pero ¿qué podía decir? ¿Que al principio veía personas en los peces? ¿Que, luego, cuanto más miraba a aquellas tristes criaturas moribundas, coleteando o convulsionando desesperadas sus agallas en silencioso horror, que cuanto más miraba los infinitos recovecos de sus ojos más notaba que una parte de ellos se introducía en mí?

Y cómo iba a confesar otra cosa aún más peculiar, más escandalosa: ¡que últimamente, y sin yo proponérmelo, una pequeña parte de mi ser había iniciado un largo y fatídico viaje hacia su interior! Una pequeña parte de mí, que se fue haciendo más y más grande, caía y se adentraba en los peces a través de sus ojos acusadores, por el túnel en espiral de sus ojos que solo terminaba con la conciencia súbita de que ya no caía, sino que flotaba en el mar muy lentamente, sin saber si estaba vivo o muerto, y en un momento dado de esa caída me di cuenta con horror de que estaba mirando a un tiburón sierra que fingía ser Jorgen Jorgensen, ¡y de que veía peces en las personas!

Los pelos se me erizaban y me entraban sudores fríos solo de pensar en aquellas cosas tan terribles, y no digamos de pensar en decirlas públicamente, porque sabía que para sobrevivir y medrar era importante no sentir nada por nada ni por nadie, y yo quería sobrevivir y medrar. Ahora bien, debido a la proximidad que acababa de descubrir con lo que hasta entonces había sido poco más que algo fétido envuelto en limo y escamas, empecé a soñar que no había nada en el asombroso universo que se abría ante mí, ni hombre ni mujer, ni planta ni árbol, ni pájaro ni pez, que pudieran dejarme indiferente.

El crimen del que se me acusó, por el que se me juzgó e inevitablemente condenaron, fue el de asesinato. Pero ¿y mi auténtico crimen...?

Mi auténtico crimen fue el de ver el mundo tal cual es y pintarlo en forma de peces. Por esa única razón, me alegré de firmar una confesión de culpabilidad sin necesidad de pasar por la Cuna ni el Tubo Mordaza, por inexactos que fueran los detalles que se dieron de mi crimen.

Llevo ahora casi un año y medio en esta celda de agua de mar, esperando la ejecución, que Pobjoy consigue postergar una y otra vez mediante subterfugios diversos. Al principio me iba la mar de bien. Pobjoy reunió y encuadernó mis dibujos de peces originales, y los vendió luego a un tal doctor Allport en Hobart Town. Aquello no me importó, puesto que jamás me satisfizo el trabajo que hice para el libro de peces del señor Lempriere. Extrañamente, no ha sido hasta ahora, que pinto con la ayuda de mi mala memoria a la pobre luz de esta celda de agua de mar, cuando he sentido que mis peces merecían por fin tal nombre.

Pobjoy percibía que desde que me habían encarcelado en la celda de agua de mar

mi fe se había renovado, que en este lugar mi talento se desplegaba como una fronda de helechos hacia la sombra. A Pobjoy, que antes solo me veía como un objeto al que pegar y patear, le impresionaba el modo en que me interesaba por —y solo por— la pintura, y aún le impresionó más la suma que el médico de Hobart Town estaba dispuesto a pagar por el libro de peces del señor Lempriere.

Pobjoy acabó comprendiendo que las pinturas eran una moneda de cambio más valiosa que el tabaco o el ron cuando se negociaba en el lugar adecuado. Pero, para que yo pintara, para que Pobjoy ganara dinero, necesitaba materiales. Y él me los proporcionó con su diligencia habitual.

En mi celda de agua de mar, bajo la tapadera de los Constables falsos, resolví volver a pintar todos los peces de memoria, esta vez añadiéndoles estas notas. Pobjoy me ha procurado óleos y lienzos para mis Constables, así como el papel que insistí en necesitar para los esbozos preliminares. Pero para completar mi segundo libro de peces necesitaba acuarelas.

La última vez que vi a Twopenny Sal fue cuando vino a la celda con el pretexto de traerme comida. Mi vida en la celda era increíblemente monótona, y aparte de Pobjoy daba gracias por ahorrarme el problema de tratar con la gente. El Cielo es la otra gente, solía decir el viejo sacerdote que me frotaba los pies con la esperanza de frotar otras partes de mi cuerpo, aunque supongo que el Infierno es la misma cosa. Así que no quería ver a Twopenny Sal. A decir verdad, no quería volver a verla en la vida. Pero allí estaba ella, vestida como la sirvienta que a veces fingía ser.

Por su abultado vientre vi que estaba encinta de varios meses. Pero en realidad no hablamos de eso, ni tampoco de la muerte de su padre. Aunque ella no dijo nada, supe que no tardaría en huir de nuevo a la selva, dejando al comandante con el corazón roto y a mí en posesión de las acuarelas del señor Lempriere, que había metido en la celda de tapadillo, y del jarro de cobre con láudano verde al que, después de que ella se fuera, confieso que he recurrido como solaz.

Verde: fertilidad, nacimiento, inmortalidad, la resurrección de los justos. En el Arte, denota esperanza, gozo. Entre los griegos y los moros: victoria. En la iglesia, la recompensa de Dios, el regocijo, la resurrección. En los planetas, Venus. Pero el olor de la mierda de cerdo, el malévolos poder de los celos y el rostro de las alucinaciones para mí serán ya por siempre de color turquesa.

Con los ojos clavados en su vientre, y preguntándome qué pobre diablo sería el responsable, solo dije una palabra cuando ella se disponía a marcharse.

—¿Moinee? —pregunté.

—Compadre —respondió.

VI

¿Creéis que solo estaba encarcelado?, deseé gritar cuando se dio la vuelta para marcharse y golpeó la puerta tres veces para que Pobjoy fuera a abrir, pues también yo era carcelero. ¿Creéis que nunca mentí para salvar el pellejo de los azotes? ¿Que nunca le robé a un compañero? Tengo debilidad por la ginebra, las mujeres mayores, el ron blanco, las jovencitas, la cerveza negra, el pisco, la compañía humana y el láudano del comandante. Tengo pánico al dolor. No conozco la vergüenza. ¿Creéis que jamás delaté a un compañero? Era compadre y chivato a la vez. Los apreciaba y lloraba por ellos cuando se los llevaban para azotarlos por mis falsas informaciones. Sobreviví. Estaba mal y yo era como el látigo que les despellejaba la espalda cuando intercambiaba almas por unos pedazos de comida o de pintura. Delaté todo lo que hizo falta. Fui un vil trozo de mierda de celda. Olí el aliento de mis compañeros. Olí el hedor agrio de sus vidas putrefactas. Yo era la cucaracha apestosa. Yo era los repugnantes piojos que no dejaban de picar. Yo era Australia. Me estaba muriendo antes de nacer. Era una rata que se comía a sus crías. Era María Magdalena. Era Jesús. Era un pecador. Era un santo. Era carne y apetito carnal y unión carnal y muerte y amor tenían el mismo valor y eran igualmente hermosos a mis ojos. Acuné sus cuerpos destrozados y moribundos. Besé sus forúnculos, que supuraban. Les lavé las piernas flacas y llenas de úlceras, cráteres de pus medio podridos; yo era ese pus y era espíritu y era Dios y era intraducible y era incognoscible, incluso para mí mismo. Cómo me detestaba por ello. Cómo deseaba demostrar al universo que amaba y que también era yo, y cómo deseaba saber por qué en mis sueños volaba a través de los océanos y cuando despertaba yo era la tierra oliendo a turba recién removida. No había hombre que pudiera responder a mis airadas lamentaciones, ni podían oír mis bromas sobre por qué tenía que sufrir aquella vida. Yo era Dios y era pus y lo que yo fuera lo eras Tú y Tú eras Sagrada, Tus pies, Tus intestinos, Tu pubis, Tus axilas, Tu olor, Tu sonido y Tu sabor, Tu belleza caída, yo era Divino en Tu imagen y era Tú y ya no era demasiado grande para esta grandiosa tierra, ¿y por qué no hay palabras para expresar el dolor y el sufrimiento de tener que decir adiós?



EL PEZ VACA

Las aréolas de la señora Gottliebsen – Donde se narran otros fenómenos sorprendentes – Twopenny Sal y sus círculos – De por qué el pez vaca temblaba – Una misteriosa calamidad – Hallazgo del Registro – El invento del viejo danés – Una confrontación funesta – Literatura sobre el asesinato – La cabeza del cirujano se multiplica sin cesar – Un capullo desenredado.

I

Me doy cuenta de que en la narración de esta historia he puesto el carro antes que el caballo, que he dejado a la señora Gottliebsen esperándome, preparada y enjaezada en todos los sentidos para llevarme en volandas hacia mi destino aciago.

Si el lector se ha llevado la impresión de que Billy Gould —antes de que descubrieran que era el Asesino de la Ilustración y cuando aún pintaba peces para el cirujano— había seguido siéndole fiel a Twopenny Sal después de que ella le dejara, acertará y se equivocará a un tiempo. Mientras ella iba a lo suyo con Musha Pug, a Billy Gould le presentaron a la señora Gottliebsen, esposa del pastor Gottliebsen, pasajeros de un balandro con destino a Sydney que había hecho escala en la Isla de Sara.

Padecían la hospitalidad del señor Lempriere, que les había cedido su casa mientras él se encontraba de gira por los puestos de avanzada que la colonia tenía en el río Gordon. A mí me habían dado instrucciones para que les hiciera de criado y suspendiera la tarea de pintar hasta que terminara su visita.

El pastor Gottliebsen era un individuo delgado y adusto. No carecía de aquel aplomo extraño que se tiene cuando la necesidad de pensar no es imperiosa, y solo por eso ya me desagradaba. Tenía esa mentalidad tan estrecha como el cuello de una vinagrera, y se consideraba una especie de esteta, un auténtico poeta de la escuela Lake interesado por la figura del artista-criminal; le interesaba, me dijo cuando les serví la cena esa noche, que aquellos polos opuestos pudieran coexistir —¿o tal vez *debieran* coexistir?— resguardados bajo el paraguas de una sola persona.

Si queréis saber mi opinión, os diría que el paraguas en cuestión estaba bastante raído y agujereado, que solo alguien muy estúpido lo usaría para resguardarse, pero como el pastor Gottliebsen no me preguntó al respecto yo tampoco respondí, solo le aseguré que un hombre en la flor de la vida como él, podía invertir en cosas peores que el Arte.

—¿Por qué pintas? —preguntó, y antes de que yo pudiera señalar que era mejor eso a que le dieran a uno por el culo detrás de una acacia negra, aunque solo un poco mejor, él mismo se respondió—: Porque debes encontrar belleza en el mundo más adverso posible. Porque incluso el corazón del hombre más depravado —reflexionó, para que yo pudiera confirmar su trillado comentario— alberga la esperanza de la Redención Divina a través de la Naturaleza, que es Arte.

—¿No tendrá por casualidad un poco de *nigger twist*^[23]? —pregunté yo.

El pastor Gottliebsen se interrumpió y ladeó la cabeza maravillado por la propia perspicacia de sus reflexiones. Hizo un gesto con la cabeza exaltado ante la gloria del hombre y su deseo infinito de ascender hacia el reino etéreo.

—Para mi pipa —añadí yo—. Al señor Lempriere no le importará.

Pero él no parecía escucharme. Se relajó al cabo de un rato y me ofreció un poco

de rapé, que cogí como alternativa aceptable, junto con su considerada opinión de que la criminalidad tiene su origen en un desequilibrio de los fluidos corporales que, según él, podía rectificarse si, de niños, casos como el mío se colgaban cabeza abajo unas cuantas horas al día durante varios años como método de curación.

Puede que si de niño me hubieran colgado de los pies hubiera acabado de otra manera, tal vez me hubiera ido mejor. Pero fueron muchas las humillaciones que padecí en aquella época de mi vida y no parecían haberme mejorado en absoluto, y si queréis que os diga la verdad, la mayoría de las cosas que sufrí eran mucho peores que si me hubieran atado y dejado colgando de los tobillos.

La segunda noche de su estancia, después de haberles llevado la licorera con el excelente ron de la Martinica —aguado según las instrucciones del cirujano—, la señora Gottliebsen puso su mano sobre la mía. Me dijo que su marido había visto algunas de mis obras y que me consideraba un sensualista, a causa sin duda del desequilibrio de mis fluidos corporales. Se llevó mi mano a los labios y la besó, me acarició el brazo y luego me preguntó si podía poseerla mientras el pastor Gottliebsen nos observaba desde una distancia discreta. Me ofreció seis onzas del mejor tabaco *nigger twist*. Por seis onzas, dije yo, el pastor Gottliebsen puede acercarse todo lo que quiera, pero a la señora Gottliebsen no pareció entusiasmarle la idea.

Me pidió que le vendara los ojos y que le atara las muñecas con una cuerda a los postes de la cama. Por seis onzas me sentí obligado a representar mi mejor papel, así que empezamos con el viejo bodegón holandés para seguir luego alegremente con la danza de la Ilustración, y ella no paraba de gritar en su ciego placer, lo que estaba muy bien para ella, pero era inútil para mí, pues sencillamente el pintor flamenco no cargaba el pincel con los colores de la paleta.

¡Pobre señora Gottliebsen! Era una mujer audaz y su cuerpo aún lo era más: grandes muslos de alabastro y vientre redondeado y pechos abundantes con aréolas especialmente grandes. Con el rostro adamascado por el esfuerzo, empezó a gritar «¡Viólame! ¡Viólame!», pero lo único que pude hacer fue meterle la nariz entre los muslos, acariciarle los pezones, lamerle aquellas aréolas tan generosas y desesperarme cada vez más, pues todo aquello era en vano.

¡Pobre gilipollas de Billy Gould! Lejos quedaba el tiempo en que podía descargar dos veces seguidas en una boca. ¿Dónde estaban sus desequilibrados fluidos corporales cuando más los necesitaba? Me sentía apabullado. Ella me insultaba llamándome monstruo depravado. Yo me sentía perdido. Ella se retorció como una perca recién pescada. «¡Bestia!», me gritaba. Y yo bramaba como respuesta. «¡Bestia repugnante!», gritaba ella con deleite. Yo rebuznaba. La señora Gottliebsen empezó a gemir. Era horrible. Yo relinchaba y resoplaba y mugía y balaba. Una colección completa de animales estruendosamente lujuriosos. Pero por muchos ruidos absurdos que hiciera para seguir manteniendo la ficción de mi pasión, yo no era más que un eco en busca de la voz perdida que lo había originado. Ni los gritos salvajes y primitivos de la señora Gottliebsen, ni mis propias exhortaciones mentales o

exhibiciones externas tuvieron el menor efecto sobre mis flácidos atributos. Los Gottliebsen querían un leviatán y yo me había transformado en una sardina.

Pensando ahora en ello, resulta difícil de creer que Billy Gould tuviera el privilegio de conocer tanta carne y se quedara impertérrito. Yo no quería insultar a la señora Gottliebsen, que era una mujer estupenda en muchos aspectos y, dejando a un lado su cara, muy atractiva, pero ¿quién mira la repisa de la chimenea cuando está encendiendo el fuego? Claro que yo no habría podido encender ni una vela, y mucho menos prender un fuego y hacer que llameara. Pensé que quizá la culpa la tuviera la venda y entonces intenté imaginar los ojos de la señora Gottliebsen, pero no conseguía recordarlos, y además, la idea de tener al pastor Gottliebsen detrás de mí cometiendo actos incalificables en el sofá me desinflaba, por lo que intenté imaginar que no estaba allí.

Me molestaba que me hicieran representar el papel de un capellán con los dedos manchados de tiza. Intenté imaginar todas las cosas malvadas de este mundo y mi mente se llenó de más imágenes de las que es posible imaginar, pero seguía comportándome como un niño ante ella. Aterrorizado, recé a san Guignole, patrón de los impotentes, con la esperanza de imitar su célebre estatua de Brest, famosa por su miembro erecto, que, a pesar de disminuir de grosor por el roce de los amantes desesperados, mantenía milagrosamente su extraordinaria longitud y orientación.

Pero lo cierto era que, de algún modo, Twopenny Sal se me había metido en la cabeza, y por mucho que rezara, por mucho que lo intentara, por mucho que lo deseara, no se iba ni me permitía estar a la altura de las expectativas. La señora Gottliebsen estaba desparramada ante mí, más ancha y blanca que toda Europa, y lo único que yo tenía que hacer era conquistarla como Alejandro y llorar después. Pero lo único que veía eran las frágiles fibras de sisal de los bíceps oscuros de Twopenny Sal y sus antebrazos, las costillas como aros rodeando el pequeño barril de su torso bajo unos senos ligeros y levemente caídos, el esplendor estriado de su vientre lleno de pliegues, los labios como mejillones húmedos incitándome a entrar...

No era fidelidad a Twopenny Sal —al fin y al cabo, tampoco ella era una virgen vestal—, pero había algo en nuestra relación que se interponía entre la señora Gottliebsen y yo, que ahora me soltaba toda clase de groserías para decirme que era un animal. Ojalá hubiéramos tenido esa suerte. Me sacaba de mis casillas, porque no era lógico y yo quería obtener el mismo placer que le daba a la señora Gottliebsen, y sabía que eso era sencillamente imposible, y que todo aquello era contrario a la Razón, idea esta que por suerte me hizo recordar al Gran Filósofo.

Agarré a Voltaire y lo puse a trabajar, y la señora Gottliebsen empezó a chillar más que Castlereagh, y el pastor Gottliebsen empezó a gemir y a poner los ojos en blanco, y con tanto gemido no estoy seguro de que realmente viera lo que pasaba, porque al día siguiente, cuando los despedí en el muelle, los pillé lanzando miradas furtivas a mi entropiada a cada momento, convencidos obviamente de que era un valle de gigantes ocultos en lugar del desierto del deseo que yo sabía que era.

Calculé que las seis onzas de tabaco me durarían cuatro meses si las racionaba con esmero. Me fumé la mitad en dos días, y luego envié a Twopenny Sal el mensaje de que tenía tabaco, por si estaba interesada. La respuesta me llegó al día siguiente. Lo estaba.

II

Twopenny Sal me mostró dos círculos que tenía en las pantorrillas. Se los habían hecho cortándole la carne para hacerle unas marcas que dejaran cicatrices abultadas de un color azul acerado y un tacto extrañamente suave. Se tocó un círculo y dijo:

—Sol. —Tocó el otro, dividido en dos partes iguales por una línea, y dijo también en inglés—: Luna.

Luego encontró un palo en forma de Y entre la pila de leña del cirujano, y después de afilar dos de las puntas con el cuchillo de cocina, me hizo quitarme la camisa y tumbarme boca abajo. Noté que me clavaba el palo en los riñones y, utilizándolo como un compás, trazaba un círculo a cada lado de la columna. El dolor que sentía mientras ella me dibujaba lentamente con el palo hizo que me estremeciera, y me removí un poco cuando empezó a dividir en dos el segundo círculo, trazando una línea por la mitad.

Mientras frotaba la herida con cenizas de la chimenea del señor Lempriere para crear la cicatriz, volvió a tocar el primer círculo y dijo:

—Palawa —que era como llamaba a su propia gente; luego, mientras frotaba con cenizas el círculo dividido en dos, repitió una palabra varias veces—: Numminer. — Como si fuera un niño tonto, reía y repetía—: Numminer, numminer.

—No soy ningún numminer —dije yo al cabo de un rato, dándome la vuelta, porque sabía que numminer era la palabra que usaban ellos para designar tanto a los fantasmas como a los hombres blancos, sabía que creían que Inglaterra era el lugar al que iban sus espíritus al morir para renacer como ingleses, y que los hombres blancos eran sus antepasados que regresaban a la tierra.

Para demostrárselo, hice que se tumbara. Estudié el pez circular y el lienzo circular que tenía ante mí. Examiné las diversas cicatrices abultadas en forma de círculos que Twopenny Sal tenía en el cuerpo. El sol, la luna. Mujer negra, hombre blanco. Pero, para mí, el más asombroso de sus círculos era aquel sobre el que empecé a pintar.

Hay una infinita variedad de pechos y cada pecho evoca una imagen a la vez absurda y hermosa: pechos que apenas apuntan su existencia, con un leve montículo y todo lo demás aréola y pezón, como si concentraran toda su belleza en esa esencia cónica; pechos grandes que parecen hechos para ser amasados y abarcarlos; tetillas de perra y ubres de vaca, en cada caso con su innegable carga erótica; pechos para lamer y pechos para sujetar entre ellos la polla; pechos que no se miran como una pareja llena de rencor incapaz de separarse, pero que jamás se habla; pechos maternos con venas azules y que aún conservan el olor de leche agria; pechos tersos y pechos flácidos; pechos con pezones como cañones de revólver y pechos con pezones invertidos que hay que chupar hasta que saltan en tu boca como si se pusieran firmes. Pero la imagen que evocaron los pechos de Twopenny Sal aquel día, tumbada en el

suelo polvoriento del señor Lempriere, fue la de un pez pequeño y redondo que nada veloz alrededor de los arrecifes como un curioso plato giratorio suntuosamente adornado con franjas aterciopeladas.

Puse la punta de mi pincel sobre su lengua, luego se lo pasé lentamente por la mejilla y el rojo ocre que usaba para darse color. Con mi lengua humedecí su oscuro pecho para prepararlo y luego empecé a extender el rojo ocre como base, al principio con el pincel, que arrugaba su piel, y luego con los dedos, recorriendo su piel en lentos círculos y dejando la luna creciente de la parte inferior del pecho tal como estaba.

A la derecha del pezón conseguí un tono azulado de un pigmento azul ultramar. Los pequeños cuernos blancos los hice con los polvos de blanco de plomo del señor Lempriere, y para el característico iris amarillo del pez usé un poco de dorado que había rateado hacía mucho tiempo del Gran Casino de Mah-Jong. Froté muy suavemente entre dos dedos las pestañas ennegrecidas con carbón y, en una paleta que improvisé sobre su vientre, amasé el residuo negro con saliva para convertirlo en una pequeña pasta oscura. Con él pinté las franjas sobre el contorno de su pecho. Finalmente, sobre el pezón largo y oscuro de asombro, dibujé los ligeros trazos de unas líneas para darle la apariencia de la respingona aleta pectoral. El resultado no fue del todo satisfactorio, pero sí, en cambio, absolutamente vívido. Twopenny se incorporó sobre los codos, pero yo solo tenía ojos para el pez vaca que se movía despacio.

Dejé a un lado el pincel.

Cuando me agaché y toqué con la punta de la lengua la aleta pectoral, el pez vaca tembló como anticipándose a la vida.

Yo esperaba no desagradarle, pero no me hacía ilusiones pensando que iba a recordarme con cariño; eso sí me recordaba. Yo era uno más en la serie; le proporcionaba comida extra, bebida, tabaco aquel día; aparte de eso, no existía para ella. Al pensar en el modo en que se unen el dinero y la suciedad y el frenesí del deseo humano y el regusto amargo de la vida, cuando se compra a una mujer de algún modo, me sentía mareado, como si estuviera asomado a un agujero negro y sin fondo y perdiera el equilibrio. Pensé: no es deshonesto; es la expresión más honesta de la infinita tristeza de todos nosotros. De buena gana había pasado como el azogue por las manos de demasiadas mujeres, pero había un juicio final. No existía la absolución por amor, ni me redimía la idea de que el mundo se había reducido a dos únicas personas. Porque aquel día supe que yo no significaba nada para ella.

Alcé la vista y contemplé los intrincados arabescos que formaban unas grandes arañas cazadoras con las telas que tejían, bastiones de seda que unían las paredes y el techo desmoronados de la miserable casa del señor Lempriere. Cuando volví a bajar la vista, creí ver en su rostro una sensación de ausencia; tal vez era aquello más que cualquier otra cosa lo que le confería —para mí al menos— cierta profundidad serena. Sus ojos parecían llenos de sabiduría, pero cuando habló fue solo para pedir

más pisco, y luego se puso a bailar.

Aquel día de otoño en la casa del señor Lempriere, mientras el frío viento del exterior se convertía en vendaval, aquel único día en que ella volvió a mí, atraída, pensé, por mis promesas de tabaco y pisco, se levantó desnuda, con aquel fuego de húmedos leños de mirto crepitando detrás de ella, y bailó como si estuviera esquivando disparos de mosquete: amagando en una dirección, girándose y saltando en la dirección contraria. Su danza no tenía nada de femenina, nada que se ajustara a las palabras mujer y femenino. Era alternativamente violenta, desvergonzada, carente de gracia, y no parecía aspirar a la belleza, sino solo a contar una historia que yo tuve la vanidad de creer que podía estar destinada a mí. Parecía buscar la existencia desafiando el peso, la gravedad. El pez vaca saltaba y retozaba e iba de un lado a otro por el océano de su danza.

Después de bailar, estaba sudada y fría. Yo no me atrevía y ella no deseaba copular sobre el catre mohoso del señor Lempriere, así que lo hicimos en el sucio suelo. Empecé por besarle la espalda y luego se dio la vuelta y me puse a lamer y a chupar. Cuando nos pusimos a representar la vieja danza de la Ilustración, y la sonrisa de la razón de Voltaire empezó a crecer en ella como una lenta ola esperando para romper, vi lo siguiente: en una muñeca, un gran brazalete de plata; en la otra, un furúnculo sin sajar. Un pez vaca mirándome fijamente. Piojos subiéndole por el brazo hasta el pecho convertido en pez vaca; esta visión de un cuerpo cediendo a otros, del inevitable avance de la muerte y, al mismo tiempo, de su transformación en una nueva vida, me pareció terrible y maravillosa. Nada se resignaba: todo era hermoso.

Twopenny Sal tenía un sabor ácido y amargo, que recordaba un poco a la sal y un poco a la fruta, a un tiempo agrio y parecido a la canela, potente, intenso y dulce en su conjunto. Mientras yacía con ella en el sucio suelo del señor Lempriere y veía sus brazos, sus muslos y su torso oscuros mezclados con el polvo y la tierra y las moscas muertas, el azul de sus cicatrices, el tono oscuro de su piel me parecía más brillante aún, más hermoso entre tanta porquería.

Cuanto más la amaba aquel día, más misteriosa se volvía. Al principio yo tenía la certeza de que era negra, que estaba conmigo por placer y que podía hacerle el amor sin consecuencias. Al final, ya no sabía quién era ella y, lo que es más sorprendente, quién era yo.

Cogí su cabeza en la palma de mis manos, sujeté los cortos mechones rizados de su pelo con los dedos y tiré de su cabeza hacia atrás con los dedos así enlazados, tan fuerte que temí hacerle daño, pero cuanto más fuerte tiraba, con más apremio parecían responder sus caderas, subiendo y bajando de placer, empujando y exigiendo más y más de mis tensas entrañas, y cuanto más le miraba la cara, más me daba cuenta de que lo que contemplaban mis ojos nada tenía que ver con su rostro o con mis propios conceptos vacíos y estériles sobre lo que era la belleza y donde estúpidamente había supuesto que esta residía; cuanto más buscaba sus ojos cerrados, más consciente era de que ella estaba lejos, muy lejos, alejándose cada vez más de

mí, exigiéndome únicamente que siguiera sujetando su cabeza y tirándole del pelo y respondiendo con las fuerzas que me quedaran al ímpetu creciente y arrollador de sus entrañas de terciopelo, agitándose sobre mí como la más exquisita tormenta que me haría naufragar para siempre mientras, debajo de nosotros, el pez vaca se disolvía lentamente en manchas sudorosas de colores perdidos y polvorientos.

III

Casi todas las acuarelas se habían gastado. Twopenny Sal se había ido. El cirujano era un miasma pestilente. Mi jarro de láudano estaba vacío. Pobjoy más alto que nunca. Capois Death desaparecido; algunos decían que había escapado, otros que lo habían asesinado por orden expresa del comandante después de que las heladas extensiones de la Travesía del Noroeste hubieran quedado, por desgracia, arrasadas a causa de un incendio provocado por la carbonilla de la máquina de vapor, que lo quemó todo durante el viaje nocturno en tren del comandante. En aquella época no había Rey con quien pudiera conversar sobre mi difícil situación, cada vez más desesperada, pues lo que estoy a punto de contar ocurrió antes de que se reuniera conmigo en esta celda.

En resumen, no quedaba nada por interpretar en mi crónica. Mi trabajo, mi vida estaban alcanzando una equivalencia a la que no era completamente ciego, pues uno terminaba y la otra no le andaba a la zaga.

Sé que era Nochebuena porque, a medida que se acercaba el momento de mi muerte, era más consciente del paso del tiempo. El día había sido más caluroso de lo habitual, así que, cuando subió la marea aquella tarde, agradecí verme envuelto en el agua serena. El agua subió y yo con ella, hasta que floté por mi celda oscura como boca de lobo con la nariz apuntando hacia el techo. Sin una razón especial, me había acostumbrado a dar con la nariz en una de las enormes losas que, apoyadas en gruesas vigas, formaban el techo de mi celda.

Había estado jugueteando distraídamente con el techo durante un tiempo indefinido, escuchando la lenta percusión del mar que lamía el muro exterior de la celda, hallando un inexplicable consuelo en aquel sonido, pasando el dorso de mis manos arrugadas por el techo ligeramente áspero, empujando y palpando sin un propósito ni deseo concreto, cuando ocurrió algo espantoso.

De pronto me encontré violentamente atraído hacia las frías y negras aguas del fondo. A pesar de que luché y me debatí, seguía hundiéndome. Mis pensamientos se desbocaron, transformándose en burbujas que ascendían rápidamente como interrogantes confusos que jamás hallarían respuesta. ¿Era el Ejército de la Luz de Brady que asediaba y demolía el edificio donde yo estaba encerrado con fuego de cañón? ¿Era uno de los clientes de Pobjoy que se había presentado allí al amparo de la noche con intención de ahogarme porque se había convertido en admirador de Tiziano y mis Constables le parecían ahora obras sin vida, indignas de su pasión?

Empezaba a preguntarme cuánto tiempo faltaba para que el dolor del pecho, el golpeteo en las sienes y la opresión de la garganta se convirtieran en muerte, cuando noté que desaparecía de mi pecho el peso enorme que antes me atraía hacia abajo, rasgándose la piel. Mi cuerpo dejó de hundirse y empezó a ascender.

Tuvo que pasar un rato después de que emergiera a la superficie y escupiera agua

y tragara el aire igual que traga pan el hambriento, llenándose la boca, pero incapaz de saciar sus ansias, para que me diera cuenta de lo que había ocurrido. Al levantar el brazo, no me encontré en lo alto de mi celda, sino en una cavidad algo mayor que la que acababa de abandonar. Alcé el brazo con cautela por segunda vez y con la mano palpé los bordes del techo de losas rotas, al que era posible agarrarse.

Allá donde tocaba caían gruesos grumos de arena, húmeda y salada, llenándome la cara y la boca entreabierta. Y entonces comprendí que la piedra arenisca, siempre blanda, estaba sucumbiendo a la continua erosión del agua salada. Empujando y hurgando en ella había conseguido desmenuzarla, hasta hacer que cayera un trozo de losa del techo, que me había empujado hacia el fondo de la celda inundada.

Renacieron las esperanzas que había reprimido durante tanto tiempo. Animado por la excitación de la que apenas un minuto antes no me habría creído capaz, tanteé alrededor como un ciego y me cayeron en la cara pequeños trozos de piedra arenisca. Busqué alguna grieta en la que poder insertar la mano para hacer palanca. Poseído por una especie de fiebre, empujé y cavé hasta que la piel de mis manos, ablandada por el agua, empezó a pelarse; la piedra arenisca tenía la innegable aspereza arenosa de un millar de agujas.

No tenía un plan definido ni una idea clara de lo que iba a hacer. No sabía siquiera lo que era el vacío tenebroso que había sobre mi cabeza, si era el exterior o simplemente otra celda. Alcé los brazos hacia aquella oscuridad desconocida, encontré por fin un asidero y, aferrándome a él con fuerza, empecé a tirar.

IV

No sin dificultad, tirando y trepando, conseguí encaramarme a las vigas partidas que quedaban colgando, y después de atravesar la abertura del techo de losas rotas, llegar al mundo feliz que veía extendiéndose sobre mí. Para un hombre que se ha enorgullecido siempre de su falta de fuerza física y que, para más inri, había permanecido varios meses en una celda que abarcaba con los brazos, alimentándose de la bazofia que le arrojaba Pobjoy, no fue hazaña pequeña.

Me encontré tumbado sobre un húmedo suelo de piedra, jadeando, aspirando una confusa mezcla de olores intensos: polvo, lúpulo seco, cuero húmedo, humo de tabaco y, por encima de todos, ese moho especial que más adelante identifiqué como el olor del pergamino combinado con la inminencia de la muerte.

Quise ponerme en pie, me golpeé la cabeza con algo que me pareció una especie de mesa, caí de nuevo, salí a gatas y esta vez me levanté dispuesto a todo, para encontrarme en una gran estancia bañada por la luz brillante y fría de la luna, que le daba un misterioso aire ultramarino. La estancia parecía completamente vacía, si no fuera, claro está, por los libros.

Había libros por todas partes, y a todas partes adonde miré vi libros, y todos los libros estaban pulcramente dispuestos sobre los estantes toscamente tallados en pesada madera de acacia negra de las librerías que iban desde el suelo hasta el techo; las librerías estaban dispuestas como los radios de una rueda a partir de un punto central en donde había un gran escritorio circular desde debajo de la cual yo había emergido como una palomilla de su capullo, rígido y torpe.

Había tantos libros rodeándome por todos los lados que su sola visión me mareaba, me mareaba pensar que pudiera haber tantos libros en el mundo, y tantos en una sola habitación. Los volúmenes situados por encima de mi cabeza eran altos y estaban encuadernados en vitela, mientras que los que tenía a mis pies eran grandes tomos polvorientos. A mi espalda había manuscritos de diversos tamaños, atados con cordel, y delante de mí registros más nuevos, pequeños y repujados, encuadernados en oscuro tafilete.

Me gustaría decir que a la luz de la luna llena que se filtraba por las altas ventanas, la habitación adquiriría el color de la miel oscura y el encanto ambarino de las viejas bibliotecas. Pero sería mentira. Sería el tipo de cosa que a Pobjoy le gusta que pinte, o que podría escribir la señorita Anne. Lo cierto es que la estancia era un laberinto cambiante de tonos grises y azules, feo y siniestro.

Sobre el escritorio circular había un sencillo infolio, encuadernado en abortón, esa delicada vitela hecha de fetos de vaca. Estaba abierto; miré las columnas escritas con tinta azul, la escurridiza letra cursiva, con sus florituras arcaicas arrojando largas sombras de cadenas monstruosas, como si las palabras estuvieran esposadas y sojuzgadas.

Lo que leí me dejó confundido: pretendía ser una lista de las actividades de los convictos de los seis meses anteriores, pero parecía equivocarse en casi todos los detalles. Aun así, aclaraba el rompecabezas del propósito de la habitación. Comprendí que se trataba del emplazamiento del misterioso Registro, que aquellas estanterías eran el almacén de todos los archivos de la isla y, presumiblemente, el escritorio circular del centro era el lugar de trabajo del viejo escribiente danés, Jorgen Jorgensen, al que se retiraba cuando desaparecía diariamente, para compilar la única memoria perdurable de nuestro extraño mundo durante más tiempo del que nadie pudiera recordar.

Llegó el amanecer y la luz se hizo más intensa. No tenía que forzar ya mis ávidos ojos, pero a regañadientes cerré el libro que solo había leído en parte y me dispuse a regresar al mundo subterráneo.

Me concentré en disimular mi allanamiento. Por suerte, la parte del suelo del Registro que había destruido bajo el escritorio circular era un lugar oscuro y húmedo, y resultaba difícil imaginar que alguien fuera a mirar allí alguna vez. Cogí un libro grande, que parecía usarse poco, de uno de los estantes más altos y lo puse abierto sobre el agujero. Era un recurso desesperado, pero no se me ocurrió nada mejor.

Una vez colocada aquella trampa primitiva sobre mi cabeza, regresé a la celda. Apuntalé las vigas rotas lo mejor que pude, esperando que no fuera demasiado obvio, y cubrí la losa caída con los guijarros de mar y la gravilla que formaban el suelo de mi celda, para no dar a Pobjoy ninguna pista. Me preocupaba menos que pudiera mirar hacia arriba y notara que en el techo había algo raro; era poco probable, dada su necesidad de agacharse, y de todas formas el techo estaba sumido en las sombras.

Quizá os estéis preguntando por qué Billy Gould no aprovechó aquel instante para intentar huir por la puerta del Registro, que había encontrado por casualidad y no estaba cerrada con llave. Demostrando esa audacia singular que tanto le caracterizaba, había resuelto posponer la fuga hasta hacer los preparativos necesarios. En realidad creo que era como un pájaro cuando lo sacan de su jaula: su primera reacción es de miedo, y después siente el deseo de regresar a un ambiente conocido; su pensamiento inicial fue sencillamente el de refugiarse en el mundo que conocía, el de su celda de agua de mar.

Y luego estaba la cuestión de lo que había leído aquella primera noche en el libro abierto, cosas tan inexplicables y escandalosas por su desfachatez y, sin embargo, al mismo tiempo, tan atractivas en su lúcida locura que exigían una investigación más a fondo para poder sondear y adivinar su misterio.

V

Durante las siete noches siguientes esperaba con impaciencia que la marea subiera más deprisa, pues lo hacía tan lentamente que parecía lamerme los tobillos cubiertos de mejillones, la entrepierna comida por las ladillas, el vientre postiloso, y parecía tan larga como una de las cartas interminables de la señorita Anne, hasta que por fin flotaba, subía y podía tocar la áspera piedra arenisca partida y encaramarme luego al Registro.

Durante siete noches, por miedo a que la luz delatara mi presencia, me senté en el suelo junto al escritorio circular en medio del pequeño charco de luz que arrojaba una vela del Registro, y la luz más abundante, pero tenue, de la luna, y seguí leyendo aquellos grandes volúmenes, tan pesados que necesitaba de toda mi fuerza simplemente para sacarlos de la estantería.

Lo que descubrí entre los listones no era una crónica del penal que yo conocía, la nación del comandante: Nova Venezia. Pasaba las hojas de libros con memorandos, cartas y listas de presos^[24], buscando documentos, dibujos y planos del mampostero para la maravilla del Gran Casino de Mah-Jong.

No había nada.

Durante siete noches registré los archivos de intendencia en busca de cuentas, facturas, recibos que pudieran probar la compra de las locomotoras sudamericanas del comandante; intenté hallar un rastro de documentos que demostraran de modo rotundo que había vendido la región inexplorada de Transilvania o, incluso, su audacia aún mayor de usar el continente de Australia como moneda de cambio para comprar joyas de las Molucas, medicamentos chinos, cohombres marinos, muebles de Java y barcos cargados de muchachas de Siam.

No había nada.

Durante siete noches repasé cartas y diarios personales en busca de los más nimios detalles que pudieran sugerir las pesadillas del comandante sobre un pasado que no desaparecía nunca, sobre mercaderes árabes y piratas japoneses inmortales y racionalistas franceses desnudos.

No había nada.

Mientras leía los escritos del viejo danés, mis sentimientos pasaron de la perplejidad al asombro, preguntándome por qué habría escrito tanto que tuviera tan poco fundamento real.

Era evidente la necesidad de mentir al gobernador Arthur de Hobart Town y al Departamento colonial de Londres. Encontré cartas del Departamento, fechadas hacía varios años, solicitando justificantes, informes, inventarios y auditorías, todo lo cual exigía una respuesta falsa, el retrato de una colonia penitenciaria tal como ellos podían imaginarla y no como nosotros sabíamos que era.

No sé en qué momento, ni por qué, esa invención administrativa necesaria se

había extendido al proyecto, más grandioso, de volver a imaginar la colonia penitenciaria. Lo único que estaba claro era que el comandante había elegido al viejo danés para reelaborar todos los archivos de la colonia de modo que coincidieran con las expectativas y no con la realidad.

Pero al llegar a cierto punto, el trabajo de Jorgen Jorgensen había empezado a sobrepasar incluso la ambición de su amo en sus desquiciados logros. Aunque al principio había permitido que los deseos del comandante guiaran su obra, como un mensaje cifrado de los caprichos e invenciones de otro, lentamente había derivado hacia su propio y asombroso concepto de un mundo alternativo.

A medida que las noches se sucedían y yo seguía leyendo y leyendo, se hizo más clara la magnitud de su audacia y mi asombro se trocó en simple sobrecogimiento.

El mundo, tal como lo describía Jorgen Jorgensen en aquellas páginas escritas con tinta azul, estaba en guerra con la realidad en que vivíamos. Lo malo era que la realidad perdía. Era irreconocible. Era insufrible. Era, finalmente, inhumana. También era imposible dejar de leer.

Intenté imaginar al viejo danés, obligado en un principio a reinventar todas las barbaridades y horrores de nuestra colonia para convertirlas en orden y progreso, material, moral y espiritual, anotándolo todo a la vacilante luz del aceite de ballena con su elegante letra cursiva en los documentos oficiales de la colonia.

Y al cabo de un tiempo —¿un año, varios?— debió de vivir un momento tan estimulante que se había quedado encerrado para siempre en su loca liberación, un momento en el que había trascendido su propia conciencia por primera vez, empapando su pluma de demonios y descubriendo, con miedo y asombro, que en su interior contenía a todos los hombres y todas las mujeres: el bien y el mal, el amor y el odio, el tiempo y aquel momento único en que su alma explotó en un millar de gotas de vapor a través de las cuales empezó a filtrarse la luz de su imaginación, refractándose en un arco iris de historias hechas realidad en informes, reglamentos, listas de presos, cartas y memorandos.

Pues en la versión del viejo danés todo era distinto. Todas las vidas, todas las acciones, todos los motivos, todas las consecuencias. El tiempo, que el comandante consideraba un elemento de lo que inexorablemente todos estábamos compuestos, nuestra sustancia esencial y nuestra fuerza vital, en aquella versión era algo separado de nosotros: un montón de ladrillos de igual peso que, juntos, formaban el muro del presente que nos negaba toda relación con el pasado y, por tanto, impedía todo conocimiento de nuestro ser.

Mientras para el comandante la vida, los sueños y las pesadillas eran la misma cosa, en los archivos del viejo danés aparecían totalmente divididos y en franca oposición. Las pesadillas se habían desterrado y no se admitía connivencia alguna entre la vida y el sueño. Era la obra del fullero más magistral de la historia. Y pensé en lo orgulloso que se sentiría el viejo mariscal Blucher de su compañero de *skat* de otro tiempo.

VI

Permitidme añadir que yo también sentía una admiración creciente hacia Jorgensen, sentimiento que no hizo más que aumentar con el hallazgo, la séptima noche, de un alijo de aguardiente danés oculto tras una pila de impresos de solicitud de intendencia sin usar. Mientras leía a la luz amarillenta de la luna estival, bajo el escritorio circular, deteniéndome tan solo para aplastar un mosquito o servirme otro dedo de aguardiente o mear rápidamente en el agujero que se abría sobre mi celda, llegué a comprender que la inventiva del viejo danés era tan sutil como infinita: en el universo que durante tantos años había estado creando para su amo, cada detalle, por trivial que fuera, estaba magnificado y matizado y tabulado.

No pude por menos de maravillarme ante todo lo que Jorgensen había creado: por ejemplo, las largas columnas ordenadas con estadísticas tabuladas para demostrar la disminución del uso del látigo a lo largo de los años, los libros de sermones escritos a mano, los diseños de celdas nuevas, etcétera, etcétera, con los que describía en su conjunto un régimen de castigos corporales necesarios para vencer la brutalidad innata de los presos, que paulatinamente iba dando paso a prácticas más progresistas que incluían el recurso al aislamiento y a misioneros wesleyanos^[25].

Había sido sin duda un trabajo lento y a menudo tedioso para Jorgensen, pero obedeciendo las leyes de patrón y sucesión, de causa y efecto —que no describen jamás la vida pero son necesarias para ponerla en palabras escritas—, había creado una imagen de la colonia que persuadiría a la posteridad tanto de la animalidad de los presos como de la sagacidad del administrador, un modelo del poder de una disciplina infatigable y atemperada para transformar a carteristas en zapateros remendones y a sodomitas en cristianos.

Enterradas en esos volúmenes —entrelazadas unas con otras como raíces fibrosas de grama— había historias individuales que uno podía desentrañar, sobre todo de presos, pero también de sus carceleros, como la metódica y triunfal carrera del alférez de navío Horace, después llamado el comandante, tan inverosímil como la vida de cualquier santo. De humildísimos orígenes, Horace había nacido en una choza construida con sus propias manos, inició su carrera en el ejército como abanderado en el 91.º Regimiento, demostró su valía en diferentes puestos administrativos, y destacó en su extraordinario servicio como oficial del Estado Mayor en las Honduras Británicas^[26], donde había tratado a los indígenas de un modo humano y progresista antes de que fueran ejecutados en masa y a él lo trasladaran a la Isla de Sara. Un historial humanitario enfatizado por las copias de varias cartas que había enviado a su querido amigo William Wilberforce^[27], en las que hablaba de los males del sistema esclavista.

Brindé a la salud de una prisión tan benigna, tan maravillosa que uno pagaría de buena gana para abandonar Inglaterra e irse a vivir allí, y brindé por el margen de

maniobra que nos concedía a los presos. Alcé mi vaso repetidamente por las hábiles falsificaciones de cartas de presos que sustentaban los detalles descritos en los informes y reglamentos oficiales, sobre criminales que dejaban caer las herramientas y se negaban a trabajar hasta que cambiaran las condiciones o se resolvieran sus quejas. En un estante alto encontré incluso botellas que contenían la piel de hombres ahorcados, con sus tatuajes que concordaban con los historiales delictivos y los castigos que podían encontrarse en los muchos volúmenes de libros de cartas, de tal forma que aquellos trozos auténticos de carne muerta coincidían, mejor dicho, volvían a la vida en las historias del viejo danés, y brindé por cada ancla y ángel y máxima de tinta azul.

Las historias se sucedían sin parar, dando vueltas y más vueltas al tiempo que yo trasegaba más y más aguardiente. Brindé por Jorgensen una y otra vez, y cuando se vaciaba el vaso de Jorgensen, qué justo y apropiado parecía rellenarlo para brindar por el maravilloso mundo que él había creado: un sistema penal semejante a un proyecto de emigración progresista en masa, creado por sabios benefactores, en el que el horror era solo algo esporádico pero siempre merecido, un sistema que volvía buenos a los hombres en lugar de malos. Este mundo no era un acto de la creación, para bien o para mal, en el que la gente se reinventara constantemente a sí misma, sino un sistema en el que a todos se les había otorgado un papel innoble pero necesario, como la cabeza de un pistón o la correa de transmisión de las máquinas de vapor que el tejedor escocés había destruido tan inútilmente.

Bebí por la gloria aún mayor de máquinas y sistemas y luego empezó a darme vueltas la cabeza al pensar en la audacia descarada de todos aquellos informes y cartas y reglamentos falsificados, que no sugerían para nada las monstruosidades y locuras que tan familiares me resultaban, y de las que formaba parte.

Brindé por la ausencia total de todo aquello y brindé por la inclusión de todas aquellas espléndidas mentiras. Y luego me quedé sin nada por lo que brindar, así que acabé bebiendo simplemente de la botella y cuando la terminé me sentí mareado y culpable, y empezó a preocuparme que el mundo de Jorgensen fuera el Infierno que había llenado los ojos y la boca del rompemáquinas antes de que Capois Death se sentara encima de él.

Luego —y me da tanta vergüenza que solo puedo referirme a ello en tercera persona— Billy Gould sintió la necesidad de vomitar. No era que Billy Gould pensara que era malo vomitar, pues el cirujano le había dicho que así se purgaba el cuerpo de fluidos y humores indeseables, cortaba en seco los efectos terroríficos de la borrachera y la flatulencia del día siguiente.

De hecho, para acelerar la limpieza terapéutica del cuerpo, que estoy seguro que el pastor Gottliebsen habría aprobado, Billy Gould se metió incluso dos dedos en la garganta y los movió de arriba abajo hasta que notó que algo le subía por el pecho, le llenaba la garganta y brotaba luego de su boca como una corriente interrumpida, entre los tomates y las zanahorias que no había comido, la espantosa conciencia de que

todo lo que había leído era simplemente la imagen del comandante sobre una sociedad racional en forma de prisión, con la que ni siquiera la señorita Anne se atrevía a soñar en Europa, y que aquella creación final, tal vez en muchos aspectos su logro más monstruoso —aunque no fuera intencionado—, superaba al Gran Casino de Mah-Jong y la Línea Nacional de Ferrocarriles en su veneración grotesca e inconsciente del Viejo Mundo.

Era mucho para ser consciente de ello, y una parte le había salpicado los pies y manchado los pantalones —demasiado, para ser franco— y Billy Gould se habría puesto a limpiar enseguida toda aquella porquería de una Europa mal digerida, de no ser porque tuvo una revelación aún peor que la primera.

Cuando se limpiaba la boca con el dorso de la mano, le vino a la cabeza como la más pesada e insoportable de todas las cargas: en aquella historia universal todo lo que él había visto y conocido, todo lo que había presenciado y sufrido, estaba perdido y carecía de significado, igual que un sueño que se desvanece al despertar. Si la libertad solo existía en el espacio de la memoria, como había mantenido Capois Death llevando sus espíritus del pasado en una botella de cerveza con ginebra, entonces él y todos los que él conocía estaban condenados al encarcelamiento eterno.

VII

Mi mente sintió un horror enfermizo que es imposible describir. Unos rostros semejantes a los de las gárgolas parecieron apiñarse junto a las altas ventanas y suplicar algo que aliviara su sufrimiento infinito, que nadie recordaba ni contaba. Me sentí como si aquellos espantosos cráneos desollados avanzaran y retrocedieran, con sus huesos rojos asomando como si los hubieran mordisqueado unos perros, como si desearan que yo enmendara el pasado, algo que estaba completamente fuera de mi alcance.

Había leído y leído, y el pasado seguía sin vengarse, sin ser conocido. ¿Cómo podía rehacerlo yo con todo lo demás? De las cuencas vacías, acusadoras, de los cráneos del tejedor escocés y de Aullador Tom Weaver, del cráneo robado de Towtereh y del cráneo aplastado de su nieto, salían cucarachas. Las moscas salían volando de sus tabiques nasales mellados. Los cráneos empezaron a derramar lágrimas pútridas de pus y sangre que atravesaban el cristal y caían sobre mí. Aterrorizado, sacudí violentamente los hombros, los brazos, la cabeza, como para sacármelos de encima. «¡No! —grité—. ¡No! ¡Dejadme, por favor!». Pero aquellas sombras espantosas no querían marcharse y me rogaban lo que yo no podía darles. Yo, cubierto de carne putrefacta, que sentía todos los gusanos que en otro tiempo habían recorrido el cadáver de la mujer negra atada a unas estacas recorriendo el mío, que despedía el hedor de todas las putrefacciones, de todas las enfermedades y todos los regresos, veía la encarnación del mundo pasando ante mí en todo su horror y toda su belleza, ¿y cómo podía decir que ambas cosas eran inevitables?

Yo no soy más que el lector, les dije, intentando defenderme. Pero ellos no querían escuchar, no podían escuchar, no me escucharían, resueltos al parecer a convertirme en el instrumento de su venganza.

Y de repente Billy Gould se sintió no solo un poco mareado, sino gravemente enfermo.

Pues el mundo ya no existía para transformarse en libro. Eran los libros los que existían ahora con la obscena ambición de convertirse en el mundo.

VIII

Me desplomé en el suelo. Estuve allí tirado durante un rato, como una lámpara china sin luz, arrugada y plana, con la cabeza hundida en la incredulidad y el desconcierto. ¿Sería aquello lo que la gente recordaría algún día como el pasado?

Fue entonces cuando oí un extraño y agudo silbido. Con una sacudida de terror giré en redondo al tiempo que me echaba los brazos sobre la cabeza para protegerme.

Delante de mí había un pequeño perro sarnoso, parado sobre las patas traseras a la luz de la luna, silbando. Luego el perro dejó de silbar, se dejó caer sobre la otra pata buena y miró por encima de mi hombro. Antes de que pudiera darme otra vez la vuelta, antes incluso de oírle hablar, supe quién estaba detrás de mí.

—*Eres un falsificador, Gould* —dijo con palabras inclinadas y escurridizas como su letra.

Me di la vuelta despacio y, de todas las personas del mundo, vi a Jorgen Jorgensen sonriéndome. Por un momento pensé que estaba subido a una silla o a un estante, tan alto parecía. Se inclinó sobre mí, dejándome en la sombra, como una estantería a punto de caer. Muy lentamente, sin que mis ojos se atrevieran a apartarse de los suyos, me levanté.

Jorgen Jorgensen era monocromo y frío, como todo lo demás en el Registro. Unas líneas blancas le cruzaban la piel gris, adoptando formas diversas: una línea de espuma blanca arrugando la boca torcida, largos mechones de cabello blanco colgando en extraños ángulos de la cabeza ladeada, como telarañas rotas.

—*Condenado a sufrir tormento por toda la eternidad* —prosiguió, saboreando la palabra.

Jorgen Jorgensen no servía para el papel de Dios. Para empezar, no tenía la barba, solo aquel mostacho mezquino con la mitad de la sopa de harina y agua de la noche colgándole en gotas heladas. Además, olía a despojos podridos, y por mucho que Dios lo sea todo, no lo es en realidad, porque, de lo contrario, sería todos los hedores del mundo, además de ser los Narcisos, el Amor, los Amaneceres, etcétera, etcétera. Pero estaba claro que Jorgensen quería representar el papel de Dios, pues tras haber creado el mundo de nuevo, parecía resuelto ahora a pronunciar unas cuantas sentencias a las puertas del Paraíso, la primera de las cuales era que yo tenía que morir.

Desde que el sacerdote del asilo me dijo que era solo el Amor de Dios lo que le hacía frotar mis pies de aquella manera, he sido de la opinión de que el hecho de aceptar que algo es la Voluntad Divina no significa que tengamos que estar de acuerdo con ello. Uno puede aceptar, por ejemplo, que llueve por Voluntad Divina, pero eso no significa que deba quedarse bajo la lluvia. Y así con todo. Y si bien yo aceptaba el argumento de Jorgensen de que mi miserable pellejo en realidad no merecía otra cosa que la muerte más miserable, no estaba de acuerdo en que debiera

morir en aquel mismo momento. Y así, cuando de repente se abalanzó sobre mí con una fuerza y una agilidad completamente desproporcionadas con respecto a su maltrecho cuerpo y su edad, empuñando una espada oxidada con la que apuntaba directamente a mi corazón, me aparté a un lado y tiré la vela al suelo.

La vela se apagó y yo corrí a ocultarme tras una librería, pero el viejo danés conocía aquel laberinto de libros mejor que una rata su nido. Antes incluso de que oliera aquel hedor a hígado en descomposición, noté la fría hoja de su espada sobre mi cuello.

—*¡Igual que el Adamo de Brescia de Dante, que falsificó el florín de Florencia —siseó—, tu cuerpo se hinchará como una mandolina con el tormento de la hidropesía en el oscuro y hediondo foso del círculo de las Malasbolsas en el Averno!*

A medida que su lenguaje se volvía más grandilocuente, su boca desdentada se llenaba de espumarajos, como si sus adjetivos dieran gas a la espuma que se formaba en sus labios. Apretó la hoja con más fuerza sobre mi cuello y empecé a ahogarme. Yo temblaba de tal modo que la librería contra la que me apoyaba también empezó a moverse. En el suelo desigual, la tosca librería tenía un equilibrio precario, y a través del cuerpo noté que se balanceaba inoportunamente.

El viejo danés siguió empujando, transmitiéndome su visión de mi Infierno futuro no solo con meras palabras, sino con la saliva espumosa que las acompañaba y que rociaba sobre mi cara.

—*Padecerás sed y enfermedades repugnantes* —dijo, salpicándome—. *Serás uno más en el desfile infinito de muertos atormentados, otra sombra mutilada, condenada a vivir entre el hedor dulzón de la carne pútrida, todos vosotros, falsificadores, cubiertos de llagas horrendas y de las escaras de los demás.*

Con estas palabras, dio un buen empujón a la hoja de la espada. Su filo corroído trazó una fina y quebrada línea de sangre sobre mi cuello. Cuando volvió a empujar la espada, uno de mis pies sucios de vómito resbaló hacia atrás. Incapaz de mantener el equilibrio, resbalé con él y di con los riñones en la vacilante librería. Su peso muerto cedió a la posibilidad momentánea de un pivote. Pensé en los círculos de Twopenny Sal y sus caderas moviéndose, pero sería erróneo conceder a lo que hice entonces la dignidad de la palabra «idea».

Con las pocas fuerzas que me quedaban y el ímpetu de un sodomita, di un culazo en el edificio bamboleante de la librería.

El alacrán de los libros debió de oír algo —tal vez un crujido de la madera o el ruido sordo de un libro cayendo sobre otro como fichas de dominó—, porque de pronto miró hacia arriba. No sé si vio cómo se tambaleaba la librería, pero, en una sucesión tan rápida que fue casi como un único movimiento en lugar de tres, miró hacia arriba, retrocedió un paso corto y tropezó con sus propios pies. Perdió el equilibrio y cayó justo cuando los primeros libros empezaban a volar hacia el suelo.

Lo último que vi fue que intentaba parar inútilmente con la espada los enormes tomos que caían sobre él, pesados como rocas, ubicuos como la lluvia, temibles como

una avalancha. Cuando aquellos libros aplastaron a Jorgen Jorgensen, le oí chillar que nada perdura, ni siquiera los libros.

Pero luego ya no oí nada más, pues me encontraba dentro de una caverna de libros caídos con el culo en pompa y la cabeza gacha, concentrando la poca fuerza que tenía en sujetar la librería con la espalda. Me dije que al estar cerca de la base los libros y los estantes que me cayeran encima no lo harían desde muy alto, y por consiguiente no me causarían heridas graves. Pero en un momento dado uno de los estantes más altos se arqueó y se precipitó con violencia sobre mí.

No noté el golpe.

Braceaba, empujaba, me hundía sin saber si podría sobrevivir bajo el peso inmenso de tantas palabras.

IX

Oí los sonidos de la mañana: la llamada a revista, las gallinas correteando, los gritos lejanos y felices del homicida Castlereagh. Sin embargo, todo a mi alrededor seguía estando oscuro. No tenía la menor idea de cuánto tiempo había permanecido en aquella oscuridad. Estaba como atontado y me sentía tan pesado que, por un momento, me entró el pánico, convencido de que mi cabeza, decapitada pero consciente aún, se balanceaba en un barril con destino a Inglaterra.

Cuando noté un libro abierto sobre la cara, las pesadas esquinas de otros libros clavadas en las costillas y el estómago y el pecho amortajado por el peso formidable de libros cerrados, supe que mi cabeza debía de seguir unida al cuerpo. Olía a pergamino, vitela, sudor acre, el aroma a hígado podrido de Jorgensen. Supuse que el dolor sordo que sentía en los riñones debía provocarlo un canto de la librería caída sobre mi cuerpo. A lo lejos oí vocear nombres y respuestas. Oí el golpeteo sordo de los grilletes de las cadenas de presos que se disponían a trabajar. Los reniegos de los taladores, los ladridos de los guardianes.

Pero nadie pareció oírme cuando estornudé varias veces por culpa de la insufrible cantidad de polvo que había en el papel que me rodeaba por todas partes.

Estudí mi situación.

Oí. Oí. Pero no vi nada.

El peso inmenso de materia inanimada que tanta importancia parecía tener para Jorgensen, para mí era una venda asfixiante de la que necesitaba liberarme. Temía el modo en que me mataría si no hallaba la forma de escapar. Tenía la sensación de que en cualquier momento, cuando la sensación de encierro se me hiciera insoportable, empezaría a gritar sin poder dominarme. Peor que los cantos puntiagudos de los estantes eran los libros que seguían cada uno de mis movimientos, burlándose de mí, procurando ahogarme cuando me retorció primero hacia un lado y después hacia el otro. Con gran dificultad me deslicé y empujé hasta que conseguí salir a rastras de aquella oscuridad.

Me sentía mareado, la cabeza me daba vueltas. Los estantes rotos y astillados de la librería caída despedían ese olor dulzón peculiar de la esencia de acacia negra. Conseguí ponerme en pie.

En el otro extremo de la librería, vi un charco negro. Me acerqué tambaleándome, trepando por encima de las ruinas de libros caídos y maderas rotas. El charco era sangre coagulada, cubierta de polvo y cruzada por mechones de pelo que salían de debajo de un enorme libro.

Aparté el libro.

Un ojo del viejo danés colgaba de la cuenca ensangrentada, arrancado por el golpe de la esquina de un libro o el canto de un estante. Su espada había traspasado en parte un viejo volumen gastado que, examinado de cerca, resultó ser la *Historia*

natural de Plinio. Me pregunté si estaba realmente muerto o solo en estado de gracia, como santa Cristina la Asombrosa, quien, después de un ataque y cuando todos la daban por muerta, se elevó desde su ataúd y salió volando hacia las vigas del techo en plena misa de réquiem. Pero no había nada que recordara la gracia en lo que veía. Empujé el cuerpo del viejo danés y le toqué la cabeza con el pie, le di unas cuantas patadas hasta que caí en la cuenta de que ya se estaba poniendo rígido.

Lo contemplé durante un buen rato.

No sé cuánto.

Después de un rato largo o corto, una eternidad o unos segundos, le registré los bolsillos. Lo que empezó como un inventario de porquerías nada halagüeño, acabó dando como resultado unos cuantos objetos útiles: dos plumas rotas, un cortaplumas, un poco de pan negro de buena calidad, del que horneaban para los soldados y que, por lo tanto, no estaba adulterado con serrín y barro, unos anteojos (con una lente rota) y un anillo de oro. Cosidos en el collar de su levita, encontré una docena de dólares bengalíes que más tarde me resultarían providenciales.

Una intensa luz azul parecía latir entre los pliegues de su cuello. El viejo Gould me había enseñado que el azul era el color femenino, el pigmento más caro, con el que los grandes pintores del Renacimiento habían adornado el manto de la Virgen María, y que el azul de ultramar se llamaba así porque había que importarlo de Oriente Medio, de allende el mar.

Pero la distancia que tuve que recorrer yo fue mucho más corta. Solo tuve que alargar la mano, arrancar el collar de lapislázuli de los pliegues de pollo de su cuello y aquel mismo día moler con una piedra la brillante piedra azul para hacer el polvo de la tinta azul de ultramar con la que justamente ahora escribo este relato de fría muerte. El azul habla de la mañana, del cielo y del mar. Sin embargo, como me habían enseñado los peces con su entramado de colores, cada color contenía su contrario en sí mismo, y el azul es también el color de la tristeza, de la angustia y la lascivia. Y delante de mí aquella calurosa mañana de verano, tornándose progresivamente de aquel maldito color y recubierto de un número creciente de moscas, había un cadáver que, si yo no ponía remedio, me implicaría en un segundo asesinato.

La muerte es algo muy sencillo, pero, como me había enseñado el zurullo de Castlereagh, conlleva a veces consecuencias imprevistas, que yo estaba ansioso por evitar. Arrastré al otrora Rey de Islandia hacia el escritorio circular, aparté de un puntapié una botella vacía de aguardiente, quité mi improvisada trampilla y, empujando el cadáver por un charco de Europa vomitada, lo dejé caer en mi mundo subterráneo.

Era una maniobra estúpida, pero una vez hecha, no había vuelta atrás. Ahora, cuando la marea está baja, escondo el cadáver detrás de la puerta de la celda, junto con los maderos partidos y los restos del desplome parcial del techo. Cuando la marea sube, simplemente flotamos juntos en ella.

En muchos sentidos un cadáver es la imagen en negativo del hombre vivo; en muchos sentidos he descubierto que es preferible al hombre que en otro tiempo habitó aquel pedazo de carne podrida. Mientras que Jorgen Jorgensen intentaba hacer que el mundo se plegara a sus deseos, su cadáver, el cadáver del Rey —liberado de la subordinación al estilo enmascarado del comandante, desaparecido junto con el resto de su piel— es el modelo mismo de resignación occidental. Mientras que Jorgen Jorgensen deseaba decirle a la posteridad lo que pensaba, el Rey se contenta con sopesar la sopa aguada de mis divagaciones.

He comentado con anterioridad que la compañía del Rey me ha ayudado a llenar el vacío de mi soledad y que he llegado a admirarlo. Sin su apoyo, por ejemplo, no hubiera podido progresar tanto con este *Libro de los peces*. Nunca ha criticado mis esfuerzos, ni ha menospreciado mis ambiciones, ni ha atacado la pobreza de mi estilo. Siempre ha mantenido una actitud de despreocupación benévola, y creo firmemente que, debido a ello, mi relato ha prosperado.

Pero al principio, con su ojo lechoso, sus mejillas hundidas y la barba y las uñas que seguían creciéndole, debo admitir que el cadáver de Jorgen Jorgensen resultaba perturbador. Más tarde, cuando se hinchó con los gases de la muerte y su cuerpo ennegreció y luego se volvió verde y viscoso, cuando la carne empezó a desprenderse del cuerpo, de ese nuevo cuerpo de forma elefantina en trozos pútridos y grasientos, su cadáver inflado y hediondo solía chocar contra mí mientras flotábamos dando vueltas.

Invadido por el asco, intentaba apartarlo a empujones, pero mis manos temblorosas atravesaban aquella carne hinchada y pútrida como por arte de magia, hasta dar con la única cosa sólida que quedaba del Rey: su esqueleto, los huesos de brazos o piernas, de la caja torácica o el cráneo. Recordé las últimas palabras que me dirigió el Rey aquella noche en el Registro, cuando me dijo que padecería la hidropesía de los falsificadores en mi Infierno dantesco, y, sin embargo, ahora tenía allí, nadando a mi alrededor, el cadáver hinchado del auténtico falsificador; su último reino era mi celda, ahora su círculo del Infierno.

X

A la noche siguiente, volví al Registro. Durante el día había hecho un calor sofocante, e incluso de noche la habitación resultaba bochornosa, con el aire denso y pesado. Todo estaba tal como lo había dejado: la librería caída, los estantes rotos, los libros esparcidos y abiertos en extrañas posiciones y montones destartalados. El Registro, que era el dominio del viejo danés, no había sido visitado, ya que nadie se atrevía a entrar en él durante el día. Comprendí que no lo harían hasta que se percataran de su ausencia, lo que podía tardar varios días. Recogí el libro que había caído sobre la cara del viejo danés —con una esquina manchada de oscura sangre, la que le había arrancado el ojo— para ver qué tenía que decir, si decía algo, sobre la cuestión del asesinato sin premeditación.

Era un folio grande y elegante, de muy reciente publicación. Sobre la tapa, estampado en relieve con doradas letras góticas, rezaba así el título:

CRANIA TASMANIAE
Sir Cosmo Wheeler

Abrí el libro y leí la dedicatoria:

*Para Toby Lempriere
De su compañero, soldado de infantería de la Ciencia,
Cosmo Wheeler, comendador de la orden de Bath*

Había varios recortes de reseñas sacados de publicaciones especializadas, todos efusivos, uno ensalzando *Crania Tasmaniae* como la *magnum opus* de su autor, otro saludando a Wheeler como el Blumenbach británico con el siguiente comentario:

... Que mientras el gran craneometrista prusiano Johann Friedrich Blumenbach ha establecido más allá de toda duda la existencia de una raza europea que él denomina «caucásica», separada de las otras cuatro razas humanas, su teoría de la superioridad caucásica sobre las demás razas ha sido más una audaz afirmación teutónica que un hecho científico demostrado, hasta la publicación fundamental de «*Crania Tasmaniae*».

El corolario del cráneo de Blumenbach procedente de la región del Cáucaso, que según él muestra en su forma los más finos rasgos de la raza humana y le ha llevado a

dar a la raza europea el apelativo de «caucásica» en su honor, es el cráneo negroide de *sir* Cosmo Wheeler, procedente de la Tierra de Van Diemen, conocido únicamente como BM-36, en el que la degeneración...

El asombro hizo que mis dedos sudorosos dejaran caer el recorte al suelo. Al lado del recorte, había una reseña en la que podía leerse:

Una propensión a las pasiones animales excesivas e indebidas de carácter sexual, la capacidad amatoria es evidente por el modo en que esa energía decadente ha creado a lo largo de toda una vida unos espacios más grandes de lo normal a ambos lados del cráneo (retardando el crecimiento del resto del cerebro), entre los mastoides, justo entre el oído y la base del hueso occipital. *Sir* Cosmo Wheeler describe acertadamente el BM-36, afirmando que posee «las cavidades amatorias de la Gran Tierra Austral, una oscura laguna de proporciones monumentales, que precisa de ulteriores exploraciones científicas».

Me pareció una ironía cruel cuando recordé el triste destino final del pene del cirujano. La última reseña que leí antes de arrojar el resto a un lado era concluyente a la hora de afirmar que:

... Uno no tiene más que ver la espantosa depravación, la disposición ovina y la forma regresiva en su conjunto del cráneo BM-36 para comprender por qué «*Crania Tasmaniae*» es uno de los grandes logros científicos de nuestra época.

Wheeler demuestra más allá de toda duda que el negro tasmano es de una especie completamente aparte, posiblemente más salvaje incluso que la de los nativos de Nueva Holanda^[28], rayando en lo meramente animal.

Los indicios de inferioridad mental y degeneración racial son evidentes en los corrompidos rasgos craneales, tan espléndidamente ilustrados en el libro, y en general sustentan firmemente el conocimiento científico de que tan lamentable si bien fascinante especie debió de ser creada por separado del hombre europeo. Sus orígenes no se

hallan, por tanto, en el Jardín del Edén, sino fuera de él, con todas las consecuencias espirituales, morales y utilitarias que ello conlleva para los asuntos humanos modernos.

Hojeé el libro, desgarrando las páginas sin cortar con el dedo índice. Podían verse distintos y complejos grabados de los cráneos de nativos de la Tierra de Van Diemen, extraordinariamente bien hechos. No obstante, no había otros mejores que los realizados en varias hojas dedicadas específicamente a vistas diferentes y detalladas del cráneo fundamental: el BM-36, en las que el cráneo se multiplicaba hasta el infinito en imágenes laterales y verticales, desde abajo y desde arriba. Tan reverente devoción me hizo pensar en san Agapito, del que se veneran no menos de cinco cráneos perfectamente conservados a lo largo y ancho de la península italiana.

Anexas al libro había dos cartas. Ambas dirigidas al señor Lempriere. La primera llevaba intacto el sello de la Royal Society, e informaba al señor Lempriere que, en reconocimiento a su diligencia y perseverancia en la colección de especímenes de historia natural, la sociedad había decidido concederle una mención de honor.

La segunda era una carta personal de *sir* Cosmo Wheeler en la que el gran frenólogo de nuestra época aseguraba a su querido amigo que había peleado duramente en el seno de la Royal Society para que admitieran a Lempriere como miembro. Había explicado a sus colegas la importancia crucial que había tenido la colección de cráneos de su discípulo y que el cráneo BM-36 había sido decisivo para probar las teorías que *sir* Cosmo Wheeler había mantenido desde hacía tiempo. Con mayor claridad que ningún otro de los que había examinado hasta entonces, aquel cráneo en particular demostraba la deficiencia moral, la reducida capacidad craneal y la naturaleza regresiva de la raza negra de Tasmania, lo que independientemente de la llegada de los avanzados y civilizados europeos habría significado a la postre su total destrucción.

Sin embargo, lamentaba mucho tener que informarle de que el trabajo bien hecho, como las buenas palabras, no endulza la hiel, y que su propuesta de admisión para Lempriere había sido desestimada por la voluntad general de la sociedad. No obstante, añadía *sir* Cosmo, una mención de honor de una entidad de tanto prestigio no era algo desdeñable, y sin duda acabaría siendo un peldaño fundamental para alcanzar el objetivo último de ingresar en la Royal Society.

Mientras tanto, ¿había considerado la posibilidad de recoger huevos? Bowdler-Sharpe era un completo inepto y *sir* Cosmo estaba pensando en hacer un estudio comparativo entre los huevos del Viejo Mundo y los del Nuevo. Se preguntaba si a Toby podía interesarle participar en aquella gran empresa colectiva.

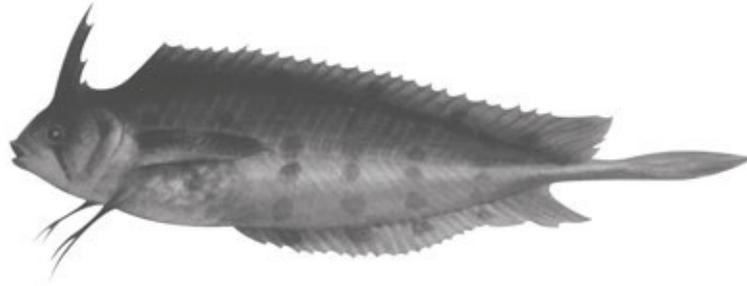
XI

Sentía que me ahogaba lentamente, como si unas hojas tan grandes como casas me cayeran encima, oprimiéndome como si fuera una flor puesta a secar y conservar prensada; como si envolvieran mi humilde forma en un libro tan inmenso como el cielo, y fueran a cerrarlo pronto sobre mí eternamente.

La vida de los hombres no es una progresión, como se representa tradicionalmente en los cuadros históricos, ni tampoco una serie de hechos que puedan ser enumerados y entendidos en un orden cronológico. La vida viene conformada más bien por una serie de transformaciones, algunas inmediatas y sorprendentes, otras tan lentas que resultan imperceptibles, pero tan completas y horripilantes que un hombre, al llegar al final de su vida, difícilmente encontrará en su memoria un momento de correspondencia entre su ser anciano y su ser juvenil.

No sabría decir cuándo comprendí por primera vez que todo aquel largo período en la Isla de Sara había sido en realidad un proceso de metamorfosis infinitamente lento. Cuando cautelosamente intenté huir de la oscuridad de *Crania Tasmaniae* y de las cartas que contenía, ¿cómo podía adivinar que pronto iba a renacer como un ser nuevo y diferente? ¿Cómo podía saber que el proceso de pintar los peces había sido tan arduo y doloroso, no porque los peces estuvieran muriéndose y yo no estuviera a la altura de su forma, sino porque también yo tenía que morir para que mi propia forma empezara a cambiar? ¿Cómo podía saber que todo aquel tiempo mis pinturas me habían estado transformando, que lo que hacía con mi pincel no era crear pinturas sino tejer con sus innumerables hilos un único capullo?

¿Y cómo habría podido saber yo, cuando arrojé aquella carta al suelo buscando abandonar por fin mi crisálida, que mi desesperado empeño de fuga estaba a punto de empezar?



LA BABOSA ALGA CRESTADA

*En el que se relata una huida de lo más audaz y atrevida
– El trineo de la memoria frustrada – Brady, un ángel
vengador – El regreso de Capois Death – Atacado por
negros – Un asesinato – La pira funeraria.*

I

En el principio fue la Palabra y la Palabra estaba con Dios y la Palabra era Dios. Ocurrió en el principio con el viejo danés lo mismo que con Dios, todas las cosas las creó él y sin él nada de lo creado existía.

Pero luego la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros como parte de *nuestra* oscuridad, y no abarcaba nuestra oscuridad, pues su carne estaba hecha jirones putrefactos, hinchados, viscosos y verdosos que flotaban por mi celda como restos de un naufragio. Mientras intentaba mantener la cabeza por encima de aquel cieno viscoso que se elevaba todas las noches a mi alrededor, para evitar la sensación de estar hundiéndome para siempre en la Palabra primigenia, el deseo de revelar que la Palabra y el Mundo no eran ya lo que parecían, que ya no eran Uno, se convirtió en lo más sagrado de mi existencia.

Era el día de Año Nuevo de 1831 y yo estaba resuelto a mantener mi decisión de marcharme, pero con una ambición mucho mayor que la de huir: la de destruir de una vez para siempre el Sistema Penal. El arma con la que pensaba alcanzar tal fin era la amplia selección de archivos que había robado del Registro.

Rolo Palma y sus presos pescadores habían aceptado llevarme, junto con aquellos archivos, al otro lado de la bahía, a cubierto de la noche. A cambio, les aseguré que ni ellos ni ninguna autoridad volvería a ver jamás sus historiales delictivos, les di seis dólares bengalíes y un ejemplar, algo estropeado y mutilado en parte, de la valiosísima edición de Rotterdam de 1628 de la primera traducción al inglés de la *Historia natural* de Plinio el Viejo, hecha por Philemon Holland, con todos sus relatos sobre razas extrañas: los tibianos, con dos pupilas en un ojo y la imagen de un caballo en el otro; los monocolis, que saltaban a una velocidad asombrosa sobre una sola pierna y que, para protegerse en los días calurosos, se tumbaban y alzaban la pierna como si fuera una sombrilla; los astomis, que no tenían boca ni nariz, sino tan solo unos orificios como las serpientes y vivían de los olores.

En la colonia había un gran revuelo: la inexplicable desaparición del viejo danés, la rumoreada e inminente llegada de Matt Brady y su Ejército de la Luz, la reclusión del comandante; todo ello movía a la gente a ir de un lado a otro sin orden ni concierto. En medio de semejante caos tumultuoso, huir no resultó muy difícil y no voy a aburrir aquí a nadie con la tediosa historia de mi fuga. Exigiría de mí que explicara ciertos detalles: la primera reunión nocturna con Rolo Palma; la luna en cuarto creciente o menguante que daba luz suficiente, pero no demasiada; la marea a nuestro favor; y la harina y el cerdo encurtido y el hacha y el cazo y las botas y el trineo y el modo en que compré todo eso, además de mi libertad, detalles todos sin interés. En cualquier caso, no se trató de una cuestión de valor y osadía, sino, como suelen ser estas cosas, de soborno y oportunidad.

Al recordar la última imagen que tuvieron de mí, la de un loco que había

convertido su locura en papel, los presos pescadores hablarían más tarde de historiales delictivos, libros de cartas, archivos heterogéneos con guardas marmoladas, documentos y manuscritos, conformando todos, a la luz gris del amanecer, un único montículo semejante a una choza sobre un trineo de sasafrás.

Los hombres de Rolo Palma empuñaron sus toscos remos y sintieron que el bote cobraba vida lentamente bajo sus pies, siguiendo su ritmo, al principio con un leve estremecimiento y deslizándose luego inequívocamente sobre el agua, negra y silenciosa, de vuelta a la Isla de Sara.

Mientras en aquel frío amanecer estival los hombres buscaban calor en su esfuerzo, oí sus voces que llegaban por el agua tranquila con jirones de niebla hasta donde estaba yo, intentando adentrarme con el trineo en la jungla, oscura aún y cubierta de rocío, como un vagabundo unido a su carga por un arnés de piel de canguro.

—Tiene toda la pinta de una mantis religiosa tratando de arrastrar un ladrillo —le oí decir a Rolo Palma.

Entonces salió el sol y debieron de comprender que la choza había cobrado vida, igual que su bote, y que también se movía, pues les oí proferir exclamaciones de asombro porque había desaparecido —tragado por aquella inmensidad verde que se extendía hacia el este durante cientos de kilómetros y donde solo vivían negros y animales salvajes y ríos más salvajes aún y Dios sabía qué otras razas y criaturas monstruosas—, y con él, un lunático fugado, destinado al olvido.

II

Hay que pensar que Billy Gould atribuía a los archivos un poder que solo pueden apreciar quienes han estado inmersos en papel durante mucho tiempo, aunque ni siquiera entonces lo comprendan del todo. Me preocupaba que, si no hacía algo, las mentiras que arrastraba tras de mí serían lo único que quedara un día de la colonia y que la posteridad juzgaría a los muertos —juzgaría a Capois Death, al señor Lempriere, al comandante, incluso al pobre Castlereagh, los juzgaría a ellos, me juzgaría a mí—, ¡nos juzgaría a todos nosotros a través del aparato de las monstruosas ficciones del comandante! ¡Como si fueran verdad! ¡Como si la historia y la palabra escrita fueran amigas en lugar de adversarias!

Tenía la certeza de que solo había un hombre que sabría qué hacer.

Matt Brady era un enigma para todos nosotros, pero en la oscuridad de mi celda pestilente, mientras el viejo escribiente danés se desintegraba poco a poco a mi alrededor, Brady se había convertido en mi inspiración. Nadie que yo conociera lo había visto nunca y, en consecuencia, las historias sobre su apariencia física variaban considerablemente. Sin embargo, yo estaba convencido de que reconocería a Brady en cuanto lo viera. Algunos decían que era moreno y alto, con un tatuaje maorí en una mejilla; otros decían que era medio samoano y que eso explicaba su inclinación belicosa; otros, en cambio, decían que era bajo y con pecas y que se recogía el pelo rojo en dos coletas. Para los escoceses, era William Wallace; para los irlandeses, era Cú Cúcalain, y para todos, un héroe.

Pero solo para mí era Brady, el único que podía vengar a la Historia.

Como habréis deducido ya, mis deseos eran diversos; debería haber sabido que también eran irrealizables. En primer lugar, pretendía paralizar la colonia eliminando la base de su administración, los documentos de archivo de su historia inventada, la ficción necesaria con la que se mantenía la realidad de la isla-prisión. Después había decidido que encontraría a Brady y que le entregaría aquellos archivos. Me engañaba con una ilusión más monstruosa aún que mi trineo de sasafrás de esperanzas toscamente talladas: la creencia de que, cuando Brady entrara en posesión de los archivos oficiales ficticios y de mi propio testimonio verdadero como corolario corrector, el proscrito estaría en situación de organizar su venganza cuando fuera a liberar la Isla de Sara.

Brady llevaría la justicia divina a las ratas delatoras, a los presos guardianes que vendían a sus compañeros por mejorar su situación, pues en los archivos del viejo danés aparecían todos como héroes, como presos dignos y respetados. Brady liberaría al resto, y un preso sin historial delictivo sería un hombre libre, ya que para mí era evidente que eran aquellas palabras falsas las que nos esclavizaban. Sin ellas, ¿quién podía decir qué hombre era libre y cuál no? Tras ser liberados, los presos podrían viajar a cualquier parte y considerarse hombres libres y, sin historial delictivo, no

viviendo ya dentro de la prisión de papel, nadie podría demostrar que no lo eran. Y después, Brady haría circular un relato veraz que sacara a la luz el horror de la colonia tal como era, lo que demostraría la falsedad del archivo oficial, de todos los archivos oficiales, y de este modo, inculcaría un espíritu de revuelta a lo largo y ancho de la Tierra de Van Diemen.

Por consiguiente, instrumento al fin de un propósito glorioso, me fui abriendo camino hacia lo desconocido con mi extraña carga, siempre con la visión de Brady, mi redentor, ante mí.

Pero el viaje, incluso sin aquel trineo de ambiciones escandalosas, era absurdo. La tierra era salvaje e inexplorada, y el paradero de Brady en aquella selva del tamaño de Inglaterra, desconocido. El terreno estaba cubierto por árboles y helechos muy densos, en ocasiones impenetrables. Se alzaba en grandes olas furiosas de montañas y caía a pico en terribles cataratas, de un blanco reluciente como granito.

El viaje se convirtió en un tormento inimaginable. Pero mientras arrastraba mi trineo de la memoria frustrada a través de la nieve, a través de una tormenta de aguanieve, subiendo por un nuevo barranco o cruzando una nueva llanura de garranchuelo, atravesando varias cordilleras y otros tantos ríos crecidos, ni siquiera en los momentos de mayor desesperación y de mayor sufrimiento físico contemplé un solo instante la posibilidad de no encontrar a Brady, porque cuando encontrara a Brady, él lo entendería todo. Brady sabría todo lo que yo no sabía. Brady me explicaría cómo girar el mundo del revés para que fuera otra vez como debía ser, como había sido, como tenía que ser.

III

Entró en el círculo llameante de mi fogata por la noche. Tenía el cuerpo postiloso y llagado, atrofiado y miserable, e iba prácticamente desnudo, aparte de un sombrero de hierba en la cabeza, una jarra de barro rayada y sin brillo en la mano derecha y una gran S grabada a fuego en su culo como dos herraduras arrugadas que sobresalieran entrelazándose.

Yo estaba acurrucado bajo una roca de pizarra en varias capas y me dejó tan perplejo su desesperado atrevimiento como me intrigó en un principio su identidad. Aferré el mango del hacha. Pero cuando él hizo su audaz proposición, no me quedó duda sobre quién era aquel que teniéndolo todo perdido era capaz de usar en beneficio propio las circunstancias desfavorables.

—Si compartes conmigo tu comida, yo te ayudaré a transportar tu carga —dijo Capois Death.

Le di un poco de cerdo encurtido. Lo contemplé mientras él lo masticaba con un lado de la boca, como un perro, porque supuse que se le habían caído el resto de los dientes. Le pregunté por qué había huido; al fin y al cabo, disfrutaba de una posición de privilegio y vivía mucho mejor que la mayoría en la isla.

Sin dejar de masticar, Capois Death se quitó el sombrero de hierba y cogió un trozo de papel mísero y sucio que llevaba sobre la cabeza. Lo había doblado y desdoblado tantas veces que los pliegues estaban prácticamente rotos y casi se había convertido en cuatro trozos de papel independientes.

Querido Cap:

Tú siempre has sido el único para mí y *solo* tú lo eras todo, qué dulce qué bueno que nunca olvidaré cuánto amaba tu sonrisa torcida tu pelo crespo cuánto te amé siempre a ti.

Tu amor para siempre,

Tommy

Devolví la carta a Capois Death.

Me contó que después de que ahorcaran a Aullador Tom Weaver se le había partido el corazón. Al principio quería suicidarse; después de un tiempo, había decidido escaparse al llegar el verano. Había huido con un grupo hacía seis semanas; se habían separado cuando se les acabó la comida. Un compañero se había ahogado al vadear un río, el otro había vuelto al campamento de los que quemaban piedra caliza para hacer cal y se había entregado. Capois Death había tenido que pelear con un diablo de Tasmania por los despojos de un wombat; de eso hacía una semana, después, nada.

—Sí —dijo, pero no sé en respuesta a qué, y descorchó la jarra de barro que llevaba, llena todavía de un líquido manchado de pipí que en otro tiempo había sido sopa Larrikin, y de una historia que, según dijo, en otro tiempo había sido la suya, y comprendí que había perdido el juicio. Extrajo una brizna de hierba viscosa y me contó que, poco después de llegar a la Isla de Sara, había presenciado el interrogatorio de un preso vuelto a capturar.

El preso —un pastelero de Birmingham— había pasado varias semanas fugado con otros tres fugitivos que seguían huidos. Debido a la falta de comida en aquella tierra implacable, todos creían que se había comido a sus compañeros mientras intentaban infructuosamente hallar un paso a través de las agrestes montañas del oeste para llegar al este colonizado, y que al final, cuando ya no pudo soportar el hambre, regresó al penal y se entregó.

Declarando entonces que estaba harto de vivir, confesó su canibalismo, pero no le creyeron hasta que se quitó y mostró sus mocasines hechos de piel humana. Más interesado por lo que el pastelero había descubierto sobre la Transilvania inexplorada que por confesiones de semejante depravación, Musha Pug le forzó a describir la naturaleza exacta del terreno que había recorrido.

Exasperado, el pastelero se inclinó hacia él y, tras pedir permiso al comandante, cogió una de las hojas que tenía Jorgen Jorgensen para tomar nota del interrogatorio. Con un gesto violento, arrugó la hoja y la convirtió en una fea bola.

—Señor —dijo tranquilamente—, Transilvania es así. —Y dejó caer la hoja arrugada a sus pies.

Pensando en la poca comida que me quedaba, Capois Death se unió a mi viaje a través de aquel arrugado laberinto de cascadas, selvas y barrancos y terrazas de piedra caliza que se desplegaba ante nuestros ojos de manera indescriptible.

Nos dirigíamos a Frenchman's Cap, el gran macizo de Transilvania. Visible desde ciento cincuenta kilómetros en cualquier dirección, con su clara forma de media luna quebrada, cuando la veían desde tan lejos los esclavos de la Isla de Sara, sugería vívidamente —y para nosotros los presos, irónicamente— el gorro francés de la libertad, de ahí su nombre. Yo tenía razones (basadas tanto en la constancia de interminables rumores como en ciertas cartas secretas que había encontrado dirigidas al comandante y firmadas por el gobernador) para creer que Brady acampaba allí.

Nos dirigíamos a Frenchman's Cap, pero no éramos los únicos. Encontramos fogatas y algún que otro hueso de pierna o brazo. Encontramos raíces de mirto entrelazadas con el esqueleto esposado de algún fugitivo sin nombre.

Nos quedamos inmóviles, escuchando no sé qué.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Capois Death, rascándose una gran postilla inflamada que se le había formado sobre la marca de la máscara sonriente de su antebrazo.

Seguimos andando a trancas y barrancas. Se nos acabó el cerdo encurtido. Los libros se mojaron, se cubrieron de musgo y líquenes, dieron vida a insectos y

pequeñas plantas. La postilla del brazo de Capois Death se infectó, sus movimientos se hicieron lentos y su mente, febril. Nos quedamos sin té. De algún modo perdimos el hacha, aunque creo que quizá Capois Death la tirara por miedo a que alguno de los dos sintiera la tentación de usarla como el pastelero. Se nos acabó la harina. En un profundo valle fluvial, encontramos el blanco tocón muerto de un eucalipto azul, con una circunferencia tan amplia como una veintena de hombres juntos. Sobre el tronco había una línea recta de lo que, de lejos, parecían trozos de corteza clavados. En medio de la fiebre, Capois Death creyó que era la numerosa descendencia de los ojos del rompemáquinas que lo miraban, resueltos a vengarse, y no quiso acercarse. Pero no era nada parecido: al examinarlos, descubrí que los trozos de corteza eran una docena de pares de orejas negras reseca.

Cuando más adelante bajábamos cojeando desde un elevado afloramiento rocoso, llegamos a una amplia llanura de garranchuelo que se combaba hasta la altura del pecho, de tono cobrizo, flores pequeñas y brotes recientes. Vimos algo que titilaba a lo lejos, acercándose por la llanura hacia nosotros, y al rato descubrimos que eran dos negros.

Ninguno de los dos se asustó y salió corriendo cuando probamos el viejo truco de coger unos palos y llevárnoslos al hombro como si fueran mosquetes. No tenía sentido echar a correr, e incluso esperábamos que se mostraran amistosos y nos ofrecieran un poco de la carne del canguro que uno de ellos llevaba colgado del hombro.

Pero cuando por fin se acercaron, quedó claro que no pensaban compartir nada. Uno era alto y con la piel postillosa. El otro era más bajo y fornido. Comprendimos que estaban enfadados. No vimos las lanzas que arrastraban por el suelo, cogidas entre los dedos de los pies.

—¿Numminer? ¿Numminer? —preguntaron, y yo, estúpido hombre blanco que pensaba que numminer significaba hombre blanco afín a todos los horrores que los hombres blancos infligían a los negros, respondí:

—No, yo no numminer.

Capois Death, un negro espabilado que creía que numminer significaba fantasma, pensó que podría jugar a espantar a aquellas almas cándidas, irguió el cuerpo y, haciendo uso de toda su fuerza de voluntad, dominó sus violentos temblores para que no se dieran cuenta de lo enfermo y débil que en realidad estaba.

Con la voz más potente de que fue capaz, dijo:

—Sí, yo numminer, yo un maldito y enorme numminer.

IV

La última visión de Capois Death antes de su desagradable muerte fue la de su triste vida vista al revés. Todas sus vicisitudes en la Isla de Sara, el rompemáquinas, el Escarabajo, su éxito como tabernero en Hobart Town, su época de Liverpool, lo vio todo hacia atrás a través del líquido derramado de una jarra de cerveza con ginebra.

Alzó la vista y se vio a sí mismo nadando de vuelta al barco negrero y entregándose a la esclavitud tras un acto humillante con un hombre blanco, contempló con pena cada vez mayor cómo abandonaba poco a poco sus vehementes deseos de libertad mientras unos franceses arrancaban entre risas los clavos de las charreteras de madera que de forma tan peculiar estaban sujetas a los hombros del general negro Maurepas.

Maurepas miraba a los alegres franceses temblando y sin comprender, mientras su mujer y sus hijos regresaban del mar y los perros vomitaban trozos de seres humanos, que volvían a convertirse en personas enteras, y la brutal represión de la revuelta de esclavos se transformaba en una libertad fugaz y finalmente, una vez más, en infinita servidumbre.

Capois Death sintió que la rabia y la determinación insaciables de no seguir siendo esclavo se extinguía como la llama de una vela, y a medida que perdía la fuerza de la virilidad y menguaba hasta ser un niño cada vez más débil, simplemente acabó por aceptar el mundo de trabajo sin fin, de brutalidad incesante y violencia absurda, tanto de sus amos como de sus compañeros, tal como era la vida allí y en todas partes. Solo el gusto de una guayaba robada de su boca y vuelta a injertar en el árbol compensó aquel largo período que terminó, finalmente, cuando el capataz negro arrastró a una llorosa mujer negra.

Una mujer blanca insistía con gran empeño en poner a Capois Death, un bebé, en brazos de la mujer que daba alaridos. Los alaridos remitieron rápidamente cuando abrazó brevemente al bebé, todavía húmedo y ensangrentado, contra su pecho, se levantó del taburete y se acuclilló bajo un guayabo en un patio polvoriento y dejó que Capois Death regresara por fin al único momento de serenidad que había conocido en su vida y entró con los pies por delante en la inmensidad de la mujer, a través de la desgarrada y ensangrentada cueva de su abertura.

Justo en ese último momento, antes de que la oscuridad lo engullera para siempre, Capois Death se dio la vuelta y se vio reflejado en el espejo de una jarra de cerveza con ginebra que se vaciaba, en la que el tiempo había dejado de rodar hacia atrás y giraba ahora rápidamente hacia delante, pero a él no le conmovió su futuro, observó con indiferencia la revelación de su destino que nos mostraba a él y a mí quitándonos el arnés del trineo e intentando huir de los negros, y dos lanzas que le traspasaron el torso afiebrado.

Capois Death se dio la vuelta, respiró hondo, se levantó despacio, y se había

alejado solo tres pasos de la botella que se movía hacia delante y hacia atrás en el tiempo cuando notó la primera lanza como el golpe de un mazo, notó que se tambaleaba y luego un segundo golpe, más fuerte aún que el primero. Giró como un mirlo ensartado y cayó torpemente de rodillas. Cuando intentó huir a rastras, notó que empezaban a aporrearlo con sus *waddies* y que empezaba a

divagar,

que las palabras tendían a amontonarse unas sobre otras y ya no sentí do y volvió el aroma aguayo a y tommy hablando caminando conmigo y lejos muy lejos y ¡tommy! ¡tommy! frío y frío y...

y.....

Mientras corría, miré hacia atrás y vi a los negros golpeando a Capois Death con sus *waddies*, como si intentaran romperle todos los huesos. Vi que Capois Death levantaba un brazo lentamente en un gesto extraño e insuficiente. Tal vez se despedía de alguien o de algo. Le golpeaban la cabeza con todas sus fuerzas. Desde la densa espesura de una hilera de árboles del té, vi que se marchaban y lo dejaban morir allí.

Cuando regresé a la mañana siguiente con mucha cautela para recuperar el trineo, lo encontré intacto, al contrario que el cadáver de Capois Death. De su vientre hinchado salían las vísceras en forma de salchichas y de despojos y los intensos colores de la sangre coagulada allí donde los diablos de Tasmania y los tigres habían empezado a comer durante la noche.

A un lado de su cabeza, con los ojos lechosos clavados aún en ella, estaba la botella de licor rota y vacía. Esparcidas alrededor de los fragmentos estaban sus historias: medio anillo de granate, unos guijarros y algas sin brillo y tres conchas pequeñas, un bígaro, una cría de mejillón y una concha rota de vieira. Capois Death era sopa Larrikin despojada de su amargura. Era sangre de pájaro sin cuerpo que manchar y hacer volar. Era historia.

Con mis pobres manos de pintor y palos podridos que no hacían más que partirse en dos, cavé una tumba en la áspera gravilla que forma un desierto húmedo bajo el garranchuelo. Al cabo de un rato, lo dejé por agotamiento, tras haber hecho apenas un hoyo muy superficial. Arrastré a Capois Death hacia el interior y luego me fui sin darme la vuelta huyendo deseando queriendo que la vida fuera distinta.

Pasó el tiempo.

Empecé a delirar.

El tiempo no pasó. Mis visiones y mi visión se convirtieron en una sola cosa. El tiempo daba vueltas. Tiraba de un trineo de mentiras llamado historia a través de una tierra inexplorada. El tiempo reía. Esperaba una muerte que no se habría producido nunca en una celda del penal de la Isla de Sara. ¡El tiempo se burlaba! ¡Dolía! ¡Hería! ¡Quebraba! Yo escribía un libro en otro tiempo intentando comprender por qué no había palabras para lo que había ocurrido.

Ninguna.

Nada.

Escuálido y semidesnudo, inicié el final de mi viaje, la ascensión de Frenchman's Cap. Cada día cortaba una nueva tira de mi jubón de piel de canguro y lo masticaba como alimento. Calculando que habría cortado ya unas buenas veinte tiras, la lenta desaparición de mi ropa me sirvió de calendario. Se me empezaron a mover y a doler los dientes en las encías inflamadas, luego se empezaron a caer.

Tiempo después, al abrigo relativamente tranquilo de unos grandes peñascos de granito, a mitad de camino de una estribación que miraba hacia el oeste, encontré un inesperado grupo de rostros familiares, apiñados en torno a una pequeña fogata que luchaba contra la lluvia. Me había comido la última tira de piel de canguro dos días antes.

V

Eran tres niñas y un niño que prácticamente no llevaban nada sobre los cuerpos esqueléticos, varios perros hambrientos y sarnosos y una mujer descalza a la que reconocí como la que el comandante llamaba la Mulata, Robinson llamaba Cleopatra y los presos y yo conocíamos como Twopenny Sal. Estaba partiendo ramitas para echarlas al fuego. Para algunos —no, para casi nadie— no habrían constituido una visión muy agradable, pero para mí, que no había visto un solo semejante en una eternidad, su belleza no tenía parangón.

Twopenny Sal vestía una vieja falda negra de algodón, una burda chaqueta amarilla de lana de las que llevaban los presos y un gorro rojo de lana. A la espalda llevaba, atado con una piel de ualabí, un bebé que, según pude entender, era el gemelo del que había muerto y cuya pequeña calavera llevaba Twopenny Sal sujeta a la ropa, como era costumbre entre su gente para guardar el luto. El bebé era una niña con la piel más clara que la de sus otros hijos y los ojos azules. Comprendí que podía ser hija mía. O si había un hijo mío, tal vez Twopenny Sal lo había matado. De espaldas a mí, un hombre negro ponía tres canguros rata a asar en el fuego. Al principio no se molestó siquiera en alzar la vista cuando lo llamé por su nombre.

Pero cuando Tracker Marks alzó por fin la cabeza, me dejó atónito. Ya no era el hombre fuerte y elegante que había conocido en la Isla de Sara hacía varios meses; su figura era ahora tan escuálida como desaliñada. Su chaleco granate, antes tan elegante, se había transformado en un negro untuoso y colgaba de su persona, tan pesado como habían sido los grilletos de hierro para mí. Su fina camisa de rayas azules estaba desgarrada y sus oscuros pantalones de molesquín le caían en jirones alrededor de las piernas enflaquecidas.

Su aspecto era grotesco. Tenía el rostro mutilado y, cuando se acercó a mí, comprendí que le habían cortado la nariz y las orejas y que solo quedaban unas protuberancias, en parte aún en carne viva, rojas e inflamadas, donde antes tenía aquellos órganos. Sobre el rostro destrozado, vi las pústulas reveladoras de la viruela, como otros tantos crueles escarabajos carnívoros. Tracker Marks, al que siempre había deseado pintar como a una elegante babosa alga crestada, parecía ahora el mismo pedazo de carne enroscada, flácida y pestilente en que se había convertido el pez después de pasar unos cuantos días en la casa del señor Lempriere.

No pude evitar mirarlo fijamente. Entonces Tracker Marks hizo algo que si yo no hubiese viajado más de mil kilómetros y atravesado un centenar de junglas para llegar a este sitio preciso, jamás me hubiera imaginado.

Alargó el brazo.

Extendió el brazo hacia mí.

Con el dorso de los dedos, me tocó en la mejilla y los labios.

VI

Apartó la mano de mi rostro y me senté en la tierra junto a ellos, alrededor del fuego. Mientras la piel de los canguros rata empezaba a sisear y a chamuscarse, Tracker Marks me habló por signos y con el habla de Van Diemen que llamaban *dementung*, ese dialecto envilecido formado por la lengua de los negros y el argot de los presos blancos. Me contó que llevaban un tiempo esperándome, pues habían avistado y seguido el rastro del humo de mis fogatas durante varios días, mientras yo ascendía lentamente por la falda de la montaña.

Twopenny Sal encendió una pipa y, después de unas cuantas bocanadas, me la ofreció. Era una especie de tabaco nativo, fuerte, untuoso y tonificante. Le pasé la pipa a Tracker Marks, que inhaló una vez, estornudó y tosió mucho —una tos muy ronca y mala parecía—, y luego me dijo que había decidido abandonar la Isla de Sara para cazar canguros. Al cabo de unos días de viaje, había llegado a la desembocadura del río que los blancos llamaban Pieman Heads. Allí había tropezado con un destacamento de casacas rojas que pidieron al rastreador que los ayudara a encontrar al famoso proscrito Matthew Brady.

En aquel punto, Tracker Marks interrumpió su historia para sacar del fuego los canguros rata chamuscados y los destripó hábilmente con una piedra afilada. Después de volver a ponerlos al fuego, tosió un poco más y continuó con el relato.

Los casacas rojas le habían ofrecido dinero, así como un terreno cerca de Jericó, donde el rastreador podría establecerse en su propia granja. Durante varias semanas habían atravesado Transilvania de parte a parte. El rastreador les había mostrado rocas que eran Brady, lagunas de montaña que eran Brady, peces que eran Brady, les había hecho nadar por rápidos en crecidos ríos de montaña que eran Brady, les había hecho notar el frío viento que era Brady, y entonces ellos se habían hartado de él, le habían cortado la nariz y las orejas, una de ellas tan cerca de la cara que se había llevado parte de la mejilla, le habían dado una buena paliza y le habían dicho que, si volvían a tropezar con él, le pegarían un tiro por ser un negrata arrogante y haberlos mantenido alejados de su presa durante tanto tiempo.

Sentí cierta agitación al oír esta historia. Mi alma se había regocijado con tan inesperada compañía y tenía la cabeza extrañamente lúcida gracias al tabaco. Con la fuerza de una revelación, comprendí que mi viaje estaba llegando a su fabuloso término. Era evidente que el rastreador sabía dónde estaba el campamento de Brady, pero había evitado hábilmente mostrárselo a los casacas rojas. Ahora me conduciría a mí hasta él.

VII

El mundo se volvió gris cuando unas grandes nubes, inmensas y negras, oscurecieron el sol, acelerando la caída de la noche. Casi inmediatamente, con una obstinación malsana y totalmente coherente con el verano de Van Diemen, empezó a caer aguanieve.

Cuando la escasa nieve siseó su desprecio en el fuego, Tracker Marks sacó los animales asados, los cortó en pedazos y los repartió. Él no comió nada, ni siquiera cuando Twopenny Sal abrió los fémures de los canguros rata asados y se los puso cerca de la boca, implorándole que chupara la médula para coger fuerzas. Al negarse él, le frotó la médula en la frente y las mejillas, como si con ello pudiera transmitirle igualmente aquella fuerza.

Después de la comida pregunté a Tracker Marks dónde estaba Brady y él contestó que las rocas eran Brady, que las lagunas de montaña eran Brady, que los peces eran Brady...

Podría haberme lamentado al comprobar que la cabeza de Tracker Marks estaba tan deteriorada como su cuerpo. A decir verdad, no sentí más que un gran cansancio después de una súbita e inesperada comida de marsupiales que me dejó algo mareado pero extrañamente saciado. Me acerqué más al fuego, hasta que Twopenny Sal me pidió que fuera con ellos a un pequeño hueco en las rocas, semejante a una cueva, al que nos retiramos todos.

Una vez bajo el saliente, Tracker Marks me hizo dormir con ellos, la fogata delante, los perros acurrucados a nuestras cabezas y nuestros pies, los niños acurrucados contra mí por un lado y Twopenny Sal por el otro, y Tracker Marks junto a ella.

Aquella proximidad no la esperaba y, para ser sincero, me parecía un poco inapropiada, pero dado que a nadie más parecía extrañar lo más mínimo, me puse de costado y mi nariz fue a dar contra la espalda de la que el comandante llamaba la Mulata, Robinson llamaba Cleopatra y los presos y yo conocíamos como Twopenny Sal, y cuyo nombre aborigen, comprendí de pronto, algo avergonzado, jamás me había molestado en descubrir.

Me sentí infantil y, con la sensación de que el hecho de saber tan poco era un pecado vago, pero real, terrible e innominable que aún había de ser perdonado, me quedé dormido. Mientras dormía, mis músculos y mis huesos se calentaron lentamente y luego se relajaron y sentí, por primera vez en muchos muchos días, que estaba a salvo.

VIII

Cuando desperté era de noche y todo estaba oscuro, salvo por el fuego, que antes parecía condenado a extinguirse en medio del frío y la humedad y que ahora crepitaba y llameaba como una enorme presencia salvaje de tres metros de alto y al menos tres de radio, llenando nuestra cueva de una vacilante luz amarilla.

Tracker Marks, Twopenny Sal, los niños y los perros habían desaparecido. A mi nariz llegó un olor a humo que me resultó familiar y me recordó aquel moho que había olido al entrar en el Registro por primera vez.

Al otro lado del fuego vi a Twopenny Sal danzando con los niños. Se había quitado las ropas europeas y, aparte de un collar hecho de tendones y manchado de rojo ocre, y de una tira de piel de canguro rata que le daba varias vueltas alrededor de la cintura y a la que había atado la pequeña calavera, no llevaba nada más que el rojo ocre que cubría su cara y su vello púbico, que tenía el aspecto de virutas de hierro oxidadas, atraídas por el imán de sus partes pudendas. Se había peinado con una espesa pomada de rojo ocre y grasa, formando escamas superpuestas como las de un pez. Los niños también estaban desnudos y adornados de la misma manera.

Cuando rodeé el fuego para acercarme, noté que algo caía sobre mi hombro y luego al suelo. Me detuve, me di la vuelta y miré. Allí, a mis pies, en el extremo de un muñón de brazo humeante, una mano negra se consumía en las llamas.



EL ÁSTACO

El rey Canuto – Un auto de fe de las Antípodas – La marcha de Twopenny Sal – Metamorfosis – Hoguera de cráneos – El cantar de los cantares – Choza en forma de colmena – El salario por leer – Comiéndose el diario de Brady – Universo de horror, eternidad de amor – Clucas – Su perfidia recompensada.

I

Con una sensación de horror inminente, me detuve, me di la vuelta y alcé la vista. Al principio me negué a creer lo que estaba viendo. Me decía que era una ilusión óptica y mental, que confundía la forma eternamente líquida de las llamas con otras cosas. Pero cuanto más miraba, más me daba cuenta de que no había error posible.

En medio del fuego, sentado a dos metros de altura y con la espalda muy erguida, había un tronco oscuro que llameaba consumiéndose, sostenido por unas ramas apiladas en derredor. El tronco oscuro era un rey Canuto^[29] negro entronizado y feliz, mientras una llamarada azul y amarilla lo rodeaba completamente. Pestañeeé una, dos veces, pero no había ningún error: el rey Canuto era Tracker Marks, muerto, y aquella era su incineración.

El dandi negro, silenciada su tos ronca para siempre en el corazón del fuego vacilante, se estaba carbonizando, convirtiéndose en algo irreconocible. Las rojas llamas le rodeaban la cintura como manos ávidas, le acariciaban el pecho, deseaban su mentón. Un brazo acababa en un codo que escupía fuego. Un costado de la cara ardía con una suave llama amarilla como una lámpara de sebo.

Oí un gañido y vi a uno de los desdichados perros que intentaba salir corriendo con la mano del cadáver de Tracker Marks que había caído sobre mí y después al suelo. Un pie cayó sobre la mano, un pie que por suerte estaba vivo y no ardía y pertenecía a Twopenny Sal, que se agachó, arrancó la mano aún humeante de las mandíbulas del perro, dio al perro un puntapié y, con un gesto despreocupado, lanzó la mano otra vez al fuego.

Si los lectores creen que en aquel momento Billy Gould gritó o chilló, estarían muy equivocados. Si creen que Billy Gould saltó audazmente para rescatar el cadáver de Tracker de las llamas y después le dio un buen entierro cristiano, aún estarían más equivocados.

En primer lugar, apenas me sostenía en pie. En segundo lugar, nunca he sido de los que le dicen a la gente cómo ha de vivir su vida y, dada mi propia experiencia, me pareció un principio razonable que podía extenderse a la muerte. Había manipulado ya dos cadáveres y uno se había transformado de zurullo en sistema científico, mientras que el otro se había convertido en un sabio viscoso. Para mí era evidente que no se saca nada bueno, ni científico ni espiritual, de andar tonteando con los muertos. Y además, tenía la sensación de que Tracker se encontraba muy bien allí, en lo alto de su pira, como la estrella reluciente de Belén sobre un árbol de Navidad. No era bello y no era feo. No estaba bien y no estaba mal. Olía tal como esperaba que algún día olería Castlereagh.

Me di cuenta de que Twopenny Sal me estaba mirando. Notaba el calor del fuego en la cara y veía las llamas dibujando las hojas de luz roja y sombra negra que retozaban sobre su cuerpo y su rostro y sus ojos negros llenos de lágrimas. De una

pequeña bolsa de piel de canguro que llevaba colgada de un cinturón de tendones, sacó un puñado de rojo ocre que convirtió en polvo machacándolo en la palma de mi mano, luego lo mezcló con saliva para convertirlo en una pasta, sin dejar de decir: «*Ballewinny-ballewinny-ballewinny*^[30]», y de llorar, y su rostro se contorsionaba y temblaba a aquella luz vacilante, y ella me miraba y yo solo miraba de vez en cuando el rojo ocre hecho con saliva, demasiado azorado para hacer nada más, incluso cuando aplicó un dedo manchado de rojo sobre mi mejilla y empezó a llenarla de marcas.

Mientras me untaba de ocre me miraba fijamente, como si fuera un amigo perdido, como si fuera su hombre, su hermano, su padre, sus hijos y todas las demás personas que habían precedido a Tracker Marks, por el que se había untado la cara de ocre y el cuerpo de carbón, para llorarlos a todos, uno por uno, cuando habían muerto de resfriados y de viruela y de gonorrea y de disparos de mosquete, como si compartiéramos algo que trascendiera nuestros cuerpos y nuestras historias y nuestro futuro, como si haciéndome señales con el rojo ocre de alguna manera pudiera yo también saber algo sobre todo eso.

Pero en las luces y las sombras danzantes con las manchas de la vida y la muerte pintarrajeadas en la cara y los secretos misterios de los que hablaban, solo percibí que no sabía nada de nada.

La mujer negra se dio la vuelta, cogió una rama larga y golpeó con fuerza la cabeza llameante de Tracker Marks, le abrió el cráneo y dejó al aire el cerebro en perfecto estado para el fuego. Luego recorrió el cuerpo con la rama, clavándola y levantando y hurgando, resuelta al parecer a cerciorarse de que Tracker se quemaba debidamente y quedaba reducido todo él a cenizas.

Después empezó a cantar y los niños se le unieron, los niños cantaban juntos y ella lo hacía una octava más alta, formando una concordancia tan precisa que me conmovió, pese a no entender ni una sola palabra.

Fue en aquel momento, cuando intentaba sacudirme la frustración de no comprender nada de lo que cantaba ella, pero poseído por la aterradora sospecha de que en realidad lo entendía todo demasiado bien, cuando aquella mujer de muchos nombres a la que ya no sabía cómo llamar empezó a dar vueltas otra vez, arrancando hojas de un libro y arrojándolas al fuego.

Alcé la vista y me di cuenta de que la cabeza de Tracker, que señalaba hacia el norte, estaba amortajada por hojas de los registros de convictos, los libros de cartas, los informes y reglamentos, reducidos todos a la función de alimentar la pira funeraria, ardiendo en llamas y elevándose y flotando por encima del rostro de Tracker, que se quemaba alegremente. La luz de la cara de Tracker iluminaba por un momento aquellas hojas antes de desaparecer en la noche como papel carbón desintegrado.

Cuando pasó junto a mí, mientras bailaba en torno al fuego, pude comprobar que Twopenny Sal había estado alimentando el fuego todo el rato con hojas que arrancaba

de los registros, presa de gran frenesí.

¡Los registros! ¡Los registros que había arrastrado durante tantos días con tanto sacrificio! ¡Los registros con los que Brady nos liberaría! Los registros que habían matado a Jorgen Jorgensen, los registros por los que yo había arriesgado mi vida, los registros por los que Capois Death había dado su vida sin darse cuenta...

Me lancé sobre ella y le arrebaté el libro que estaba rompiendo y arrojando a las llamas, resuelto a luchar por salvar al menos un volumen de su maníaco auto de fe de las Antípodas, pero para mi sorpresa ella no ofreció resistencia a mi súbito ataque y se limitó a dejarme hacer.

Mientras intentaba apagar los bordes llameantes del libro, vi algunas palabras iluminadas por las llamas. A la luz del fuego leí algunas frases que no tenían ningún sentido, como que comprar sillas era un acto fútil de expiación de pecados indefinidos pero muy reales. A continuación la llama lamió toda la hoja de mi mano y la hoja, ya suelta, cayó al fuego. Miré a Twopenny Sal, pero ella seguía observando el libro fijamente, y pude leer el inicio de una hoja medio rota cuyas primeras palabras legibles eran:

«... me llamo William Buelow Gould y tengo el alma negra, los ojos verdes y las tripas destrozadas, desdentado y greñado, y tengo intención de pintar dibujos de peces y capturar en ellos un alma más como la mía...».

Con la vaga sensación de un reconocimiento sesgado, pasé más hojas y recorrí con la vista dibujos de peces y fragmentos de texto que en varios lugares reconocí como obra mía, mientras que en otras partes me parecieron tonterías ridículas pero con una curiosa y a veces perturbadora correspondencia con la realidad de la Isla de Sara.

Pero no fue hasta que mis ojos se posaron sobre unas frases al final de una página al principio del libro, cuando experimenté algo parecido al pánico.

«William Buelow Gould nació con memoria, pero sin la experiencia ni la historia que la justificaran —leí—, y se pasó el resto de su vida inventando lo que no existía, en el curioso convencimiento de que su imaginación podría convertirse en experiencia y, por consiguiente, explicar y curar el problema de su memoria inconsolable».

Resolví no seguir leyendo semejantes fantasías, y tras romper la hoja ofensiva la arrojé a las llamas, pero entonces noté que mi respiración se acortaba en jadeos bruscos y mi espalda se empapaba del sudor del miedo y mis tripas empezaban a bailar una danza líquida.

Twopenny Sal se secó las lágrimas de las mejillas y me señaló que en el otro extremo de la pira se necesitaba más combustible. Yo me enfurecí por su falta total de interés en mis sentimientos y decidí no leer ni una sola palabra más, empezar a borrar aquel momento de mi vida allí mismo.

Volvería a comenzar la búsqueda de Brady, que me diría que todo lo que estaba viendo era sencillamente el delirio de un hombre perdido y hambriento en la selva de

Transilvania. Pero no sirvió de nada; Billy Gould no podía escapar a la sospecha creciente de que se había quedado atrapado en un libro, de que era un personaje cuyo futuro estaba tan escrito como su pasado, estaba tan decidido como previsto, y resultaba tan inalterable como intolerable. ¿Qué alternativa tenía más que destruir aquel libro?

Arranqué con gran energía una docena de páginas más y las lancé al fuego, pero la corriente ascendente de las llamas las elevó y me las arrojó directamente sobre mi cara. Cuando aparté de mi nariz una hoja parcialmente quemada, no pude evitar leer:

«Allí, a mis pies, terminando en el muñón humeante de un brazo, había una mano negra consumiéndose...».

Con gran violencia arrugué la hoja y la arrojé al fuego, solo para ver cómo se revelaba un dibujo de un ástaco en la siguiente hoja. Parecía haber sido pintado imitando mi estilo a la perfección. Al intentar desesperadamente evitar la conclusión de que si aquel libro de los peces era una historia del penal, podía ser también su profecía, comprendí que aún faltaba mucho para el final, que el libro contenía varios capítulos más y, con terror creciente, leí en la siguiente página: «Comprendí que aún faltaba mucho para el final, que el libro contenía varios capítulos más y, con terror creciente, leí en la siguiente página...».

II

Por un mecanismo extraño e inexplicable, dejé caer todo el *Libro de los peces* en el Infierno y me puse a ayudar a la mujer negra a romper otros libros y lanzar las hojas arrancadas al fuego.

¡A la pira con aquellas descripciones de tantos pasados individuales, de la idea implícita de un solo futuro! ¡Qué chillidos de júbilo los de aquellas ávidas llamas! Como Pobjoy me había dicho hacía mucho tiempo, las definiciones pertenecen a quien define, no a lo definido, y yo ya no deseaba que otros predijeran mi vida y mi muerte. Había soportado demasiado para ser reducido a una idea. A la pira arrojé tantas, tantas palabras... toda aquella literatura falsa del pasado que me había encadenado y sojuzgado igual que los collares de púas de hierro y las esposas y los grilletes dentados y las bolas y las cadenas y la cabeza rapada, que durante tanto tiempo me habían negado la libertad de mi voz y las historias que necesitaba contar.

Ya no deseaba leer mentiras sobre quién era y por qué. Sabía quién era: era el pasado que había sido azotado en el triángulo, pero soy el flagelador que hunde el látigo en el cubo de arena para dar más mordiente a las colas; era el pasado que caía con un grito ahogado por la trampilla de madera verde del patíbulo, pero soy el verdugo que se cuelga de las piernas del moribundo; era el pasado comprado y encadenado y violado por los cazadores de focas, pero soy el cazador de focas que obliga a la mujer negra a comerse su propio muslo y sus orejas.

A la pira arrojé aquellos libros de traiciones, de rumores fantásticos, de historias con un poco de verdad y en su mayoría falsas, llenas de traiciones grandes e insignificantes en lo esencial, ocultándonos nuestra vergüenza y cómo estábamos hechos para ser a la vez reclusos y carceleros. Ni nosotros, ni nuestros hijos, ni su infinita progenie iban a olvidar jamás la vergüenza mucho después de que se hubiera olvidado el porqué. A la pira arrojé *Crania Tasmaniae*, aquellas hermosas litografías de cráneos robados, y también ellos bailaron alrededor del cadáver carbonizado. En la pira y en su hambriento corazón los amontonamos todos, todas aquellas mentiras que oscurecían los misterios, las pistas, los ecos, las preguntas y las respuestas para escapar a aquella prisión finalmente, completamente y para siempre; al fuego arrojamos hasta el último registro, hasta la última hoja de papel suelta, y ardieron y ardieron y ardieron.

Al principio, todo aquel papel húmedo solo consiguió sofocar el fuego, pero pronto resurgieron las llamas y el fuego volvió a renacer como una enorme bola, como si el Sistema fuera un dragón al que acabaran de matar y su último aliento fuera apocalíptico, como si un millar de espíritus furiosos se hubieran liberado. El fuego chillaba y crepitaba y lanzaba géiseres de chispas hacia el cielo nocturno, y todo en derredor estuviera bañado en un vacilante resplandor rojo.

Así alimentado, el enorme fuego creció desbordante y entonces su aliento de

banshee hizo que los arbustos de alrededor se prendieran espontáneamente y en el cielo nocturno empezó a resonar su gemido de banshee. El fuego empezó a propagarse y los pinos de alrededor y luego la selva ardió en llamas y luego, hasta donde alcanzaba a ver, todo ardía y, sin quererlo ni pensarlo, me encontré bailando con la mujer negra, bañado por la intensa luz rojo ocre que despedía el Infierno.

Arrastré mis piernas consumidas y ulcerosas en un pobre pero claro remedo de los saltos y brincos de Twopenny, y junto con ella y los niños bailé tantas cosas que estaban tan dentro de mi alma que parecía un fuego purificador en sí mismo. Era una alegría y era una tristeza y era inexplicable. Era el tejedor y mi pobre madre, era Audubon y todos los pájaros que mataba, el viejo Gould y la hija del viejo Gould, Voltaire y la señora Gottliebsen, el cirujano y los peces, el comandante y Towtereh, Capois Death y su amado Tommy, los canguros rata y el rastreador. Bailábamos algo que iba más allá de las palabras. Mi cuerpo cobró una vida tan frenética, separado de mí, que temí que mis pobres y viejos huesos se rompieran y fragmentaran en aquel extraño e incesante horadar de la tierra.

Después de mucho rato, cuando las llamas se alejaron hacia las sierras y terrazas lejanas y solo quedaban cenizas calientes a nuestro alrededor y el humo se desplazaba allá abajo, por las colinas distantes, a la luz del amanecer, contemplé a la mujer negra que recogía las cenizas del difunto Tracker Marks y las mezclaba con agua para formar un barro gris y arenoso con el que se untó todo el cuerpo y el de sus hijos. Así vestidos, con la noche de su dolor, se prepararon para partir en una mañana a la que parecía resuelta a no renunciar.

—No tú preocupas, Tracker ido a Inglaterra —me dijo—. Tracker ahora numminer piccaninny.

—Está muerto —dije yo—. Cuando uno se muere no vuelve a nacer como inglés.

—¡Numminer! —gritó ella—. ¡Tracker numminer! Gould numminer, pero hace mucho eras palawa. —Y con el brazo extendido describió un amplio arco por el cielo del amanecer, con el dedo índice apuntándome a mí primero y terminando al otro lado de su mundo, señalando una tierra quemada.

—Hace mucho tiempo —dijo—, tú eras nosotros.

La miré y luego no pude mirarla más, así que contemplé el suelo cubierto de cenizas y marcado por la danza.

—Gould, tú vienes —dijo ella.

Golpeé la tierra con la punta de los pies, sintiendo que temblaba y tragaba saliva.

Dijo ella:

—Vuelve, compadre.

III

Pero yo, que había estado obsesionado con el pasado y sus crónicas, descubrí que carecía del deseo y la energía para seguir a Twopenny Sal al futuro.

Los vi marchar, a aquella mujer cuyo nombre no había conocido jamás y a sus desaliñados hijos, uno de los cuales podía ser mío, adentrándose en la selva quemada en la que seguían brillando los rescoldos. En poco tiempo sus formas desnudas no se distinguían de los tocones y árboles jóvenes quemados que surgían como picas de aquella hermosa tierra ennegrecida.

Yo me encaminé hacia el este con el viento, en dirección opuesta a la mujer y al fuego que se extendía hacia el oeste, dejando a mi espalda una pared de humo cada vez más larga. Me abrí paso por un terreno alpino de brezos y pequeños arbustos con la idea aún intacta de llegar a la cumbre de Frenchman's Cap. Sin el impedimento del trineo y los libros, y a pesar de la debilidad de mi estado, avancé con mucha más rapidez.

A media tarde llegué junto a un arroyo que se elevaba unos centenares de metros hasta una laguna de montaña, un pequeño lago atrapado en el cuenco de un pequeño valle. En pleno verano, el arroyo no era más que un hilo de cascada que saltaba alegre por entre grandes rocas, y fue precisamente encima de una de esas rocas en donde vi una criatura de relucientes tonos verde y albaricoque que emergía de un gran caparazón de un metro de largo.

Durante un rato no supe qué era, hasta que reconocí un cangrejo de río como los que a veces los reclusos atrapaban en los ríos. Estaba mudando el caparazón y surgía de él nuevo y más grande, pero sin dejar de ser el mismo. Miré el caparazón traslúcido que el cangrejo estaba abandonando y me maravillé de su metamorfosis, del poder mágico para parecer una cosa y convertirse en otra, de su capacidad para dejar atrás una imagen de sí mismo que ya no era él mismo.

Pensé en intentar atraparlo, pues su carne es excelente. Pero en el momento en que le lancé un guijarro del tamaño de un puño, el cangrejo volvió al agua de un salto. El guijarro aterrizó con un golpe sordo e inútil donde instantes antes se agazapaba el cangrejo, y lo único que quedaron fueron los indicios de lo que había sido: el caparazón en el que había vivido, una sombra húmeda sobre la roca en la que descansaba, un torbellino de agua burbujeante en el que había desaparecido.

Desistí y seguí caminando. Después de la laguna pasé por un bosquecillo de pinos y entré en un claro donde había una docena o más de edificios con forma de cúpula, dispuestos en círculo. Por su forma de colmena y el intrincado y complejo entramado de los tejados de hierba y hojas de árbol del té, me di cuenta de que se trataba de un grupo de casas de nativos, y que la laguna era el emplazamiento de una de sus aldeas.

Pero no había negros.

Había una antigua fogata en el centro de la aldea. Los líquenes crecían entre las

cenizas, y encima de estas descansaban, como a modo de explicación, pilas de huesos y una gran cantidad de cráneos humanos que animales, pájaros e insectos habían dejado limpios hacía mucho tiempo. Fragmentos de adornos de mujeres negras se pudrían sobre algunos huesos, y restos de colgantes masculinos hacían lo propio sobre otros. Se veían cráneos con uno o dos pequeños orificios como máximo, supuse que de balas de mosquete. Y cráneos con la parte posterior aplastada, allí donde los diablos de Tasmania habían mordido para llegar al cerebro. Cráneos completamente blancos y cráneos en los que empezaba a brotar el musgo. Cráneos grandes, cráneos pequeños, desdentados, translúcidos como el pergamino.

IV

Estaba tumbado en el suelo, jadeando, temblando de miedo sin poderme controlar. La tierra montañosa me rodeaba con el dulce peso de la muerte. Sentía mi cuerpo cada vez más pesado, mi cabeza era como una piedra, y en su interior una voz insistente me taladraba, arrastrándome hacia abajo, incitándome a dormir... duerme, duerme, Billy, muchacho. Por entre los ojos perlados de sudor, distinguí vagamente a unos cuantos metros la entrada de una de las chozas más grandes, un agujero bajo de no más de treinta centímetros de ancho y no más del doble de alto.

Me alejé reptando de la hoguera de cráneos en dirección a la estrecha abertura, un trayecto cruel y angustioso sobre un terreno cubierto de plumas de emú, huesos rotos de esa ave majestuosa y otros de canguros y zarigüeyas. Me arrastré sobre bolsas de hierba entretejida, aplastando bajo mi cuerpo las pequeñas plantas que brotaban por entre su podrido entramado.

Detuve mi avance infinitamente lento para descansar y vi las letras de todas mis plegarias infantiles recuperadas y reformadas en el suelo en forma de hojas esparcidas, arrancadas de la Biblia, manchadas de rojo ocre. Al examinar algunas de aquellas hojas, descubrí que contenían pasajes como: «Negra soy, hijas de Jerusalén, pero soy bien parecida» y «Es ese tu seno cual taza hecha a torno, que nunca está exhausta de licores. Tu vientre, como montón de trigo, cercado de azucenas». El tipo de paparruchas que utilizaría uno para engatusar a una esposa infiel como la del posadero. Pero me pareció que se adaptaba tan mal a mí que blasfemé sin poderlo evitar, eran tan poco aplicables a mi situación que me soné la nariz encima. Teniendo en cuenta que había enviado veintiséis letras a Dios en numerosas ocasiones —aunque reconozco que hacía mucho tiempo—, pensé que Dios podía haberlo hecho un poco mejor. La última hoja que miré estaba en el agujero de wombat que hacía de entrada a la choza. Era aún más irrelevante. «A la risa —decía— la tuve por desvarío, y dije al gozo: ¡Cuán vanamente te engañas!».

A la mierda con todo. Lo arrojé lejos. Cuando por fin entré a rastras en el interior de la choza, me sentí abrumado por una profusión de olores: apestosos hedores humanos y animales, a humo y a carne asada, a podredumbre y moho, pero sobre todo a podredumbre, que me revolvió el estómago. Quise vomitar, pero los canguros rata de Tracker Marks no quisieron moverse de mis tripas y mi garganta ardió únicamente con la bilis. Rodé sobre mi cuerpo flaco y consumido para tumbarme de espaldas. Durante largo rato me quedé tirado cerca de la entrada, exhausto, enfermo, tratando de dejar en blanco mi mente y de adaptar mis ojos a la oscuridad.

Una habitación espaciosa, sorprendentemente cómoda y extraordinariamente cálida y seca apareció lentamente a mi alrededor, lo bastante grande para dar cabida a unas veinte personas quizá, aunque entonces solo había dos canguros rata y un gato

marsupial, que habían salido corriendo al entrar yo.

Me sentía como si estuviera descansando en el nido de una enorme águila pescadora vuelto del revés, pues las paredes de la cúpula se curvaban en torno a mí, cubiertas de las plumas con la punta amarillo-verdosa de las cacatúas y las plumas negras como cuervos de los currawongs de ojos malévolos. Aquí y allá había pieles de animales sujetas con palos a la pared aterciopelada. Desperdigadas por el suelo había piedras afiladas del tipo que usan los negros como herramientas, la parte posterior de un espejo y lo que parecía una llave de chispa aplastada hasta convertirse en una pequeña herramienta afilada con forma de cuchillo. También mi nariz, igual que mis ojos, empezó a adaptarse, y los fuertes olores, tan angustiosos al principio, se hicieron tranquilizadores, a medio camino entre la carne puesta a enfriar y el regreso a casa.

Me incorporé. Contemplé la fogata extinguida del centro de la choza durante mucho tiempo, sumido en la desesperación, pues ¿qué iba a hacer? Haber llegado tan lejos solo para que mis registros se quemaran. Reconocer que no podía seguir adelante. Que ya no me importara vivir o morir, y mucho menos encontrar a Brady. Mis provisiones, mis fuerzas, mi vida misma parecían agotadas en una misión quijotesca que no había dado más resultado que un desengaño total.

Mi espalda se contraía hecha una masa de nódulos crueles, cuya maraña se tensaba cada vez más. Sentía las articulaciones de las piernas como guijarros rechinando unos contra otros. La cabeza se me iba en una fiebre ligera. Helado, viejo, solo en una tierra que ningún hombre blanco conocía siquiera por mapas y mucho menos con el corazón, sin redención posible en una cabaña. Aunque hacía calor, sentía que un frío terrible y violento se apoderaba de mí. Me sentía inmóvil, pero al mismo tiempo volaba en círculos a toda velocidad tanto dentro como fuera de mi cuerpo. Con una inesperada claridad supe que me moría y que, si no hacía nada, en muy poco tiempo ni siquiera me importaría morir o no morir. Me encontré luchando contra la muerte y, lo que era peor, contra mi deseo de vivir.

Estaba muy asustado.

Decidí rezarle a Dios.

Decidí confesárselo todo a Él.

Me aclaré la garganta con una tos ronca. Me levanté para adoptar una postura mínimamente digna y me arrodillé. Dejaría que todo me saliera fuera, desde la costumbre de beber de Castlereagh hasta los horribles dientes de Ackermann y un centenar de cosas más. Sería fantástico poder decirlo todo de una vez para siempre y no tener que guardarlo por más tiempo.

—Dios mío —empecé, y mi plegaria de confesión siguió del siguiente modo:

V

A-B-C-D-E-F-G-H-I-J-K-L-M-N-O-P-Q-R-S-T-U-V-W-X-Y-Z.

VI

Fue un arca maravillosa aquella confesión, y en ella realmente metí todo lo que conocía para que pudiera vivir: todas las plantas y los pájaros, los peces y los animales que he amado, por no mencionar el mal aliento del comandante y las espléndidas aréolas de la señora Gottliebsen y la danza de Twopenny Sal y todo junto no ocupaba más que veintiséis letras.

Pero no sirvió de nada; ¿qué plegaria sirve? Y al no ser capaz de permanecer arrodillado por más tiempo sobre la roca de la iglesia, me tambaleé caí soñé abracé la tierra.

VII

Seguramente habría muerto poco después de mi caída si esta no se hubiera visto interrumpida por un pequeño montón de piedras manchadas de ocre. Cuando rodé sobre mí mismo, gimiendo a causa de los nuevos moretones y dolores, me percaté de que un libro asomaba por entre el montón de piedras medio desmoronado.

En aquel momento no podía haber nada que tuviera más probabilidades de deprimirme que la sombría perspectiva de leer, pues la lectura se había convertido para mí en una fuente de decepciones y desilusiones, hasta el punto que parecía dar un vuelco a mi vida entera, trastornarme y angustiarme hasta más no poder, y hacerme creer que todo lo que hasta entonces había dado por supuesto sobre este mundo era incorrecto, un error.

Comprendí cómo se habría sentido la señora Gottliebsen si yo no hubiera descubierto a Voltaire justo a tiempo. Se habría sentido igual que yo con los libros. Engañada.

Al fin y al cabo, fue la lectura, cuando era un muchacho, de todas aquellas novelas sentimentales la que había supuesto la perdición de Jorgensen, haciéndole creer que podía recrear el mundo a imagen de un libro. Había sido la lectura de las misivas idiotas de la señorita Anne la que había provocado las locuras del comandante, y había sido la lectura de todas las obras de Linnaeus y de Lamarck las que habían hecho creer al pez erizo que desempeñaba un papel sagrado en la reordenación de un mundo, que acabaría por reordenarlo a él únicamente como ejemplo supremo de un degenerado cráneo de negro.

Había sido lo absurdo de sus lecturas y luego yo, hundiendo estúpidamente las narices en libros del Registro que no debería haber leído, lo que me había conducido al penoso trance de estar a punto de morir solo en una selva sin nombre.

Pensé: Solo un tonto lo tocaría.

Mis dedos acariciaron la polvorienta invitación de la tapa. Aparté la mano, miré al techo, desviando los ojos de aquel maldito libro que sobresalía entre las piedras, tentándome como la mujer del posadero hacía tantos años, desde detrás de la barra, con su sensual y silencioso: Ven aquí. Me puse de costado, alargué la mano para empujar lo que quedaba del montón de piedras y cogí el libro de entre los restos.

No era un tomo grande y espléndido como los que Jorgen Jorgensen había usado para reinventar la Isla de Sara, sino un volumen pequeño y de tosca factura. Sus hojas parecían burdamente unidas con tripas, que reconocí como obra de los negros, que las ablandaban y estiraban mascándolas. La tapa —de piel de ualabí, como el resto del libro— estaba pintada de rojo ocre igual que el que todavía quedaba en mi cara, tal como me lo había untado la mujer negra, y que recordé al tocarme la mejilla.

Pensé: Solo un loco lo abriría.

El libro se abrió en mi mano extendida y allí, en la primera página, escrito con

una letra sorprendentemente infantil, vi el nombre de:

Matt Brady.

Pensé: No podré soportar leer lo que sigue.

Cuando terminé de leer, respiré hondo durante un rato. Noté que me picaba la piel y que mi respiración se volvía entrecortada. Luego los sollozos, que intenté sofocar metiéndome el puño en la boca, emergieron de repente como extrañas burbujas acres que surgieran de una marmita de agua hirviendo. Traté de dominar los temblores de mi cabeza.

Sentía tan solo un inmenso vacío. Una gran desilusión. El tiempo... bueno, ¿qué me importaba ya el tiempo? Tal vez se detenía o empezaba o danzaba o se dormía o iba a la taberna a tomarse varias sopas Larrikin. Disminuyeron un poco las náuseas. El hambre —incesante, inevitable— volvió a apoderarse de mí. Me metí la tapa de piel de ualabí en la boca e intenté comerme el libro, tanto para librarme de él como para apaciguar mi estómago.

Pero todo fue inútil, pues el libro era tan imposible de comer como incomprendible. ¿Cómo puedo transmitir la completa futilidad de lo que había leído? Supongo que la mejor descripción sería hablar de una especie de diario personal escrito con lo que el autor afirmaba que era sangre de canguro; me fijé en un pequeño tintero de barro que se había quedado entre las piedras donde antes estaba el libro.

En realidad era un batiburrillo de cosas. Incluía observaciones sobre los modos y costumbres de los negros que parecían completamente absurdas. Incluía chistes vulgares narrados de forma tan larga y tediosa que perdían la poca gracia que hubieran podido tener. Incluía muestras de lo que supongo que equivalía a una filosofía personal: tópicos sobre el tema de la amistad tales como «El amor no puede vivir sin el perdón continuo de los pecados», y otras lindezas por el estilo. Recetas para cataplasmas de hierbas y drogas medicinales. Observaciones sobre animales y pájaros. El currawong. El quoll o gato marsupial. El águila pescadora. El tigre. ¿No tenía un arma? ¿No podría haber tenido al menos la decencia de matar a un par, igual que Audubon, para hacer unos dibujos malos? No. Su estilo era demasiado tosco. ¿Al alcaudón que llama con su hermoso canto como si hubiera perdido a un viejo compadre lo llama Jo Witty? ¿Jo Witty^[31]? No tenía ambición. Siempre que se le ocurría un pensamiento o una observación, en lugar de terminar la idea se limitaba a escribir: «Y etcétera y etcétera y etcétera», como si la idiotez fuera la falta de conclusiones.

En vano repasé aquellas hojas, rígidas y gruesas a veces, finas y ligeras como flores prensadas en otras, buscando órdenes para una revuelta sangrienta, un comentario cualquiera sobre una rebelión, planes para una revolución, o incluso algo que pudiera corresponderse al esbozo de un levantamiento organizado, un borrador de declaración de independencia para la república, cualquier cosa que,

fundamentalmente, pudiera amenazar al Sistema.

No había nada.

Solo página tras página de patéticas afirmaciones de amor entre un hombre blanco y una mujer negra, que me dejaron con el estómago revuelto. En un momento dado di con la típica digresión críptica: «Amar es arriesgado».

¿Y qué significaba eso?

No tenía la menor idea.

La tinta estaba seca y los únicos sueños eran los que se referían al amor de Brady por una negra, a la intención de construir un hogar para aquel blanco y aquella negra, y todo eso conjuntado de alguna manera, adornado con plumas de pardela de pico fino y de cisne negro, con un amplio huerto donde él y ella pudieran vivir, conocer el lugar y conocerse el uno al otro y a la familia que formarían en el transcurso de una larga vida en la que envejecerían juntos.

Amar es arriesgado. Círculo completo: hombre negro. Círculo partido: hombre blanco. En realidad era como Descartes, o Descartes era como ellos, uno pensando en remolinos y los otros pensando en círculos, y todo un absurdo por igual. Amor. Perdón. Amor, amor, amor, pensé yo. ¿Es eso todo? ¿No hay más?

Aparte de una receta para preparar empanada de canguro, eso era todo.

Cerré el libro.

¿Quién era aquel Brady?

Se me ocurrió que tal vez fuera Tracker Marks. O René Descartes. O la mujer negra cuyo nombre jamás había aprendido. Me pregunté incluso si al final no era más que una idea, pero entonces su historia pertenecería por completo al reino de la literatura y no a este relato veraz que se ocupa únicamente de peces reales.

¿Y qué había ocurrido?

¿Había matado Brady a los negros que vivían en aquella choza y en las demás chozas que conformaban la colmena? ¿O tal vez le habían matado a él con los nativos? ¿Estaba condenado a algún mundo inferior del tipo descrito por Plinio el Viejo en el libro que había encontrado yo empalado en la espada del viejo danés, viviendo con los monocolis y los astomis y todos los demás pueblos fabulosos?

Me tumbé de espaldas, presa de una fatiga inconmensurable, perdida al fin toda esperanza.

VIII

Me dispuse a morir.

Durante varias horas me limité a dejar que mi mirada se paseara por el interior de aquella choza, contemplando la textura del techo de hojas de árbol del té, su revestimiento de plumas, tan tosco, tan suave, que imaginé la choza como unas viejas manos nudosas que crecían hasta convertirse en grandes alas envolventes, y el apagado color tabaco de todo aquello, adquirido, supongo, por el humo que en otro tiempo debían despedir los negros carbones del centro de la choza, ahora apagados.

Pieles de ualabí y zarigüeya y quoll colgaban de las paredes en ángulos insólitos, como si pudieran recuperar su forma original de animales momentáneamente y saltar al suelo. Miré los dibujos pintados sobre aquellas pieles con grasas manchadas de carbón y rojo ocre; dibujos de tigres y diablos de Tasmania y canguros, de partidas de caza, de hombres y mujeres bailando, de la luna en sus diversos disfraces; dibujos que, debo admitirlo, tenían cierto poder mesmerizante.

Descolgué las pieles de la pared y me las coloqué por debajo y por encima de mi cuerpo. Me arrebujé como una pelota sobre la cual vagaban canguros y wombats y diablos de Tasmania y danzantes y cazadores y la luna en historias que no tenía modo de comprender. En aquella serena oscuridad de la choza de plumas con forma de colmena, cubierto por historias incomprensibles y con el libro de amor indigesto de Brady a mi lado, finalmente me quedé dormido.

Igual que el cangrejo que saltaba de vuelta al agua después de abandonar su caparazón, me dispuse a abandonar el caparazón de lo que era y quien era, y metamorfosearme en algo distinto. En mi imaginación vi un arco titilante de llamas azules que olía a bombasí quemado, que sacaban de mi nariz aquellos animales danzantes y arrojaban luego fuera de la choza, y finalmente noté que mi alma alzaba el vuelo.

Las historias escritas son progresivas, las frases deben construirse una detrás de otra, como se ponen los ladrillos. Sin embargo, la belleza de esta vida en su infinito misterio es circular. Sol y luna, esferas trazando círculos sin fin. Hombre negro: círculo completo; hombre blanco: círculo partido. La vida: el tercer círculo, y etcétera, etcétera, etcétera.

Soñé que escupía sobre la sangre de canguro seca y agrietada del fondo del tintero de Brady, convirtiéndola en tinta escarlata, el color de un amanecer turbulento. En aquel demonio húmedo y oscuro hundía la punta de una vieja pluma con la que escribí en el diario de piel de ualabí de Brady, donde terminaban los sueños de Brady empezaban las hojas en blanco:

Orbis tertius,

mis primeras palabras traduciendo al latín aquel tercer círculo.

Y luego, finalmente, rompiendo la telaraña de una memoria infinita en la que me

había amortajado, soñé con el hombre que había sido: un falsificador convicto que se daba a sí mismo el nombre de William Buelow Gould y que, al descubrir que el universo estaba implícito en un solo caballito de mar, que todo el mundo tenía la capacidad de ser algo más, otra persona, que los numminer eran palawa y los palawa eran numminer, había pintado unos cuantos dibujos extraños de peces y después había muerto.

IX

He robado canciones a Dios.

X

Mientras dormía, empecé a preguntarme si todo aquello no era más que un sueño y yo el soñador, y si las múltiples y extrañas formas de mi sueño podían ser también yo. ¿Sería posible que, pese a que el comandante reinaba sobre mí, yo fuera el comandante? ¿Sería posible que, pese a que el señor Lempriere me había ordenado pintar los peces, yo fuera el señor Lempriere? ¿Y que, pese a que yo había pintado los peces, fuera...?

Pero me fue imposible continuar.

Se oyeron gritos, maldiciones, el ruido de fuertes pasos, una exclamación de hallazgo, el intenso aroma a amoníaco del miedo, el súbito chasquido de llaves de chispa. Abrí los ojos, vi unos cañones que surgían de mi cabeza, como si yo fuera un erizo de mar y los mosquetes que me apuntaban mis púas. Empuñaban las armas de fuego unos soldados piojosos y mal alimentados, tipos grandes con pinta de salmonetes, con los mofletes más rojos que sus asquerosas casacas y ojos saltones. Con lo que sentí como un único movimiento, me sacaron a rastras de mi cama de pieles y me arrastraron al exterior. Gemí, escupí la turba que se me había metido en la boca con el brusco aterrizaje y alcé la cabeza.

A un lado vi una gorra raída de piel de tigre y los ojos muertos de alguien, cuya cabeza terriblemente ensangrentada me pareció familiar, y el estúpido cuerpo desnudo del que la habían cortado, finalmente reconocible como el del *bandito*, traidor, asesino de niños, violador y cazador de focas, Clucas. Entonces yo no sabía que, tras haber cumplido con su parte de un trato, suministrando varias docenas de barriles de pólvora, a Clucas le habían pagado con su propia moneda de muerte. Pero cuando miré más allá, supe, sin ver su rostro, el nombre de su asesino. Pues eclipsando el sol que se alzaba en el horizonte, vi el perfil inconfundible y monstruoso, como una ubre, del enorme escroto de Musha Pug.



EL SAN PEDRO PLATEADO

Sobre las paradojas del tiempo – El incendio de Nova Venezia – Traicionado por un comedor de opio – Indicios de inmortalidad – Un destripamiento – Motín – El San Pedro plateado explota – Llueven del cielo sueños y esperanzas y vagones de tren – Historias de amor pagadas con la muerte – Reflexiones sobre Rembrandt van Rijn y otros asuntos diversos – La conspiración vengativa de los peces.

I

Billy Gould se había despertado con un sobresalto. Sacudió la cabeza, se pasó la mano por la barba y se rascó en todos los lugares horribles en que le picaban los horribles piojos. Sintiendo un súbito deseo de moverse, aunque fuera solo para librarse momentáneamente del picor de los piojos y la insolencia de los sueños, Billy Gould se puso en pie y, agarrándose a los barrotes de la prisión que había en lo alto, se impulsó hacia la rendija de la ventana y miró al exterior. Aliviado, vi la miserable magnificencia de la Nova Venezia del comandante y mi corazón se llenó de gratitud hacia Musha Pug por haberme traído de vuelta.

Debería haber sabido por qué estaba allí, pero la verdad era que no lo sabía. Para ser sincero, aunque he pintado todo lo que sé, está claro que lo que sé es dos partes de una puta mierda. Todo lo que no sé, por otro lado, es realmente impresionante y la biblioteca de Alejandría sería demasiado pequeña para contener todos los detalles de mi ignorancia. No sé, por ejemplo, por qué ahora van a ahorcarme por dos crímenes que no he cometido y, sin embargo, nadie es culpable de la hoguera de cráneos. Tampoco sé por qué asesinar al Pudín o a Jorgensen se considera un crimen, mientras que asesinar a un pueblo es, en el mejor de los casos, un problema, y en el peor, un imperativo científico. Hay muchas más cosas que no sé. Por ejemplo: por qué la gente lee a Bowdler-Sharpe y en cambio considera que los cuentos de hadas son absurdos. Por qué un mundo puede contener un alfabeto, pero un alfabeto no podrá jamás contener un mundo. Estas cosas y otras muchas son enigmas para mí. Por qué flotan los barcos. Por qué ordenamos nuestras vidas como escalas cuando la tierra gira en círculos a nuestro alrededor. Cómo funciona la argamasa. Por qué un hombre tiembla como un pez cuando pasa una mujer por su lado. Por qué los edificios no se desploman. Por qué podemos caminar, pero no volar. Por qué soñé que me había transformado en una selva, pero me encontré arando la tierra con la boca hasta que fui a topar con la puntera de las botas de Musha Pug.

Fueran cuales fueran sus intenciones clandestinas, oficialmente el grupo de soldados de Pug estaba de patrulla con el propósito de recoger información sobre los movimientos de Brady, y por un momento, al ver mi cuerpo consumido mientras dormía, habían creído que finalmente capturaban al gran hombre en persona. Les dije que había encontrado al hombre al que buscaban y señalé la dirección opuesta a la que había tomado Twopenny Sal.

—¿Creías que Brady te salvaría? —dijo Musha Pug, riéndose y pateándome la cabeza.

—Por supuesto —respondí, porque era lo que él quería oírme decir, pero ahora sé que la verdad era otra.

Aunque hubiera tenido todas las historias del mundo y su sufrimiento expuestas ante él, Matt Brady, fuera quien fuera y estuviera donde estuviera, no podría habernos

salvado. Nada podía salvarnos. Ni la Ciencia del cirujano. Ni la Cultura del comandante. Ni Dios, que es tiempo infinito. Ni tampoco podíamos salvarnos nosotros mismos. No había consuelo en el pasado. No había consuelo en el futuro. No había consuelo ni siquiera en la idea de salvación. Solo había las botas de Musha Pug, y cuando propinaron un nuevo golpe a mi cara y se deslizaron por mi boca, las besé. Las besé porque eran todo lo que me quedaba para amar.

II

La rendija de ventana de la que estaba colgado me proporcionaba una visión que me pareció espléndida e instructiva a la vez: estaban levantando un patíbulo en el tosco muelle de tablas de la cadena de presos pescadores, un incentivo para que las almas condenadas que lo contemplábamos desde arriba concentráramos nuestros pensamientos en arrepentirnos antes de que todo estuviera definitivamente perdido. Más allá del muelle, traídos por la corriente hacia la arena, flotaban en la marea baja los cráneos y huesos pelados de la sección del teniente Lethborg. Después de la captura me habían llevado a mi nueva celda —una celda de condenado a muerte— para aguardar mi ejecución, prevista para ocho días después.

Aquel nuevo hogar no carecía de virtudes. No se inundaba diariamente y parecía poco probable que el techo fuera a desplomarse. Era una de las tres celdas un poco más grandes que había en la isla, al otro extremo del penal, y podría haberme sentido casi feliz con mi fallecimiento inminente, de no ser por Pobjoy, al que se le ocurrió interrumpir mi espléndida soledad en aquel momento.

Yo intenté seguir colgado como Cristo, pero no estaba en realidad tan interesado en sufrir por mí mismo, y mucho menos por todo el mundo, como me había enseñado el viejo sacerdote. Mis pobres brazos no podían soportar más ni siquiera el peso miserable que era yo, y me dejé caer de nuevo en la oscuridad de la celda, mientras Pobjoy, agachándose como siempre a un nuevo nivel mínimo, anunció que quería que le devolviera los óleos. Hasta entonces yo había creído que el interés personal de Pobjoy y su necesidad de recibir un suministro continuo de Constables falsos podría hacer causa común con mi deseo de vivir. Muy al contrario: con toda la calma me dijo que mi ejecución ya no le preocupaba.

—Siento... —dijo, entrando con decisión en la celda para apoderarse de los óleos y de mi Constable más reciente, y luego se corrigió—, sé que soy perfectamente capaz de continuar donde tú lo has dejado.

Por una vez lo miré a la cara. A pesar de su altura, tenía una jeta roja y redonda y los ojos bizcos, lo que tal vez explicaba sus ilusiones igualmente torcidas. Tenía un labio inferior protuberante y la mandíbula en carne viva por un mal afeitado, como la fea boca del San Pedro plateado. Aunque no sabría decir exactamente por qué, esos peces no me han gustado nunca. Son conflictivos.

Debería haber adivinado, por la actitud de bribón que había adoptado Pobjoy últimamente, llevando la casaca roja parcialmente desabrochada, que se había apoderado de él un Impulso Irresistible. Su deseo era grandioso.

—Quiero —dijo, echando la cabeza hacia atrás en un gesto nervioso y altanero a la vez, como si estuviera a punto de desvelar una pasión ilícita que podría llegar a ser su ruina—, quiero ser Artista.

Yo le dije que había ambiciones peores, pero en aquel momento no se me ocurrió

ninguna.

Cuanto más hablaba él, más roja se volvía su cara y más sacudía la cabeza adelante y atrás. Cuanto más balanceaba la cabeza y más enrojecía su cara, más sobresalían sus labios, como si tuvieran que superar algún defecto infantil al hablar. Y cuanto más sobresalían sus labios con la boca infinitamente extensible del San Pedro plateado, más dudaba yo si me estaba contando cosas o intentando extraerme algo, succionando con su enorme boca, algo fundamental que tal vez necesitara para alimentar aquella inmensa locura de aspiración estética.

Luego, dejándose llevar quizá por la nostalgia de tiempos más felices, me dio sus buenas patadas. Después le aseguré que tenía todos los atributos necesarios para una carrera artística triunfal, aunque por desgracia mi boca estaba demasiado hinchada para poder enumerarlos en su provecho: mediocridad; agresividad frente a rivales potenciales; el deseo a no solo de triunfar, sino también de ver fracasar a otros artistas; falta de sinceridad supina, y capacidad para traicionar. La fortuna favorece a los locos, intenté decir, pero solo conseguí barbotar sangre y dientes.

Entonces Pobjoy se echó a llorar y dijo que siempre tenía mala suerte, que había tenido mala suerte al verse obligado a entrar en el ejército y peor suerte aún al ser destinado a un lugar tan horrible y, lo peor de todo, al ser convertido en guardián de idiotas como yo. Conseguí que mis labios volvieran a moverse y empecé a contarle una historia para consolarle por su mala suerte, pero solo logré volver a enfurecerle y me dijo que cerrara la boca.

—Haré que te descuarticen —aulló—. Te azotaré personalmente hasta que no te quede espalda y las colas del látigo te asomen por el otro lado, haciéndote cosquillas en las tetillas.

Se sorbió los mocos, se los tragó y, desde su gran estatura, me escupió:

—¿De verdad eres tan imbécil, Gould?

Yo sabía muy bien que no debía discrepar de la Autoridad, así que me limpié la cara con la mano y humildemente afirmé que sin duda lo era.

—¡Cierra el pico! Cierra el pico, estúpido cabrón, ¿o es que eres tan idiota que no ves que estoy harto de estar aquí contigo y de todas tus estúpidas historias? Si vuelves a decir una sola palabra más, te patearé otra vez.

Así que entonces le conté que en una ocasión había conocido a un tal Ned Hennessy, un bobalicón de cerca de Waterford, al que sus amigos decidieron gastar una broma. Fingieron que uno de ellos había muerto y le hicieron meterse en un ataúd y pidieron a Ned Hennessy que lo velara durante la noche con una pistola por si acaso los espíritus del otro lado intentaban llevárselo. Luego, en medio de la noche, el cadáver se levantó y dijo: «Hola, Ned», y Ned, que tenía miedo de la oscuridad y se había metido una pistola en los pantalones, le pegó un tiro a su bromista amigo entre ceja y ceja —¡bang!— y lo mató.

—Cierra el pico —dijo Pobjoy con tono aburrido.

—Ned Hennessy era un bicho raro —concluí.

Esta vez Pobjoy me dio un buen repaso con los puños y la cabeza, e incluso un par de golpes con la caja de óleos, pero no se molestó en usar las botas y comprendí que ya no tenía ánimos para semejante violencia, ¡pobre Pobjoy!

—Un hombre como usted —empecé, pero la lengua se me trababa, la sangre salpicaba mis palabras y era difícil ver, allí tirado en el suelo—, obviamente en la flor de la vida... —Pero entonces oí que se cerraba la puerta de la celda con un fuerte golpe y que se corrían los cerrojos, y escupiendo mis últimos dientes tuve que admitir que el encuentro no había sido muy agradable, que había perdido mis pinturas y que esta vez puede que todo se hubiera terminado realmente.

III

A la mañana siguiente, cuando una vez más me colgué de los barrotes de la alta ventana de la celda para mirar al exterior, evité mirar el patíbulo y me concentré en las columnas de humo distantes que cada vez se acercaban más a nosotros desde Frenchman's Cap. Al principio, el resto de la colonia no concedió demasiada importancia al incendio que consumía las grandes extensiones inexploradas de mirtos y pinos, los bosques que el comandante no había vendido y los japoneses no se habían llevado en carros.

Nadie me habría creído si les hubiera dicho cómo se había iniciado el fuego, ¿y quién era yo, si puede saberse, para contarlo? ¿Quién era yo para decir que el incendio lo había alimentado en primer lugar la poesía del propio Sistema?

Al principio todos vimos el fuego únicamente como una prolongación de nuestras vanidades particulares. Para algunos presos, el polvo que se acumulaba en el aire era un nuevo elemento opresivo de un mundo natural que existía solo como carcelero, mientras que, a través de su dorada visión, el comandante consideró que la catástrofe le ofrecía una nueva oportunidad mercantil e inmediatamente envió a unos delegados a varias colonias portuguesas para intentar comerciar con el carbón, que en las remotas junglas del Nuevo Mundo se utilizaba con mercurio para fundir el oro. Y así siguió avanzando el fuego, y cada uno de nosotros lo veía solo como una prolongación de nuestros distintos mundos, más que como el final de todos ellos, como en realidad había de ser.

Cinco días antes de mi ahorcamiento, empezó a caer ceniza del cielo. Cuando se levantó viento, llovieron sobre nosotros hojas de mirto y frondas de helechos carbonizadas, perfectas en la forma pero completamente negras, heraldos de nuestro destino que revoloteaban sobre nuestros cabellos, hombros y narices como réplicas de otro lugar y otro tiempo que hubiéramos comprendido mal y que se hubieran perdido sin remisión.

Tres días antes de mi ahorcamiento había caído tanta ceniza que en algunos lugares se habían formado montículos que podían cubrir a un hombre hasta los muslos, y a la mañana siguiente solo quedaban las estacas del penal, los pisos superiores de los edificios más altos y los senderos angostos que los presos se veían obligados a mantener despejados con una actividad incesante, como prueba de que en otro tiempo había habido algún tipo de institución en aquella isla de ceniza amontonada.

A medida que el viento soplaba con más fuerza del nordeste y el incendio se hacía más grande y seguía acercándose, los presos —tanto los condenados a muerte de las celdas como los de las cadenas de trabajo o los que disfrutaban de una situación privilegiada— empezaron a percibir su verdadera magnitud y su poder y creyeron que debía de ser obra de Brady, parte de un plan grandioso que nos liberaría a todos.

¡Oh, qué gran genio! ¡Creyeron que utilizaría la misma Naturaleza que nos había encarcelado para liberarnos, destruyéndola al mismo tiempo! Y aguardaron a que irrumpiera en la colonia con McCabe y el resto de su gran banda como aquellos espléndidos jinetes del Apocalipsis del Infierno para impartir su implacable justicia con mosquetes de truenos y llaves de chispa.

Y sabiendo que el juicio final estaba cerca, a los presos no les importaban ya los casacas rojas ni los presos guardianes. Un día antes de mi ahorcamiento, oí a los guardias cuchichear que Ben Joshua se había negado a meterse en el foso donde los hombres, de dos en dos, serraban los troncos, y le había dicho a Musha Pug: «Brady también vendrá a por ti, Musha. Brady te atará bien atado, Musha Pug, y te atará esas pelotas bulbosas que tienes, te amordazará esa sucia boca y te meterá la cabeza en el agua hasta que tengas perlas por ojos y a los peces por amigos a cinco brazas de profundidad».

Musha Pug le golpeó con fuerza, pero con un golpe de mujer, no de hombre, le golpeó con el dorso de la mano en lugar del puño, y a continuación se dio la vuelta y se alejó caminando sobre sus tres piernas y todo el mundo se dio cuenta de que había sido una bofetada y no un puñetazo. Todo el mundo vio alejarse a Musha Pug y todos comprendieron por qué había dado una bofetada en lugar de un puñetazo. Las cadenas de presos se rieron de los presos guardianes cuando les ordenaron trabajar, y luego los presos guardianes se negaron a usar la fuerza cuando los oficiales les dijeron que impusieran orden. En lugar de dejar a los presos inconscientes a golpes, los presos guardianes desaparecieron, se escondieron de los presos en sus chozas y guaridas, o intentaron granjearse sus simpatías, ofreciéndoles tabaco y bromeando con ellos sobre cuándo llegaría Brady y en qué magnífica forma y con qué cantidad de gente.

La cadena de presos taladores se negó a abandonar la isla para remontar el río. Los calafates se tumbaron sobre el casco del cúter que estaban construyendo y los toneleros dejaron sus barriles a medio hacer, con las duelas separadas, como flores marchitas o a medio florecer, y ni un solo preso movió un dedo por mucho que lo amenazaran o le suplicaran. Muy pronto la isla se quedó paralizada y todos — guardianes y presos por igual— se limitaron a esperar.

Entonces Musha Pug abrió un barril de ron y luego otro, y lo ofreció a los presos aserradores, a los presos calafates y a los presos toneleros, repitiendo una y otra vez que los compadres no eran delatores. Más tarde llegaron los casacas rojas, pero solo para requisar un barril y llevárselo a sus barracones, donde se pusieron a beber en un silencio hosco, tratando de armarse de valor o de olvidar. Al caer la tarde, todos en la isla estaban borrachos y todas las conversaciones giraban en torno a sueños delirantes sobre un nuevo país, y todas las miradas, fijas y expectantes, escudriñaban las montañas del este en busca de algún indicio entre tanto humo que presagiara la llegada inminente de Brady. Sentado en la casi completa oscuridad de la celda de los condenados, esperando mi ejecución al día siguiente, no pude contener un leve

sentimiento de esperanza.

IV

Ninguno de los pocos que sobrevivirían pudo describir después satisfactoriamente los extraños sucesos, las imágenes de horror alrededor de las cuales se alzaron las llamas del Infierno, revoloteando como las charreteras en forma de pardela del comandante.

Imaginadlo como tuve que imaginarlo yo la mañana del octavo día desde que se había avistado el fuego, apenas unas horas antes de mi ejecución, cuando, desnudo en el horno humeante que era mi celda, acercaba a veces la boca al oscuro borde de la puerta, donde la más leve y fétida corriente de aire era para mí una agradable brisa, un mistral que en su mansa estela me traía lejanas imágenes de terror.

Imaginad pájaros ahogados por el humo —los vencejos y loros nativos que no se habían capturado y dibujado, y los arrendajos que no se habían capturado y comido, y todas las águilas pescadoras y cacatúas negras y palomas colipavas y carrizos azules — cayendo muertos del cielo en el mar hirviente. Sus cuerpos rodearon la isla como una marea de pájaros, y nuestras esperanzas eran cada vez más vanas, pues la isla entera ardía y no había lugar al que huir. Solo había pájaros muertos que arrojaban a las llamas que surgían por todas partes.

Contemplad cómo la isla se transforma en un único horno, en una llama tan infinita como el Infierno, en una eternidad de sufrimiento en la que no existe nada si no es para avivar aún más el fuego, hasta que por fin el fuego se abre camino hasta llegar al corazón mismo del penal.

Solo hay fuego propagándose por todas partes, y viento y un humo tan acre como el pecado, tan espeso como la tierra, y el calor te abrasa la piel, te chamusca los cabellos y todo lo cubre vilmente del rojo omnipresente.

Imaginad a los hombres corriendo entre el humo, de llama en llama, todos iguales en medio de la vorágine. Compadeceos de los soldados y los presos que han dejado de combatir el fuego, rindiéndose ante la lucha desigual, y que, con las pocas energías que les quedan, corren hacia el muelle, convertido en un hormiguero de soldados con casacas rojas y presos con uniformes amarillos, una muchedumbre aterrorizada y variopinta que busca protección bajo los embarcaderos, en el agua, que regresa al mar para escapar al calor infernal, que desea morir como los que ya han muerto.

Corren por la tierra abrasada, dejan atrás carros, barriles, barcos a medio construir, embarcaderos e incluso hombres que arden y estallan en bolas de fuego y expelen un hálito llameante antes de poder lanzar su último estertor; huyen de las llamas que avanzan en remolinos de fuego, elevándose hasta cien metros hacia el cielo, y blasfeman y odian y huyen de las llamas que vuelven a caer del cielo en una tormenta amarilla y azul y roja, con un único e inevitable pensamiento: ¡huir!

V

Ahora bien, si por un momento osáis deteneros para tomar aliento, pensad en Billy Gould, que sigue en su celda miserable. Él no podía huir. Porque quizá hayáis supuesto que se había liberado a todos los presos encerrados en celdas solitarias para que pudieran escapar al incendio. Y estaríais completamente equivocados. Nuestro carcelero se había escondido bajo el malecón, negándose a abrir las puertas de las celdas sin una orden de Pobjoy, y a Pobjoy —por razones que luego explicaré— le habían ordenado presentarse en el penal poco antes de que se convirtiera en un completo infierno, y aunque ninguno de nosotros lo sabía entonces, no iba a regresar jamás.

Abandonado en mi celda, me asaba lentamente y tragaba un humo tan espeso que se había convertido en grasa rancia en mi garganta. Los ojos me lloraban con tanta fuerza que, de haber estado pintando, podría haber mojado el pincel en mis lágrimas. Solo conseguí sentirme un poco mejor, pensando en el destino de alguien que se hallaba en una situación aún más lamentable que la mía, la única persona en la isla que tampoco huía, no porque no pudiera, como yo, sino porque no quería.

El comandante estaba sentado en el sofá en el que se había tumbado un rato tras abandonar las ruinas abrasadas de su celda para refugiarse en su palacio, uno de los pocos edificios de la isla que seguían en pie. Notó que la toalla húmeda y con olor a aceite de pino de Huon se despegaba de su máscara, y volvió a contemplar con inagotable placer el magnífico espectáculo de su palacio, que empezaba también a arder. Tosió. Unos hilillos de sangre brotaron de sus negros labios y le mancharon la máscara.

Los pocos que quedaban a su alrededor le ofrecieron consuelo y socorro en todas sus formas, informándole sobre falsos triunfos en la contención del fuego y sirviéndole té de sasafrás para que se limpiara los labios y se le calmara la garganta abrasada por la tos tísica, todo lo cual sirvió únicamente para reforzar su convencimiento de cuán profundamente desconocían su persona y su verdadera naturaleza.

Pues en realidad nada le había proporcionado una felicidad mayor desde la época en que había conocido a la Mulata. Sintió un gran regocijo al ver desplomarse los techos ardientes como cataratas de llamas. Luego, cuando el fuego devoró ante sus ojos todo por lo que había luchado y peleado y matado, sintió que su regocijo se convertía en una gran serenidad, pues en las llamas se había disuelto el peso insoportable de objetos inanimados que constituían una pesada ancla que lo había mantenido durante demasiado tiempo atado a una persona —el comandante— que ya no deseaba ser; a un lugar —la Isla de Sara—, que al principio había soportado únicamente porque no había ningún otro lugar en el mundo donde pudiera estar a salvo y libre; a una vida —la suya—, que ahora le parecía manifiestamente absurda.

El salón donde había recibido a dignatarios extranjeros, el salón de baile donde se habían celebrado grandes fiestas y orgías, donde se había ocultado tras las largas cortinas verdes de seda japonesa, esperando para agarrar a la Mulata y poseerla allí mismo, el Gran Salón de la Historia Nacional con sus numerosos retratos de cuerpo entero en los que yo lo había representado como Noble Sabio, Héroe Nacional, Filósofo Antiguo, Salvador Moderno, Emperador Romano y Liberador Napoleónico a lomos de un encabritado semental blanco; todo se agrietaba y ardía y estallaba en llamas, y cuando los lienzos se doblaban sobre sí mismos a causa del calor, las figuras se hinchaban como si cobraran vida de pronto y, liberadas finalmente del exilio en aquellas paredes distantes, pudieran escapar con sus locas vanidades y sus delirios de grandeza convirtiéndose en humo.

A esas llamas arrojó una carta que acababa de recibir de Thomas de Quincey con ocho meses de retraso. El escritor estaba desconsolado: la señorita Anne había desaparecido y él temía por su seguridad.

Había tenido un sueño inspirado por el opio: «En la distancia», escribía:

Como una mancha sobre el horizonte, eran visibles cúpulas y cupulinos de una gran ciudad; una imagen o abstracción vaga, captada quizá en la infancia de algún dibujo de Jerusalén. Y a tiro de piedra, sobre una roca sombreada por palmeras de Judea, había una mujer sentada, y yo la miré y era... ¡la señorita Anne! Su apariencia era tranquila, pero con una expresión solemne poco habitual, y la contemplé entonces sobrecogido, pero de pronto su semblante se volvió borroso y, volviéndome hacia las montañas, percibí unos vapores que se interponían entre nosotros; en un instante todo había desaparecido; se hizo una densa oscuridad y, en un pestañeo, me encontraba muy lejos de allí...

Por muchas vueltas que le diera, el comandante, que comprendía la maldición de desear complacer al público, tenía la sensación de que De Quincey no podía escribir sin parecer impaciente por escuchar los aplausos cortesés para su artificio, y así continuaba la carta del literato londinense, machacona y monótona, explicando que no encontraba a la señorita Anne, que circulaban rumores de que había muerto o, peor aún, de que jamás había existido y que era un personaje sacado de una novela moderna del que el autor se había cansado y lo había hecho emigrar a las colinas. ¿Su querido hermano no la había visto por casualidad?

Pero las lágrimas del comandante no podían ocultar a su visión borrosa lo que resultaba tan obvio: que la letra de De Quincey y la de la señorita Anne eran idénticas.

La hermana se revelaba así tan falsa como el hermano, y con su nación convertida en cenizas el comandante arrojó a un lado la toalla olorosa y aspiró tan profundamente aquella acrimonia de la humareda que lo rodeaba, que acabó teniendo arcadas. La idea de una edad de oro venidera, de una caída tan solo ocultada, de una utopía profanada, de un infierno que solo una amnesia deliberada podía borrar; todo eso, la locura de quienes no pueden aceptar la vida, fue lo que finalmente olió en el humo de su palacio en llamas.

Tenía la sensación de que estaba despertando, no de un sueño sino de su temible y aterrador opuesto, que despertaba de la realidad a la conciencia de que toda la vida, bien entendida, es un sueño salvaje por el que a uno lo arrastran los vientos y las mareas, sabiendo —pero con el peligro constante de olvidarlo— que uno es solo un testigo sobrecogido de la maravilla cotidiana.

Pensó —no me exasperéis preguntándome cómo *sabía* Billy Gould lo que pensaba, pues si no es ya evidente que sabía mucho más de lo que dejaba traslucir, no lo será jamás—, pensó varias cosas banales, que reproduzco sin seguir un orden en particular.

- No existe una Europa digna de ser replicada, ni sabiduría más allá de las llamas que consumen mi palacio. Solo hay esta vida que conocemos en toda su asombrosa sordidez y suciedad y esplendor.
- La idea del pasado es tan inútil como la idea del futuro. A ambas puede acogerse cualquier persona por cualquier motivo. No existe más belleza que la que existe ahora. No existe más alegría ni pesar ni asombro que los que existen ahora, ni otro bien u otro mal que los que existen ahora.
- He vivido una vida sin sentido para llegar a este momento de revelación y a estas cosas que ahora sé y que abandonarán mi corazón y mi cabeza tan bruscamente como han llegado.

Se preguntó si el perfumero Chardin sería capaz de llenar la cabeza de Voltaire con el aroma de tan cáustica revelación.

Y pensó que sabía todas esas cosas completamente y lo sintió como la gracia, como la consumación de una vida por lo demás completamente absurda. Después supo que sus reflexiones eran una última vanidad inútil y que, al igual que su palacio, sus pensamientos desaparecían con el humo, y se quedó con una taza de té de safrán en la mano que, extrañamente, cada vez se calentaba más.

Cuando el tejado del palacio se desplomó entre los crujidos de las vigas de madera carbonizadas y los aullidos de las llamas, el cielo velado por el humo empezó a oscurecerse ante los ojos aterrorizados del comandante, cuando miles y miles de pardelas pasaron volando de regreso a sus nidos en las dunas. Con la fuerza de una premonición, el comandante supo que la noche estaba a punto de envolverlo.

Pensó:

Lo he sido todo, solo para descubrir que todo es nada.

Adivinó:

El resto es silencio.

Su taza de té de sasafrás empezó a hervir, y antes incluso de que el dolor le obligara a soltarla, percibió con horror que su máscara de oro despedía un calor semejante y que empezaba a fundirse como la melaza. Demasiado tarde olió la carne quemada, notó que le abrasaba la piel y gritó de repente, pues comprendió que la máscara se estaba derritiendo sobre su cara, fijando para siempre la imagen de alguien que no era él, pero que se había convertido en él.

Estaba solo en su palacio, consciente ya de que Su Destino y el de Su Nación eran uno solo, y el único sonido que resonaba por los corredores solitarios y cubiertos de ceniza era el crepitar del fuego y ¿eran sus pulmones, o el fuego, o el destino, los que dejaban oír su llamada con un golpeteo? ¿Era su respiración entrecortada la que decía brady-brady-brady, o era el aullido del fuego cerniéndose sobre él, saltando cada vez más cerca? ¿Era la misma pesadilla de la marea subiendo y subiendo y subiendo y brady-brady-brady acercándose cada vez más y más y las llamas del Infierno cada vez más abrasadoras...?

VI

Al final recobró la lucidez. Y mientras el comandante yacía desangrándose sobre aquel alcázar ensangrentado del barco negro, sucedió lo que siempre había temido: se dio cuenta de que era inmortal. No se transformaría en una ballena, como dijeron después algunos de sus supuestos asesinos, pero regresaría al mar del que procedía.

Antes, cuando embutido en una sucia camisa de fuerza de percal un numeroso destacamento de soldados cuidadosamente seleccionado le obligó a desfilarse por entre las llamas moribundas y los restos aún ardientes de lo que había sido su palacio, cuantos lo vieron a través de las volutas de humo supieron que aquel enano que se retorció y lloriqueaba no debía confundirse con el visionario tiránico que había sido su líder durante tanto tiempo.

Era imposible que aquel bobo chillón —con las manchas pútridas de la orina y la mierda en los pantalones; con los espumarajos negros de mercurio que salían despedidos de su boca al sacudir la cabeza de un lado a otro; con la cara como un trozo de carne de buey cruda, llena de heridas espantosas que le habían infligido los soldados al arrancarle la máscara de oro fundida con unas tenazas— pudiera confundirse con nuestro temible y glorioso patriarca, el que en otro tiempo había convertido barcos en nubes ante nuestros propios ojos y nos había invitado a volar con él, el mismo que, como nos explicó convencido, había transformado una colonia penitenciaria en una nueva Venecia.

Pero mucho antes de ese momento, y mucho antes del golpe de Estado conducido por Musha Pug, los indicios de decadencia eran ya visibles para quienes supieran verlos. Los hongos se abrían paso a través del pavimento, los helechos brotaban de las paredes, los semilleros de acacias negras colgaban de los canalones. Pero al principio solo unos cuantos estaban dispuestos a reconocer que toda aquella vanidad en acción, aquel glorioso carnaval de comercio, era una mera ilusión, un teatro de triunfo mercantil para ocultar la desesperación de la isla a sus infortunados habitantes.

Sin embargo, en los meses que precedieron a la toma de poder, Musha Pug —con su escroto balanceándose como un péndulo— prefirió no ver nada. Andaba cojeando por todas partes, visible por toda la isla como un monstruo traicionero de tres patas, susurrando palabras de conspiración y represalias, haciendo promesas arteras sobre el reparto futuro del botín, mientras se dedicaba a acumular un arsenal secreto de armamento americano moderno y varias docenas de barriles de pólvora china en el segundo piso del molino de viento, junto con los doscientos cuarenta juegos de Mah-Jong superfluos que había allí almacenados.

Pero todo lo que codiciaba Musha Pug se estaba ya desmoronando. El verano anterior al incendio se volvió a cumplir un destino que ahora parece inevitable, cuando diablos de Tasmania y cerdos salvajes empezaron a vagar por los almacenes

vacíos, y las zarigüeyas anidaron en los desvanes de administraciones y correderías de seguros y se comieron las cortinas de color púrpura y los brocados de oro; cuando los bolardos del vasto muelle vacío enmohecían a falta de sogas que los pulieran con sus vueltas; y cuando los pétalos podridos de los geranios lo cubrieron todo de limo y el aroma rosa se disolvió en el marrón y lo carnal se transformó en fecal.

Mierda, pensó el comandante cuando los hombres a los que despreciaba como traidores amotinados lo rodearon y le ordenaron que se rindiera so pena de muerte. *Todo se ha ido a la mierda*. Pero no dijo nada. Se limitó a levantar las manos, aceptando el silencio de una soledad innegable que regresaba para siempre.

Obligaron al comandante a sentarse y a firmar distintas confesiones a punta de bayoneta, todas falsas, y ninguna de ellas se acercaba siquiera en su letanía de intenciones criminales a las verdaderas hazañas del comandante, pero él comprendía la necesidad de orden de la autoridad y las firmó de todas formas, pues los archivos eran la broma de Dios sobre la memoria, la única interpretación del hoy que quedaría para el mañana.

—La historia, la más cruel de las diosas —dijo el comandante, devolviendo la pluma después de condenarse a sí mismo en nombre de varias ficciones que solo le sorprendieron por su banalidad— pasa con su carro de guerra sobre los cadáveres de los asesinados.

«Lenta», respondió su guardián cuando el comandante preguntó cortésmente cómo sería su muerte cuando el barco negrero dejó Hells Gates y se adentró en mar abierto para arrojarlo allí a las profundidades, porque tenían que hacerlo, porque no había alternativa. La historia era demasiado absurda, el crimen demasiado grande, y eran demasiados los que corrían peligro, pues habían creído en él y lo habían apoyado y todos eran culpables y era mejor que muriera un profeta a que castigaran a sus seguidores. «No solo porque tenemos que hacerlo —dijo el marinero sonriendo, con una boca gentil y hermosa—, sino también porque además nos causará placer».

Al final, ocurrió lo que el comandante había sospechado durante mucho tiempo: para que no hubiera confusión posible sobre la relación causa-efecto y comprendiera que la vida es estúpidamente lineal y no misteriosamente circular, obedeciendo las órdenes expresas del mariscal Musha (como se hacía llamar ahora el antiguo preso guardián), lo castraron y le obligaron a convertir sus pelotas en papilla con un mazo. Como después no consiguieron abrirle el pecho con un cuchillo, se sirvieron de una sierra de tonelero, y tras arrancarle el corazón y agitarlo en el aire, exclamaron con regocijo:

—¡Maldito canalla sin corazón! ¿Quién te dio esto?

Y nadie leyó el nombre de la Mulata grabado encima con toda claridad para que todos pudieran verlo, y nadie advirtió que el grasiento corazón era ella y que también sería de ella para siempre; solo rieron y rieron. Pero algunos de los que participaron en el carnaval aquel día guardaron silencio, no por compasión ni por miedo, sino por asombro, porque era humano y, aunque fuera monstruoso, ¿qué era lo que lo había

convertido en un monstruo y qué era lo que los diferenciaba a ellos de él?

El comandante quería explicarles que finalmente conocía la respuesta a la pregunta que durante tanto tiempo lo había atormentado. La búsqueda del poder, concluyó en los últimos instantes de lucidez, era la expresión más triste de todas, de una ausencia de amor, o peor aún, de la capacidad de amar. Deseó gritar: «¡Estoy aprisionado en la soledad de mi amor!». Deseó aullar: «¡Mirad, mirad, esto es todo lo que hay y yo no lo veía!». Y en realidad no estaba del todo seguro de que no hubiera gritado, pues sus torturadores retrocedieron sobresaltados cuando de su boca salió un leve gemido, pero luego volvieron a proferir exclamaciones de deleite y decidieron que no era más que el último estertor que surgía de los pulmones, forzado por el destripamiento parcial que prosiguió sobre el alcázar avinagrado durante unos cuantos minutos más.

VII

En el mismo instante en que el comandante se metamorfoseaba en una leyenda cetácea, Pobjoy, con el rostro enrojecido por algo más que el calor del fuego, permanecía aterrorizado a la entrada del molino que, convertido en cuartel general del golpe de Estado, era uno de los pocos edificios que aún se defendían de las llamas. Unos días antes había vendido a Musha Pug un Constable —mi última obra— por una suma considerable de dólares bengalíes. Mientras lo colgaban, sin embargo, habían descubierto en la parte posterior del lienzo el dibujo de un San Pedro plateado, y el mariscal Musha había adivinado enseguida la naturaleza y el origen del engaño.

En el interior de su molino, envalentonado por la facilidad con que se había adueñado del poder sin recurrir al considerable arsenal que había acumulado con intención criminal en la planta superior, el mariscal Musha se había pasado la última hora gritando a sus nuevos subalternos que estaba demasiado ocupado en asuntos de Estado para hablar, al tiempo que redactaba una lista de posibles títulos para él.

El de *mariscal Musha* tenía una resonancia a barracón que le había gustado al principio, pero que ahora le preocupaba. La locura del comandante consistía en creer que podía convertir una colonia penitenciaria en una nación, mientras que para Musha Pug estaba claro como el agua que tendría mucho más éxito como empresa. Había tachado las palabras *El Supremo*, *El Primer Cónsul* y *Su Eminencia* (y escribir esto correctamente había supuesto un esfuerzo considerable), y estaba trazando un círculo alrededor de *El Presidente* cuando entró Pobjoy escoltado.

Con el deseo de inculcar a todos los presentes que *el tiempo era dinero*, el mariscal Musha se levantó, se acercó a la pared donde colgaba el Constable falso y ante los ojos del carcelero arrancó el lienzo del marco y lo estrujó. Arrojó el lienzo convertido en pelota a los pies de Pobjoy y exigió el doble de la suma que había pagado por él, si Pobjoy no quería enfrentarse con una muerte peor que la que pronto iba a sufrir el malhadado pintor Gould. Y con estas palabras, dio por terminada la entrevista.

Después de que Pobjoy saliera, el mariscal Musha ordenó que un destacamento de guardias fuera a toda prisa al otro extremo de la isla y detuviera la ejecución de William Buelow Gould. Fuera cual fuera el valor de un Constable falso en la Isla de Sara, en Londres valía mucho más. El crimen del comandante había sido soñar demasiado, pensaba el mariscal Musha, y el de Pobjoy, soñar demasiado poco. Por el contrario, él estaba decidido a seguir una línea estrictamente mercantil de extorsión moderada, que tan provechosa había resultado para Clucas y los de su calaña.

En el exterior, Pobjoy tiró el lienzo arrugado a las cenizas que ahora lo cubrían todo. Un ascua aún encendida prendió en el lienzo y le hizo un agujero rojo. Pobjoy se escupió en las palmas de las manos. Se dijo a sí mismo que, si bien había perdido un cuadro, había ganado un cerdo, y asió las asas de la carretilla a la que estaba atado

Castlereagh. Gruñendo por el esfuerzo de levantarlo, pensó en el éxito de su robo cuando, apenas hacía media hora, en medio del tumulto del incendio y el motín, se había llevado a Castlereagh de su pocilga, y no se dio cuenta de que un remolino de viento cálido había levantado el lienzo arrugado del suelo, haciéndolo volar por los aires.

Puedo visualizar la imagen del pez, el cerdo, Pobjoy: en resumen, todo el desastre. Miradlo, ¡Dios santo!, mirad cómo se aleja del molino por el Bulevar del Destino, agachado y sudando y resoplando y verde por el esfuerzo al que no está acostumbrado, como un espárrago mustio empujando el cerdo monstruoso firmemente atado y sujeto con cierta precariedad a la carretilla, demasiado pequeña para su carga, sin saber, ni el cerdo ni Pobjoy, que detrás de ellos el aire que sopla sobre el lienzo arrugado ha convertido el agujero rojo en una llama.

Por favor, no me preguntéis cómo sé todas estas cosas. Por favor. En lo que concierne a los peces lo sé todo —o casi todo— y, además, es una grosería interrumpirme cuando estoy a punto de explicar que aquel triste y arrugado San Pedro plateado empezó a arder, transformándose en una bola de fuego, y que esa bola de fuego cada vez mayor revoloteó con el viento en todo su ardiente esplendor, que voló hasta el segundo piso del molino y entró por una ventana en la armería secreta del Presidente para caer entre varias docenas de barriles de pólvora.

VIII

Oí un ruido atronador.

Sentí que el aire y la tierra vibraban como si fueran fantasías vivientes.

Después de toda una eternidad que en realidad no debió de durar más que un par de segundos, oí los gritos ahogados de los que, al contrario que yo, habían presenciado la espectacular visión de un mundo estático que se ponía repentinamente en movimiento con completa majestad: por ahí volaba la locomotora del comandante hacia el cielo en fragmentos explosivos; por allá salían disparados los vagones hacia las estrellas como palos que se lanzan a un perro; por doquier volaban las grandes ruedas de hierro como balas de cañón aplastadas; bustos de yeso de Cicerón y astillas de las estanterías del Registro; libros abiertos que aleteaban como pájaros moribundos; y salían despedidas las paredes —con los cuadros y los espejos aún pegados a ellas— como hojas de papel movidas por el viento; y se elevaban los cuerpos doblados e inertes, empalados de maneras diversas en atizadores, barandillas, patas de sillas y viguetas rotas del suelo, como hojas otoñales esparcidas de forma extraña hacia el salvaje sol rojo; y miles de fragmentos de las cartas de la señorita Anne en las que entonaba las alabanzas de Europa hasta explotar en un millar de notas atonales; y se oyó el aullido final del mariscal Musha, pulverizado en tantas partículas como su escroto.

El sol aumentó de tamaño y se fue enrojeciendo hasta convertirse en una esfera sangrienta y monstruosa cuyo contorno desapareció en aquella oscura catástrofe de los recuerdos, y en ella se perdió para siempre Brady y su gran ejército liberador, el jamón, las maravillas de Plinio, nuestras esperanzas, la visión de la Nación del comandante, cartas de amor, piezas de Mah-Jong, la república de los sueños, los codillos de cerdo y trozos de Pobjoy.

Pero ¿cómo iba a saber yo desde mi celda que otros reconstruirían la isla, reescribirían sus historias y nos condenarían a todos una vez más? Lo único que sentí cuando saqué la mano por entre los barrotes fue una suave y espesa lluvia negra que caía sobre la tierra; lo único que vi fueron nuestras vanidades colectivas que regresaban a nosotros en forma de cenizas; y lo que nunca llegué a saber fue que en el mar humeante flotaban los trozos de la imagen del responsable de aquel apocalipsis final: los restos carbonizados del San Pedro plateado.

IX

Collares de hierro forjado, cadenas y grilletes con púas, el olor de las almas moribundas y los cuerpos vivos, junto con el verdadero humor del sufrimiento, la asombrosa verdad del desprecio, la gloriosa libertad del abandono, el miedo inexpresado de muchos peces y mi amor no correspondido por todos ellos: todas las cosas que había conocido y que ya no volvería a conocer. Este mundo me había herido hasta volver mi alma transparente para que todos la vieran en forma de palabras y dibujos, pero se permitía hacerlo sin ser contemplado, sin que me deslumbrara otra cosa que no fuese aquella misma alma desnuda y temblorosa.

Si mis dibujos me hubieran hecho famoso, habría conocido otro mundo: me habrían cortejado y halagado, me habrían mentido y habrían considerado que mis opiniones eran relevantes, que mi mísera presencia era una bendición y mi cara de dragón marioneta era atractiva. La falsedad del honor, el semblante de desaprobación en la seriedad del éxito, la prisión de la reputación; hombres deseosos de cubrir mis ojos con una lluvia de oro y mujeres deseosas de acostarse conmigo; todos deseando mi compañía o, en su defecto, la muestra más nimia de mi aprecio, un esbozo, una nota, un atisbo de reconocimiento. Todo eso habría sido mío. Todo mío y más que mío, y mi nombre más que mi obra. Mi obra habría significado cada vez menos, sobre todo para mí mismo. Habría deseado estar muerto.

Durante muchos años he pintado peces y es cierto que últimamente les he sido infiel. Los he abandonado y quemado, pero jamás he dejado de amarlos. He sido como Voltaire, que amaba tanto a *madame* Du Chatelet como para irse con un montón de mujeres, hasta que finalmente ella tuvo una aventura amorosa y se quedó embarazada. Demasiado tarde comprendió Voltaire lo que corría el riesgo de perder y volvió para ver cómo su gran amor moría durante el parto; y por ese motivo, después de ser causa de tal desgracia, era justo y necesario que acabara convertido en la cabeza vacía de un frasco de perfume destinado a dar placer a las mujeres por siempre jamás.

En el exterior, el mundo tiene un resplandor rojizo. Dentro, con tinta marrón hecha con el último y más desesperado de los recursos —un compuesto de saliva y un proyectil de los que solía reservar para deleite de Pobjoy—, me dispongo a narrar ahora las horas finales de la colonia penitenciaria y de mí mismo con la verdadera tinta del recluso, el sombreado del pobre hombre que utiliza para untar su protesta, su rabia, su odio y su miedo a este mundo de mierda, con manos cubiertas de mierda en oleadas de mierda sobre las paredes de la celda, con la esperanza de no esperar en vano poder encontrar el amor en esta última tentativa, siempre que consiga cavar lo bastante hondo en su propia decadencia.

Billy Gould prefería las palabras y el resto de las hojas de Pobjoy que le quedaban, pero todo acaba reduciéndose a lo mismo; interpretad sus manchas como

mejor queráis: una excusa para ocultarse de nuevo, como habría pensado Pobjoy; ladridos a la luna, como tal vez diría un criticastro; un testamento de fe, si queréis; o, como prefiere él, una confesión de su fracaso.

Durante muchos años he pintado peces, y debería decir que lo que en un principio fue una imposición, lo que comenzó como una orden, se convirtió luego en un cómodo esfuerzo, después en un acto criminal, y ahora, finalmente, en mi amor. Al principio, a pesar de mis carencias artísticas, intenté crear un registro de este lugar, una historia de sus gentes y sus historias, y todo en forma de peces. Al principio pensaba incluirlos a todos, todas aquellas personas sin rostro que no tienen retratos, que solo existen más allá de su propio cuerpo, como una condena al exilio; una lista de llegadas de presos; una lista de flagelaciones; una inicial tatuada en el pecho o los brazos de un compañero, azul por la pólvora y cubierta de vello; una muestra de amor barata colgando de un cuello arrugado que se recuerda como la carne firme y dulce de una joven; un recuerdo que se desvanece más deprisa que la esperanza.

Imaginé que pintaría los peces mejor que cualquier otro en toda la historia; que ni Rembrandt van Rijn ni Rubens ni cualquier celebridad del Renacimiento le llegarían a Billy Gould a la suela del zapato. Imaginé que mis peces adornarían las casas más elegantes, que los detalles de las agallas y las escamas serían elogiados durante generaciones por profesores con peluca.

Llenaría una gran galería de Londres con aquellas imágenes transformadas para que la gente que fuera a ver mis pinturas se encontrara de pronto nadando en un extraño océano irreconocible, y sintieran un Gran Pesar por lo que eran y un Gran Amor por lo que no eran, y para que se mezclara todo y se viera todo con claridad a la vez, y jamás serían capaces de explicárselo a nadie.

Después acabé pensando que no era más que vanidad. Lejos de preocuparme por si se exhibían o no, ya no importaba siquiera si mis dibujos eran precisos o exactos en función de lo que el cirujano y los libros linneanos de descripción científica consideraban que tenían que ser las pinturas de peces. Solo quería contar una historia de amor, una historia que trataba sobre peces y sobre mí y sobre todas las cosas. Pero al no poder pintarlo todo, al no poder pintar solo peces y amor, sin saber hacer siquiera esto demasiado bien, es probable que no os parezca gran cosa como historia.

Envejecí. Mi mecenas se convirtió en un cerdo. Me condenaron a muerte. Prendimos fuego al mundo. Comprendí que no eran peces lo que intentaba atrapar en mi red, sino el agua, el mar en sí mismo; y del mismo modo que las redes no pueden retener el agua, tampoco yo podía pintar el mar.

Aun así, seguí haciendo este *Libro de los peces* porque no podía reír ni bailar como habría hecho Twopenny Sal, porque no podía nadar y vivir igual que mis modelos, porque esta forma de comunicación tan inadecuada —estas imágenes y palabras que nacen muertas de mi pincel y mi pluma— es la única de la que soy capaz.

Sin embargo, mis dibujos —tal como me había ordenado el cirujano el primer día

— debían retratar la Vida, que no la Muerte. Debía comprender el modo en que se movían sus aletas y cómo eran su carne y sus agallas, para hacer el estudio lo más detallado posible, y cada vez que estaban a punto de expirar sobre la mesa tenía que arrojarlos a un cubo de agua de mar para revivirlos, para que conservaran, igual que yo, la tersa elasticidad de la vida un poco más.

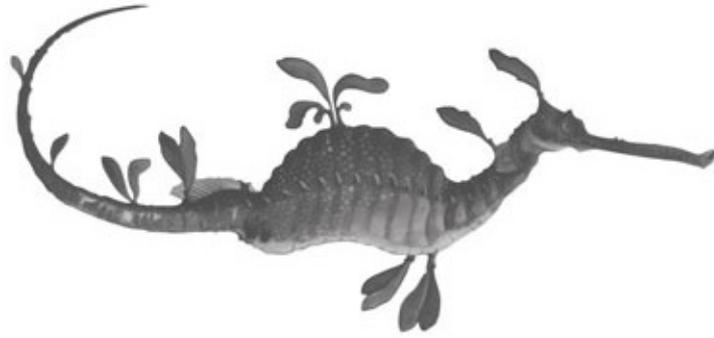
Quería contar una historia de amor mientras mataba a aquellos peces lentamente, pero como no me parecía correcto tener que matar peces para poder contar esa historia, acabé hablando con los peces moribundos a medida que sus movimientos se hacían más torpes porque el cerebro dejaba de funcionarles por falta de oxígeno.

Les conté todo sobre mí; les dije que yo había sido un mal canalla que se había falsificado a sí mismo, para convertirse en pintor, un mal pintor pero pintor al fin y al cabo. Quería contar una historia de amor mientras mataba lentamente a aquellos peces y les conté que yo no pintaba para la Ciencia ni el Arte, sino para la gente, para hacer reír a la gente, para que la gente pensara, para ofrecerles compañía y darles esperanza y para que recordaran a aquellos a los que habían amado y a los que los amaban todavía, más allá del océano, más allá de la muerte. Y les dije que, cuando pintaba, me parecía importante pintar de esa manera.

Pero no era eso lo que la gente quería ver en los cuadros; querían animales muertos y esposas muertas; querían algo que los ayudara a clasificar y juzgar y conservar muertos a los animales y las esposas, querían mantener en su sitio, dentro de la prisión del marco, a los niños que pronto iban a morir; y todo este asunto de traficar con la esperanza podría hacerles pensar, podría ser el hacha que rompiera el mar helado de su interior, podría hacer que los muertos despertaran y nadaran libremente. Y esos cuadros no valían ni dos peniques, porque eran algo más criminal que robar.

Me engañaba a mí mismo con la esperanza de que la muerte que imponía a cada pez que pintaba podía representar un momento de profunda liberación para ellos, algo que tal vez esperaran con impaciencia del mismo modo que yo espero ahora la horca como una bendita liberación.

Pero lo cierto era que los peces percibían que también yo me estaba muriendo, que con cada nuevo día me costaba más respirar el aire de aquella fétida colonia, aquella densa humareda de opresión y degradación y sometimiento. También mis movimientos eran cada vez más perezosos, me ardía la piel y los ojos se me velaban, y todos sabíamos que los peces que durante tanto tiempo habían sido el objeto de mi loca pasión verían pronto cumplida su venganza.



EL DRAGÓN DE MAR COMÚN

Que trata sobre la trágica muerte de Brady – Una breve batalla – Una espectacular huida de la horca – En compañía de peces – Perdido en el mar – La isla del olvido – Pensamientos heréticos – El regreso del señor Hung – Una captura inminente.

I

Mi tragedia fue que me convertí en un pez. La tragedia de Brady fue que no le pasó a él. Pues yo sigo vivo y Brady está muerto y sé que está muerto porque yo también me di un festín con su cuerpo sin cabeza (era evidente que su cabeza, al contrario que su vida, tenía cierto valor para el gobernador) cuando lo arrojaron desde el muelle Constitution al río Derwent. No sufrí una transformación mágica, sino que se me cayó el pelo y la piel se me volvió más áspera poco a poco y se dividió en innumerables escamas, y los miembros se acortaron y se retorcieron y se hicieron traslúcidos y con el borde afilado de las aletas. No sentí el asombro de la revelación cuando empecé a notar la potencia de propulsión y el control de la larga cola sobresaliendo de mi culo; no sentí pánico cuando me brotaron agallas detrás de la boca y la necesidad de agua se convirtió en una tortura más profunda de la que puede llegar a describirse por la mera palabra desdeñosa de sed.

Sencillamente había pasado demasiado tiempo en su compañía, mirándolos, cometiendo la locura casi criminal de pensar que había algo individualmente humano en ellos, cuando la verdad es que en nosotros hay algo irremediabilmente ictiológico. En un momento dado era un falsificador convicto, un Villano que se hacía pasar por Artista, en la horca del malecón; en el instante siguiente, supe que me quedaba un último vestigio de energía y que la debía utilizar. Con un todopoderoso salto de carpa me escurrí del nudo corredizo, di un salto hasta uno de los postes del malecón y desde allí caí al mar.

Pero he de ser más preciso.

Desde los catastróficos sucesos que tan rápidamente se habían producido en la isla, nosotros, los moradores de las celdas para condenados a muerte con su guardia de doce hombres, habíamos quedado aislados. El fuego había llegado hasta el risco que había justo detrás de las celdas; los amotinados no habían buscado la confianza ni el apoyo de los soldados destinados fuera del penal, y así fue como nos salvamos del fuego y de los acontecimientos trascendentales que se desarrollaban al otro lado de la colina, en el extremo de la isla. Sin embargo, los diversos rumores según los cuales acababa de iniciarse una invasión de la Marina Real inglesa, de un golpe de Estado, del asesinato del comandante y su milagrosa resurrección, de la enorme explosión que, según los supervivientes heridos y maltrechos que empezaban a llegar a nuestra parte de la isla, no eran más que el inicio de la venganza del comandante, todos esos rumores pusieron nerviosa a nuestra pequeña guarnición. El sargento les hizo formar y tras decirles que debían continuar como antes si no querían que el comandante los hiciera matar, añadió que lo primero que tenían que hacer era llevar a cabo la ejecución prevista.

Me condujeron al malecón, subí al patíbulo y miré con nostalgia el cielo que el humo teñía de salmón, y con los ojos vendados percibí que el cielo no estaba vacío,

sino lleno de almas muertas que me hacían señas para que me reuniera con ellas. No escuché los rezos del sacerdote; saludé alegremente en la dirección de donde venía el ruido de la pequeña muchedumbre de presos, a los que se obligaba a presenciar el ahorcamiento. Reí con ellos y me regodeé en la admiración que despertaba mi blanca sobrepelliz con sus largas mangas que me tapaban las manos, su espléndido pez bordado sobre el pecho, sus finos adornos de largas serpentinas de algas pardas que los guardias me habían arrojado para mofarse de mí —*¡Saludos, rey Neptuno!*—, y mucho antes de que los demás los vieran, supe que me habían condenado de un modo mucho más terrible.

En mi oscuridad percibí que llegaban, sentí el repiqueteo de la tierra bajo sus fuertes pisadas, y mentalmente me puse a escribir un libro, mi propia gacetilla de seis peniques, que, como todas las buenas confesiones de un hombre condenado, empezaba de la siguiente manera: *Mi madre es un pez*, y terminaba así: *Clic-clac, ratatá, el bobo de Billy Gould a lomos de un caballito de mar hasta Banbury Cross*. Este libro de los peces que escribí enteramente con la cabeza, palabra por palabra, que pinté pincelada a pincelada, en aquel instante intermedio en que era de este mundo y no lo era y que terminó de manera inesperada con...

Pero justo entonces se elevó un clamor. No me di la vuelta y salí corriendo, sino que me encaré con ellos para concentrar mejor mis sentidos en mi destino.

Cuando vieron que los casacas rojas se acercaban empuñando los mosquetes con las bayonetas caladas, al pequeño grupo de guardianes que tenían que colgarme, antes inquietos y ahora aterrorizados, les entró el pánico. Abrieron fuego contra los soldados que se acercaban y estos, a su vez, hincaron la rodilla en tierra y, escondidos detrás de un bote volcado, se dispusieron a entablar combate. Por supuesto ninguno de los tiros iba dirigido a mí, ahora lo sé. Aquellos soldados que avanzaban pretendían rescatarme, ¿no?

Pero mis guardianes tomaron posiciones utilizando el patíbulo como barricada, y los mosquetes, aun en el mejor de los casos, son lamentablemente imprecisos. Y yo, que seguía con la cabeza metida en la soga, era el único cuerpo al descubierto.

Fui yo quien percibió el intenso olor de la pólvora al explotar, antes de que los demás hubieran visto siquiera a sus adversarios apuntándoles y disparándoles con los mosquetes. Solo yo noté la tenue brisa que provocó el movimiento de la bala de mosquete al traspasar inexorablemente el aire desde el costado del bote hasta la horca, mientras esperaba con calma el instante interminable, que se demoró varias vidas, del estallido inevitable en mi pecho.

Por consiguiente fue el destino, que yo aceptaba y contra el que me rebelaba; fue mi destino atrapar de buena fe la bala con el cuerpo, y utilizar su impulso para perder el equilibrio y sacar la cabeza de aquella soga tan mal atada, para dar el repentino salto de carpa con el que me libraría de la esclavitud y la horca y caer en el malecón. Sabía que mi cuerpo se inclinaba hacia atrás, como una vela que se hincha lentamente cuando la agita el viento por primera vez y se inicia el viaje hacia lo desconocido. Me

agitaba y me hinchaba cuando me lancé rodando desde el malecón y caí con un golpe seco en el mar de color rojo ocre, y entonces se me soltó la venda y mis ojos velados empezaron a ver de nuevo y supe que mis confesiones ya casi habían terminado y que mi castigo acababa de empezar.

Mi cuerpo ardía a causa del inconmensurable dolor de la penitencia. Mi equilibrio se había visto tan gravemente afectado por el largo período que había pasado fuera del agua, que al principio floté de lado, y hasta que no di unos cuantos tragos, no tuve fuerzas para moverme.

Oí al jefe de los soldados gritar desde detrás del bote:

—Es a él a quien queremos; a nadie más. ¡Es a Gould el pintor al que debemos llevarnos!

Percibí el ruido de pisadas de los casacas rojas y los guardianes que corrían por el muelle para ver y debatir el milagro que acababa de producirse.

Oí los ruidos de la confusión, aunque solo como extrañas vibraciones desde lo alto y no como agudos chillidos de incredulidad. Percibí las discusiones de los que habían visto con los que jamás verían nada como un rumor incomprensible, absurdo y tibio. Con la vista recobrada, vi las balas de mosquete que caían despacio, perdida la fuerza de la explosión en el impacto contra el agua, y solo la fuerza de la gravedad las arrastraba hacia el fondo como una pequeña lluvia de perezosas salvas negras, seguidas por los remos que acuchillaban inútilmente la superficie del agua, presumiblemente para intentar golpearme, y luego, con un poco más de ingenio, una red que caía y pasaba cerca de mí.

Luego vi los garfios de los arpones bajando hacia mí y comprendí que intentaban arponearme para devolverme a la esclavitud. Con un dolor que ningún ser humano podrá jamás entender, y ningún pez describir, obligué a mi cuerpo a bajar más y más, alejándome de la luz.

II

Flotaba, respiraba agua, descendía, subía; mi peso no era nada comparado con lo que había conocido antes. Volaba por el agua, cayendo y elevándome por entre los bosques bamboleantes de algas pardas, rozando las lechugas de mar, el coral y a toda la gente que había conocido: caballitos de mar panzudos, kelpys, peces erizo, miracielos, peces lija, serpientes de mar, tiburones sierra, babosas alga crestadas y San Pedros plateados. Y el mar era un amor infinito que abarcaba no solo a los que había amado, sino también a los que no, al comandante igual que a Capois Death, a los negros que habían matado a Capois Death igual que a Tracker Marks, al cirujano igual que al rompemáquinas; y todos me tocaban y yo a ellos, igual que Tracker Marks había alargado la mano en otra vida y me había tocado.

¿Quién podía temer la ternura de todo aquello?

Cerca del arrecife me encontré con el pez vaca y me dijo su verdadero nombre y yo separé el pliegue entre sus nalgas y sus muslos y lamí ahí, buscando cumplir la promesa de su olor, y luego le pasé la lengua por los muslos y le lamí los músculos de las pantorrillas, el arco glorioso de sus empeines y el goce redondeado de los dedos de sus pies, y todo sabía a los mil componentes de su olor que aún no eran su olor, y pronuncié su nombre y era todo agua. Probé el hueco salado de su espalda y ella se dio la vuelta muy lentamente y apartó la vista, pero yo solo tenía ojos para sus pechos maravillosos que se agitaban en el agua, y sentí su peso con los labios y probé sus hombros, acaricié el glorioso hueco de sus axilas con el morro y descubrió sus movimientos, que al principio eran voluntarios, pero rígidos, y luego se hicieron lentos y lánguidos. Después me miró y cerró los ojos; luego sus miembros alcanzaron su plenitud y yo lamí la parte que era un poco salada y un poco agria y en general otra cosa distinta, y su respiración se volvió cálida y entrecortada, y yo le apreté las nalgas y las ventanas de mi nariz empezaron a agitarse, y yo empecé a conocer la promesa de la plenitud de su aroma y recordé la historia de los astomis, que vivían solo de los olores. ¿Cómo iba a saber que también yo había vivido así durante cerca de doscientos años, tal como había descrito Plinio hacía mucho tiempo, y como Amado el Temerario había andado buscando por los Mares del Sur en vano, viviendo únicamente del olor de las mujeres? Entonces dejé de lamer, de mirar y de oler, y yo cabalgaba sobre su aroma y ella sobre el mío, y luego yo era su aroma y ambos íbamos más allá y hacíamos nuestra revuelta a nuestro modo, y yo pensaba:

¡Oh! ¡Cariño mío, cómo he vivido para esto!

Y pensaba:

¿Cómo he de morir conociendo esto?

Todo esto, que está más allá de nosotros; todo esto, que sigue y sigue, siempre hacia fuera, como un mundo sin final; este, nuestro tercer círculo.

III

Esto ocurrió hace mucho mucho tiempo.

Ahora vivo en absoluta soledad. Nosotros los peces nos hacemos compañía, eso es cierto, pero nuestros pensamientos son solo nuestros e imposibles de comunicar. Nuestros pensamientos se profundizan y nos comprendemos los unos a los otros con una profundidad que solo los que están libres del habla y de sus complicaciones pueden entender. Por lo tanto, es falso que no pensemos ni sintamos. En realidad, aparte de comer y de nadar, es lo único en lo que podemos ocupar la mente.

Me gustan mis compañeros peces. No se quejan de cosas pequeñas y sin importancia; no se sienten culpables de sus actos, ni intentan transmitir las enfermedades de arrodillarse ante los demás, o de medrar, o de poseer cosas. No hacen que me harte de discusiones sobre sus deberes ante la sociedad o la ciencia o un Dios cualquiera. La violencia que hay entre ellos —asesinato, canibalismo— es franca y sin maldad.

Sin embargo, algunas cosas no acabo de verlas claras, por mucho que les dé vueltas.

Durante mucho tiempo, antes de ser un pez, lo único que me importaba era que mis dibujos hablaran a los demás, que expresaran un sentimiento más allá de la tumba. Para los que necesitaban consuelo. Para los que estaban aterrorizados.

A veces debo admitir que anhelo tener una vez más la capacidad humana del habla, aunque sea por unos instantes, para poder explicar que en otro tiempo quería vivir como un arco iris de color explotando y un sol justiciero haciéndose pedazos en una suave lluvia, pero tenía que contentarme con hacer unas marcas repugnantes sobre papel de dibujo barato. Para poder contar que en otro tiempo deseaba elevarme hacia el cielo y sacudir el firmamento y hundirme en el mar y mover la tierra, y conocer la belleza y las maravillas de este mundo; una belleza y unas maravillas que ahora comprendo que son tan infinitas como sus contrarios. Para poder decir que quería que otros lo supieran igual que yo, y que había sido en vano.

Quería que mis pinturas hablaran, pero ¿había alguien escuchándolas? Perdí mi vida por ello, ¿sabéis?, y mi razón zozobró por su causa. No pasa nada, no me quejo, pero ¿qué sentido tenía? Mis sentimientos no llegaron jamás al final de su viaje como un significado que otros pudieran partir y compartir como el pan. Mis pinturas eran mudas.

Me abrí a todas las posibilidades. Cuanto más sentía y más vertía aquellos sentimientos en mis peces, más sentimientos veía a mi alrededor: todo aquel dolor y aquella tristeza y aquel amor desesperanzado en todas las vidas rotas y en todos los corazones ocultos. Y entonces, un día, no pude soportar más sentimientos ni dolor ni amor, y quemé mi libro de los peces, me despedí de él y adiós muy buenas. Me disfracé para parecerme a los demás, dejé que me crecieran las algas alrededor del

torso y el cuello para que así, al nadar, no pudieran distinguirme de los bosques de algas verdes y pardas, cuando de vez en cuando los buceadores se sumergen para buscarme.

Algunos llevan redes con intención de atraparme y venderme a los boticarios chinos, esos hombres de medicina mística que, a la manera de sus antepasados, con los que el comandante tan buenos tratos hizo en otros tiempos, pondrían mi cáscara seca en un almirez y machacarían lo que quedara de mi esencia, convirtiéndola en polvo, al que luego atribuirían poderes de una libido fabulosa y un precio igualmente desorbitado. Dicen que es agradable que a uno lo quieran, pero yo no estoy tan seguro. En una ocasión, Capois Death me dijo que cualquier ambición es buena siempre que se realice, pero en mis momentos de mayores aspiraciones, había esperado equivaler a algo más que a una erección pasajera.

Otros vienen con cámaras submarinas. Me filman y me fotografían, pues como dragón de mar que soy, me consideran un ser atávico y primitivo cuya especie está al borde de la extinción, y yo, que fui el Artista, me he convertido en objeto; yo, cuyo papel era contribuir a la clasificación, me he convertido ahora en el clasificado. Agito mis pequeñas y vaporosas aletas como las alas de un hada y los contemplo y ellos me contemplan a mí, impresionados por mi asombroso colorido, por mis serenos movimientos, y yo me maravillo ante ellos.

La duda que me obsesiona ahora, mientras me persiguen y yo persigo a las gambas y merodeo por los arrecifes ricos en peces que hay junto a la Isla de Bruny que he convertido en mi hogar, es esta: ¿Es más fácil para un hombre vivir como un pez que aceptar la maravilla de ser humano?

Tan solo, tan asustado, tan deseoso de lo que tenemos miedo de expresar. Entre los muertos y los vivos... ¿qué?

En las franjas inclinadas de luz y oscuridad que se alternan en mi mundo acuático, he querido hacer esa pregunta y otras a esos buceadores: ¿Por qué estoy poseído por dos emociones completamente opuestas? ¿Explicármelo? Porque no puede ser explicado, pero aun así quiero saber por qué. ¿Por qué, a pesar de que todas mis experiencias de la vida me dicen que este mundo huele peor que el cuerpo flotante del viejo danés, no puedo evitar el convencimiento de que el mundo es bueno y de que sin amor no soy nada?

A veces desearía dar incluso unos golpecitos en las gafas de esos buceadores y decirles: «¿Queréis saber en qué se convertirá este país?» Preguntádmelo a mí. Al fin y al cabo, si no podéis confiar en un mentiroso y un falsificador y una puta y un delator y un asesino convicto y un ladrón, jamás entenderéis este país. Porque todos llegamos a un acuerdo personal con el poder y la gran mayoría de nosotros vendería a su hermano o hermana por un poco de paz y tranquilidad. Nos han enseñado a vivir en la cobardía moral, mientras nos consolábamos pensando que éramos rebeldes por naturaleza. Pero en realidad nunca nos alterábamos ni emocionábamos por nada; somos como las ovejas a las que hicimos sitio matando aborígenes: dóciles hasta el

matadero.

Todo lo que hay de malo en este país empieza con mi historia: han estado reconstruyendo este lugar desde que el comandante intentó reinventar la Isla de Sara como una nueva Venecia, como la isla del olvido, porque cualquier cosa es más fácil que recordar. Olvidarán lo que ocurrió aquí durante cien años o más, y luego lo imaginarán todo de nuevo igual que lo imaginaba el viejo danés, porque cualquier historia será mejor que la triste verdad de que no fueron los ingleses quienes nos hicieron esto, sino nosotros mismos; que los presos azotaban a los presos y se meaban en los negros y se espiaban unos a otros; que los negros vendían a mujeres negras a cambio de perros y lanceaban a los presos fugados; que los cazadores de focas blancos mataban y violaban a mujeres negras, y que las mujeres negras mataban a los hijos que tenían con ellos.

Así que ahí está: dos cosas y no puedo unir las y me están desgarrando. Esos dos sentimientos, ese conocimiento de un mundo tan horrible, esa sensación de una vida tan extraordinaria. ¿Cómo puedo resolverlo? ¿Puede un hombre convertirse en pez? Todos vosotros, buceadores que habéis venido desde tan lejos para desvelar mi misterio, resolved estas dudas, este tormento, este bien y este mal, este amor y este odio y esta vida. Resolvedlas por mí, para dar sentido a mi historia; unidme a esta vida, decidme que no es una parte indescifrable de mi naturaleza. Os lo suplico...

Pues no me he resignado a este mundo.

Lo deseaba y no lo conseguía, de modo que intenté reescribir el mundo como un libro de peces y arreglarlo de la única manera que conocía.

Pero mi camino era absurdo, mis gritos no se oían y mis pinturas me escupieron antes de perderse para toda la eternidad. Ahora me limito a contemplar y a pensar en lo ridículo y en lo improbable: el mundo es bueno, pienso, y el mundo es bueno y el mundo es bueno.

Nada de todo eso sirve para nada, lo sé.

En el mejor de los casos, no es más que un pensamiento herético al que aguarda un castigo inevitable, cuyo plazo ha vencido hace tiempo. El libro de los sueños de Matt Brady tenía razón: amar es arriesgado.

Detrás de la máscara del buceador que nada ahora hacia mí con una red, reconozco el rostro inconfundible del señor Hung, que busca más ejemplares para su acuario, y sé que es solo cuestión de tiempo que acabe en ese acuario con iluminación de neón, el mismo que en otro tiempo contemplé tan fijamente. Que mientras la Conga y el señor Hung planean un nuevo timo falsificando el diario de un preso de hace dos siglos para hacerlo pasar por auténtico, echándome de vez en cuando una mirada, preguntándose tal vez cómo sería ser un pez, yo los miraré a ellos preguntándome cómo sería ser como ellos, sabiendo que un timo no es más que un sueño y que los sueños son peligrosos si creemos demasiado en ellos.

Pues allí fuera, justo donde no alcanza nuestra vista, la red nos aguarda a todos, siempre dispuesta para atraparnos y subirnos luego enredados en ella, agitando las

aletas, retorciendo el cuerpo inútilmente, encaminándose a quién sabe qué caótico destino. Amor y agua. Sid Hammet me ha contemplado durante demasiado tiempo. No tengo miedo, nunca he tenido miedo. Seré tú. Ascendo desde la noche, elevándome, avanzando, traspasando el cristal y el aire para meterme en sus tristes ojos. Ya no puede preguntar: ¿Quién soy yo?, y yo —sufriendo el castigo perfecto para alguien que ha tomado una vida, pero no ha ganado otra a cambio— solo puedo desear la certeza para responder: Soy William Buelow Gould y mi nombre es una canción que será cantada, clic-clac, ratatata, un penique por un cuadro, el bobo de Billy Gould a lomos de un caballito de mar hasta Banbury Cross...

EPÍLOGO

*Del archivo de la correspondencia
del secretario colonial,
5 de abril de 1831*

(DEPARTAMENTO DE ARCHIVOS DE TASMANIA)

GOULD, William Buelow, *preso número* 873 645; *alias*: Sid Hammet, «el cirujano», Jorgen Jorgensen, Capois Death, Pobjoy, «el comandante»; *marcas identificativas*: tatuaje sobre pecho izquierdo, ancla roja con alas azules; *inscripción*: «Amor y Libertad»; *fugado* de la Isla de Sara el 29 de febrero de 1831. Ahogado al intentar escapar.



Richard Miller Flanagan (n. en 1961) es un novelista australiano, originario de Tasmania. Es considerado por *The Economist* como uno de los «novelistas más finos de su generación». Es ganador del Premio Booker de 2014.

Notas

[1] «Ride a Cock Horse to Banbury Cross» es una canción infantil inglesa de raigambre tradicional. *(N. de la T.)*. <<

[2] Juego de palabras intraducible. En inglés, *distress* significa tanto «envejecer» un mueble, en el sentido de darle aspecto de antiguo, como «afligir», «angustiar». (*N. de la T.*) <<

[3] Bautizada como Tierra de Van Diemen por su descubridor, en 1642, el navegante holandés Abel Tasman. Tras ser abolida la deportación en 1856, se rebautizó como Tasmania en un intento por borrar el infame recuerdo asociado a su nombre. (*N. de la T.*). <<

[4] Los británicos llamaban negros (*blacks*) a los aborígenes australianos. (*N. de la T.*).

<<

[5] «Que Dios colorea, Newton lo demuestra», es el primer verso del poema de William Blake «To Venetian Artists». (*N. de la T.*). <<

[6] Se refiere a los obreros que, en plena Revolución Industrial, rompían las máquinas que los habían sustituido en las fábricas, especialmente las textiles. (*N. de la T.*) <<

[7] Las algas a las que alude se conocen en inglés como *bull-kelp*; su nombre científico es *Nereocystis luetkeana*. (N. de la T.) <<

[8] El nombre colectivo de lakistas, *Lake poets* o *Lake school* se aplicó, primero despectivamente y ahora como homenaje, a Southey, Coleridge y Wordsworth, que vivieron en el distrito de los lagos de Inglaterra, en Cumberland. (N. de la T.). <<

[9] De Carolus Linnaeus, nombre latino de Carl von Linné (también castellanizado como Linneo), historiador natural sueco del siglo XVIII, considerado el padre de la clasificación biológica moderna. (*N. de la T.*). <<

[10] Monstruo marino de las leyendas noruegas. (*N. de la T.*) <<

[11] Se refiere a la regencia del príncipe de Gales en Gran Bretaña de 1811 a 1820. (*N. de la T.*) <<

[12] Wapping es una zona cercana a la orilla del Támesis donde se ejecutaba a los condenados por piratería. Tyburn es una zona del oeste de Londres donde había un patíbulo permanente en el que se ejecutaba a los criminales. (*N. de la T.*) <<

[13] Palabra derivada del griego *pan* y *ops*, «que todo lo ve». (N. de la T.) <<

[14] Animales fabulosos con cabeza de hombre, cuerpo de león y cola de dragón. (*N. de la T.*) <<

[15] Estrecho entre Tasmania y el sudeste de Australia que conecta el océano Índico con el mar de Tasmania. (*N. de la T.*) <<

[16] Literalmente, «sal de dos peniques». *Twopenny* se utiliza peyorativamente como adjetivo para designar una cosa barata, de ínfimo valor. (*N. de la T.*). <<

[17] Se refiere a *sir* Benjamin Thomas, físico angloamericano que en 1795 estableció los principios básicos del diseño de chimeneas. Se estableció en Baviera, donde pasó a ser conocido como «Conde Rumford». (*N. de la T.*) <<

[18] Etnia originaria de Transilvania que, tras sucesivas invasiones de húngaros y tártaro-mongoles, reapareció en el siglo XII al sur de los Cárpatos, en lo que hoy es Rumanía. (*N. de la T.*) <<

[19] Castigo que consistía en ser encadenado a un tronco de árbol junto con otros presos, tronco que debían entonces acarrear mientras trabajaban. (*N. de la T.*). <<

[20] El sentido es claramente irónico, puesto que el Distrito de los Lagos está en Inglaterra. (*N. de la T.*) <<

[21] *Mutt* se pronuncia igual que *Matt*, pero también significa «atontolinado». (N. de la T.) <<

[22] Probablemente una alusión irónica a Richardson, cuya novela sentimental *Pamela* (1740) gozó de un gran éxito. (N. de la T.). <<

[23] Tabaco barato y muy fuerte que dejaba fuera de combate a los blancos. Se usaba para pagar el salario a los trabajadores aborígenes. (*N. de la T.*) <<

[24] El término inglés *convict indent*, que se ha traducido aquí por «lista de presos», se refiere a la lista de los presos deportados que llegaban con cada barco. Al principio se limitaban a dar el nombre, la edad y el lugar donde se les había juzgado; más tarde se añadieron todo tipo de detalles, como la religión que profesaban o los delitos que habían cometido. (*N. de la T.*) <<

[25] La Iglesia wesleyana es protestante evangélica y debe su nombre a John Wesley, sacerdote de la Iglesia de Inglaterra que fundó el movimiento metodista en el siglo XVIII. (N. de la T.). <<

[26] Antiguo nombre de Belice. (*N. de la T.*) <<

[27] Parlamentario inglés (1759-1833) que luchó por la supresión del tráfico de esclavos en primer lugar, y la abolición de la esclavitud después. (*N. de la T.*). <<

[28] Antiguamente, Nueva Gales del Sur. (*N. de la T.*) <<

[29] Rey danés de Inglaterra en el siglo XI. Se convirtió al cristianismo y reinó por igual sobre daneses e ingleses. (*N. de la T.*) <<

[30] Palabra que significa «ocre». (*N. de la T.*) <<

[31] *Witty* significa «ocurrente», «ingenioso», «gracioso». (N. de la T.) <<